

The Project Gutenberg eBook, La Tribuna, by Emilia Pardo Barzán

This eBook is for the use of anyone anywhere at no cost and with almost no restrictions whatsoever. You may copy it, give it away or re-use it under the terms of the Project Gutenberg License included with this eBook or online at [www.gutenberg.org](http://www.gutenberg.org)

Title: La Tribuna

Author: Emilia Pardo Barzán

Release Date: January 11, 2006 [eBook #17491]

Language: Spanish

Character set encoding: ISO-8859-1

\*\*\*START OF THE PROJECT GUTENBERG EBOOK LA TRIBUNA\*  
\*\*

E-text prepared by Chuck Greif from digital material generously made available by La Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes  
(<http://www.cervantesvirtual.com/>)

Note: The source material from which this e-book was taken can be seen  
at <http://www.cervantesvirtual.com/FichaObra.html?Ref=61>

## La Tribuna

Emilia Pardo Bazán

Alfredo de Carlos, Madrid 1883

### Prólogo

Lector indulgente: No quiero perder la buena costumbre de empezar mis novelas hablando contigo breves palabras. Más que nunca debo mantenerla hoy, porque acerca de La Tribuna tengo varias advertencias que hacerte, y así caminarán juntos en este prólogo el gusto y la necesidad.

Si bien La Tribuna es en el fondo un estudio de costumbres locales, el andar injeridos en su trama sucesos políticos tan recientes como la Revolución de Setiembre de 1868, me impulsó a situarla en lugares que pertenecen a aquella geografía moral de que habla el autor de las Escenas montañosas, y que todo novelista, chico o grande, tiene el

indiscutible derecho de forjarse para su uso particular. Quien desee conocer el plano de \_Marineda\_, búsquelo en el atlas de mapas y planos privados, donde se colecciona, no sólo el de Orbajosa, Villabermeja y Coteruco, sino el de las ciudades de R\*\*\*, de L\*\*\* y de X\*\*\*, que abundan en las novelas románticas. Este privilegio concedido al novelista de crearse un mundo suyo propio, permite más libre inventiva y no se opone a que los elementos todos del \_microcosmos\_ estén tomados, como es debido, de la realidad. Tal fue el procedimiento que empleé en \_La Tribuna\_, y lo considero suficiente--si el ingenio me ayudase--para alcanzar la verosimilitud artística, el vigor analítico que infunde vida a una obra.

Al escribir \_La Tribuna\_ no quise hacer sátira política; la sátira es género que admito sin poderlo cultivar; sirvo poco o nada para el caso. Pero así como niego la intención satírica, no sé en cubrir que en este libro, casi a pesar mío, entra un propósito que puede llamarse \_docente\_. Baste a disculparlo el declarar que nació del espectáculo mismo de las cosas, y vino a mí, sin ser llamado, por su propio impulso. Al artista que sólo aspiraba retratar el aspecto pintoresco y característico de una \_capa social\_, se le presentó por añadidura la moraleja, y sería tan sistemático rechazarla como haberla buscado. Porque no necesité agrupar sucesos, ni violentar sus consecuencias, ni

desviarme de la realidad concreta y positiva, para tropezar con pruebas de que es absurdo el que un pueblo cifre sus esperanzas de redención y ventura en formas de gobierno que desconoce, y a las cuales por lo mismo atribuye prodigiosas virtudes y maravillosos efectos. Como la raza latina practica mucho este género de culto fetichista e idolátrico, opino que si escritores de más talento que yo lo combatiesen, prestarían señalado servicio a la patria.

Y vamos a otra cosa. Tal vez no falte quien me acuse de haber pintado al pueblo con crudeza naturalista. Responderé que si nuestro pueblo fuese igual al que describiesen Goncourt y Zola, yo podría meditar profundamente en la conveniencia o inconveniencia de retratarlo; pero resuelta a ello, nunca seguiría la escuela idealista de Trueba y de la insigne Fernán, que riñe con mis principios artísticos. Lícito es callar, pero no fingir. Afortunadamente, el pueblo que copiamos los que vivimos del lado acá del Pirene no se parece todavía, en buen hora lo digamos, al del lado allá. Sin adolecer de optimista, puedo afirmar que la parte del pueblo que vi de cerca cuando tracé estos estudios, me sorprendió gratamente con las cualidades y virtudes que, a manera de agrestes renuevos de inculta planta, brotaban de él ante mis ojos. El método de análisis implacable que nos impone el arte moderno me ayudó a comprobar el calor de corazón, la generosidad viva, la caridad

inagotable y fácil, la religiosidad sincera, el recto sentir que abunda en nuestro pueblo, mezclado con mil flaquezas, miserias y preocupaciones que a primera vista lo oscurecen. Ojalá pudiese yo, sin caer en falso idealismo, patentizar esta belleza recóndita.

No, los tipos del pueblo español en general, y de la costa cantábrica en particular, no son aún--salvas fenomenales excepciones--los que se describen con terrible verdad en *L'Assommoir*, *Germinie Lacerteux* y otras obras, donde parece que el novelista nos descubre las abominaciones monstruosas de la Roma pagana, que unidas a la barbarie más grosera, retoñan en el corazón de la Europa cristiana y civilizada. Y ya que por dicha nuestra las faltas del pueblo que conocemos no rebasan de aquel límite a que raras veces deja de llegar la flaca decaída condición del hombre, pintémosle, si podemos, tal cual es, huyendo del *patriarcalismo* de Trueba como del *socialismo humanitario* de Sue, y del método de cuantos, trocando los frenos, atribuyen a Calibán las seductoras gracias de Ariel.

En abono de *La Tribuna* quiero añadir que los maestros Galdós y Pereda abrieron camino a la licencia que me tomo de hacer hablar a mis personajes como realmente se habla en la región de donde los saqué. Pérez Galdós, admitiendo en su *Desheredada* el lenguaje de los barrios bajos; Pereda, sentenciando a muerte a las zagalejas de porcelana y a

los pastorcillos de égloga, señalaron rumbos de los  
cuales no es  
permitido apartarse ya. Y si yo debiese a Dios las  
facultades de alguno  
de los ilustres narradores cuyo ejemplo invoco, ¡cu  
ánto gozarías, oh  
lector discreto, al dejar los trillados caminos de  
la retórica novelesca  
diaria para beber en el vivo manantial de las expre  
siones populares,  
incorrectas y desaliñadas, pero frescas, enérgicas  
y donosas!

Queda adiós, lector, y ojalá te merezca este libro  
la misma acogida que  
\_Un viaje de novios\_. Tu aplauso me sostendrá en la  
difícil vía de la  
observación, donde no todo son flores para un alma  
compasiva.

EMILIA PARDO BAZÁN

Granja de Meirás, octubre de 1882.

-I-

Barquillos

Comenzaba a amanecer, pero las primeras y vagas luc  
es del alba a duras  
penas lograban colarse por las tortuosas curvas de  
la calle de los  
Gastros, cuando el señor Rosendo, el barquillero qu  
e disfrutaba de más  
parroquia y popularidad en Marineda, se asomó, abri  
endo a bostezos, a la  
puerta de su mezquino cuarto bajo. Vestía el madrug  
ador un desteñido

pantalón grancé, reliquia bélica, y estaba en mangas de camisa. Miró al poco cielo que blanqueaba por entre los tejados, y se volvió a su cocinilla, encendiendo un candil y colgándolo del estribadero de la chimenea. Trajo del portal un brazado de astillas de pino, y sobre la piedra del fogón las dispuso artísticamente en pirámide, cebada por su base con virutas, a fin de conseguir una hoguera intensa y flameante. Tomó del vasar un tarterón, en el cual vació cucuruchos de harina y azúcar, derramó agua, cascó huevos y espolvoreó canela. Terminadas estas operaciones preliminares, estremeciose de frío--por que la puerta había quedado de par en par, sin que en cerrarla pensase y descargó en el tabique dos formidables puñadas.

Al punto salió rápidamente del dormitorio o cuchitril contiguo una mozuela de hasta trece años, desgredada, con el cierto andar de quien acaba de despertarse bruscamente, sin más atavíos que una enagua de lienzo y un justillo de dril, que adhería a su busto, anguloso aún, la camisa de estopa. Ni miró la muchacha al señor Rosendo, ni le dio los buenos días; atontada con el sueño y herida por el fresco matinal que le mordía la epidermis, fue a dejarse caer en una sillita, y mientras el barquillero encendía estrepitosamente fósforos y los aplicaba a las virutas, la chiquilla se puso a frotar con una piel de gamuza el enorme cañuto de hojalata donde se almacenaban los barquillos.

Instalose el señor Rosendo en su alto trípode de madera ante la llama chisporroteadora y crepitante ya, y metiendo en el fuego las magnas tenazas, dio principio a la operación. Tenía a su derecha el barreño del amohado, en el cual mojaba el cargador, especie de palillo grueso; y extendiendo una leve capa de líquido sobre la cara interior de los candentes hierros, apresurábase a envolverla en el molde con su dedo pulgar, que a fuerza de repetir este acto se había convertido en una callosidad tostada, sin uña, sin yema y sin forma casi. Los barquillos, dorados y tibios, caían en el regazo de la muchacha, que los iba introduciendo unos en otros a guisa de tubos de cat alejo, y colocándolos simétricamente en el fondo del cañuto; labor que se ejecutaba en silencio, sin que se oyese más rumor que el crujir de la leña, el rítmico chirrido de las tenazas al abrir y cerrar sus fauces de hierro, el seco choque de los crocantes barquillos al tropezarse, y el silbo del amohado al evaporar su humedad sobre la ardiente placa. La luz del candil y los reflejos de la lumbre arrancaban destellos a la hojalata limpia, al barro vidriado de las cazuelas del vasar, y la temperatura se suavizaba, se elevaba, hasta el extremo de que el señor Rosendo se quitase la gorra con visera de hule, descubriendo la calva sudorosa, y la niña echase atrás con el dorso de la mano sus indómitas guedejas que la sofocaban.



Entre tanto, el sol, campante ya en los cielos, se empeñaba en cernir alguna claridad al través de los vidrios verdosos y puercos del ventanillo que tenía obligación de alumbrar la cocina. Sacudía el sueño la calle de los Castros, y mujeres en trenza y en cabello, cuando no en refajo y chancletas, pasaban apresuradas, cuál en busca de agua, cuál a comprar provisiones a los vecinos mercados; oíanse llantos de chiquillos, ladridos de perros; una gallina cloqueó; el canario de la barbería de enfrente redobló trinando como un loco. De tiempo en tiempo la niña del barquillero lanzaba codiciosas ojeadas a la calle. ¡Cuándo sería Dios servido de disponer que ella abandonase la dura silla, y pudiese asomarse a la puerta, que no es mucho pedir! Pronto darían las nueve, y de los seis mil barquillos que admitía la caja sólo estaban hechos cuatro mil y pico. Y la muchacha se desperezó maquinalmente. Es que desde algunos meses acá bien poco le lucía el trabajo a su padre. Antes despachaba más.

El que viese aquellos cañutos dorados, ligeros y deleznales como las ilusiones de la niñez, no podía figurarse el trabajo ímprobo que representaba su elaboración. Mejor fuera manejar la azada o el pico que abrir y cerrar sin tregua las tenazas abrasadoras, que además de quemar los dedos, la mano y el brazo, cansaban dolorosamente los músculos del hombro y del cuello. La mirada, siempre fija en la

llama, se fatigaba;  
la vista disminuía; el espinazo, encorvado de continuo, llevaba, a puros  
esguinces, la cuenta de los barquillos que salían del molde. ¡Y ningún  
día de descanso! No pueden los barquillos hacerse de víspera; si han de  
gustar a la gente menuda y golosa, conviene que sean fresquitos. Un nada  
de humedad los reblandece. Es preciso pasarse la mañana, y a veces la  
noche, en fabricarlos, la tarde en vocearlos y venderlos. En verano, si  
la estación es buena y se despacha mucho y se saca pingüe jornal,  
también hay que estarse las horas caniculares, las horas perezosas,  
derritiendo el alma sobre aquel fuego, sudando el quilo, preparando  
provisión doble de barquillos para la venta pública y para los cafés. Y  
no era que el señor Rosendo estuviese mal con su oficio; nada de eso;  
artistas habría orgullosos de su destreza, pero tanto como él, ninguno.  
Por más que los años le iban venciendo, aún se jactaba de llenar en  
menos tiempo que nadie el tubo de hojalata. No ignoraba primor alguno de  
los concernientes a su profesión; barquillos anchos y finos como seda  
para rellenar de huevos hilados, barquillos recios y estrechos para el  
agua de limón y el sorbete, hostias para las confiterías--y no las hacía  
para las iglesias por falta de molde que tuviese una cruz--, flores,  
hojuelas y \_orejas de fraile\_ en Carnaval, buñuelos en todo tiempo....  
Pero nunca lo tenía de lucir estas habilidades accesorias, porque los  
barquillos de diario eran absorbentes. ¡Bah!, en co

nsiguiendo vivir y  
mantener la familia....

A las nueve muy largas, cuando cerca de cinco mil b  
arquillos reposaban  
en el tubo, todavía el padre y la hija no habían cr  
uzado palabra.  
Montones de brasa y ceniza rodeaban la hoguera, ren  
ovada dos o tres  
veces. La niña suspiraba de calor, el viejo sacudía  
frecuentemente la  
mano derecha, medio asada ya. Por fin, la muchacha  
profirió:

--Tengo hambre.

Volvió el padre la cabeza, y con expresivo arqueami  
ento de cejas indicó  
un anaquel del vasar. Encaramose la chiquilla trepa  
ndo sobre la artesa,  
y bajó un mediano trozo de pan de mixtura, en el cu  
al hincó el diente  
con buen ánimo. Aún rebuscaba en su falda las migaj  
as sobrantes para  
aprovecharlas, cuando se oyeron crujidos de catre,  
carraspeos, los  
ruidos característicos del despertar de una persona  
, y una voz entre  
quejumbrosa y despótica llamó desde la alcoba cerca  
na al portal:

--¡Amparo!

Se levantó la niña y acudió al llamamiento, resonan  
do de allí a poco  
rato su hablar.

--Afiáncese, señora... así... cárguese más... aguar  
de que le voy a batir  
este jergón... (Y aquí se escuchó una gran sinfonía  
de hojas de maíz, un  
\_sirriissch\_... prolongado y armonioso.)

La voz mandona dijo opacamente algo, y la infantil contestó:

--Ya la voy a poner a la lumbre, ahora mismito....  
¿Tendrá por ahí el  
azúcar?

Y respondiendo a una interpelación altamente ofensiva para su dignidad,  
gritó la chiquilla:

--Y piensa que.... ¡Aunque fuera oro puro! Lo escondería usted misma....  
Ahí está, detrás de la funda... ¿lo ve?

Salió con una escudilla desportillada en la mano, llena de morena  
melaza, y arrimando al fuego un pucherito donde estaba ya la cascarilla,  
le añadió en debidas proporciones azúcar y leche, y volvióse al cuarto  
del portal con una taza humeante y colmada a reverter. En el fondo del  
cacharro quedaba como cosa de otra taza. El barquillero se enderezó  
llevándose las manos a la región lumbar, y sobriamente, sin  
concupiscencia, se desayunó bebiendo las sobras por el puchero mismo.  
Enjugó después su frente regada de sudor con la manga de la camisa,  
entró a su vez en el cuarto próximo; y al volver a presentarse, vestido  
con pantalón y chaqueta de paño pardo, se terció a las espaldas la caja  
de hoja de lata y se echó a la calle. Amparo, cubriendo la brasa con  
ceniza, juntaba en una cazuela berzas, patatas, una corteza de tocino,  
un hueso rancio de cerdo, cumpliendo el deber de condimentar el caldo

del humilde menaje. Así que todo estuvo arreglado, metiose en el cuchitril, donde consagró a su aliño personal seis minutos y medio, repartidos como sigue: un minuto para calzarse los zapatos de becerro, pues todavía estaba descalza; dos para echarse un r efajo de bayeta y un vestido de tartán; un minuto para pasarse la punta de un paño húmedo por ojos y boca (más allá no alcanzó el aseo); dos minutos para escardar con un peine desdentado la revuelta y rizada crencha, y medio para tocarse al cuello un pañolito de indiana. Hecho lo cual, se presentó más oronda que una princesa a la persona encamada a quien había llevado el desayuno. Era esta una mujer de edad madura, agujereada como una espumadera por las viruelas, chata de frente, de ojos chicos. Viendo a la chiquilla vestida se escandalizó: ¿a dónde iría ahora semejante vagabunda?

--A misa, señora, que es domingo.... ¿Qué volver con noche ni con noche? Siempre vine con día, siempre.... ¡Una vez de cada mil! Queda el caldo preparadito al fuego.... Vaya, abur.

Y se lanzó a la calle con la impetuosidad y brío de un cohete bien disparado.

-II-

Padre y madre

Tres años antes, la imposibilitada estaba sana y robusta y ganaba su vida en la Fábrica de Tabacos. Una noche de invierno fue a jabonar ropa blanca al lavadero público, sudó, volvió desabrigada y despertó tullida de las caderas.--Un aire, señor--decía ella al médico.

Quedose reducida la familia a lo que trabajase el señor Rosendo: el real diario que del \_fondo de Hermandad\_ de la Fábrica recibía la enferma no llegaba a medio diente. Y la chiquilla crecía, y comía pan y rompía zapatos, y no había quien la sujetase a coser ni a otro género de tareas. Mientras su padre no se marchaba, el miedo a un pasagonzalo sacudido con el cargador la tenía quieta ensartando y colocando barquillos; pero apenas el viejo se terciaba la correa del tubo, sentía Amparo en las piernas un hormigueo, un bullir de la sangre, una impaciencia como si le naciesen alas a miles en los talones. La calle era su paraíso. El gentío la enamoraba, los codazos y enviones la halagaban cual si fuesen caricias, la música militar penetraba en todo su ser produciéndole escalofríos de entusiasmo. Pasábase horas y horas correteando sin objeto al través de la ciudad, y volvía a casa con los pies descalzos y manchados de lodo, la saya en jirones, hecha una sopa, mocosa, despeinada, perdida, y rebosando dicha y salud por los poros de su cuerpo. A fuerza de filípicas maternas corría

una escoba por el  
piso, sazónaba el caldo, traía una herrada de agua;  
en seguida, con  
rapidez de ave, se evadía de la jaula y tornaba a su  
libre vagancia por  
calles y callejones.

De tales instintos erráticos tendría no poca culpa  
la vida que  
forzosamente hizo la chiquilla mientras su madre as  
istió a la Fábrica.  
Sola en casa con su padre, apenas este salía, ella  
le imitaba por no  
quedarse metida entre cuatro paredes: vaya, y que n  
o eran tan alegres  
para que nadie se embelesase mirándolas. La cocina,  
oscura y angosta,  
parecía una espelunca, y encima del fogón relucían  
siniestramente las  
últimas brasas de la moribunda hoguera. En el patín  
, si es verdad que se  
veía claro, no consolaba mucho los ojos el aspecto  
de un montón de cal y  
residuos de albañilería, mezclados con cascotes de lo  
za, tarteras rotas,  
un molinillo inservible, dos o tres guñapos viejos  
y un innoble zapato  
que se reía a carcajadas. Casi más lastimoso era el  
espectáculo de la  
alcoba matrimonial: la cama en desorden, porque la  
salida precipitada a  
la Fábrica no permitía hacerla; los cobertores colo  
r de hospital, que no  
bastaba a encubrir una colcha rabricorta; la vela de  
sebo, goteando  
tristemente a lo largo de la palmatoria de latón ve  
teada de cardenillo;  
la palangana puesta en una silla y henchida de agua  
jabonosa y  
grasienta; en resumen, la historia de la pobreza y  
de la incuria narrada  
en prosa por una multitud de objetos feos, y que la

chiquilla comprendía intuitivamente; pues hay quien sin haber nacido entre sedas y holandas, presume y adivina todas aquellas comodidades y deleites que jamás gozó. Así es que Amparo huía, huía de sus lares camino de la Fábrica, llevando a su madre, en una fiambarrera, el bazuqueante caldo; pero, soltando a lo mejor la carga, poníase a jugar al corro, a \_San Severín\_, a la viudita, a cualquier cosa, con las damiselas de su edad y pelaje.

Cuando la madre se vio encamada quiso imponer a la hija el trabajo sedentario: era tarde. La planta rústica no se sujetaba ya al espaller. Amparo había ido a la escuela en sus primeros años, años de relativa prosperidad para la familia, sucediéndole lo que a la mayor parte de las niñas pobres, que al poco tiempo se cansan sus padres de enviarlas y ellas de asistir, y se quedan sin más habilidad que la lectura, cuando son listas, y unos rudimentos de escritura. De agujas apenas sabía Amparo nada. La madre se resignó con la esperanza de colocarla en la Fábrica. --«Que trabaje--decía--como yo trabajé». Y al murmurar esta sentencia suspiraba, recordando treinta años de incesante afán. Ahora su carne y sus molidos huesos se tendían gustosamente en la cama, donde reposaba tumbada panza arriba ínterin sudaban otros para mantenerla. ¡Que sudasen! Dominada por el terrible egoísmo que suele atacar a los viejos cuya mocedad fue laboriosa, la impedida hizo del potro de dolor quinta



de recreo. Lo que es allí ya podían venir penas; lo que es allí a buen seguro que la molestase el calor ni el frío. ¿Que era preciso lavar la ropa? Bueno, ella no tenía que levantarse a jabonar la, le había costado bien caro una vez. ¿Que estaba sucio el piso? Ya lo barrerían, y si no, por ella, aunque en todo el año no se barriese.... ¿De qué le había servido tanto romper el cuerpo cuando era joven? De verse ahora tullida --«¡Ay, no se sabe lo que es la salud hasta después de que se pierde!» --exclamaba sentenciosamente, sobre todo los días en que el dolor artrítico le atarazaba las junturas. Otras veces, jactanciosa como todo inválido, decía a su hija:--«Sácateme de delante, que me irrita el verte; de tu edad era yo una loba que daba en un cuarto de hora vuelta a una casa».

Sólo echaba de menos la animación de su Fábrica, las compañeras. A bien que las vecinas de la calle solían acercarse a ofrecerle un rato de palique: una sobre todo, Pepa la comadrona, por mal nombre señora Porreta. Era esta mujer colosal, a lo ancho más aún que a lo alto; parecíase a tosca estatua labrada para ser vista de lejos. Su cara enorme, circuida por colgante papada, tenía palidez serosa. Calzaba zapatillas de hombre y usaba una sortija, de tamaño masculino también, en el dedo meñique. Acercábase a la cama de la impedida, le sometía las ropas, le abofeteaba la almohada apoyando fuertemente ambas manos en los

muslos, a fin de sostener la mole de su vientre, y con voz sorda y apagada empezaba a referir chismes del barrio, escabrosos pormenores de su profesión, o las maravillosas curas que pueden obtenerse con un cocimiento de ruda, huevo y aceite, con la hoja de la malva bien machacadita, con romero hervido en vino, con unturas de enjundia de gallina. Susurraban los maldicientes que entre parleta y parleta solía la matrona entreabrir el pañuelo que le cubría los hombros y sacar una botellica que fácilmente se ocultaba en cualquier rincón de su corpiño gigantesco; y ya corroboraba con un trago de anís el exhausto gahzate, ya ofrecía la botella a su interlocutora «para ir pasando las penas de este mundo». A oídos del señor Rosendo llegó un día esta especie, y se alarmó; porque mientras estuvo en la Fábrica no bebía nunca su mujer más que agua pura; pero por mucho que entró impensadamente algunas tardes, no cogió infraganti a las delincuentes. Sólo vio que estaban muy amigotas y compinches. Para la ex-cigarrera valía un Perú la comadrona; al menos esa hablaba, porque lo que es su marido... . Cuando este regresaba de la diaria correría por paseos y sitios públicos, y bajando el hombro soltaba con estrépito el tubo en la esquina de la habitación, el diálogo del matrimonio era siempre el mismo:

--¿Qué tal?--preguntaba la tullida.

Y el señor Rosendo pronunciaba una de estas tres frases:

--Menos mal.--Un regular.--Condenadamente.

Aludía a la venta, y jamás se dio caso de que agregase género alguno de amplificación o escolio a sus oraciones clásicas. Poseía el inquebrantable laconismo popular, que vence al dolor, al hambre, a la muerte y hasta a la dicha. Soldado reenganchado, unido en sus mejores años al férreo yugo de la disciplina militar, se convenció de la ociosidad de la palabra y necesidad del silencio. Calló primero por obediencia, luego por fatalismo, después por costumbre. En silencio elaboraba los barquillos, en silencio los vendía, y casi puede decirse que los voceaba en silencio, pues nada tenía de análogo a la afectuosa comunicación que establece el lenguaje entre seres racionales y humanos, aquel grito gutural en que, tal vez para ahorrar un fragmento de palabra, el viejo suprimía la última sílaba, reemplazádola por doliente prolongación de la vocal penúltima:

--Barquilleeeeé....

-III-

Pueblo de su nacimiento

Al sentar el pie en la calle, Amparo respiró anchamente. El sol, llegado al zenit, lo alegraba todo. En los umbrales de las

puertas los gatos,  
acurrucados, presentaban el lomo al benéfico calor  
illo, guiñando sus  
pupilas de tigre y roncando de gusto. Las gallinas  
iban y venían  
escarbando. La bacía del barbero, colgada sobre la  
muestra y rodeada de  
una sarta de muelas rancias ya, brillaba como plata  
. Reinaba la soledad,  
los vecinos se habían ido a misa o de bureo, y medi  
a docena de párvulos,  
confiados al Ángel de la Guarda, se solazaban entre  
el polvo y las  
inmundicias del arroyo, con la chola descubierta y  
expuestos a un  
tabardillo. Amparo se arrimó a una de las ventanas  
bajas, y tocó en los  
cristales con el puño cerrado. Abriéronse las vidri  
eras, y se vio la  
cara de una muchacha pelinegra y descolorida, que t  
enía en la mano una  
almohadilla de labrar donde había clavados infinida  
d de menudos  
alfileres.

--¡Hola!

--¿Hola, Carmela, andas con la labor a vueltas?--pu  
es es día de misa.

--Por eso me da rabia... contestó la muchacha pálid  
a, que hablaba con  
cierto ceceo, propio de los puertecitos de mar en l  
a provincia de  
Marineda.

--Sal un poco, mujer... vente conmigo.

--Hoy... ¡quién puede! Hay un encargo... diez y sei  
s varas de puntilla  
para una señora del barrio de Arriba.... El martes  
se han de entregar

sin falta.

Carmela se sentó otra vez con su almohadilla en el regazo, mientras los hombros de Amparo se alzaban entre compasivos e indiferentes, como si murmurasen--«Lo de costumbre»--. Apartose de allí, y sus pies descendieron con suma agilidad la escalinata de la plaza de Abastos, llena a la sazón de cocineras y vendedoras, y enhebrándose por entre cestas de gallinas, de huevos, de quesos, salió a la calle de San Efrén, y luego al atrio de la iglesia, donde se detuvo deslumbrada.

Cuanto lujo ostenta un domingo en una capital de provincia se veía reunido ante el pórtico, que las gentes cruzaban con el paso majestuoso de personas bien trajeadas y compuestas, gustosas en ser vistas y mutuamente resueltas a respetarse y a no promover empujones. Hacían cola las señoras aguardando su turno, empavesadas y solemnes, con mucha mantilla de blonda, mucho devocionario de canto dorado, mucho rosario de oro y nácar, las madres vestidas de seda negra, las niñas casaderas, de colorines vistosos. Al llegar a los postigos que más allá del pórtico daban entrada a la nave, había crujidos de enaguas almidonadas, blandos empujones, codazos suaves, respiración agitada de damas obesas, cruces de rosarios que se enganchaban en un encaje o en un fleco, frases de miel con su poco de vinagre, como--ay, usted dispense.... A mí me empujan, señora, por eso yo.... No tire usted así,

que se romperá el  
adorno.... Perdone usted.

Deslizose Amparo entre el grupo de la buena sociedad marinera, y se introdujo en el templo. Hacia el presbiterio se colocaban las señoritas, arrodilladas con estudio, a fin de no arrugarse los trapos de cristianar, y como tenían la cabeza baja, veíanse blanquear sus nuca, y alguna estrecha suela de elegante botita remangaba los pliegues de las faldas de seda. El centro de la nave lo ocupaba el piquete y la banda de música militar, en correcta formación. A ambos lados, filas de hombres, que miraban al techo o a las capillas laterales, como si no supiesen qué hacer de los ojos. De pronto lució en el altar mayor la vislumbre de oro y colores de una casulla de tisú; quedó el concurso en mayor silencio; las damas abrieron sus libros con las enguantadas manos, y a un tiempo murmuró el sacerdote \_Introito\_ y rompió en sonoro acorde la charanga, haciendo oír las profanas notas de \_Traviatta\_, cabalmente los compases ardientes y febriles del dúo erótico del primer acto. El son vibrante de los metales añadía intensidad al canto, que, elevándose amplio y nutrido hasta la bóveda, bajaba después a extenderse, contenido, pero brioso, por la nave y el crucero, para cesar, de repente, al alzarse la hostia; cuando esto sucedió, la marcha real, poderosa y magnífica, brotó de los marciales instrumentos, sin que a intervalos dejase de escucharse en el altar el misterioso repiqueteo de la campanilla del

acólito.

A la salida, repetición del desfile: junto a la pila se situaron tres o cuatro de los que ya no se llamaban dandys ni todavía gomosos, sino pollos y gallos, haciendo ademán de humedecer los dedos en agua bendita, y tendiéndolos bien enjutos a las damiselas para conseguir un fugaz contacto de guantes vigilado por el ojo avizor de las mamás. Una vez en el pórtico, era lícito levantar la cabeza, mirar a todos lados, sonreír, componerse furtivamente la mantilla, buscar un rostro conocido y devolver un saludo. Tras el deber, el placer; ahora la selecta multitud se dirigía al paseo, convidada de la música y de la alegría de un benigno domingo de marzo, en que el sol sembraba la regocijada atmósfera de átomos de oro y tibios efluvios primaverales. Amparo se dejó llevar por la corriente y presto vino a encontrarse en el paseo.

No tenía entonces Marineda el parque inglés que, andando el tiempo, hermoseó su recinto: y las Filas, donde se daban vueltas durante las mañanas de invierno y las tardes de verano, eran una estrecha avenida, pavimentada de piedra, de una parte guarnecida por alta hilera de casas, de otra por una serie de bancos que coronaban toscas estatuas alegóricas de las Estaciones, de las Virtudes, mutiladas y privadas de manos y narices por la travesura de los muchachos. Sombreaban los asientos acacias de tronco enteco, de clorótico follaje (cua

ndo Dios se lo daba);  
sepultadas entre piedras por todos lados, como prisionero en torre feudal. A la sazón carecían de hojas, pero la caricia abrasadora del sol impelía a la savia a subir, a las yemas a hincharse. Las desnudas ramas se recortaban sobre el limpio matiz del firmamento, y a lo lejos el mar, de un azul metálico, como pavonado, reposaba, viéndose inmóviles las jarcias y arboladura de los buques surtos en la bahía, y quietos hasta los impacientes gallardetes de los mástiles. Ni un soplo de brisa, ni nada que desdijese de la apacibilidad profunda y soñolienta del ambiente.

Caído el pañuelo y recibiendo a plomo el sol en la mollera, miraba Amparo con gran interés el espectáculo que el paseo presentaba. Señoras y caballeros giraban en el corto trecho de \_las Filas\_, a paso lento y acompasado, guardando escrupulosamente la derecha. La implacable claridad solar azuleaba el paño negro de las relucientes levitas, suavizaba los fuertes colores de las sedas, descubría las menores imperfecciones de los cutis, el salseo de los guantes, el sitio de las antiguas puntadas en la ropa reformada ya. No era difícil conocer al primer golpe de vista a las notabilidades de la ciudad: una fila de altos sombreros de felpa, de bastones de roten o concha con puño de oro, de gabanes de castor, todo puesto en caballeros pro vectos y seriotos, revelaba claramente a las autoridades, regente, mag



istrados, segundo  
cabo, gobernador civil; seis o siete pantalones gris perla, pares de  
guantes claros y flamantes corbatas denunciaban a la  
dorada juventud;  
unas cuantas sombrillas de raso, un ramillete de vestidos que  
trascendían de mil leguas a importación madrileña,  
indicaban a las  
dueñas del cetro de la moda. Las gentes pasaban, y  
volvían a pasar, y  
estaban pasando continuamente, y a cada vuelta se renovaba la misma  
profesión por el mismo orden.

Un grupo de oficiales de Infantería y Caballería ocupaba un banco  
entero, y el sol parecía concentrarse allí, atraído por el resplandor de  
los galones y estrellas de oro, por los pantalones rojo vivo, por el  
relampagueo de las vainas de sable y el hule reluciente del casco de los  
roses. Los oficiales, gente de buen humor y jóvenes casi todos, reían,  
charlaban y hasta jugaban con un enjambre de elegantes niñas, que ni la  
mayor sumaría doce años, ni la menor bajaba de tres. Tenían a las más  
pequeñas sentadas en las rodillas, mientras las otras, de pie y con unos  
atisbos de timidez y pudor femenino, no osaban acercarse mucho al banco,  
haciendo como que platicaban entre sí, cuando realmente sólo atendían a  
la conversación de los militares. Al otro extremo del paseo se oyó  
entonces un grito conocidísimo de la chiquillería.

--Barquilleeeeé....

--Batilos... a mí batilos, chilló al oírlo una rubi

lla carrilluda, que  
cabalgaba en la pierna izquierda de un capitán de i  
nfantería portador de  
formidables mostachos.

--Nisita, no seas fastidiosa: te llevo a mamá--amon  
estó una de las  
mayores, con gravedad imponente.

--Pué teo batilos, batiillos--berreó descompasadame  
nte la rubia,  
colorada como un pavo y apretando sus puñitos.

--Tiene usted razón, señorita, díjole risueño un al  
férez de linda y  
adamada figura, al ver que el angelito pateaba y ha  
cía pucheros para  
romper a llorar. Espérese usted, que habrá barquill  
os. Llamaremos a ese  
digno funcionario.... Ya viene hacia acá. Usted, Bo  
rrén--añadió  
dirigiéndose al capitán...-- , ¿quiere usted darle u  
na voz?

--¡Eh... chss! ¡Barquilleeeeeró!--gritó el capitán m  
ostachudo, sin notar  
que el círculo de las grandecitas se reía de su ron  
quera crónica. No  
obstante la cual, el señor Rosendo le oyó, y se ace  
rcaba, derrengado con  
el peso de la caja, que depositó en el suelo delant  
e del grupo. Se  
oyeron como píos y aleteos, el ruido de una canarie  
ra cuando le ponen  
alpiste, y las chiquillas corrieron a rodear el tub  
o, mientras las  
grandes se hacían las desdeñosas, cual si las humil  
lase la idea de que a  
su edad las convidaran a barquillos. Inclínada la r  
ubia pedigüña sobre  
la especie de ruleta que coronaba la caja de hojala  
ta, impulsaba con su

dedito la aguja, chillando de regocijo cuando se de  
tenía en un número,  
ya ganase, ya perdiese. Su júbilo rayó en paroxismo  
al momento que,  
tendiendo la mano abierta, encima de cada dedo fue  
el señor Rosendo  
calzándole una torre de barquillos: quedose extasia  
da mirándolos, sin  
atreverse a abrir la boca para comérselos.

Estando en esto, el alférez volvió casualmente la c  
abeza y divisó del  
otro lado de los bancos un rostro de niña pobre que  
devoraba con los  
ojos la reunión. Figurose que sería por apetito de  
barquillos, y le hizo  
una seña, con ánimo de regalarle algunos. La muchac  
ha se acercó,  
fascinada por el brillo de la sociedad alegre y juv  
enil; pero al  
entender que la brindaban con tomar parte en el ban  
quete, encogiose de  
hombros y movió negativamente la cabeza.

--Bien harta estoy de ellos--pronunció con desdén.

--Es la hija--explicó sin manifestar sorpresa el ba  
rquillero, que  
embolsaba la calderilla y bajaba el hombro para ceñ  
irse otra vez la  
correa.

--Por lo visto, eres la señorita de Rosendez--murmuró el alférez en son  
de broma--. Vamos, Borrén, usted que es animado, dí  
gale algo a esta  
pollita.

El de los mostachos consideraba a la recién venida  
atentamente, como un  
arqueólogo miraría un ánfora acabada de encontrar e  
n una excavación. A

las palabras del alférez contestó con ronco acento:

--Pues vaya si le diré, hombre. Si estoy reparando esta chica, y es de lo mejorcito que pasea por Marineda. Es decir, por ahora está sin formar, ¿eh?--y el capitán abría y cerraba las dos manos como dibujando en el aire unos contornos femeniles--. Pero yo no necesito verlas cuando se completan, hombre; yo las huelo antes, amigo Baltasar. Soy perro viejo, ¿eh? Dentro de un par de años...--y Borrén hizo otro gesto expresivo cual si se relamiese.

Miraba el alférez a la muchacha, y admirábase de las predicciones de Borrén: es verdad que había ojos grandes, pobladas pestañas, dientes como gotas de leche; pero la tez era cetrina, el pelo embrollado semejaba un felpudo, y el cuerpo y traje competían en desaliño y poca gracia. Con todo, por seguir la broma, hizo el alférez que asentía a la opinión del capitán, y pronunció:

--Digo lo que el amigo Borrén: esta pollita nos va a dar muchos disgustos.... Los oficiales se echaron a reír, y Amparo a su vez se fijó en el que hablaba, sin comprender al pronto sus frases.

--Cosas de Borrén.... Ese Borrén es célebre--exclamaron con algazara los militares, a quienes no parecía ningún prodigio la chiquilla.

--Repáren ustedes, señores--siguió el alférez--; la

chica es una perla;  
dentro de dos años nos mareará a todos. ¿Qué dices  
tú a eso, señorita de  
Rosendez? Por de pronto, a mí me ha desairado no ac  
eptando mis  
barquillos.... Mira, te convido a lo que quieras, a  
dulces, a jerez...  
pero con una condición.

Amparo enrollaba las puntas del pañuelo sin dejar d  
e mirar de reojo a su  
interlocutor. No era lerda, y recelaba que se estuv  
iesen burlando; sin  
embargo, le agradaba oír aquella voz y mirar aquel  
uniforme refulgente.

--¿Aceptas la condición? Lo dicho, te convido... pe  
ro tienes que darme  
algo tú también: me darás un beso.

Soltaron la carcajada los oficiales, ni más ni meno  
s que si el alférez  
hubiese proferido alguna notable agudeza; las niñas  
grandecitas se  
volvieron haciendo que no oían, y Amparo, que tenía  
sus pupilas oscuras  
clavadas en el rostro del mancebo, las bajó de pron  
to, quiso disparar  
una callejera fresca, sintió que la voz se le atasc  
aba en la laringe, se  
encendió en rubor desde la frente hasta la barba, y  
echó a correr como  
alma que lleva el diablo.

-IV-

Que los tenga muy felices

Se ha mudado la decoración; ha pasado casi un año;  
corre el mes de  
enero. No llueve; el cielo está aborregado de nubes  
lúvidas que  
presagian tormenta, y el viento costeno, redondo, g  
iratorio como los  
ciclones, arremolina el polvo, los fragmentos de pa  
pel, los residuos de  
toda especie que deja la vida diaria en las calles  
de una ciudad. Parece  
como si se hubiesen asociado vendaval y cierzo: aqu  
el para aullar,  
soplar, mugir; este para herir los semblantes con f  
inísimos picotazos de  
aguja, colgar gotitas de fluxión en las fosas nasal  
es, azulear las  
mejillas y enrojecer los párpados. En verdad que co  
n semejante tiempo  
los Santos Reyes, que caballeros en sus dromedarios  
venían desde el  
misterioso país de la luz, atravesando la Palestina  
, a saludar al Niño,  
debieron notar que se les helaban las manos, llenas  
de incienso y mirra,  
y subir más que a paso la esclavina de aquellas dul  
letas de armiño y  
púrpura con que los representan los pintores. A fal  
ta de esclavina, los  
marinedinos alzaban cuanto podían el cuello del gab  
án o el embozo de la  
capa. Es que el viento era frío de veras, y sobre t  
odo, incómodo;  
costaba un triunfo pelear con él. Entrábase por las  
bocacalles,  
impetuoso y arrollador, bufando y barriendo a las g  
entes, a manera de  
fuelle gigantesco. En el páramo de Solares, que sep  
ara el barrio de  
Arriba del de Abajo, pasaban lances cómicos: capas  
que se enrollaban en  
las piernas y no dejaban andar a sus dueños; enagua  
s almidonadas que se

volvían hacia arriba con fieros estallidos; aguador  
es que no podían con  
la cuba, curiales a quienes una ráfaga arrebatava y  
dispersaba el  
protocolo, señoritos que corrían diez minutos tras  
de una chistera  
fugitiva, que, al fin, franqueando de un brinco el  
parapeto del muelle,  
desaparecía entre las agitadas olas.... Hasta los e  
dificios tomaban  
parte en la batalla: aullaban los canalones, las fa  
llebas de las  
ventanas temblequeaban, retemblaban los cristales d  
e las galerías,  
coreando el dúo de bajos, profundo, amenazador y te  
meroso, entonado por  
los dos mares, el de la bahía y el del Varadero. Ta  
mpoco estaban ellos  
para bromas.

En cambio, celebrábase gran fiesta en una casa de r  
icos comerciantes del  
barrio de Abajo, la de \_Sobrado Hermanos\_. Era el s  
anto de Baltasar,  
único vástago masculino del tronco de los Sobrados,  
y cuando más  
diabluras hacía fuera el viento, circulaban en el c  
omedor los postres de  
una pesada comida de provincia, en que el gusto no  
había enmendado la  
abundancia. Sucediéranse, plato tras plato, los ceb  
ados capones, manidos  
y con amarilla grasa; el pavo relleno; el jamón en  
dulce con costra de  
azúcar tostado; las natillas, con arabescos de cane  
la, y la tarta, el  
indispensable ramillete de los días de días, con su  
s cimientos de  
almendra, sus torres de piñonate, sus cresterías de  
caramelo y su  
angelote de almidón ejecutando una pirueta con las  
alas tendidas. Ya se

aburrían los grandes de estar en la mesa; no así los niños. Ni a tres tirones se levantarían ellos, cabalmente en el feliz instante en que era lícito tirarse confites, comer con los dedos, hacer, de puro ahítos, mil porquerías y comistrajos con su ración. Todo el mundo les dejaba alborotar; era el momento de la desbandada; se habían pronunciado brindis y contado anécdotas con mayor o menor donaire; pero ya nadie tenía ánimos para sostener la conversación, y el Sobrado tío, que era grueso y abotargado, se abanicaba con la servilleta. Levantó la sesión el ama de casa, doña Dolores, diciendo que el café estaba prevenido en la sala de recibir.

En esta se habían prodigado las luces: dos bujías a los lados del piano vertical; sobre la consola, en los candelabros de zinc, otras cuatro de estearina rosa, acanaladas; en el velador central, entre los \_albums\_ y estereóscopos, un gran quinqué con pantalla de papel picado. Iluminación completa. ¡Es que por Baltasar echaban gustosos los Sobrados la casa por la ventana, y más ahora que lo veían de uniforme, tan lindo y galán mozo! A la fiesta habían sido convidados todos los íntimos: Borrén, otro alférez llamado Palacios, la viuda de García y sus niñas, de las cuales la menor era Nisita, la rubia de los barquillos, y por último, la maestra de piano de las hermanas de Baltasar. La velada se organizó, mejor dicho, se desordenó gratamente en la sala: cada cual tomó el café



donde mejor le plugo: doña Dolores y su cuñado, que resoplaba como una foca, se apoderaron del sofá para entablar una conferencia sobre negocios. Sobrado el padre fumaba un puro del estanco, obsequio de Borrén, y saboreaba su café, aprovechando hasta el del platillo. La niña mayor de García, Josefina, se sentó al piano, después de muy rogada, y tras mil repulgos dio principio a una fantasía sobre motivos de Bellini; Baltasar se colocó a su lado para volver las hojas, mientras sus hermanas gozaban con las gracias de Nisita, que roía a un trozo de piñonate: manos, hocico y narices, todo lo tenía empeguntado de almíbar moreno.

--¡Estás bonita!--exclamaba Lola, la mayor de Sobrado--. ¡Puerca, babada, te quedarás sin dientes!

--No me impies--chillaba el angelito--; no me impies... voy a chucharme ota ves.--Y sacaba de la faltriquera un adarve del castillo de la tarta.

--¿Ha visto usted qué día?--preguntaba Borrén a la viuda de García, que bien quisiera dejar de serlo--. Una garita ha derribado el viento; por más señas que cayó sobre el centinela, ¿eh?, y a poco le mata. Y usted, ¿cómo se vino desde su casa?

--¡Jesús... puede usted figurarse! Con mil apuros... Yo no sé cómo me arreglé para sujetar la ropa... y así todo....

--¡Quién estuviera allí! Ya conozco yo alguno....

--¡Jesús... no sé para qué!

--Para admirar un pie tan lindo... y para darle el brazo, ¡hombre!, a fin de que el viento no se la llevase.

Juzgó la viuda que aquí convenía fingirse distraída, y cogió el estereóscopo, mirando por él la fachada de las Tullerías. Del piano saltó entonces un \_allegro vivace\_, con muchas octavas, y el tecleo cubrió las voces... sólo se oyeron fragmentos del diálogo que sostenían la agria voz de doña Dolores y la voz becerril de su cuñado.

--La fábrica, bien... de capa caída... las hipotecas... al ocho.... Liquidaron con el socio... la competencia....

--Josefina--gritó la viuda a la pianista--¿qué haces, niña? ¿No te encargó doña Hermitas que pusieses el pedal en ese pasaje?

--Y lo pone--intervino la maestra de piano--; pero debía ser desde el compás anterior.... A ver, quiere usted repetir desde ahí... sol-la-do, la-do....

--¡Lo hace hoy.... Jesús, qué mal! ¡Por lo mismo que hay gente!--murmuró la madre--. Cuando está sola, aunque embrolle....

--Pues yo bien vuelvo las hojas; en mí no consiste--dijo risueño Baltasar--. Y debe usted esmerarse, pollita, que estoy de días, y Palacios la oye a usted boquiabierto y entusiasmado

.

--¡Bueno!--gritó la mujercita de trece años, suspendiendo de golpe su fantasía--. Me están ustedes cortando... ea, ya no sé poner los dedos. Como no aprendí la pieza de memoria, y este papel no es el mío.... Voy a tocar otra cosa.

Y echando atrás la cabeza y a Baltasar una mirada fugaz, arrancó del teclado los primeros compases de mimosa habanera. La melodía comenzaba soñolienta, perezosa, yámbica; después, de pronto, tenía un impulso de pasión, un nervioso salto; luego tornaba a desmayarse, a caer en la languidez criolla de su ritmo desigual. Y volvía monótona, repitiendo el tema, y la mujercita, que no sabía interpretar la página clásica del maestro italiano, traducía en cambio a maravilla la enervante molición amorosa, los poemas incendiarios que en la habanera se encerraban. Josefina, al tocar, se cimbreaba levemente, cual si bailase, y Baltasar estudiaba con curiosidad aquellos tempranos coquetos, inconscientes casi, todavía candorosos, mientras tarareaba a media voz la letra:

\_Cuando en la noche la blanca luna...\_

Diríase que fuera había aplacado la ventolina, pues los goznes de las ventanas ya no gemían, ni temblaban los vidrios. Mas de improviso se escuchó un derrumbamiento, un fragor como si el cielo se desfondase y

sus cataratas se abriesen de golpe. Lluvia torrencial, que azotó las paredes, que inundó las tejas, que se precipitó por los canalones abajo, estrellándose en las losas de la calle. En la sala hubo un instante de sorpresa; Josefina interrumpió su habanera; Baltasar se aproximó a la ventana; la viuda soltó el estereóscopo, y a Nisita se le cayó de las manos el piñonate. Casi al mismo tiempo otro ruido, que subía del portal, vino a dominar el ya formidable del aguacero; una algarabía, un \_chascarrás\_ desapacible, unas voces cantando destepladamente con acompañamiento de panderos y castañuelas. Saltaron alborotadas las chiquillas, con Nisita a la cabeza.

--Ya están ahí esas holgazanas--dijo ásperamente doña Dolores--. Anda, Lola--añadió dirigiéndose a su hija mayor--: dile a Juana que las eche del portal, que lo ensuciarán.

--Mamá... ¡lloviendo tanto!--suplicó Lola--. ¡Parece no sé qué decirles que se vayan! ¡Se pondrán como sopas! ¿No oye usted que el cielo se hunde?

--¡Es que eres tonta!--pronunció con rabia la madre--. Si las dejas tocar ahí, después no hay remedio sino darles algo a esas perdidas....

--¿Qué importa, mamá?--intervino Baltasar--. Hoy es mi santo.

--Que suban, que suban a cantar los Reyes--gritó un ánime la concurrencia

menor de tres lustros.

--Te uban.... Batasal, te uban, te uban--berreó Nis  
ita cruzando sus  
manos pringosas.

--Que suban, hombre, veremos si son guapas--confirm  
ó Borrén.

Lola de esta vez no necesitó que le reiterasen la o  
rden. Ya estaba  
bajando las escaleras dos a dos.

-V-

Villancico de Reyes

No tardaron en resonar pisadas en el corredor; pisa  
das tímidas y  
brutales a la vez, de pies descalzos o calzados con  
zapatos rudos. Al  
mismo tiempo las panderetas repicaban débilmente y  
las castañuelas se  
entrechocaban bajito como los dientes del que tiene  
miedo.... Doña  
Dolores se incorporó con el entrecejo desapacibleme  
nte fruncido.

--Esa Lola.... ¡Pues no las trae aquí mismo! ¿Por q  
ué no las habrá  
dejado en la antesala? ¡Bonita me van a poner la al  
fombra! ¡A ver si os  
limpiáis las suelas antes de entrar!

Hizo irrupción en la sala la orquesta callejera; pe  
ro al ver las niñas  
pobres la claridad del alumbrado, se detuvieron azo  
radas sin osar

adelantarse. Lola, cogiendo de la mano a la que parecía capitanear el grupo, la trajo casi a la fuerza al centro de la estancia.

--Entra, mujer... que pasen las otras.... A ver si nos cantáis los mejores villancicos que sepáis.

Lo cierto es que la viva luz de las bujías, tan propicia a la hermosura, patentizaba y descubría cruelmente las fealdades de aquella tropa, mostrando los cutis cárdenos, fustigados por el cierzo; las ropas ajadas y humildes, de colores desteñidos; la descalcez y flocura de pies y piernas, todo el mísero pergenio de las cantoras. Entre estas las había de muy diversas edades, desde la directora, una ágil morenilla de catorce, hasta un rapaz de dos años y medio, todo muerto de vergüenza y temor, y un mamón de cinco meses, que por supuesto venía en brazos.

--¡Hombre!--exclamó Borrén al ver a la morena.

--¡Pues si es la chiquilla del barquillero! Somos conocidos antiguos, ¿eh?

--Sí, señor...--contestó ella intrépidamente--. La misma. Y yo le conocí a usted también. Es usted el que estaba en \_las Filas\_ el año pasado un día de fiesta.

Como para los pobres suele no haber estaciones, Amparo tenía el mismo traje de tartán, pero muy deteriorado, y una toquilla de estambre rojo

era la única prenda que indicaba el tránsito de la primavera al invierno. A despecho de tan mezquino atavío, no sé qué flor de adolescencia empezaba a lucir en su persona; el moreno de su piel era más claro y fino, sus ojos negros resplandecían.

--¿Qué tal, eh?--murmuró Borrén volviéndose hacia Baltasar y Palacios--. Esto empieza a picar como las guindillas.... Miren ustedes para aquí.

Y tomado un candelero lo acercó al rostro de la muchacha. Como Baltasar se había aproximado, sus pupilas se encontraron con las de Amparo, y esta vio una fisonomía delicada, casi femenil, de efembo; un bigotillo blondo incipiente, unos ojos entre verdosos y garzos que la registraban con indiferencia. Acordose, y sintió que se le arrebatada la sangre a las mejillas.

--El señorito del paseo--balbució--. También me acuerdo de usted.

--Y yo de ti, niña bonita--respondió él, por decir algo.

--¿Quiere usted poner el candelero en su sitio, Borrén?--interpeló Josefina con voz aguda--. Me ha manchado usted todo el traje.

--¡Mire usted qué graciosa es esta, hombre!--advirtió Borrén señalando a Carmela la encajera, que tenía los ojos bajos--. Algo descolorida... pero graciosa.

--¡Calle!--dijo la viuda de García...--. ¿Tú por aquí? Me llevarás mañana un pañuelo imitando Cluny....

--¡La de las puntillas!--exclamó doña Dolores--. ¡Buena pieza! Ahora las hacéis muy mal, tú y tu tía.... Ponéis hilo muy gordo.

--¡Se ve tan poco... los días son tan cortos! Y tiene una las manos frías; en hacer una cuarta de puntilla se va una mañana. Casi, descontando lo que nos cuesta el hilo, no sacamos para arrimar el puchero a la lumbre....

Entre tanto Nisita se iba abriendo camino al través de piernas y sillas, hasta acercarse a la niña de ocho años que llevaba en brazos al rorro.

--Un tiquito... un tiquito--gritaba la rubilla mirándole compadecida y embelesada--. Ámelo.

--No podrás con él--respondía desdeñosamente la niña era.

--Le oy teta--argüía Nisita haciendo el ademán correspondiente al ofrecimiento.

--¿Quién os enseñó a cantar?--preguntó a la encajer a la viuda de García.

--Enseñar, nadie.... Nos reunimos nosotras. Tenemos un libro de versos.

--¿Y andáis por ahí divirtiándoos?

--Divertir, no nos divertimos... hace frío--contest



ó Carmela con su voz  
cansada y dulce--. Es por llevar unos cuantos reales  
a la casa.

--¡Mamá, Osepina, Loló!--vociferaba la rubilla--. Un  
tiquito, un niño  
Quetús. Mía, mía.

Todos se volvieron y divisaron a la infeliz oruga humana,  
envuelta en un  
mantón viejísimo, con una gorra de lana morada, que  
aumentaba el tono de  
cera de su menuda faz, arrugada y marchita como la  
de un anciano por  
culpa de la mala alimentación y del desaseo. Sus ojos  
negros, muy  
abiertos, miraban en derredor con vago asombro, y de  
sus labios fluía un  
hilo de baba. La viuda de García, que era bonachona  
, lanzó una  
exclamación que corearon las niñas de Sobrado.

--¡Jesús... angelito de Dios... tan pequeño, por esas  
calles y con este  
día! ¿Pero qué hace su madre?

--Mi madre tiene tienda en la calle del Castillo...  
. Somos siete con  
este, y yo soy la mayor...--alegó a guisa de disculpa  
la que llevaba la  
criatura.

--¡Jesús!... ¿Pero cómo hacéis para que no lllore? ¿  
Y si tiene hambre?

--Le meto la punta del pañuelo en la boca para que  
chupe.... Es muy  
listito, ya se entretiene mucho.

Riéronse las niñas, y Lola tomó al nene en brazos.

--¡Qué ligero!--pronunció--. ¡Si pesa más la muñeca

grande de Nisita!

Pasó de mano en mano el leve fardo, hasta llegar a Josefina, que lo devolvió a la portadora muy deprisa, declarando que olía mal.

--No ven el agua ni una vez en el año--decía confidencialmente a su cuñado doña Dolores--y salen más fuertes que los nuestros. Yo, matándome, y sin poder conseguir que esa Lola se robustezca. Amparo observaba la sala, el piano de reluciente barniz, el menguado espejo, las conchas de Filipinas y aves disecadas que adornaban la consola, el juego de café con filete dorado, los trajes de las de García, el grupo imponente del sofá, y todo le parecía bello, ostentoso y distinguido, y sentíase como en su elemento, sin pizca ya de corteidad ni extrañeza.

--¿Y tú, qué haces, señorita de Rosendez?--interrogó Baltasar--. ¿Andar de calle en calle canturreando? Bonito oficio, chica; me parece a mí que tú....

--¿Y qué quiere que haga?--replicó ella.

--Encajes, como tu amiguita.

--¡Ay!, no me aprendieron.

--¿Pues qué te aprendieron, hija? ¿Coser?

--¡Bah! Tampoco. Así, unas puntaditas....

--¿Pues qué sabes tú? ¿Robar los corazones?

--Sé leer muy bien y escribir regular. Fui a la escuela, y decía el maestro que no había otra como yo. Le leo todos los días \_La Soberanía Nacional\_ al barbero de enfrente.

--Pusiste una pica en Flandes. ¿No sabes más?

--Liar puros.

--¡Hola! ¿Eres cigarrera?

--Fue mi madre.

--Y tú, ¿por qué no?

--No tengo quien me meta en la Fábrica.... Hacen falta empeños.

--Pues mira este señor puede recomendarte casualmente.... Oiga usted. Borrén, ¿no es usted primo del contador de la Fábrica? Diga usted.

--¡Hombre! es cierto. Del contador no, pero de su señora.... Es murciana, somos hijos de primos hermanos.

--¡Magnífico! Dile tu nombre y tus señas, chica.

--Sí, hija... se hará lo posible, ¿eh? Por servir a una morena tan sandunguera.... Vas a valer más pesetas con el tiempo.... Hombre, ¿no repara usted Baltasar, lo que ganó desde el año pasado?

--Mucho más guapa está--declaró Baltasar.

--¿Pero estas chiquillas no cantan?--interrumpió con dureza Josefina García--. ¿Han venido aquí a hacernos tertulia? Par

a eso, que se  
larguen. No se ganan los cuartos charlando.

--¡A cantar!--contestaron resignadamente todas; y a  
l punto redoblaron  
las castañuelas, repiquetearon los panderos, rechin  
aron las conchas,  
exhaló su estridente nota el triángulo de hierro, y  
diez voces mal  
concertadas entonaron un villancico:

\_Los pastores en Belén\_  
\_Todos a juntar en leña\_  
\_Para calentar al Niño\_  
\_Que nació en la Noche-Buena...\_

Y al llegar al estribillo:

\_Toquen, toquen rabeles y gaitas,\_  
\_Panderetas, tambores y flautas...\_

se armó un estrépito de dos mil diablos: chillaban  
y tocaban a la vez,  
con ambas manos, y aun hiriendo con los pies el sue  
lo. Hasta el rorro,  
asustado por la bulla o desentumecido por el calor  
y vuelto a la  
conciencia de su hambre, se resolvió a tomar parte  
en el concierto. Las  
niñas de Sobrado y García, locas de regocijo, se as  
ieron de las manos, y  
empezaron a bailar en rueda, con las trenzas flotan  
tes y volanderas las  
enaguas. Nisita, igualitaria como nadie, cogió el p  
arvulillo de dos años  
y lo metió en el corro, donde la pobre criatura hub  
o de danzar mal de su  
grado, soltando a cada paso sus holgadas babuchas.  
Borrén, por hacer  
algo, jaleó a las bailadoras. Aprovechando un momen  
to de confusión, Lola  
se escurrió y volvió trayendo en la falda del vesti

do una mescolanza de  
naranjas, trozos de piñonate, almendras, bizcochos,  
pasas, galletas,  
relieves de la mesa amontonados a escape, que comen-  
zó a distribuir con  
largueza y garbo. Doña Dolores saltó hecha una furi-  
a.

--Esta chiquilla está loca..., me desperdicia todo.  
.. cosas finas... ¡y  
para quién, vean ustedes!... ¡Con una taza de caldo  
que les diesen!...  
¡Y el vestido... el vestido azul estropeado!

Diciendo lo cual, se aproximó disimuladamente a Lol-  
a y le apretó con ira  
el brazo. Baltasar intercedió una vez más: era su s-  
anto, un día en el  
año. Sobrado padre tartamudeó también disculpas de  
su hija, a quien  
quería entrañablemente; y Borrén, siempre obsequios-  
o, acabó de repartir  
las golosinas. Carmela la encajera y Amparo rehusar-  
on con dignidad su  
parte; pero la chiquillería despachó su ración atra-  
gantándose, en las  
mismas barbas de doña Dolores, que consumó la venga-  
nza dando por  
terminados los villancicos y poniendo en la escaler-  
a a músicos y  
danzantes.

-VI-

Cigarros puros

Hizo Borrén, la recomendación a su prima, que se la  
hizo al contador,

que se la hizo al jefe, y Amparo fue admitida en la Fábrica de cigarros.

El día en que recogió el nombramiento hubo en casa del barquillero la fiesta acostumbrada en casos semejantes, fiesta no inferior a la que celebrarían si se casase la muchacha. Hizo la madre decir una misa a Nuestra Señora del Amparo, patrona de las cigarrera; y por la tarde fueron convidados a un asiático festín el barbero de enfrente, Carmela, su tía, y la señora Porreta la comadrona: hubo empanada de sardina, bacalao, vino de Castilla, anís y caña a discreción, rosoli, una enorme fuente de papas de arroz con leche.

Privado de la ayuda de Amparo, el barquillero había tomado un aprendiz, hijo de una lavandera de las cercanías. Jacinto, o \_Chinto\_, tenía facciones abultadas e irregulares, piel de un moreno terroso, ojos pequeños y a flor de cara: en resumen, la fealdad tosca de un villano feudal. Sirvió a la mesa, escanció, y fue la diversión de los comensales, por sus largas melenas, semejantes a un ruedo, que le comían la frente; por su faja de lana, que le embastecía la ya no muy quebrada cintura; por su andar torpe y desmañado, análogo al de un moscardón cuando tiene las patas untadas de almíbar; por su puro dialecto de las Rías Saladas, que provocaba la hilaridad de aquella urbana reunión. El barbero, que era \_leído, escrito\_ y muy redicho; la encajera, que la daba de fina, y la comadrona, que gastaba unos chistes del tamaño de su

panza, compitieron en donaire burlándose de la rusticidad del mozo.

Amparo ni lo miró, tan ridículo le había parecido la víspera cuando

entró llorando, trayéndolo medio arrastro su madre:

Carmela fue la única que le habló humanamente, y le dijo el nombre de dos o tres cosas, que

él preguntaba sin lograr más respuesta que bromas y embustes. Así que

todos manducaron a su sabor, echaron las sobras revueltas en un plato,

como para un perro, y se las dieron al paisanillo, que se acostó ahíto,

roncando formidablemente hasta el otro día.

Amparo madrugó para asistir a la Fábrica. Caminaba a buen paso, ligera y

contenta como el que va a tomar posesión del solar paterno. Al subir la

cuesta de San Hilario, sus ojos se fijaban en el mar, sereno y franjeado

de tintas de ópalo, mientras pensaba en que iba a ganar bastante desde

el primer día, en que casi no tendría aprendizaje, porque al fin los

puros la conocían, su madre le había enseñado a envolverlos, poseía los

heredados chismes del oficio, y no le arredraba la tarea. Discurriendo

así, cruzó la calzada y se halló en el patio de la Fábrica, la vieja

\_Granera\_. Embargó a la muchacha un sentimiento de respeto. La magnitud

del edificio compensaba su vetustez y lo poco airosos de su traza; y para

Amparo, acostumbrada a venerar la Fábrica desde sus tiernos años,

poseían aquellas murallas una aureola de majestad, y habitaba en su

recinto un poder misterioso, el Estado, con el cual sin duda era ocioso

luchar, un poder que exigía obediencia ciega, que a todas partes alcanzaba y dominaba a todos. El adolescente que por vez primera huella las aulas experimenta algo parecido a lo que sentía Amparo.

Pudo tanto en ella este temor religioso, que apenas vio quién la recibía, ni quién la llevaba a su puesto en el taller. Casi temblaba al sentarse en la silla que le adjudicaron. En derredor suyo, las operarias alzaban la cabeza, ojos curiosos y benévulos se fijaban en la novicia. La maestra del partido estaba ya a su lado, entregándole con solicitud el tabaco, acomodando los chismes, explicándole detenidamente cómo había de arreglarse para empezar. Y Amparo, en un arranque de orgullo, atajaba a las explicaciones con un «ya sé cómo» que la hizo blanco de miradas. Sonrióse la maestra y le dejó liar un puro, lo cual ejecutó con bastante soltura; pero al presentarlo acabado, la maestra lo tomó y oprimió entre el pulgar y el índice, desfigurándose el cigarro al punto.

--Lo que es saber, como lo material de saber, sabrás...--dijo alzando las cejas--. Pero si no despabilas más los dedos... y si no le das más hechurita.... Que así, parece un espanta-pájaros.

--Bueno--murmuró la novicia confusa--: nadie nace aprendido.

--Con la práctica...--declaró la maestra sentenciosamente, mientras se preparaba a unir el ejemplo a la enseñanza--. Mira,



así... a modito....

No valía apresurarse. Primero era preciso extender con sumo cuidado, encima de la tabla de liar, la envoltura exterior, la epidermis del cigarro, y cortarla con el cuchillo trazando una curva de quince milímetros de inclinación sobre el centro de la hoja para que ciñese exactamente el cigarro; y esta capa requería una hoja seca, ancha y fina, de lo más selecto: así como la dermis del cigarro, el \_capillo\_, ya la admitía de inferior calidad, lo propio que la tripa o cañizo. Pero lo más esencial y difícil era rematar el puro, hacerle la punta con un hábil giro de la yema del pulgar y una espátula mojada en líquida goma, cercenándole después el rabo de un tijeretazo veloz. La punta aguda, el cuerpo algo oblongo, la capa liada en elegante espiral, la tripa no tan apretada que no deje respirar el humo ni tan floja que el cigarro se arrugue al secarse, tales son las condiciones de una buena tagarnina. Amparo se obstinó todo el día en fabricarla, tardando muchísimo en elaborar algunas, cada vez más contrahechas, y estropeando malamente la hoja. Sus vecinas de mesa le daban consejos oficiosos: había discordia de pareceres: las viejas le encomendaban que cortase la capa más ancha, porque sale el cigarro mejor formado y porque «así lo habían hecho ellas toda la vida»; y las jóvenes, que más estrecha, que se enrolla más pronto. Al salir de la Fábrica, le dolía a Amparo la nuca, el espinazo,

el pulpejo de los dedos.

Poco a poco fue habituándose y adquiriendo destreza . Lo peor era que la afligía la nostalgia de la calle, no acertando a hacerse a la prolija jornada de trabajo sedentario. Para Amparo la calle era la patria, el paraíso terrenal. La calle le brindaba mil distracciones, de balde todas. Nadie le vedaba creer que eran suyos los lujosos escaparates de las tiendas, los tentadores de las confiterías, las redomas de color de las boticas, los pintorescos tinglados de la plaza; que para ella tocaban las murgas, los organillos, la música militar en los paseos, misas y serenatas; que por ella se revistaba la tropa y salía precedido de sus maceros con blancas pelucas el Excelentísimo Ayuntamiento. ¿Quién mejor que ella gozaba del aparato de las procesiones, del suelo sembrado de espadaña, del palio majestuoso, de los santos que se tambalean en las andas, de la Custodia cubierta de flores, de la hermosa Virgen con manto azul sembrado de lentejuelas? ¿Quién lograba ver más de cerca al capitán general portador del estandarte, a los señores que alumbraban, a los oficiales que marcaban el paso en cadencia? Pues, ¿y en Carnaval? Las mascaradas caprichosas, los confites arrojados de la calle a los balcones, y viceversa, el entierro de la sardina, los cucuruchos de dulce de la piñata, todo lo disfrutaba la hija de la calle. Si un personaje ilustre pasaba por Marineda, a Amparo pertenecía durante el

tiempo de su residencia: a fuerza de empujones la chiquilla se colocaba al lado del infante, del ministro, del hombre célebre; se arrimaba al estribo de su coche, respiraba su aliento, inventaba sus dichos y hechos.

¡La calle! ¡Espectáculo siempre variado y nuevo, siempre concurrido, siempre abierto y franco! No había cosa más adecuada al temperamento de Amparo, tan amiga del ruido, de la concurrencia, tan bullanguera, meridional y extremosa, tan amante de lo que relumbra. Además, como sus pulmones estaban educados en la gimnasia del aire libre, se deja entender la opresión que experimentarían en los primeros tiempos de cautiverio en los talleres, donde la atmósfera estaba saturada del olor ingrato y herbáceo del Virginia humedecido y de la hoja medio verde, mezclado con las emanaciones de tanto cuerpo humano y con el fétido vaho de las letrinas próximas. Por otra parte, el aspecto de aquellas grandes salas de cigarros comunes era para entristecer el ánimo. Vastas estanterías de madera ennegrecida por el uso, colocadas en el centro de la estancia, parecían hileras de nichos. Entre las operarias, alineadas a un lado y a otro, había sin duda algunos rostros jóvenes y lindos; pero así como en una menestra se destaca la legumbre que más abunda, en tan enorme ensalada femenina no se distinguían al pronto sino greñas incultas, rostros arados por la vejez o curtidos por el trabajo, manos

nudosas como ramas de árbol seco.

El colorido de los semblantes, el de las ropas y el de la decoración se armonizaba y fundía en un tono general de madera y tierra, tono a la vez crudo y apagado, combinación del castaño mate de la hoja, del amarillo sucio de la vena, del dudoso matiz de los serones de esparto, de la problemática blancura de las enyesadas paredes, y de los tintes sordos, mortecinos al par que discordantes, de los pañuelos de cotonía, las sayas de percal, los casacos de paño, los mantones de lana y los paraguas de algodón. Amparo se parecía por los colores vivos y fuertes, hasta el extremo de pasarse a veces una hora delante de algún escaparate contemplando una pieza de seda roja: así es que los primeros días, el taller con su colorido bajo le infundía ganas de morir. Pero no tardó en encariñarse con la Fábrica, en sentir ese orgullo y apego inexplicables que infunde la colectividad y la asociación, la fraternidad del trabajo. Fue conociendo los semblantes que la rodeaban, tomándose interés por algunas operarias, señaladamente por una madre y una hija que se sentaban a su lado. Medio ciega ya y muy temblona de manos, la madre no podía hacer más que \_niños\_, o sea la envoltura del cigarro; la hija se encargaba de las puntas y del corte, y entre las dos mujeres despachaban bastante, siendo muy de notar la solicitud de la hija y el afecto que se manifestaban las dos, sin hablarse, en mil

pormenores, en el modo de pasarse la goma, de enseñarse el mazo terminado y sujeto ya con su faja de papel, de partir la moza la comida con su navaja, y de acercarla a los labios de la vieja.

Otra causa para que Amparo se reconciliase del todo con la Fábrica, fue el hallarse en cierto modo emancipada y fuera de la patria potestad desde su ingreso. Es verdad que daba a sus padres algo de las ganancias, pero reservándose buena parte; y como la labor era a destajo, en las yemas de los dedos tenía el medio de acrecentar sus rentas, sin que nadie pudiese averiguar si cobraba ocho o cobraba diez. Desde el día de su entrada vestía el traje clásico de las cigarreras: el mantón, el pañuelo de seda para solemnidades, la falda de percal planchada y con cola.

-VII-

## Preludios

Tardó Chinto en aclimatarse: mucho tiempo pasó echando de menos la aldea. Dos cosas ayudaron a distraer su morriña: un amolador, que se situaba bajo los soportales de la calle de Embarcaderos, y el mar. Cuantos momentos tenía libres el paisanillo, dedicábalos a la contemplación de alguno de sus dos amores. No se ca

nsaba jamás de ver  
los altibajos de la pierna del amolador, el girar s  
in fin de la rueda,  
el rápido saltar de las chispas y arenitas al conta  
cto del metal, ni de  
oír el \_¡rsss!\_ del hierro cuando el asperón lo mor  
día. Tampoco se  
hartaba de mirar al mar, encontrándolo siempre dist  
into: unas veces  
ataviado con traje azul claro, otras, al amanecer,  
semejante a estaño en  
fusión; por la tarde, al ocaso, parecido a oro líqu  
ido, y de noche,  
envuelto en túnica verde oscura listada de plata. ;  
Y cuando entraban y  
salían las embarcaciones! Ya era un gallardo bergan  
tín, alzando sus dos  
palos y su cuadrado velamen; ya una graciosa goleta  
, con su cangreja  
desplegada, rozando las olas como una gaviota; ya u  
n paquete, con sus  
alas de espuma en los talones y su corona de humo e  
n la frente; ya un  
fino laúd; ya un elegante esquife; sin nombrar las  
lanchas pescadoras,  
los pesados lanchones, los galeones panzudos, los b  
otes que volaban al  
golpe acompasado de los remos.... Si Chinto no fues  
e un animal, podría  
alegar en su abono que el Océano y el voltear de un  
a rueda son imágenes  
apropiadas de lo infinito; pero Chinto no entendía  
de metafísicas.

Más adelante, al reparar en Amparo, se halló mejor  
en el pueblo. Si algo  
se burlaba de él la despabilada chiquilla, al fin e  
ra una muchacha, un  
rostro juvenil, una voz fresca y sonora. Entre el s  
eñor Rosendo y su  
triste laconismo; la tullida y su tiranía doméstica  
; Pepa la comadrona,

que lo asustaba de puro gorda, y lo crucificaba a chistes, o Amparo, desde luego se declararon por esta sus simpatías. Todas las tardes, con el cilindro de hojalata terciado al hombro, iba a buscarla a la salida de la Fábrica. Esperaba rodeado de madres que aguardaban a sus hijas, de niños que llevaban la comida a sus madres, de gente pobre, que rara vez hacía gasto de barquillos, como no fuese por la exorbitante cantidad de un octavo o un cuarto. No obstante, Chinto no faltaba un solo día a su puesto.

Algo variado en su exterior estaba el aprendiz. Patizambo como siempre, era en sus movimientos menos brutal. La vida ciudadana le había enseñado que un cuerpo humano no puede tomarse todo el espacio por suyo, antes necesita ceñirse a que otros cuerpos transiten por los mismos lugares que él. Chinto dejaba, pues, más hueco, se recogía, no se balanceaba tanto. La blusa de cutí azul dibujaba sus recias espaldas, descubriendo cuello y manos morenas; ancho sombrero de detestable fieltro gris honraba su cabeza, monda y lironda ya por obra y gracia del barbero.

Una hermosa tarde estival aguardaba a Amparo muy ufano, porque en los bolsillos de la blusa le traía melocotones, adquiridos en la plaza con sus ahorros. Como un cuarto de hora llevaban de ir saliendo las operarias ya, y la hija del barquillero sin aparecer. Gran animación a la puerta, donde se estableciera un mercadillo; no

faltaba el puesto de  
cintas, dedales, hilos, alfileres y agujas; pero lo  
dominante era el  
marisco, cestas llenas de mejillones cocidos ya, es  
maltados de negro y  
naranja; de erizos verdosos y cubiertos de púas, de  
percebes arracimados  
y correosos, de argentadas sardinas, y de mil menud  
os frutos de mar,  
bocinas, lapas, almejas, calamares que dejaban pend  
er sus esparcidos  
tentáculos como patas de arañas muertas. Semejante  
cuadro, cuyo fondo  
era un trozo de mar sereno, un muelle de piedras de  
siguales, una ribera  
peñascosa, tenía mucho de paisaje napolitano, compl  
etando la analogía  
los trajes y actitudes de los pescadores que no muy  
lejos tendían al sol  
redes para secarlas. De pie, en el umbral del patio  
, un ciego se  
mantenía inmóvil, muerta la cara, mal afeitadas las  
barbas que le  
azuleaban las mejillas, lacio y en trova el grasien  
to pelo, tendiendo un  
sombrero abollado, donde llovían cuartos y mendrugo  
s en abundancia.

Miraba Chinto a la bahía con la boca abierta, y cua  
ndo al fin salió  
Amparo, no pudo verla: ella en cambio le divisó des  
de lejos, y veloz  
como una saeta, varió de rumbo, tomando por la insi  
gne calle del Sol,  
que componen media docena de casas gibosas y dos ta  
pías coronadas de  
hierba y alelées silvestres. Corrió hasta alcanzar  
el camino del  
Crucero, y dejándolo a un lado, atravesó a la carre  
tera y a la cuesta de  
San Hilario, donde refrenó el paso creyéndose en sa  
lvo ya. ¡También era



manía la del zopenco aquel, de no dejarla a sol ni a sombra, y darle escolta todas las tardes! ¡Y como su compañía era tan divertida, y como él hablaba tan graciosamente, que no parece sino que tenía la boca llena de engrudo, según se le pegaban las palabras a la lengua! Así discurría Amparo, mientras bajaba hacia la Puerta del Castillo, defendida todavía, como in illo tempore, por su puente levadizo y sus cadenas rechinantes.

Al propio tiempo subían unas señoras, con las cuales se cruzó la cigarrera. Iban casi en orden hierático; delante las niñas de corto, entre quienes descollaba Nisita, ya espigada, provista de una gran pelota; luego el grupo de las casaderas, Josefina García, Lola Sobrado, luciendo sus mantillas y sus colas recientes; los flancos de este pelotón los reforzaban Baltasar y Borrén, y como Baltasar no se había de poner al ladito de su hermana, tocábale ir cerca de Josefina. Cerraban la marcha la viuda de García y doña Dolores, ésta carilarga y erisipelatosa de cutis, la viuda sin tocas ni lutos, antes muy empavesada de colores alegres.

Los destellos del sol poniente, muriendo en las aguas de la bahía, alumbraron a un tiempo a Baltasar y a Amparo, haciendo que mutuamente se viesan y se mirasen. El mancebo, con su bigote blanco, su pelo rubio, su tez delicada y sanguínea, el brillo de sus galones que detenían los

últimos fulgores del astro, parecía de oro; y la muchacha, morena, de rojos labios, con su pañuelo de seda carmesí, y las olas encendidas que servían de marco a su figura, semejaba hecha de fuego. Ambos se miraron en un instante, instante muy largo, durante el cual se creyeron envueltos en la irradiación de una atmósfera de luz, calor y vida. Al dejar de contemplarse, fuese que el esplendor del caso es breve y se extingue luego, fuese por otras causas íntimas y psicológicas, imaginaron que sentían un hálito frío y que empezaba a anochecer. Oyose la palabra ronca de Borrén el inaguantable.

--¿La has visto?

--¿A quién?--balbució el teniente Baltasar, que fingía considerar con suma atención la punta de sus botas, por no encontrarse con la ojeada investigadora de Josefina.

--¿A la chiquilla del barquillero... a la cigarrera?

--¿Cuál? ¿Era esa que pasaba?--contestó al fin aceptando la situación.

--Sí, hombre, ésa.... ¿Qué tal? ¿Tengo buen ojo?

--Yo también la conocí--pronunció Josefina, cuya voz de tiple ascendía al tono sobreagudo.

--A mí no me ha saludado...--añadió Borrén--. No me conoció tal vez... y eso que yo la metí en la Granera... yo la recomendé. ¡Bien dije siempre

que había de ser una chica preciosa! Lo que es de otra cosa no entenderé, hombre; pero de ese género.... ¿Qué les pareció a ustedes?

--¿A mí?--murmuró Josefina entre dientes y con agresivo silbido de vocales--. No me pregunte usted, Borrén.... Esas mujeres ordinarias me parecen todas iguales, cortadas por el mismo patrón. Morena... muy basta.

--¡Ave María, Josefina!--dijo escandalizada Lola Sobrado--. No tuviste tiempo de verla: es hermosa y reúne mucha gracia. Fíjate otra vez en ella... si vuelve a pasar, te daré al codo.

--No te molestes... no merece la pena; es el tipo de una cocinera como todas las de su especie.

Baltasar hallaba incómoda la conversación y buscaba un pretexto para cambiarla. Atravesaban por delante de un campo cubierto de hierba marchita, especie de landa estéril cercada por lienzos de muralla de las fortificaciones. Había allí una parada de borricos de alquiler, que aguardaban pacíficamente, con las orejas gachas, a sus acostumbrados parroquianos, mientras los burreros y espoliques, sentados en el malecón, jugaban con sus varas, departían amigablemente, y picando con la uña un cigarro de a cuarto, abrumaban a ofrecimientos a los transeúntes.

--¿Un burro, señorito? ¿Un burro precioso? ¿Un burr

o mejor que los  
caballos? ¿Vamos a Aldeaparda? ¿Vamos a la Erbeda?

Acercose Baltasar a las niñas de corto, y dijo a Nisita:

--¿Una vuelta por el campo?

A la chiquilla se la encandilaron los ojos, y soltando la pelota, echó los brazos al teniente con sonrisa zalamera. Baltasar la aupó, colocándola sobre los lomos de un asnillo, que aún tenía puestas jamugas de dorados clavos. Y tomando la vara de manos del alquilador, comenzó a arrear... «¡Arre, burro!, ¡arre!, ¡arre!, ¡arre!, ¡arre!».

Amparo, al llegar a la entrada de \_las Filas\_, sintió detrás de sí una respiración anhelosa y como el trotar de una acosada alimaña montés, y casi al mismo tiempo emparejó con ella Chinto, sudoroso y jadeante. La perseguida se volvió desdeñosamente, fulminando al perseguidor una mirada de despide-huéspedes.

--¿Para qué corres así, majadero?--díjole en desabrido tono--. ¿Si creerás que me escapo? Cuidado que....

--Allí...--contestó él echando los bofes, tal era su sobrealiento...--allí... porque no te vinieses sin compañía... allí... ¡yo me entretuve con el vapor de la Habana, que salía... más bonito, conchas!, ¡humo que echaba! ¿Por dónde viniste que no te vi?

--Por donde me dio la gana, ¡repelo! Y ya te aviso que no me vuelvas a pudrir la sangre con tus compañías.... ¿Soy yo aquí alguna niña pequeña? Anda a vender barquillos, que ahí en el paseo hay quien compre, y en la Fábrica maldito si sacas un real en toda la tarde..  
..

-VIII-

La chica vale un Perú

Mal que le pese a Josefina y a todas las señoritas de Marineda, las profecías de Borrén se han cumplido. No se equivoca un inteligente como él al calificar una obra maestra. Sucede con la mujer lo que con las plantas. Mientras dura el invierno, todas nos parecen iguales; son troncos inertes; viene la savia de la primavera, las cubre de botones, de hojas, de flores, y entonces las admiramos. Pocos meses bastan para transformar al arbusto y a la mujer. Hay un instante crítico en que la belleza femenina toma consistencia, adquiere su carácter, cristaliza por decirlo así. La metamorfosis es más impensada y pronta en el pueblo que en las demás clases sociales. Cuando llega la edad en que invenciblemente desea agradar la mujer, rompe su feo capullo, arroja la librea de la miseria y del trabajo, y se adorna y aliña por instinto.

El día en que «unos señores» dijeron a Amparo que era bonita, tuvo la andariega chiquilla conciencia de su sexo: hasta entonces había sido un muchacho con sayas. Ni nadie la consideraba de otro modo: si algún granuja de la calle le recordó que formaba parte de la mitad más bella del género humano, hízolo medio a cachetes, y ella rechazó a puñadas, cuando no a coces y mordiscos, el bárbaro requiebro. Cosas todas que no le quitaban el sueño ni el apetito. Hacía su tocado en la forma sumaria que conocemos ya; correteaba por plazas, caminos y callejuelas; se metía con las señoritas que llevaban alguna moda desusada, remiraba escaparates, curioseaba ventaneros amoríos, y se acostaba rendida y sin un pensamiento malo.

Ahora... ¿quién le dijo a ella que el aseo y compostura que gastaba no eran suficientes? ¡Vaya usted a saber! El espejo no, porque ninguno tenían en su casa. Sería un espejo interior, clarísimo, en que ven las mujeres su imagen propia y que jamás las engaña. Lo cierto es que Amparo, que seguía leyéndole al barbero periódicos progresistas, pidió el sueldo de la lectura en objetos de tocador. Y reunió un ajuar digno de la reina, a saber: un escarpidor de cuerno y una lendrera de boj; dos paquetes de horquillas, tomadas de orín; un bote de pomada de rosa; medio jabón \_aux amandes amères\_, con pelitos de la barba de los parroquianos, cortados y adheridos todavía; un frasco, casi vacío, de

esencia de heno, y otras baratijas del mismo jaez. Amalgamando tales elementos logró Amparo desbastar su figura y sacarla a luz, descubriendo su verdadero color y forma, como se descubre la de la legumbre enterrada al arrancarla y lavarla. Su piel trabó amistosas relaciones con el agua, y libre de la capa del polvo que atascaba sus poros finos, fue el cutis moreno más suave, sano y terso que imaginarse pueda. No era tostado, ni descolorido, ni encendido tampoco; de todo tenía, pero con su cuenta y razón, y allí donde convenía que lo tuviese. La mocedad, la sangre rica, el aire libre, las amorosas caricias del sol, habíanse dado la mano para crear la coloración magnífica de aquella tez plebeya. La lisura de ágata de la frente; el bermellón de los carnosos labios; el ámbar de la nuca, el rosa transparente del tabique de la nariz; el terciopelo castaño del lunar que travesea en la comisura de la boca; el vellorillo áureo que desciende entre la mejilla y la oreja y vuelve a aparecer, más apretado y oscuro, en el labio superior, como leve sombra al difuminarse cosas eran para tentar a un colorista a que cogiese el pincel e intentase copiarlas. Gracias sin duda a la pomada, el pelo no se quedó atrás y también se mostró cual Dios lo hizo, negro, crespo, brillante. Sólo dos accesorios del rostro no mejoraron, tal vez porque eran inmejorables: ojos y dientes, el complemento indispensable de lo que se llama un tipo moreno. Tenía Amparo por ojos dos globos, en que el azulado de la

córnea, bañado siempre en un líquido puro, hacía re saltar el negror de la ancha pupila, mal velada por cortas y espesas pestañas. En cuanto a los dientes, servidos por un estómago que no conocí a la gastralgia, parecían treinta y dos grumos de cuajada leche, graciosísimamente desiguales y algo puntiagudos, como los de un perro cachorro.

Observándose, no obstante, en tan gallardo ejemplar femenino rasgos reveladores de su extracción: la frente era corta, un tanto arremangada la nariz, largos los colmillos, el cabello recio al tacto, la mirada directa, los tobillos y muñecas no muy delicados. Su mismo hermoso cutis estaba predestinado a inyectarse, como el del señor Rosendo, que allá en la fuerza de la edad había sido, al decir de las vecinas y de su mujer, guapo mozo. Pero, ¿quién piensa en el invierno al ver el arbusto florido? Si Baltasar no rondó desde luego las inmediaciones de la Fábrica, fue que destinaron a Borrén por algún tiempo a Ciudad Real, y temió aburrirse yendo solo.

-IX-

La Gloriosa

Ocurrió poco después en España un suceso que entretuvo a la nación siete años cabales, y aún la está entreteniéndole de rechazar



o y en sus  
consecuencias, a saber: que en vez de los pronuncia  
mientos chicos  
acostumbrados, se realizó otro muy grande, llamado  
Revolución de  
Setiembre de 1868.

Quedose España al pronto sin saber lo que le pasaba  
y como quien ve  
visiones. No era para menos. ¡Un pronunciamiento de  
veras, que derrocaba  
la dinastía! Por fin el país había hecho una hombra  
da, o se la daban  
hecha: mejor que mejor para un pueblo meridional. D  
e todo se encargaban  
marina, ejército, progresistas y unionistas. Gonzál  
ez Bravo y la Reina  
estaban ya en Francia cuando aún ignoraba la inmens  
a mayoría de los  
españoles si era el Ministerio o los Borbones quien  
es caían «para  
siempre», según rezaban los famosos letreros de Mad  
rid. No obstante, en  
breve se persuadió la nación de que el caso era ser  
io, de que no sólo la  
raza Real, sino la monarquía misma, iban a andar en  
tela de juicio, y  
entonces cada quisque se dio a alborotar por su lad  
o. Sólo guardaron  
reserva y silencio relativo aquellos que al cabo de  
los siete años  
habían de llevarse el gato al agua.

Durante la deshecha borrasca de ideas políticas que  
se alzó de pronto,  
observose que el campo y las ciudades situadas tier  
ra adentro se  
inclinaron a la tradición monárquica, mientras las  
poblaciones fabriles  
y comerciales, y los puertos de mar, aclamaron la r  
epública. En la costa  
cantábrica, el Malecón y Marineda se distinguieron

por la abundancia de comités, juntas, \_clubs\_, proclamas, periódicos y manifestaciones. Y es de notar que desde el primer instante la forma republicana invocada fue la federal. Nada, la unitaria no servía: tan sólo la federal brindaba al pueblo la beatitud perfecta. ¿Y por qué así? ¡Vaya a saber! Un escritor ingenioso dijo más adelante que la república federal no se le hubiera ocurrido a nadie para España si Proudhon no escribe un libro sobre el principio federativo y si Pi no le traduce y le comenta. Sea como sea, y valga la explicación lo que valiere, es evidente que el federalismo se improvisó allí y doquiera en menos que canta un gallo.

La Fábrica de Tabacos de Marineda fue centro simpatizador (como ahora se dice) para \_la federal\_. De la colectividad fabril nació la confraternidad política; a las cigarreras se les abrió el horizonte republicano de varias maneras: por medio de la propaganda oral, a la sazón tan activa, y también, muy principalmente, de los periódicos que pululaban. Hubo en cada taller una o dos lectoras; les abonaban sus compañeras el tiempo perdido, y adelante. Amparo fue de las más apreciadas, por el sentido que daba a la lectura; tenía ya adquirido hábito de leer, habiéndolo practicado en la barbería tantas veces. Su lengua era suelta, incansable su laringe, robusto su acento. Declamaba, más bien que leía, con fuego y expresión, subrayando los pasajes que

merecían subrayarse, realzando las palabras de letra bastardilla, añadiendo la mímica necesaria cuando lo requería el caso, y comenzando con lentitud y misterio, y en voz contenida, los párrafos importantes, para subir la ansiedad al grado eminente y arrancar involuntarios estremecimientos de entusiasmo al auditorio, cuando adoptaba entonación más rápida y vibrante a cada paso. Su alma impresionable, combustible, móvil y superficial, se teñía fácilmente del color del periódico que andaba en sus manos, y lo reflejaba con viveza y fidelidad extraordinarias. Nadie más a propósito para un oficio que requiere gran fogosidad, pero externa; caudal de energía incesantemente renovado y disponible para gastarlo en exclamaciones, en escenas de indignación y de fanática esperanza. La figura de la muchacha, el brillo de sus ojos, las inflexiones cálidas y pastosas de su timbrada voz de contralto, contribuían al sorprendente efecto de la lectura.

Al comunicar la chispa eléctrica, Amparo se electrificaba también. Era a la vez sujeto agente y paciente. A fuerza de leer todos los días unos mismos periódicos, de seguir el flujo y reflujo de la controversia política, iba penetrando en la lectora la convicción hasta los tuétanos. La fe virgen con que creía en la prensa era inquebrantable, porque le sucedía con el periódico lo que a los aldeanos con los aparatos telegráficos: jamás intentó saber cómo sería por dentro; sufría sus

efectos, sin analizar sus causas. ¡Y cuánto se sorprendería la fogosa lectora si pudiese entrar en una redacción de diario político, ver de qué modo un artículo trascendental y furibundo se escribe cabeceando de sueño, en la esquina de la mugrienta mesa, despachando una chuleta o una ración de merluza frita! La lectora, que tomaba al pie de la letra aquello de «Cogemos la pluma trémulos de indignación», y lo otro de «La emoción ahoga nuestra voz, la vergüenza enrojece nuestra faz», y hasta lo de «Y si no bastan las palabras, ¡corramos a las armas y derramemos la última gota de nuestra sangre!».

Lo que en el periódico faltaba de sinceridad sobraba en Amparo de crédulo asentimiento. Acostumbrábase a pensar en estilo de artículo de fondo y a hablar lo mismo: acudían a sus labios los giros trillados, los lugares comunes de la prensa diaria, y con ellos aderezaba y componía su lenguaje. Iba adquiriendo gran soltura en el hablar; es verdad que empleaba a veces palabras y hasta frases enteras cuyo sentido exacto no le era patente, y otras las trabucaba; pero hasta en eso se parecía a la desaliñada y antiliteraria prensa de entonces. ¡Daba tanto que hacer la revuelta y absorbente política, que no había tiempo para escribir en castellano! Ello es que Amparo iba teniendo un pico de oro; se la estaría uno escuchando sin sentir cuando trataba de ciertas cuestiones. El taller entero se embelesaba oyéndola, y compartía a sus afectos y sus

odios. De común acuerdo, las operarias detestaban a Olózaga, llamándole «el viejo del borrego» porque andaba el muy indino buscando un rey que no nos hacía maldita la falta... sólo por cogerse él para sí embajadas y otras prebendas; hablar de González Bravo era promover un motín; con Prim estaban a mal, porque se inclinaba a la forma monárquica; a Serrano había que darle de codo; era un ambicioso hipócrita, muy capaz, si pudiese, de hacerse rey o emperador, cuando menos.

Creció la efervescencia republicana mientras que trascurría el primer invierno revolucionario; al acercarse el verano subió más grados aún el termómetro político en la Fábrica. En el curso de horas de sol, sin embargo, decaía la conversación, y entre tanto la atmósfera se cargaba de asfixiantes vapores y espesaba hasta parecer que podía cortarse con cuchillo. Penetrantes efluvios de nicotina subían desde los serones llenos de seca y prensada hoja. Las manos se movían a impulsos de la necesidad, liando tagarninas; pero los cerebros rehuían el trabajo, abrumador del pensamiento; a veces una cabeza caía inerte sobre la tabla de liar, y una mujer, rendida de calor, se quedaba sepultada en sueño profundo. Más felices que las demás, las que espurriaban la hoja, sentadas a la turca en el suelo, con un montón de tabaco delante, tenían el puchero de agua en la diestra, y al rociar, muy hinchadas de carrillos, el Virginia, las consolaba un aura de frescura. Tendidas las barrenderas al lado del

montón de polvo que acababan de reunir, roncaban con la boca abierta y se estremecían de gusto cuando la suave llovizna les salpicaba el rostro. Revoloteaban las moscas con porfiado zumbido, y ya se unían en el aire y caían rápidamente sobre la labor o las manos de las operarias, ya se prendían las patas en la goma del tarrillo, pugnando en balde por alzar el vuelo. Andaban esparcidos por las mesas, y mezclados con el tabaco, pedazos de borona, tajadas de bacalao crudo, cebollas, sardinas, arenques. Con semejante temperatura, ¿quién había de tener ganas de comerse la pitanza?

Por fin, a eso de las cuatro de la tarde, la refrigerante brisa marina comenzaba a correr, dilatábanse los oprimidos pechos, los dientes funcionaban despachando los humildes manjares, y le tocaba su turno a la lectura política.

Leíanse publicaciones de Madrid y periódicos locales. En la prensa de la Corte se llevaban la palma los discursos de Castelar, por entonces muy distante de haberse gastado. ¡Cuánta palabra linda, y qué bien que enganchaban unas en otras! Parecían versos. Es verdad que la mayor parte no se entendían, y que danzaban por allí nombres tan raros, que sólo el demonio de Amparo podía leerlos de corrido; mas no le hace: lo que es bonito, era muy bonito aquello. Y bien se colegía que la sustancia del discurso era a favor del pueblo y contra los tiranos, de suerte que lo

demás se tomaba por adorno y delicado floreo.

Cuando en vez de discursos cuadraba leer artículos de fondo, de estos kilométricos y soporíferos, que hablan de justicia social, redención de las clases obreras, instrucción difundida, generalizada y gratis, fraternidad universal, todo en estilo de homilía y con oraciones largas y enmarañadas como fideos cocidos, alterábase la voz de Amparo y se humedecían los ojos de sus oyentes. Leve escalofrío recorría las filas de mujeres, las cuales se miraban como diciéndose: «¿Eh?, ¿qué tal? ¡Este sí que lo parla!». Y leído el último párrafo, que terminaba anunciando el próximo advenimiento de una era de perfecta libertad y bienestar absoluto, solían cruzar las manos, sonriendo y sintiéndose tan relajadas en sus fibras, tan blandas y dulces como un plato de huevos moles. Trabajo les costaba reprimir los impulsos de abrazarse que se les iban y venían.

En cambio, si el escrito pertenecía al género bélico y tocaba a somatén, parecía que les daban a beber una mistura de pólvora y alcohol. Montaban en cólera tan aína como se encrespan las olas del mar. Sordas exclamaciones acompañaban y cubrían a veces la voz de la lectora. Era contagiosa la ira, y mujer había allí de corazón más suave que la seda, incapaz de matar una mosca, y capaz a la sazón de pedir cien mil cabezas de los pícaros que viven chupando la sangre del pueblo.

-X-

## Estudios históricos y políticos

Más partido tenían en la Fábrica los periódicos locales que los de la Corte. Naturalmente, los locales exageraban la nota, recargaban el cuadro; sus títulos acostumbraban ser por este estilo: \_El Vigilante Federal, órgano de la democracia republicana federal-unionista; El Representante de la Juventud Democrática; El Faro Salvador del Pueblo Libre\_. Y como, aparte de algunas huecas generalidades del artículo de fondo, discurrían acerca de asuntos conocidos, era mucho mayor el interés que despertaban.

No es fácil imaginar cuán honda sensación producía en el concurso alguna gacetilla rotulada, por ejemplo: «Acontecimiento in calificable».

--A ver, a ver. Oír. Callar. Silencio, charlatanas.

Y reinaba un mutismo palpitante, escuchándose tan sólo el retintín de los tijeretazos que cercenaban el rabo de las tagarinas.

--«Acontecimiento incalificable»--repetía Amparo--.

«Se nos asegura que hará dos días entraron tres guardias civiles francos de servicio en el



café de la Aurora, y un oficial que allí había los arrestó...»

--Arrestaría, arrestaría....

--Callar, bocas....

--«... los arrestó por tan enorme delito...»

--¿Por entrar en un café?

--¡Y dicen que hay libertá!

--¡Qué ha de haberla, mujer!

--«Y preguntándoles la causa de su entrada en el local, le respondieron que su objeto era tomar café. No obstante tan naturales explicaciones, fueron arrestados por tres días, y hasta no faltan personas bien informadas que aseguren se ha dado orden para que los individuos del benemérito cuerpo no puedan entrar en los cafés de la Aurora ni del Norte. De ser esto cierto, sobre constituir un ataque infundado a los sagrados derechos individuales, lo es también a la industria libre y honrosa de los cafeteros, y...»

--¡Y le resobra la razón, así Dios me salve! ¿Y de qué come el pobre del cafetero si le espantan la parroquia?

--El pillo del oficial, como tiene su paga....

--«... y no encontramos frases suficientes para anatematizar estos atropellos, hoy que la bandera de la libertad nos da sombra con sus pliegues...»

--¡Eso, eso!

--¡De ahí, de ahí!

--Habiendo libertá no hay injusticias. ¡Olé por ella!

--«¿Qué piensan los que así resucitan arranques del agonizante despotismo militar, propios de épocas terroríficas que pasaron a la historia? ¿Se les ha figurado que estamos en aquellos siglos, cuando un señor tenía poder para abrir el vientre a sus vasallos?...»

Aquí se salió de madre el río. Exclamaciones, interjecciones, gritos y risas se cruzaron de un lado a otro; pero las risueñas estaban en minoría: dominaban las espantadas. Una vieja medio sorda se hizo una trompetilla con ambas manos, creyendo que sus oídos la engañaban.

--¡Ave María de gracia!

--¡En mi vida tal oí!

--¡Abrir la barriga!

--No sería en tierra de cristianos, mujer.

--¿Y eso fue a los pobrecitos civiles?--interrogó la sorda.

--¡Chss!--gritó Amparo--. Aquí viene lo bueno, señores: «... abrir el vientre a sus vasallos para calentarse los pies con su sangre...»

--¡Señor y Dios de los cielos!

--Parece que todo el estómago se me revolvió.

--¡Pobre del pobre!

--¡Cuándo vendrá la federal para que se acaben esas infamias!

Otra cuerda que siempre resonaba en aquel centro político femenino era la del misterio. Cualquier periodiquillo, el más atrasado de noticias, contenía un suelto que, hábilmente leído, despertaba temores y esperanzas en el taller. Amparo empezaba por hacer señas al concurso para que estuviese prevenido a importantes revelaciones. Después comenzaba, con reposada voz:

--«Atravesamos momentos solemnes. De un día a otro deben cambiar de rumbo los acontecimientos...»

--Lo que yo digo. Esta situación, de por fuerza se la tienen que llevar los demonios.

--Hasta que llegue la nuestra....

--No, pues cuando este lo huele.... Por Madrid andará buena la cosa.

--Así los parta a todos un rayo, comilones, tiránigos, chupadores.

--A ver si calláis.

--«La situación está próxima a entrar en el camino que desde el primer día de la revolución debió emprender. Hay que vencer

r grandes  
obstáculos...» (Movimiento general.) «Los enemigos  
encubiertos de la  
revolución...»

--¿Quién será? ¿Lo dirá por el alcalde?

--No, mujer.... Por ese maldito de cuñado de la Reina....

--Y por el Napoleón de allá de Francia, boba, que no nos puede ver.

--¡Chsss! «... de la revolución, están acechando el  
instante en que  
poder descargar sobre la situación un golpe decisivo y liberticida. No  
desmayemos, sin embargo. La revolución pasará triunfante por cima de  
tanto reaccionario como aparenta servirla con fines  
siniestros. En donde  
menos se piensa se esconde la reacción fijando su ojo de tigre...»

--Tiene razón, tiene razón. Está muy bien comparado  
.

--«... ojo de tigre... en la libertad, para estrangularla. Los más  
temibles son los que, llegados a la cima del poder,  
hacen traición a sus  
antiguos ideales que les sirvieron de pedestal para  
escalar las  
grandezas...»

--Si es lo que yo os predico siempre--exclamaba al  
llegar aquí la  
lectora, tomando la ampolleta--. Los peorcitos están  
arriba, arriba.  
Quien no lo ve, ciego es. ¡Interin no agarre el pueblo  
soberano una  
escoba de silbarda, como esa que tenemos ahí... (y

señaló a la que  
manejaba la barrendera del taller) y barra sin mise  
ricordia las altas  
esferas... ¡ya me entendéis! El mismo día en que se  
proclamó la libertad  
y se le dio el puntapié a los Borbones, había yo de  
publicar un  
decreto... ¿sabéis cómo? (la oradora abrió la mano  
izquierda, haciendo  
ademán de escribir en ella con una tagarnina:) «Dec  
reto yo, el Pueblo  
soberano, en uso de mis derechos individuales, que  
todos los generales,  
gobernadores, ministros y gente gorda salga del sit  
io que ocupan, y se  
lo dejen a otros que nombraré yo del modo que me dé  
la realísima gana.  
He dicho».

--¡Bien, bien!

--¡Venga de ahí!

--¡Esa es la fija! Y a mí que no me digan....

--¿Pues no estamos viendo, mujer, que hay empleados  
de los tiempos del  
espotismo? ¿Se mudó, por si acaso, la oficialidá de  
los regimientos? Si  
a hablar fuésemos....

Y la arenga bajó de tono y se hizo cuchicheo.

--¡Si a hablar va uno... aquí mismo... repelo! ¡Mud  
aron el jefe, por  
plataforma... sólo faltaba! Pero los subalternos...  
.

Aquí, la maestra del partido, mujer alta y morena,  
de pocas y  
difícultosas palabras, que solía oír a las operaria  
s con seria

indiferencia, intervino.

--A tratar cada uno de lo que importa... y a liar c  
igarritos....

--No decimos cosa mala...--alegó Amparo.

--Decir no dirás, pero hablar hablas sin saber lo q  
ue hablas.... Pensáis  
que no hay más que mudar y mudar y meter pillos....  
Aquí se requiere  
honradez.

--Eso ya se sabe.

--Por de contado que sí... Demasiado.

--Pues el que os oiga.... Y vamos acá. Si vierais,  
como yo vi, el último  
del mes que se hace el arqueo, la caja abierta, con  
sacos de lienzo a  
barullo, a barullo, así de oro y plata...--Y la mae  
stra adelantó los  
brazos en arco, indicando un vientre hidrópico--. ¿  
Pues se os figura que  
si el contador y el depositario-pagador, y los ofic  
iales, y los  
ayudantes, fuesen, digo yo, fuesen, quiero decir...  
?

--¿Fuesen... de la uña?

--¡Pues! Ya veis que aquí no puede venir cualesquie  
ra. Hay  
responsabilidá.

-XI-

Pitillos

Quiso Amparo mudarse de taller, y solicitó pasar al de cigarrillos, donde le agradaba más el trabajo y la compañía.

Entre el taller de cigarros comunes y el de cigarrillos, que estaba un piso más arriba, mediaba gran diferencia: podía decirse que este era a aquel lo que el Paraíso de Dante al Purgatorio. Desde las ventanas del taller de cigarrillos se registraba hermosa vista de mar y país montañoso, y entraba sin tasa por ellas luz y aire.

A pesar de su abuhardillado techo, las estancias eran desahogadas y capaces, y la infinidad de pontones y vigas de oscura madera que soportan la armazón del tejado le daban cierto misterioso recogimiento de iglesia, formando como columnatas y rincones sombríos en que puede descansar la fatigada vista. Si bien en los desvanes se siente mucho el calor, la cantidad relativamente escasa de operarias reunidas allí evitaba que la atmósfera se viciase, como en las salas de abajo. Asimismo la labor es más delicada y limpia, los colores más gratos, y hasta parece que la claridad del sol entra más alegre a bañar los muros. La limpia blancura de los librillos, el amarillo bajo de las fajas, el gris de estraza de las cajetillas, componían una escala de tonos simpáticos a la pupila. Y los personajes armonizaban con la decoración.

Preponderaban en el taller de pitillos las muchachas de Marineda: apenas

se veían aldeanas; así es que abundaban los lindos palmitos, los rostros juveniles. Abajo, la mayor parte de las operarias eran madres de familia, que acuden a ganar el pan de sus hijos, agobiadas de trabajo, rebujadas en un mantón, indiferentes a la compostura, pensando en las criaturitas, que quedaron confiadas al cuidado de una vecina; en el recién, que llorará por mamar, mientras a la madre la revientan los pechos de leche.... Arriba florecen todavía las ilusiones de los primeros años y las inocentes coqueterías que cuestan poco dinero y revelan la sangre moza y la natural pretensión de hermostearse. La que tiene buen pelo lo peina con esmero y gracia, que para eso se lo dio Dios; la que presume de talle airoso se pone chaqueta ajustada; la que sabe que es blanca se adorna con una toquilla celeste.

Por derecho propio, Amparo pertenecía a aquel taller privilegiado.

Encontró en él muy buena acogida y dos amigas: a la una se aficionó de suyo, movida de un instinto protector; llamábanle Guardianiana, era nacida al pie del santuario de Nuestra Señora de Guardia, tan caro a Marineda; y según ella misma decía, la Virgen le había de dar la gloria en el otro mundo, porque en este no le mandaba más que penitas y trabajos. Guardianiana era huérfana; su padre y madre murieron del pecho, con diferencia de días, quedando a cargo de una muchacha de dos lustros de



edad, cuatro hermanitos, todos marcados con la mano de hierro de la enfermedad hereditaria: epiléptico el uno, escrofulosos y raquíticos dos, y la última, niña de tres años, sordo-muda. Guardianiana mendigó, esperó a los devotos que iban al santuario, rondó a los que llevaban merienda, pidiéndoles las sobras, y tanto hizo, que nunca les faltó a sus chiquillos de comer, aunque ella ayunase a pan y agua. Al raquítico dio en abultársele la cabeza, poniéndosele como un odre: fue preciso traerle médico y medicinas, todo para salir al cabo con que era una bolsa de agua, y que la bolsa se lo llevaba al otro mundo. A bien que el médico no sólo se negó a cobrar nada, sino que, com padecido de Guardianiana, tuvo la caridad de meterla en la Fábrica, que fue como abrirle el cielo, decía ella. Después de la Virgen de la Guardia, la Fábrica era su madre. Nunca le había faltado nada a sus pequeños desde que era cigarrera, y aún le sobraban siempre golosinas que llevarles; fruta en verano, castañas y dulces en invierno. Amparo saqueaba la caja de los barquillos de Chinto con objeto de enviar finezas a la sordo-mudita. El taller entero tenía entrañas maternales para aquellos niños y su valerosa hermana, afirmando que sólo la Virgen era capaz de infundirle los ánimos con que trabajaba, sostenía las criaturas, y vivía alegre y contenta como un cuco.

Del casco mismo de Marineda procedía la otra amiga de Amparo: aunque

frisaba en los treinta, su menudo cuerpo la hacía parecer mucho más joven. Pelirroja y pecosa, descarnada y puntiaguda de hocico, llamábanle en el taller la Comadreja, mote felicísimo que da exacta idea de su figura y ademanes. Bien sabía ella lo del apodo; pero ya se guardarían de repetírselo en su cara, o si no.... Ana tenía por verdadero nombre, y a pesar de su delgadez y pequeñez, era una fierecilla a quien nadie osaba irritar. Sus manos, tan flacas que se veía en ellas patente el juego de los huesos del metacarpo, llenaban el tablero de pitillos en un decir Jesús; así es que el día le salía por mucho, y alcanzábale su jornal para vivir y vestirse, y, añadía ella, para lo que le daba la gana. Conversaba con causticidad y cinismo; estaba muy desasnada, cogíanla de susto pocas cosas, y tenía no sé qué singular y picante atractivo en medio de su fealdad indudable. Presumía de bien emparentada y relacionada; un primo suyo desempeñaba la secretaría del Casino de Industriales; una tía ricachona vendía percales, franclas y pañolería en la calle estrecha de San Efrén; la mayor parte de sus amigas \_cosían\_ por las casas\_, o eran oficialas de la mejor modista. Además, conocía mucho \_señorío\_, del cual hablaba con desenfado. ¡Buenas cosas sabía ella de personas principales!

Sentábanse las tres amigas juntas, no lejos de la ventana que daba al puerto. Al través de los sucios vidrios, barnizados de polvo de rapé,

que se había ido depositando lentamente, y en cuyos  
ángulos trabajaban  
muy a su sabor las arañas, se divisaba la concha de  
la bahía, el cielo y  
la lejana costa. La zona luminosa de un rayo de sol  
, bullendo en átomos  
dorados, cortaba el ambiente, y el molino de la pic  
adura acompañaba las  
conversaciones del taller con su acompasado y conti  
nuo \_tacatá, tacatá\_.  
Agitábanse las manos de las muchachas con vertigino  
sa rapidez: se veía  
un segundo revolotear el papel como blanca mariposa  
, luego aparecía  
enrollado y cilíndrico, brillaba la uña de hojalata  
rematando el bonete,  
y caía el pitillo en el tablero, sobre la pirámide  
de los hechos ya,  
como otro copo de nieve encima de una nevera. No se  
sabía ciertamente  
cuál de las amigas despachaba más: en cambio, a su  
lado, encaramada  
sobre un almohadón, había una aprendiz, niña de oc  
ho años, que con sus  
deditos amorcillados y torpes apenas lograba en una  
hora liar media  
docena de papeles. Guardianiana le enseñaba y daba con  
sejos, porque la  
chiquilla, silenciosa y triste, le recordaba su sor  
do-mudita,  
inspirándole lástima; mientras Ana contaba noticias  
de la ciudad, que  
sabían al dedillo. Un día que hablaron de lo que su  
elen hablar las  
muchachas cuando se reúnen, la Comadreja confesó qu  
e ella «tenía» un  
capitán mercante, que le traía de sus viajes mil mo  
nadas y regalos, y  
proyectaba casarse con ella, andando el tiempo, cua  
ndo pudiese. En  
cuanto a Guardianiana, declaró que no soñaba con tener  
novio, pues era

imposible: ¿qué marido había de cargar con sus pequeños? Y ella no los dejaba ni por el mismo general Serrano que la pretendiese. Muchos le decían cosas; pero si se tratase de boda, ¿quién lo vería echando a sus niños al Hospicio! ¡Ángeles de Dios! Y pensar que ella se metiese en malos tratos, era excusado: así es que nada, nada; la Virgen es mejor compañera que los hombrones. Animada por las confidencias, Amparo insinuó que a ella un señorito, un militar, la seguía alguna vez por las calles.

--Ya sé quién es--chilló la Comadreja--. Es el de Sobrado.

--¿Quién te lo dijo, mujer?--exclamó Amparo maravillada.

--Todo se sabe--afirmó magistralmente Ana--. Pero estás fresca, hija. Ese lo que quiere es pasar el tiempo, y a vivir. ¡Buena gente son los Sobrados! Los conozco lo mismo que si viviese con ellos, porque justamente la que les cose es hermana de una amiga mía íntima. Avaros, miserables como la sarna. La madre y el tío son capaces de llorarle a uno el agua que bebe; el padre no es tan cutre, pero es un infeliz; lo tienen dominado, y pide permiso a su mujer cuando corta pan del mollete. Para hacerles a las hijas un vestido echan cuentas seis meses, y a la chica que llaman a coserlo la hacen ir tempranísimo para sacarle bien el jugo. Un día de convite parece que echan la casa por la ventana; pero

todo se recoge, y no va a la cocina ni tanto así. Y están achinados de dinero.

Amparo oía atónita. Nada más ajeno a su carácter ruboso, imprevisor, que la estrechez voluntaria.

--La madre... ¿ves aquella risita falsa?, pues es terrible. No puede entrar en su casa una muchacha regular; en seguida abrasa al marido a celos. Esta chica que les cosía no pudo aguantar... . Allí no hay nadie bueno sino la chiquilla mayor.

--Nos dio dulces una vez... es bien natural--respondió Amparo, que sintió cruzar por su espíritu la visión de la noche de Reyes.

--¿Esa? Una santa... y no le hacen caso ninguno. La segunda, idéntica a su madre: le preguntaron un día con quién se había de casar, y dijo: «Con el tío Isidoro, que es rico». ¡El hermano de su padre, aquel viejo gordo, que parece una tinaja!

Guardiana soltó el trapo a reír con la mejor voluntad del mundo: Amparo, acordándose de una frase leída en un periódico, exclamó:

--¡Pero ha de poder tanto el vil interés!--Y meneando la cabeza, añadió--: Lo diría de broma, mujer.

--¡Sí, sí... buena broma te dé Dios! En esa familia todos son iguales, mujer; cortados por una tijera. Pues no digo nada del señorito, de tu

adorador. Hace la rosca a la chiquilla de García, una empalagosa que no piensa más que en componerse y no sabe dar una puntada; pero el asunto es que se la hace por lunas, porque esas de García. ... ¿No te gusta el cuento?

--Sí, mujer--gritó la oradora amostazada--. ¿Piensas tú que estoy muerta por semejante muñeco? Vaya, que me das gana de reír. Cuenta, mujer, que también se pasa el tiempo.

--Digo que le hace la rosca por lunas, porque esas de García tienen allá un pleito en Madrid, de no sé qué intereses del marido, que era corredor y se metió en una sociedad por acciones... en fin, no será así, pero es lo mismo. Si ganan, quedarán millonarias o poco menos, y cuando hay esperanzas de eso, la madre del de Sobrado le manda que se arrime a la doña Melindritos, y cuando viene de Madrid una mala noticia, que se desaparte.... ¡Uy, qué tipos!

Amparo, con la cabeza baja, enrollaba a más y mejor, febrilmente. Guardianas se hacía cruces.

--Es una una pobre...--murmuraba--. Es una una pobre, y no lo haría aunque le diesen....

--¿Y el otro?--siguió la implacable Comadreja que estaba ya resuelta a vaciar el saco--. ¿Y el amigote, el de los bigotazos, que parece que habla dentro de una olla?

--¿El que le llaman Borrén?

--Ese, ese.... Un baboso con todas; a todas nos dice algo, y el caso es que con ninguna, chicas. Podéis creerme: ni esto. Tan aficionado a jarabe de pico, y tiene más miedo a una mujer que a los truenos.

Detúvose la Comadreja, y mirando fijamente a Amparo, añadió:

--Tú aún tienes otro obsequiante, pero te callas.

--¿Quién, mujer?

--El barquillero. ¡Sí, que no está derretido por ti!

--¡Aquel animal!--exclamó Amparo--. Parece una patata cruda... mujer, hazme más favor.

-XII-

Aquel animal

Aquel animal trabajaba entre tanto a más y mejor. Si faltase él, ¿quién había de encargarse de toda la labor casera? Muy cascado iba estando el señor Rosendo, y la tullida a cada paso se hallaba mejor en su cama, y se extendía entre sábanas más voluptuosamente al ver el ademán de fatiga con que soltaba su marido el cilindro por las noches. Y cuenta que de algún tiempo acá, el señor Rosendo no fabricaba bar

quillos sino en casos  
de gran necesidad, porque el fuego le inyectaba la  
tez, le arrebatava y  
sofocaba todo. Pero allí estaba Chinto para dar vue  
ltas a la noria, y  
ser panacea universal de los males domésticos y com  
odín servible y  
aplicable a cuanto se ofreciese. No sólo se levanta  
ba con estrellas, a  
fin de emprender la labor de Sísifo de llenar el tu  
bo-labor que  
desempeñaba con mecánica destreza y rapidez--, sino  
que antes de salir a  
la venta, quedábale tiempo de barrer el portal y la  
cocina, de limpiar  
los chismes del oficio, de ir por agua a la fuente,  
por sardinas al  
muelle o al mercado, y freírlas luego; de arrimar e  
l caldo a la lumbre,  
de partir leña; de cumplir, en suma, todas las tare  
as de la casa,  
incluso las propiamente femeniles, porque traía en  
la faltriguera un  
dedal perforado y un ovillo de hilo, y en la solapa  
, clavada, una aguja  
gorda; y así pegaba un botón en los calzones de su  
principal, como  
echaba un gentil remiendo de estopa en su propia mo  
rena camisa. Y si no  
se ofrecía a coser las sayas de Amparo y no le hacía  
a la cama, era por  
unos asomos de natural y rústico pudor que no falta  
n al más zafio  
aldeano. A la tullida le daba vueltas, le sacudía l  
os jergones, y la  
sacaba en vilo del lecho, tendiéndola en un mal sof  
á comprado de lance,  
mientras se arreglaba su cuarto.

Lo gracioso del caso está en que, siendo el paisani  
llo tan útil, por  
mejor decir, tan indispensable, no hubo criatura má



s maltratada,  
insultada y reñida que él. Sus más leves faltas se  
volvían horribles  
crímenes, y por ellos se le formaba una especie de  
consejo de guerra.  
Llovían sobre él a todas horas improperios, burlas  
y vejaciones. La  
explotación del hombre por el hombre tomaba caracte  
r despiadado y feroz,  
según suele acontecer cuando se ejerce de pobre a p  
obre, y Chinto se  
veía estrujado, prensado, zarandeado y pisoteado al  
mismo tiempo. Le  
habían calificado y definido ya: era un mulo.

Acertó un día Chinto a volver unas miajas más tarde  
de lo acostumbrado,  
y acercose a la cama de la tullida para vaciar sus  
faltriqueras, donde  
danzaban los cuartos de la colecta diaria. Encontrá  
base allí Amparo, y  
le dio al punto en la nariz un desusado tufillo. Po  
r sorprendente que  
parezca la noticia, la acuidad del sentido del olfa  
to es notable en las  
cigarreras: diríase que la nicotina, lejos de embot  
arles la pituitaria,  
les aguza los nervios olfativos, hasta el extremo d  
e que si entra  
alguien en la fábrica fumando, se digan unas a otra  
s con repugnancia:  
«¡Puf, huele a hombre!». Así es que Amparo solía ap  
artarse de Chinto  
--aunque sea inverosímil--repelida por el olor de l  
as malas colillas que  
chupaba en secreto; pero lo que a la sazón percibía  
era peor que el  
tabaco; así es que pegó un salto.

--¡Vete de ahí--le gritó--; vete, maldito, que nos  
apestas! Anda,  
pellejo, despáílate.

Chinto la consideraba atónito, con los brazos colgantes, abriendo cuanto podía los ojos, cual si por ellos oyese.

--Que te largues; ¡repelo contigo!, que no se aguantase ese olor: confundes a la gente.

--¿A quéapestas, demontre?--preguntó la tullida--. Serán esos puros del estanquillo.

--¡No, señora, que es a vino!--exclamó Amparo.

--¡A vino!--clamó la impedida alzando los brazos tan escandalizada como si ella sólo catase el agua, porque en el pueblo los viejos, con sinceridad completa, se otorgan a sí propios el derecho de «echar un trago» que niegan a los mozos--. ¡A vino! ¡Tú quíereste perder, condenado!

--Yo... pero yo... quiérese decir que yo...--balbució Chinto abrumado por el peso de su culpa.

--¡Aún tendrás valor para contar mentira!--chilló la enferma--. ¡Llégate acá, bruto! (Chinto se llegó compungido.) Echa el aliento. (Chinto lo echó.) Más fuerte, más fuerte... (Y la tullida asió de los indómitos pelos al paisano y le obligó, mal de su grado, a carearse con ella.) ¡Puf!, ¡pues es verdá y muy verdá! ¿Dónde te metiste? ¿Andas ya arrastrado por las tabernas, bribón?

--Yo... no, no fue cosa mala ninguna... no fue perr

ita, ni licor....  
Fue....

--Cuenta la verdá, borrachón de los infiernos, como  
si estuvieses  
difunto en el tribunal del devino Señor....

--No fue nada más sino que encontré un amigo de allí... de la Erbeda,  
que cayó soldado... y allí... me convidó, me dijo a  
sí:--¿Quieres una  
chiquita?--. Y yo... allí, le dije:--Bueno--. Y él  
me llevó allí... a  
casa de....

--¡Calla, calla y recalla ya, que siquiera sabes lo  
que dices, con la  
mona que traes a cuestras!... ¡Como otra vez te vea  
yo así perdido de  
vino, he de decirle a Rosendo que te arree una tund  
a con la correa de la  
caja, que te has de chupar los dedos; chiquillicuatr  
o, mocoso, viciosón!  
Convidarte, ¿eh? Me convides. ¡Quien te da vino, no  
te da pan; mulo!  
¡Anda afuera, que me mareas la cabeza toda!

Amparo ejecutó el decreto materno empujando a Chinto por los hombros a  
las tinieblas exteriores del portal, y Chinto resignado optó por  
acostarse. Lo único que sentía confusamente era no poder ver a la  
muchacha un rato. Ahora le entretenía casi tanto mirar a Amparo, como  
antes contemplar la rueda del amolador y la bahía. Admirábale a él, rudo  
y tardío de eloquio como suele serlo el aldeano, la facilidad y rapidez  
con que la pitillera se expresaba, la copia de palabras que sin esfuerzo  
salían de su boca. Si lo que experimentaba Chinto e

ra enamoramiento,  
podía llamarse el enamoramiento por pasmo. Ello es  
que se le venían con  
frecuencia suma impulsos de tratar a Amparo como a  
las chiquillas de su  
aldea, las tardes de gaita; de pellizcarla, de soltarle un pescozón  
cariñoso, de echarle la zancadilla, de darle un varazo suave con la  
recién cortada vara de mimbre. Pero tan osados pensamientos no llegaban  
a realizarse nunca. Amparo sí que solía empujar a Chinto, y no por vía  
de halago, bien lo sabe Dios, sino de pura rabia que le tuvo siempre. Si  
pudiese leer en el alma del paisano, adivinar cómo le hervía la sangre  
al acercarse a ella, le hubiera cobrado asco amén del odio inveterado  
ya.

Para Amparo, hija de las calles de Marineda, ciudadana hasta la médula  
de los huesos, Chinto era un ilota. Alguna duquesa confinada en oscuro  
pueblo, después de adornar los saraos de la corte, debe sentir por los  
señoritos del poblachón lo que la pitillera por Chinto. Enfadábale todo  
en él: la necia abertura de su boca, la pequeñez de sus ojos, lo sinuoso  
y desgarrado de su andar, su glotona manera de comer el caldo. Le  
entraban irritaciones sordas a la vista de objetos dejados por él, un  
par de zapatos viejos y torcidos, una faja de lana roja pendiente de una  
percha, una colilla negra y pegajosa, caída en el suelo. Y fortificaba  
su antipatía el que Chinto, con la desconfianza socarrona propia del  
paisano, lejos de resolverse a aceptar los ideales

políticos de Amparo,  
a su modo, daba a entender que le parecía huero y v  
ano todo el bullicio  
federal. Con risa entre idiota y maliciosa, solía d  
ecir a veces a la  
muchacha:

--Andas metiéndote en cuentos.... Aún han de venir  
a buscarte los  
civiles, para te llevar a la cárcel....

-XIII-

Tirias y troyanas

También en la Fábrica observaba Amparo que las pais  
anas eran las menos  
federales, las menos calientes, llenas de esceptici  
smo y de picardía,  
decían, meneando la cabeza, que a ellas la repúblic  
a «no las había de  
sacar de pobres». Alguna tenía sus puntas y ribetes  
de reaccionaria; y  
en conjunto, todas profesaban el pesimismo fatalist  
a del labrador,  
agobiado siempre por la suerte, persuadido de que s  
i las cosas se mudan,  
será para empeorarse. No se arrancaba de ellas la m  
ás leve chispa de  
fuego patriótico; empeñábanse en no exaltarse sino  
cuando viesen que  
iban a menos las contribuciones y a más los frutos  
de la tierra. Así es  
que en la Fábrica gozaban de detestable reputación,  
y eran tachadas de  
ávidas, tacañas y apegadas al dinero, y acusadas de  
cebarse en la  
ganancia abandonando su casa por un ochavo, al par

que las de Marineda  
se jactaban de rumbosas, y se preciaban de mejores  
madres. No obstante,  
pronunció la revolución tres palabras áureas que a  
todas sacaron de  
quicio: «¡No más quintas!». Hasta las mismas aldean  
as abrieron  
ansiosamente el corazón y el alma para beberse la d  
ulce promesa.

¡Si la república fuese, como decían diariamente los  
periódicos favoritos  
del taller, la supresión del impuesto de sangre, va  
mos, merecía bien que  
una mujer se dejase hacer pedazos por ella! En el t  
aller de cigarrillos,  
aunque dominaban las mocitas solteras, bastaba habl  
ar de quintas para  
que se moviese una tempestad de federalismo.

--Miren ustedes--decía Amparo--que eso de que arran  
quen a una de sus  
brazos al hijo de sus entrañas y lo lleven a que lo  
s cañones lo  
despedacen por un rey, ¡clama al cielo, señores! Po  
r lo mismo queremos  
la república republicana, la santa república democr  
ática federativa. Con  
ella Marineda será capital, y Vilamorta también, y  
hasta Aldeaparda será  
capital hecha y derecha. Sólo Madrí, que a ese se l  
e acaba la ganga, ya  
no nos chupará la sustancia; se va a hacer una cosa  
magnífica, que se  
llama descentralizar; y veremos cómo después se le  
baja el orgullo a la  
Corte. ¡Si es inicuo y absolutista lo que está pasa  
ndo! Aquí no nos  
mandan, voy a poner por caso, sino tabaco de segund  
a, filipino para eso,  
espérelo usted un mes o dos. Las regalías y las con  
chas se hacen en

Madrid... ¡como si nuestros dedos no fuesen de carne humana! ¿Somos aquí esclavas, o algunas torponas que no sabemos perfeccionar la labor? Y luego allí, paguita siempre corriente, consignas a barullo....  
¡Ciudadanas, es preciso sacudir el yugo tiránico con nobleza y energía cuando venga lo que se aguarda!, ¿eh chicas?

A las dos formas de gobierno que por entonces contendían en España, se las representaba el auditorio de Amparo tal como las veía en las caricaturas de los periódicos satíricos: la Monarquía era una vieja carrancuda, arrugada como una pasa, con nariz de pico de loro, manto de púrpura muy estropeado, cetro teñido en sangre, y rodeada de bayonetas, cadenas, mordazas e instrumentos de suplicio; la República, una moza sana y fornida, con túnica blanca, flamante gorro frigio, y al brazo izquierdo el clásico cuerno de la abundancia, del cual se escapaba una cascada de ferro-carriles, vapores, atributos de las artes y las ciencias, todo gratamente revuelto con monedas y flores. Cuando la fogosa oradora soltaba la sin hueso, pronunciando una de sus improvisaciones, terciándose el mantón y echando atrás su pañuelo de seda roja, parecíase a la República misma, la bella República de las grandes láminas cromolitográficas; cualquier dibujante, al verla así, la tomaría por modelo.

Y la muchacha iba ascendiendo a personaje político.  
En la ciudad

comenzaban a conocerla, y hasta oyó una vez, al pasar por la calle Mayor, que murmuraban en un corrillo de hombres: «Esa es la cigarrera guapa que amotina a las otras». En su barrio todos la embromaban: el mancebo de la barbería pronunciaba un festivo «¡Viva la República!» siempre que Amparo cruzaba ante su puerta; y la señora Porreta murmuraba con voz cascajosa y opaca: «Salú y liquidación social». Si alguien cree que fue rápida la metamorfosis de la niña callejera en agitadora y oradora demagógica, tenga en cuenta que más prontamente aún que la Fábrica de tabacos de Marineda, se gaseó la nación hispana. Ni visto ni oído. Contaba la Gloriosa menos de un año, y ya nadie sabía a qué santo encomendarse, ni a dónde íbamos a parar, ni dónde dar de cabeza. Abundaban las manifestaciones pacíficas, acabando siempre como el rosario de la aurora. En la frontera, agitación carlista; el Gobierno interna que te internarás, y los internados acá, volviendo a meterse en España media legua más allá, mientras en Madrid se fabricaban activamente, y sin gran reserva, fornituras, arneses y mantillas, que en los ángulos lucían una corona y las iniciales C. VI I, y en Vitoria recorrían las calles grupos de jóvenes con boina blanca y garrote en mano, victoreando a las mismas iniciales. A bien que en Puerto Rico la guarnición aclamaba otras cosas, y en Écija mil republicanos protestaban contra «la presencia en España del intruso Antonio de Borbón», y en las



cercanías de Barcelona los payeses, armados de azadas y bieldos, perseguían a un alcalde y le obligaban a encastillarse en las Casas Consistoriales. A todo esto, el poder, representado por el regente Serrano, al cual se tributaban honores casi regios, estaba realmente en las vigorosas manos de Prim, que olfateando la ruina de la Gloriosa, como el marino vislumbra en el remoto horizonte el huracán, sin entretenerse en fruslerías demagógicas, sólo pensaba en traer un monarca, llamado a sosegar el país. España estaba próxima a la gran lucha de la tradición contra el liberalismo, del campo contra las ciudades; magna lid que tenía en la Fábrica de Marinada su representación microscópica.

Todas las mañanas, en efecto, al entrar las operarias en los talleres, al encontrarse en el camino, solían, urbanas y rurales, invectivarse ásperamente y dirigirse homéricos insultos, ni más ni menos que si fuesen las avanzadillas de los dos partidos enemigos que presto iban a encender la guerra civil. El pretexto de las riñas era que las de Marinada mostraban asombrarse de que las campesinas, viniendo quizá de tres leguas de distancia, estuviesen ya allí cuando apenas asomaba el día, y hacían rechifla de tal diligencia.

--¡Vaya, que es buen madrugar de Dios, hijas!

--¿Venides a caballo del Sol?

--¡Andar, lamponas! ¡Dejáis la cama por hacer y el chiquillo por mamar!  
¡Madrastras!

--¡Ni os peinades tan siquiera!... ¡Andáis arañando en el pelo con los dedos por llegar seis minutos antes, ansiosas de judas!

--¡Tú dormiste en el camino, avariciosa! Imposible que a tu casa llegases. Tanto madrugar, y tanto madrugar, y luego no hacedes ni medio cigarro, en tó el día, que mismo no sabedes menear los dedos, que mismo los tenedes que parecen chorizos, que mismo Dios os hizo torponas, que mismo....

Aquí ya la sorna y flema de las interpeladas tocaba a su fin, y respondían coléricas, pero entre dientes:

--¿Y luego? Cada uno se vale como puede, y vusté te ndrá otras rentas, y más otros señoríos... y ganaralo de otra manera diferente, y Dios sabe cómo será... que yo no lo sé ganar sino trabajando, \_hija\_.

--Yo lo gano con tanta honra como usté... y no injuriar a nadie.

--Calle usté, que empezó. Yo no le dicen cosa mala.

--¡Avarientas, rañas, ahorcádevos por un ochavo!

--¡Sinvergüenzas!--replicaban furiosas las campesinas.

--¡Servilonas, carlistas!--contestaban las ciudadanas

as, ya en actitud  
agresiva.

--¡Malvadas, que echades contra Dios!--rugían las i  
nsultadas. Y en medio  
del tumulto se oía el agudísimo ¡ayyy!, de una muje  
r, a la cual manos  
furibundas intentaban arrancar de un solo tirón la  
trenza entera de sus  
cabellos. Por espacio de diez segundos imperaban la  
confusión y el  
desorden, y había empujones, pellizcos convulsivos,  
arañazos, violentos  
repelones; pero apenas iban aproximándose a las cer  
canías de la Fábrica,  
donde el severo reglamento prohibía los escándalos,  
cesaba el griterío,  
comenzaba el torrente femenino a precipitarse dentro  
del patio, y  
restablecíase la paz, ya que no la serenidad interi  
or, en la fiel imagen  
abreviada de la nación española.

-XIV-

Sorbete

Josefina García estaba aquella noche muy compuesta  
y empernejilada en el  
paseo de \_las Filas\_, y la acompañaban las de Sobra  
do. Cuanto se ponía  
Josefina ajustábase siempre a los últimos decretos  
de la moda, no sin  
cierta exageración y nimiedad, que olía a figurín c  
asero. Era esa la  
condición del cuerpo de Josefina semejante a la de  
la cola que los  
escultores usan para vaciar sus estatuas, que recib

e toda forma que se le quiera imprimir. Josefina entraba dócil en los moldes impuestos por la moda, sin rebelarse ni protestar jamás. Tenía su físico algo de impersonal, una neutralidad que le permitía variar de peinado y de adorno sin mudar de tipo. Mediana de estatura, su rostro prolongado y sus agradables facciones no ofrecían rasgos característicos. Sus ojos, ni chicos ni grandes, ni eran feos, pero sí dominantes y escudriñadores más de lo que a su edad y doncellez convenía; su sonrisa, entre reservada y cándida, demasiado permanente en los labios, para que no tuviese visos de fingida y afectada; su talle, modelado por el corsé, sería pobre de formas si hábiles artificios del traje, como un volante sobre los hombros, o en la cadera, no reforzasen sus diámetros. Sin aliño y despeinada, Josefina debía parecer poca cosa; ayudada por el tocado, adquiriría cierta postiza morbidez. En realidad, era un fruto prematuramente caído del árbol, una doncella núbil antes de tiempo; a los trece, cuando tocaba habaneras, tenía ya las coqueterías, los celos, los caprichos de la mujer, y ahora aquella flor rápida y precoz se había deshojado, y en vez de la lozanía seductora de la juventud, notábase en Josefina la tiesura y empaque de una señora formal y los remilgos de una lugareña. Figurábase que la distinción, el buen tono, consistían en contrahacer los menores movimientos, ajustándolos a una pauta preestablecida; que había un modo elegante y otro c

ursi de reír, de  
estornudar, de abanicarse; que hasta existían opini  
ones distinguidas y  
bien vistas, y opiniones que ya no se llevaban; y q  
ue en todo, lo más  
selecto y fino eran las medias tintas, la insustanc  
ialidad, lo insípido,  
inodoro e incoloro. Hablando de cosas superficiales  
, no le faltaba  
cierta charla vivaz, semejante al trinar del jilgue  
ro; pero apenas se  
tocaban asuntos serios, creíase obligada, por su pa  
pel de niña elegante  
y casadera, a encogerse de hombros, hacer cuatro de  
ngues y mudar de  
conversación. Tal cual era Josefina, muchas señorit  
as la imitaban,  
porque, según se decía, «sacaba las novedades»; y a  
unque tachándola de  
exagerada y rara, a veces, con el rabillo del ojo o  
bservaban las  
innovaciones de indumentaria que lucía, para reprod  
ucirlas al punto.

Aquel año comenzaba a imperar el traje corto, revol  
ución tan importante  
para el atavío femenino, como la de Setiembre para  
España; las avanzadas  
en ideas se habían apresurado a cercenar sus faldas  
, mientras las  
conservadoras no se resolvían a suprimir la cuarta  
de tela con que  
barrían las inmundicias del piso. Josefina, que en  
materia de vestir era  
radical, llevaba la moda nueva en todo su rigor, co  
n túnica de seda  
negra adornada de bellotas de pasamanería, cayendo  
sobre redonda falda  
de glasé azul. Un velo de rejilla formaba a su rost  
ro la misteriosa  
aureola de un confesionario, y los \_cuernos\_ de su  
peinado bajaban con

gracia y simetría hacia la nariz. Por la espalda y en la cintura, un lazo negro muy pronunciado servía para abultar lo que entonces quería la \_voluble diosa\_ que abultase. Echaba la señorita los codos atrás con objeto de destacar el busto, actitud que escrupulosamente copiaba la segunda de Sobrado, Clara. Lola, que iba en medio, era la única a poner el cuerpo como Dios se lo dio. La luz de la luna, que se alzaba iluminando el paseo de \_las Filas\_ y el mar, la hora y la temperatura envidiable de una noche de verano, incitaban a amantes efusiones, o siquiera a galanteos, y hasta el ruido de la concurrencia se brindaba a ser cómplice de tiernas palabras pronunciadas a media voz; así lo comprendía Baltasar, que acompañaba a las muchachas, inamovible al lado de Josefina, y haciendo, sin escrúpulo, que sus hermanas llevasen la cesta. A lo lejos, el blando murmullo de las olas, que parecían un lago de plata, decía cosas embriagadoras y poéticas; cantaba un idilio intraducible al humano lenguaje. La conversación del grupo era, no obstante, por todo extremo, vulgar.

--Está desanimado el paseo. ¿Verdad, Sobrado?

--Animadísimo lo encuentro yo. ¿Por qué dice usted eso?...--Y los ojos de Baltasar buscaron los de Josefina, y una mirada se cruzó entre ambos.

--¡Qué cosas tiene usted! Vaya, falta gente: usted no lo notará, pero sí falta.

--Yo, intervino Lola, me aburro con tanto dar y dar vueltas.... En cualquier sitio me divertiría más. No hubiera salido hoy, si no fuese por la Octava de San Hilario.... Pero ni aun la Octava estuvo a mi gusto; faltó muchísima gente de la que acostumbra a lumbrar.... ¿Sabéis porqué?

--No--dijo maquinalmente Josefina.

--Sí--declaró Baltasar--, porque fueron a esperar al muelle a los delegados de Cantabria.

--Los delegados... ¿de qué?--preguntó Josefina jugando con el abanico.

--De Cantabria.... Vienen a firmar la unión del Norte...--explicó Lola--. ¡A mí me gustaría ver el desembarque! Si hubiese tenido con quien ir.

--Yo fui.... ¡Qué lástima!--dijo Baltasar.

--Chica.... ¡Vaya una idea!--exclamó Josefina soltando menudas carcajaditas--. Yo huyo de esas confusiones.... Me aterra pensar que pueden gentes sin educación apachucarme, pisarme... ¡Qué fastidio! Y al fin poco tendrá que ver.... Diga usted, Sobrado, ¿se ha divertido usted mucho?

--No por cierto.... ¡Diversión! ¿Qué diversión ha de ser? Pero es curioso.... ¡Hubo vivas, y mueras, y un silbido vergonzante, y abrazos,

y apretones de manos!

--¡Bien por el que silbó!--dijo Lola batiendo palmas--. ¡A eso quería yo ir, a silbar con la llave de la puerta!

--Dice el tío Isidoro--intervino Clara--que si esto sigue así van a tener que cerrarse los comercios y se concluirá la industria.

--¡Y también se cerrarán las iglesias!--recalcó Lola con más calor aún--. ¡Malditos revoltosos! ¡A silbar, a silbar de bió ir todo el mundo!

--¡Psss! ¡Por Dios!--suplicó Josefina--. Estamos llamando la atención.... Luego dirán que nos metemos en política.

--Pues yo me meto... ¿y qué? Ahora todo el mundo se mete--afirmó Lola.

--¡Ay... yo no! Qué ridiculez, ¿eh, Sobrado? Yo no entiendo de eso.

--¿No tiene usted opiniones, polla?

--No... es decir, no me gustan los alborotos; ¡cuando hay trifulca el teatro está tan soso!... Ni queda humor para vestirse y salir.

--Vamos, usted debe tener sus preferencias.... ¿Será usted carlista?

--¡Ay, no!... ¡La Inquisición me da un miedo!...--dijo riendo.

--¿Republicana?



--¡Qué horror! ¡Cosa más cursi...!

--Moderada, ea. Es usted moderada, de fijo.

--Tal vez, tal vez, algo moderada.... La pobre Reina me da mucha lástima.

--Bueno, ahora ya sé que es usted moderada y lo voy a divulgar por ahí para que la prendan a usted por conspiradora.

--No, por Dios, que no sueñen que hablamos de estas cosas.... Se reirían de mí y dirían que parecemos un club. ¿No sabe usted alguna noticia? ¿Qué me cuenta usted del prestidigitador que trabaja en el teatro?

--¿El húngaro? ¡Bah! Como todas esas funciones.... Muy pesado, mucho cubilete y los pistoletazos de cajón....

--¡Pistoletazos! Los odio: me asustan atrozmente. En viendo que preparan la pistola, ya estoy tapándome los oídos: las chicas se ríen y mamá me dice siempre: «Niña, que te miran...». Pero yo no puedo....

--¡Mejor! Si la miran a usted, ¿qué más quieren los espectadores?

--declaró Baltasar cediendo a la destreza con que Josefina traía el diálogo al terreno personal.

Mientras pasaba este coloquio, las madres, que venían detrás, se sentaron en un banco, sin que su plática, por versar sobre asuntos de muy otra especie cediese en animación a la de la gente joven. Un

momento, al pasar por delante de ellas, Lola se volvió a preguntarles no sé qué; al mismo tiempo Josefina tocó levemente en el codo a Baltasar, el cual se inclinó, y por movimiento simultáneo cayeron los brazos de ambos y sus manos se unieron en el espacio de un segundo, depositando la mano varonil en la femenina un papelito blanco, tamaño como una mariposa. Susurraban las acacias, llenaba el aire el misterioso silabeo de las conversaciones de última hora, y el amoroso gemido del mar, besando el parapeto, completaba la sinfonía.

Ni se escapó el detalle del papel al ojo avizor de la viuda ni a la vigilante atención de doña Dolores, quien puso torcido y avinagrado gesto, levantándose al punto y anunciando que era hora de retirarse. Al tiempo que regresaban las dos familias, desde \_las Filas\_ a la calle Mayor, la señora de Sobrado meditaba una épica pequñez, una tontería trascendental y feroz que le sirviese para dar desfachaderas a las de García y quedarse sola con sus hijas. Y como llegas en cerca de las puertas del café de la Aurora, que dejaban pasar la luz amarilla y cruda del gas, ocurriósele, por fin, la liliputiense estratagema, y con felina amabilidad dijo la viuda:

--Y ahora, ¿qué se hacen? Nosotros pensábamos entrar a tomar un refresco.... ¿Nos acompañarán ustedes? Un sorbetito, cualquier cosa....

--¡Jesús... pues no faltaba más!--contestó la viuda

, abochornada como  
persona a quien ofrecen de mala gana y por fórmula  
un obsequio que  
cuesta dinero--. Nosotras tenemos que hacer, y nos  
retiramos.

--¡Baltasar!--gritó doña Dolores a su hijo, que iba  
delante con las  
muchachas--. ¡Baltasarito, entra aquí, que vamos a  
tomar sorbete!...

--Vengan ustedes, señoritas--murmuró el teniente, c  
reyendo que se  
trataba de convidar a la familia García.

--No, estas señoras no quieren nada--se apresuró a  
advertir la madre,  
clavando a su hijo a la puerta del café con una mir  
ada elocuentísima.

A pesar del aplomo de buen género que creía Josefin  
ita poseer, se vieron  
a la claridad del gas sus ojos preñados de lágrimas  
de orgullo y su tez  
encendida, como si la abofeteasen. Dijo un seco «ad  
iós» a Clara y Lola;  
a Baltasar y a doña Dolores ni palabra. Cogiose del  
brazo de la viuda y  
pronto se confundieron en la oscuridad del fin de l  
a calle sus espaldas,  
erguidas con dignidad propia de espaldas de destron  
adas reinas. Baltasar  
se volvió hacia su madre.

--Pero, mamá...--pronunció.

--¡Chsss!--murmuró ella en voz baja, casi al oído d  
el mancebo...--. Eres  
un bolo, que te comprometes en público con ellas, y  
tienen medio perdido  
su asunto. Van a quedar en la calle, chiquillo....  
He confesado a la

infeliz de la madre y no pudo negármelo.... Yo ya lo sabía por un abogado. Va muy mal todo eso.... Niñas, sentaos--añadió dirigiéndose a Lola y Clara--. Mozo, cuatro medios de leche y barquillos....

--Yo no tomo...--dijo Baltasar.

--Mozo, tres medios no más.... Pues mira como andas, porque esa mocosa con su gesto de todo me fastidia, te va a envolver.... La tendrás que mantener, y a las cuñaditas, y a la viuda....

--Pero si no pienso... usted todo lo abulta. Sólo que las cosas hechas así de este modo se comentan y dan que hablar.... ¿No se empeñó usted misma en que las acompañase?

--Con permiso de ustedes--dijo el mozo colocando en la mesa tres vasos de leche amerengada coronados de canela, y un cestito de paja lleno de barquillos. Clara y Lola se pusieron a chupar su refresco, comprendiendo que no debían oír el diálogo de su madre y hermano.

--Que las acompañases, sí... porque no me figuraba yo que iba a resultar tal compromiso.... Si pierden el pleito, ni sé cómo pagarán las costas.... Han de acudir al bolsillo del prójimo; acuérdate de lo que te digo; como si todo el mundo tuviese ahí el dinero a disposición....

--Pues yo--declaró Baltasar--no vuelvo a meterme en otra.... Mire usted bien las cosas antes, porque esto de andar así, hoy

tomo y mañana dejo,  
es ridículo y le pone a uno en evidencia. Dirá la gente que cazamos...  
que cazo un dote.... ¡Ya ve usted!

--¡Dios quiera que los cazados no seamos nosotros!-  
-tartamudeó doña  
Dolores con las mejillas horriblemente sumidas por  
los esfuerzos de  
absorción que practicaba, a fin de convertir su barquillo en bomba  
ascendente de la leche garrapiñada.

-XV-

Himno de Riego, de Garibaldi. Marsellesa

Era Baltasar un hijo, no de este siglo, sino de su  
último tercio, lo  
cual es más característico y peculiar. Calificábanle  
e las señoras de  
atento; sus compañeros, de muchacho corriente y agradable; su tío, de  
chico listo y con el cual se podía departir acerca  
de asuntos de  
comercio. Su temperatura moral no subía ni bajaba a  
dos por tres; no se  
le conocía ardor ni entusiasmo por ninguna cosa; la  
fiebre de la mocedad  
no le había causado una hora de franca y declarada  
calentura. Ni juego,  
ni bebida, ni mujeres le sacaban de quicio. En política era naturalmente  
doctrinario. Su madre le juzgaba mozo de gran porvenir y altos destinos,  
porque dejándole la paga para gastos menudos y diversiones, Baltasar  
ahorraba y nunca se halló sin blanca en el bolsillo

del chaleco.

Destinado a la carrera militar, más por vanidad de su familia que por vocación, no era, sin embargo, cobarde, pero sí yerto; prefería los ascensos a la gloria, y a la gloria y a los ascensos reunidos anteponía una buena renta que disfrutar sin moverse de su casa ni estar a merced del ministro de la Guerra. Secretamente, con cautela suma (porque Baltasar respetaba la opinión pública y todo lo que hay que respetar para vivir con sosiego), la ley y norte de su vida era el placer, siempre que no riñese con el bienestar. Tenía vanidad, pero vanidad encubierta y en cierto modo solitaria. A sus creencias, vacilantes y endebles, no quería tocar, como si fuesen un diente próximo a caerse y con el cual evitase morder cortezas duras. Vivía a su gusto y talante, sin meterse en más libros de caballerías. Físicamente tenía Baltasar mediana estatura, la tez fina y blanca, y de un rubio apagado el ralo cabello; pero la parte inferior de su fisonomía era corta y poco noble; la barbilla chica y sin energía, la boca delgada de labios, como la de doña Dolores. En conjunto, su rostro pareciera afeminado a no acentuarlo la aguda nariz, diseñada correctamente, y la frente espaciosa, predestinada a la calvicie.

Al huir del café, como si huyese de sí mismo, dejando a su madre y a sus hermanas ocupadas en agotar los sorbetes, sintió que le daban una palmadita en la espalda, y volviéndose conoció a Bo

rrén, que ya hacía  
días estaba de retorno de Ciudad Real, contando que  
allí había unas  
chicas... hombre, ¡cosa notable! Se cogieron del br  
azo y se dieron a  
vagar por las calles, que no aconsejaba otra cosa l  
a serenidad y  
hermosura de la noche de estío. Baltasar desahogó s  
us cuitas en aquel  
amigo pecho. Él no estaba ciego por Josefina, ni co  
sa que lo valga; pero  
ahora recelaba que sería mal visto plantarla de gol  
pe y porrazo.

--Entreténgala usted--aconsejó maquiavélicamente Bo  
rrén--y distráigase  
por otro lado. ¿Va usted a vivir así a su edad? ¡Pu  
es no faltaba más,  
hombre!

--Es una diablura: en este pueblo todo se sabe, y d  
espués, líos,  
historias, lances que molestan.... Se me figura que  
voy a pedir que me  
destinen a Andalucía o a Cataluña.... Si me quedo a  
quí, hay una muchacha  
que me da, a veces, en que pensar... ¿y para qué se  
ha de meter uno en  
un atolladero?

--Una muchacha.... No es la de García, ¿eh?

--No, hombre.... Esos son solaces a la alta escuela  
y por todo lo fino,  
que no le quitan a uno el sueño.... Es... una cigar  
rera.

--¡Hola... picarón! ¿Esas tenemos, y tan calladito?

--Usted mismo me la enseñó y me habló de ella.... L  
a chica del

barquillero.

Borrén chasqueó la lengua contra el paladar.

--¡Yaaaá lo creo! ¡Toma, toma! ¡Pues si es una joyita, hombre! ¡Caramba con usted y cómo lo gasta! ¿No se lo decía yo a usted, eh?

--Debo advertir que por ahora no hay nada. No se eche usted a maliciar ya.

--Principio quieren las cosas, hombre.

Hablaban así al atravesar una calle principal, cuando de pronto les llamó la atención el corro de gente parada a la puerta de una sociedad de recreo. Dentro del marco de las iluminadas ventanas se veían agitarse figuras negras que gesticulaban animadamente, y detrás de ellas medio se columbraba una mesa servida con copas, botellas y dulces. A veces se dibujaba sobre el fondo de luz la silueta de una mano que alzaba una copa, y el clamor que seguía al brindis era delatado por el retemblido de los cristales.

--El Círculo Rojo--dijo Borrén--. Están obsequiando a los delegados de Cantabria.

--¡Llegar por mar ahora mismo y tener humor para correrla!--exclamó el teniente--. ¡Lástima de naufragio!

--¿A usted qué le parece de estas algaradas, Sobrado?



--¿Qué me ha de parecer? Que antes de dos meses nos embromarán allá por Navarra los del Terso....

--¡Quia! Eso nunca, hombre. Eso murió, y los muertos no resucitan.

--Usted entiende más de chicas guapas que de política, amigo Borrén. Nos van a divertir, créame usted. Ya anda en danza Elío, un militar si los hay.... Eso se va a organizar; verá usted cómo salen de la tierra igual que los hongos cuando llueve, pero equipaditos y con armamento. Y estos otros también van a sacar las uñas por Barcelona y donde haya blusas y fábricas. Lo peor de todo es que harán de España mangas y capirotos....

Un golpe de gente que desembocaba en la calle cortó la réplica de Borrén. A la luz del astro nocturno se veía blanquear los instrumentos de metal y los papeles de música. Al llegar ante el Círculo Rojo instaló la banda sus atriles, en el centro del corro que aumentaba; y previas algunas palabras en voz baja y un golpe de batuta, rasgó los aires el bullanguero himno que todo español conoce y ama o detesta. Del concurso partieron gritos.

--¡Himno de Garibaldi!

--¡Marsellesa, Marsellesa!--contestó un grupo más compacto.

Y enmudecieron los metales, y presto volvió a alzarse su formidable acento, entonando la trágica Marsellesa. Impensadam

ente se abrieron las  
ventanas del Círculo, y fue como si la sala llena d  
e claridad, de gente  
y de tumulto, se viniese a meter entre los espectad  
ores.

En primer término asomaron las cabezas los recién v  
enidos, y al punto  
calló la música y se oyeron vivas a los delegados,  
a Cantabria,  
dominando el clamoreo una voz aguardentosa que desd  
e la esquina repetía  
incansable «¡Viva la honradez!». Una mujer se adela  
ntó, y entrando en el  
círculo de luces, gritó con voz fresca y potente:

--¡Que brinden a la salud del pueblo!... ¡Que brind  
en!...

Volvióse uno de los delegados, y al punto le trajer  
on una copa rebosando  
Champaña, que elevó a los cielos al pronunciar el b  
rindis. Las luces de  
los atriles alumbraron su barba de nieve, sus mejil  
las sonrosadas como  
las de los viejos de la pintura arcádica. Baltasar  
sacudió el brazo de  
su confidente.

--¿La ve usted?

--La veo. ¡Olé y qué guapa se pone todos los días,  
hombre!

--Pero se me hace muy cargante con estas cosas polí  
ticas. Las mujeres no  
tienen más oficio que uno.

--Sí, hombre... quién la mete a ella... tiene chist  
e.

--Es una epidemia. Almorzamos política y comemos íd

em. Se va volviendo  
España un manicomio. ¡Bah! Si no estuviese aquí, do  
nde todo el mundo me  
conoce, las extravagancias de esa muchacha no dejar  
ían de divertirme....  
¿La ve usted aplaudiendo a rabiar al del brindis? ¿  
Cómo se llamará ese  
ciudadano? Parece el Oroveso de \_Norma\_.

--Psh... mañana lo sabremos.

-XVI-

Revolución y reacción mano a mano

En la calle de los Castros estaba Carmela, la encaj  
erita, descolorida  
como siempre y ocupada en oír de boca de Amparo el  
relato de los sucesos  
de la víspera. Asomada Carmela al tablero, disimula  
ba su talle encorvado  
ya por la habitual labor; pero no sus ojos ribetead  
os y cansados de  
fijarse en la blancura del hilo. No obstante su ata  
reado vivir, la  
encajera gastaba humor apacible e inalterable y pos  
eía la dulzura de las  
personas melancólicas, una benevolencia claustral.  
Amparo narraba  
animadamente; los delegados de Cantabria habían des  
embarcado entre  
inmenso gentío que llenaba el muelle y la ribera: e  
lla pensó por la  
mañana alumbrar en la octava de San Hilario; pero ;  
qué octava ni  
octava!, en cuanto supo la venida del buque, allá s  
e plantó, en el  
desembarcadero, abriéndose calle a codazos.... Los

delegados son unos señores..., ¡vaya!, de mucho trato y de mucho mundo : ¡saludan a todos y se ríen para todos!, ¡republicanos de corazón, ea! (y aquí Amparo se descargó una puñalada en el pecho). A la señora María, la Rinchona, mira tú, porque dijo que les quería dar la mano, la abrazaron a vista de todo Dios... luego los había acompañado al Círculo Rojo, y oído la serenata, y el discurso que echó uno de ellos... ¡un viejo que parece un santo!, y otro... un señor serio, de mal color....

--¿Y qué tal, predicán bien?

--¡Dicen cosas... que se le hace a uno agua la boca de oírlas! Quisiera yo que estuviesen allí los que creen que la federal trae desgracias y belenes. El viejo no habló sino de que ya no había tiranía... de que todo se iba a arreglar con moralidad y atención... de que nos quisiésemos mucho los republicanos, porque ya todo ha de ser concordia entre los hombres.

--Tú tienes un memorión.... A mí se me iría el santo al cielo. Mi memoria es de gallo. Y el otro, ¿qué dijo?

--El otro, el otro... el otro habla despacio, pero echa unos términos, que a veces cuesta caro entenderlo.... Predicó mucho de nuestros derechos y del trabajo, y de lo que representa esta Unión del Norte... y de que las clases trabajadoras, si se unen, pueden con las demás.... Habían de venir allí arrastrados de las orejas los

que piensan que los  
republicanos dicen cosas malas. No señor, allí se c  
antaba clarito lo que  
somos, paz, libertad, trabajo, honradez y la cara y  
las manos muy  
limpias.

--Dime una cosa, mujer.

--Más que sean dos.

--¿Y qué significa eso de república federal?

--Significa... ¿qué ha de significar, repelo? Lo qu  
e predicaron esos.

--Pero no me hice bien de cargo.... ¿Qué más tiene  
eso que el gobierno  
que hay ahora?

--Tiene, tiene, tiene... tiene que Madrí no se nos  
monte encima, y que  
haya honradez, paz, libertá, trabajo....

--Pero... vamos, una pregunta, por preguntar, mujer  
. ¿No decían cuando  
vino el barullo de la revolución el año pasado, que  
nos iban a dar todo  
eso? Conforme aquellos no lo dieron también podrá c  
uadrar que no lo den  
estotros.

--No puede ser, y no, y no, porque estos son otros  
hombres de otra  
manera, que miran por el bien del pueblo.... No dig  
as tontadas.

La encajerita se rió con su risa tenue.

--No, si lo que vienen a dar es trabajo, por acá no  
falta.... Y digo yo  
y preguntando otra vez, si es verdá que quitan la e

stancación del  
tabaco, vamos a ver, ¿cómo os valéis las cigarreras  
? Pidiendo limosna.

--¡Esa es una burrada de las gordas!--exclamó Amparo, fuerte ya en la  
controversia del punto concreto--. Oye y atiende, mujer, te lo voy a  
poner claro como el sol. Ahora el Gobierno nos tiene allí sujetas, ¿no  
es eso? Ganamos lo que a él se le antoja; si vienen, un suponer, buenas  
consignas, porque vienen, y si no, fastidiarse. Él chupa y engorda y se  
hace de oro, y nosotras, infelices, lo sudamos. Que se desestanca, que  
se desestancó: ¡ala con ella!, las reinas somos nosotras, las que  
tenemos nuestra habilidad en los dedos; con nosotras han de venir a  
batir el consumidor y el estanquero, y si a mano viene, el ministro del  
ramo.... ¿Aún no entendiste, tercona?

Meneaba suavemente la cabeza la encajerita, mientras los hilos de la  
labor se deslizaban, se cruzaban, se entretejían a través de sus dedos,  
y los palillos de boj, chocando unos contra otros, hacían una musiquilla  
flauteada.

--Es que... tú pintas las cosas.... Pero dime.

--¡Qué porfiosa del dianche!

--Dime con verdad.... ¿Falta ahora gente que pretenda entrar en la  
Fábrica?

--¡Faltar! ¡Más empeños andan danzando!

--Pues, catá... El día que quiten la estancación se echa medio mundo a trabajar en cigarros, y habiendo mucho quien trabaje, el trabajo anda por los suelos de barato. ¿Qué me está pasando a mí? Empezó la tía a hacer encajes, y le salieron dos o tres de Portomar a poner la competencia... porque ahora son mucha moda estas puntillas, hasta para pañuelos; lo que estoy rematando es un pañuelo.

Descubrió ufana su almohadilla alzando un pañizuelo que velaba parte de labor terminada ya, y viose una alicatada crestería, un alicatado de hilo, donde el menudo dibujo se desplegaba en estrellitas microscópicas, en finos rombos, en exquisitos rectángulos, todo ello unido con arte y gracia formando primorosa orla. Amparo aprobó.

--Está muy bonito--dijo.

--Pues con todo y que se lleva tanto, como ya somos muchas a menear los palitroques, hay que arreglar los precios.... Yo--murmuró suspirando levemente--no puedo hacer más; a veces trabajo con luz, pero no me lo resisten los ojos, y así me arrimo cuando más puedo al tablero hasta que no se ve el día.... La tía también se quedó medio ciega; ya ni puntillas gordas hace: sólo sirve para ir por las casas a vender lo que yo trabajo....

Batida en el terreno crematístico, Amparo tocó otra cuerda para seguir hablando de lo que la gustaba; que no se le cocía el pan en el cuerpo

hasta desembuchar cuanto había visto y esperaba ver  
.

--¡El día que lleguen por tierra los delegados de C  
antabrialta... se  
prepara una buena! ¿No sabes?

--¿Mucha fiesta?

--Los han de esperar con coches.... Y...--Amparo se  
detuvo, bajando la  
voz para acrecentar el efecto de la estupenda notic  
ia--les iremos a  
alumbrar con hachas.

--¡Ave María de gracia! ¿Qué me dices, mujer? ¿Alum  
brarles como a los  
santos?

--Andando.

--¿Y quién? ¿Las de la Fábrica?

--Ajá. Una ristra de ellas. Ya estamos habladas.

--¿Van tus amigas?... ¿Aquellas dos?...

--¡Espera por ellas! No, mujer, no. Ana, como trata  
con un capitán  
mercante, no se quiere rebajar a que la vean alumbr  
ando; dice que cuando  
llegue la \_Bella Luisa\_ la avergonzaría su marino..  
.. ¡Y aquella tonta  
de Guardiana tuvo valor a decirme que ella sólo cog  
ería un hacha para ir  
en la procesión de Nuestra Señora de la Guardia!

--Pues yo digo otro tanto... más que te enfades, mu  
jer. ¡Vaya unos  
dioses y unas imágenes que vais a llevar en procesi  
ón! Eso parece cosa  
de idólatras. Alumbrar solamente a las cosas de la



iglesia, el veático,  
las octavas....

--Calla, que eres más nea que los neos.

--¡Y para el favor que me están haciendo a mí esos señores que predicán la libertá! ¡Dicen que van a echar a todas las monjas a la calle y a no dejar convento con convento!

Amparo retrocedió tres pasos, se puso en jarras, en arcó las cejas, y después se persignó media docena de veces, con extraña prontitud.

--Me valga San.... ¿Pero tú hablas formal, mujer? ¿Te quieres meter en aquella prisió por toda, toda, toda la vida? Arreniégote.

--Querer, quiero.... ¡Ay! Quise desde que fui así pequeña.... Pero ¡bah!, ¡no puedo! ¿Dónde me van a recibir ahora sin el dote? ¡Buenas están las monjas para meterse en despilfarros! ¿Y yo, cómo he de juntar el dote, dime tú? Si pido, nadie me dará... A no ser que Dios me mande una sorpresa....

--Mujer, rica no soy; pero un par de duros aún no me hacen falta para comer mañana--dijo espontáneamente Amparo.

La pálida sonrisa de la encajerita alumbró su rostro.

--Se estima la voluntá... Necesito una atrocidad de dinero para el caso, y ya sé que juntar, no lo he de juntar nunca.... En fin, paciencia nos

dé Dios.

--¿Y tú estarías a gusto presa entre cuatro paredes ?

--Bien presa vivo yo desde que acuerdo.... Siquiera los conventos tienen huerta, y vería uno árboles y verduras que le alegrasen el corazón.

-XVII-

Altos impulsos de la heroína

Eran las horas meridianas, las horas de calor, cuando salieron desempedrando las calles de Marineda carruajes en que iban las comisiones del partido a esperar a los delegados de Cantabrialta. Las dos leguas de camino real que van de la ciudad al ex-portazo (como se decía entonces) hallábanse cuajadas de gente en expectativa, asaz empolvada y sudorosa. Poca levita, mucha tuina y chaqueta, de higos a brevas un uniforme; buen número de mujeres, roncas ya, con los labios secos, los ojos inyectados, arrebatadas las mejillas, más o menos descompuesto el peinado y el traje. Engalanadas con colgaduras ostentaba sus casas el pobre suburbio de la Riberilla: quién había destinado a manifestar su civismo la colcha de la cama, quién las cortinas de la humilde alcoba, quién una sábana o mantel. Al ingreso de la barriada se

alzaban arcos de triunfo, entretejidos con ramaje.

Cuando regresaron los coches trayendo ya a los esperados viajeros, el contraste que ofrecía el espectáculo convidaba a parar la consideración en él. Acercábase el sol a su ocaso y las colinas que limitaban el horizonte pasaban del suave azul ceniciento al lila más delicado. Las playas de la Barquera y el mar alternaban en zonas de nítida blancura y de limpio color de zafiro; a los últimos destellos del Poniente, el arenal brillaba como si estuviese salpicado de plata, y vaporosas franjas de espuma, tan pronto formadas como deshechas, corrían un instante por el borde de las olas. Soberana y majestuosa paz, unida al recogimiento de la hora vespertina, se elevaba de aquellas diáfanas lejanías al cielo puro, donde apenas de trecho en trecho leves nubecillas, semejantes a copos de algodón, se esparcían tiñéndose de oro. Así se preparaba al sueño la Naturaleza, mientras en la carretera una multitud abigarrada y polvorosa se desojaba mirando al punto por donde asomaría muy luego la comitiva, y recreaba la vista en contemplar los guiñapos y telas de colorines pendientes de los balcones, y el marchito verdor de los arcos de triunfo; y se recibían y daban pisotones recios, y \_metidos\_ feroces, y algún furtivo pellizco, y se tragaba y se mascaba el árido polvo del camino, oyendo a poca distancia, como irónica burla, el blando gemir de las ondas de la ría.

De tiempo en tiempo, las bombas de palenque trataban de armar un escándalo en la atmósfera, pero en balde: diríase que era la detonación de algún vergonzante petardo, que así alteraba la amplia serenidad del ambiente, como el zumbido de un mosquito turbaría el reposo de un gigante. Las tocatas de la banda de música, hecha pedazos de puro soplar himnos y más himnos patrióticos, se empequeñecían en el libre y anchuroso espacio, hasta asemejarse al estallido de una docena de buñuelos al caer en el aceite hirviendo donde se fríen. Y visto desde la playa, el mismo numeroso gentío podía compararse a un avispero, y la bandera roja a un trapo de los que los chicos cuelgan de una caña a fin de pescar ranas en las ciénagas.

Para que la comitiva adquiriese unos asomos de solemnidad, fue preciso que entrase en los mezquinos arrabales del pueblo. Con la frescura de la noche que caía todo el mundo se halló más a gusto, los de los coches respiraron, sin dejar de saludar a diestro y siniestro, y comenzaron a abrir en las tinieblas sus pupilas de fuego los reverberos de la ciudad, la Farola, y las hachas de cera que encendían algunas mujeres para alumbrar a los carruajes. Así que brilló el cordón de luces, las portadoras de las hachas se alinearon en buen orden, bajando los ojos modestamente porque aquello olía a procesión. Entonces algunos curiosos de Marinada, que no habían querido molestarse en ir más lejos para ver

la función, se abrieron paso y situaron conveniente  
mente con propósito  
de estudiar los semblantes de las que en otra ocasi  
ón se llamarían  
devotas. Si las encontraban mozas y lindas, decíanl  
es cosas almibaradas;  
si viejas y feas, barbaridades capaces de enojar y  
abochornar a un santo  
de leño. Cuando pasaba Amparo, que iba una de las p  
rimeras, al lado del  
rojo estandarte, era un fuego graneado de piropos,  
una descarga cerrada  
de ternezas, a quemarropa. Es que la muchacha se lo  
merecía todo: la luz  
del blandón descubría su rostro animado, encendía s  
us ojos  
rechispeantes, y mostraba la crespá melena, desanud  
ada por la agitación  
de la caminata, y flotando en caprichosas roscas po  
r su frente, hombros  
y cuello. Baltasar y Borrén, de americana y hongo,  
se colocaron entre la  
apiñada muchedumbre y quizá le murmuraron al oído c  
ien mil dislates;  
pero no estaba el alcacer para gaitas, es decir, no  
estaba Amparo de  
humor de requiebros, hallándose exclusivamente pose  
ída del fervor  
político.

Sentíase sobreexcitada, febril, en días tan memorab  
les. Por todas partes  
fingía su calenturienta imaginación peligros, lucha  
s, negras tramas  
urdidas para ahogar la libertad. De fijo de fijo el  
Gobierno de Madrid  
sabía ya a tal hora que una heroica pitillera marin  
edina realizaba  
inauditos esfuerzos para apresurar el triunfo de la  
federal: y con tales  
pensamientos latíale a Amparo su corazoncillo y se  
le hinchaba el seno

agitado. En medio de la vulgaridad e insulsez de su vida diaria y de la monotonía del trabajo siempre idéntico a sí mismo, tales azares revolucionarios eran poesía, novela, aventura, espacio azul por donde volar con alas de oro. Su fantasía inculta y briosa se apacentaba en ellos. Las enfáticas frases de los artículos de fondo, los redundantes períodos de los discursos resonaban en sus oídos como el ritornelo del vals en los de la niña bailadora. Aquella llegada de los individuos de la Asamblea de la Unión fue para Amparo lo que sería a la de los Apóstoles para un pueblo que oyese hablar del Evangelio y de pronto viese arribar a sus costas a los encargados de anunciarlo.

Tenía Amparo por cosa cierta que se acercaba la hora de señalarse con algún hecho digno de memoria: ansiaba, sin declarárselo a sí misma, emplear las fuerzas de abnegación y sacrificio que existen latentes en el alma de la mujer del pueblo. ¡Sacrificarse por cualquiera de aquellos hombres, venidos de Cantabria a vaticinar la redención; inmolarse por el más viejo, por el más feo, prestándole algún extraordinario y capital servicio! Llamar a su puerta a las altas horas de la noche; decirle con voz entrecortada que «ahí viene la policía» y que se oculte; acompañarle por recónditas callejuelas a un escondrijo seguro; meterle en la mano unos cuantos pesos ahorrados a fuerza de liar pitillos; recibir, en cambio, un haz de proclamas para repartir al día siguiente, con la

advertencia de que «si se las cogen, puede contarse  
ánima del  
Purgatorio»; distribuir las con sigilo y celo; y por  
recompensa de tantas  
fatigas, de riesgos semejantes, ganar un expresivo  
apretón de manos, una  
mirada de gratitud del proscrito.... Si el heroísmo  
es cuestión de  
temperatura moral, Amparo, que se hallaba a cien gr  
ados, tal vez se  
dejara fusilar por \_la causa\_ sin decir esta boca e  
s mía; y quién sabe  
si andando los tiempos no figuraría su retrato al l  
ado del de Mariana  
Pineda en los cuadros que representan a los mártire  
s de la libertad....  
Feliz o desgraciadamente, lo que ustedes quieran, q  
ue por eso no  
añiremos, los tiempos eran más cómicos que trágico  
s, y los loables  
esfuerzos de Amparo no le obtuvieron otra corona de  
martirio sino el que  
en la Fábrica se prohibiese la lectura de diarios,  
manifiestos,  
proclamas y hojas sueltas, y que a ella y a otras c  
uantas que  
pronunciaron vivas subversivos y cantaron canciones  
alusivas a la Unión  
del Norte las suspendieran, como suele decirse, de  
empleo y sueldo.

-XVIII-

Tribuna del pueblo

El Círculo Rojo echa el resto; no se habla en Marin  
eda sino del banquete  
que ofrece a los delegados de Cantrabria y Cantabri

alta. No tiene el  
Círculo Rojo socios tan opulentos como el Casino de  
Industriales y la  
Sociedad de Amigos; pero sóbrale alma y desprendimi-  
ento, cuando la  
ocasión lo requiere, para sangrarse los bolsillos,  
empeñarse, si es  
preciso, hasta los ojos y salir con color y present-  
ar una mesa que no le  
avergüence.

Llamada a conferenciar con el presidente del Círcul-  
o la «persona de buen  
gusto», que nunca falta en los pueblos para dirigir  
las solemnidades,  
entró al punto en el desempeño de sus funciones, y  
se dio tal maña, que  
en breve pudo negociar un empréstito de candeleros  
de plata, centros de  
mesa, vajilla fina, mantelería adamascada y nueva,  
palilleros  
caprichosos y pureras sorprendentes. Obtenido lo cu-  
al, el correveidile  
se frotó las manos asegurando al presidente que la  
mesa estaría  
regiamente exornada.

--Regiamente, no señor--contestó el presidente algo  
fosco--.

Republicanamente, dirá usted.

No quiso el organizador de la fiesta discutir el ad-  
verbio, y satisfecho  
de haber encontrado los accesorios, se dio a buscar  
lo principal, o sea  
la comida. Bregando con fondistas y cafeteros, cons-  
iguió combinar  
platos, vinos y helados del modo que le parecía más  
ortodoxo y elegante;  
pero quiso su desdicha que a última hora el entusias-  
mo político lo  
echase todo a perder, instigando a este bodegonero



federal a enviar «la prueba» de sus vinos y a aquel hornero a remitir media docena de robustas empanadas, que cayeron en el banquete como barbarismos en selecto trozo de latinidad clásica. Menudencias que la Historia no registrará seguramente.

De propósito se empezó tarde la comida, y circulaban aún las dos sopas de hierbas y de puré, cuando los camareros cerraron las maderas de las ventanas y encendieron las bujías de los candelabros y los aparatos de gas. Viose entonces salir de las vaguedades del crepúsculo la mesa, la larga mesa de sesenta cubiertos, con sus brillantes objetos de plata, sus ramos de flores simétricamente colocados, sus altos ramilletes de dulce, sus temblorosas gelatinas, donde la luz rielaba como en un lago. El presidente del Círculo tendió en derredor una mirada de orgullo. En verdad que el aspecto del banquete era majestuoso. Imperaba en él todavía la reserva de los primeros momentos: la gente comía con moderación y delicadeza, los camareros y mozos de servicio andaban discretamente sin taconeear, las cucharas producían leve música al tropezar con los platos, la virginidad del mantel alegraba los ojos, y el vaho aperitivo de la sopa no desterraba del todo las fragantes emanaciones de las rosas y claveles de los floreros. No obstante, al servirse la primer entrada comenzaron a dialogar los vecinos de mesa, y el rumor creciente de las conversaciones envalenton

ó a los mozos, que  
pisaron ya más recio.

Presidía la mesa el viejo de blanca barba, y la teatral nobleza de su figura completaba la decoración. A su derecha tenía al presidente del Círculo y a su izquierda al orador de tenebrosa faz, el que, según Amparo, «echaba términos» difíciles de entender. Seguían los demás delegados por orden de respetabilidad, alternando con individuos de la Junta, de la Prensa, del partido.

Fue poco a poco acrecentándose el ruido de la charla y desatándose las lenguas, por donde rebosaba ya la abundancia del corazón. El que, merced a su ancianidad venerable, podía ser llamado patriarca, sonreía, aprobaba, estaba de acuerdo con todo el mundo, mientras el delegado tético y ceñudo se las componía lo mejor posible para disputar. Al tercer plato disparó con bala rasa contra la propiedad, el capital y la clase media, y el presidente del Círculo, patrón y dueño del establecimiento, hubo de amoscarse; poco después fue el patriarca mismo el enojado, a causa de no sé qué frases sobre el derecho de insurrección y el empleo de medios violentos y coercitivos. Ninguno le parecía al patriarca lícito; en su concepto, el amor, la paz, la fraternidad, eran las mejores bases para fundar la unión federativa, no sólo de Cantabria y de España, sino del mundo. Cada cual alegaba sus razones, tratando de quimera el ajeno parecer; la discusión se hacía gen

eral; intervenían en ella periodistas y delegados desde los más remotos extremos de la mesa; alguien brindaba sin ser oído; personas de voz escasa exclamaban en tono suplicante: «Pero oigan ustedes, señores... si ustedes oyesen una palabra...». Era en balde. El grupo central se lo hablaba todo; de su confuso vocerío sólo se destacaban frases sueltas, airadas, empeñadas en descollar. «Eso son utopías, utopías fatales.... No, es que le convenzo a usted con la historia en la mano.... Sí, sí, haga monos de miel.... La Revolución Francesa.... Era otro régimen, señores... No confundamos los tiempos.... Está usted en un error.... Un hecho no es ley general.... Eso lo ha dicho Pi.... Cantú es un reaccionario.... El bautismo de la sangre.... Horrores infecundos...». Mientras duraba la polémica, los mozos no se entendían para pasar las fuentes del asado y para escanciar el Champaña.... Uno de ellos se inclinó hacia el presidente y le dijo al oído no sé qué... El presidente se levantó al punto y salió de la sala, volviendo a entrar presto seguido de un grupo de mujeres.

Amparo lo capitaneaba. Penetró airosa, vestida con bata de percal claro y pañolón de Manila de un rojo vivo que atraía la luz del gas, el rojo del trapo de los toreros. Su pañuelito de seda era del mismo color, y en la diestra sostenía un enorme ramo de flores artificiales, rosas de Bengala de sangriento matiz, sujetas con largas cintas lacre, donde se

leía en letras de oro la dedicatoria. Diríase que era el genio protector de aquel lugar, el duende del Círculo Rojo; las notas del mantón, del pañuelo, de las flores y cintas se reunían en un vibrante acorde escarlata, a manera de sinfonía de fuego.

Adelantose intrépida la muchacha levantando en alto el ramo y recogiendo, con el brazo libre, el pañolón, cuyos flecos le llovían sobre las caderas. Y como el conspicuo disputador, dejando su asiento, mostrase querer tomar el ex-voto que la muchacha ofrecía en aras de la diosa Libertad, Amparo se desvió y fuese derecha al patriarca. El corro se abrió para dejarla paso.

La muchacha, sin soltar el ramo, miraba al viejo. Este, de pie, con su barba plateada y levemente ondulosa como la de los ermitaños de tragedia, con su calva central guarnecida de abundantes mechones canos, con su alta estatura, un tanto encorvada ya, se le figuraba la ancianidad clásica, adornada de sus atributos, coronando la cima de los tiempos. Y el patriarca, a su vez, creía ver en aquella buena moza el viviente símbolo del pueblo joven. Ambos formularon en sus adentros el pensamiento de simpatía que les asaltaba.

--Este señor mete respeto lo mismo que un obispo--se dijo Amparo.

--Esta chica parece la Libertad--murmuró el patriarca.

Entre tanto la muchacha comenzaba su peroración. Temblábale la voz al principio; dos o tres veces tuvo que pasarse la mano, yerta, por la frente húmeda, y sin saber lo que hacía accionó con el ramo, cuyas cintas culebrearon como serpientes de llama, y carraspeó para deshacer un nudo que le apretaba el galillo. Poco a poco, el rumor de la mesa, el cuchicheo de los convidados más distantes, la luz de los mecheros de gas que le calentaba los sesos, el aroma de los vinos y la espuma del Champaña, que aún parecía bullir en la iluminada atmósfera, la embriagaron, y sintió fluir de sus labios las palabras y habló con fluencia, con desparpajo, sin cortarse ni tropezar. Los convidados se daban al codo sonriendo, pronunciando entre dientes algún «¡bravo!, ¡muy bien!», al oír que las operarias republicanas de la Fábrica ofrecían aquel ramo a la Asamblea de la Unión del Norte y al Círculo Rojo en prueba de que... y para manifestar cuanto... y como testimonio de que los corazones que latían..., etc. El patriarca se colocaba la mano sobre el pecho, se la llevaba a la boca con sincerísima complacencia, mientras el disputador, tieso y serio, inclinaba de vez en cuando lentamente la cabeza en señal de aprobación. Por fin, la oradora acabó su discurso entregando el ramo al patriarca y gritando: «¡Ciudadanos delegados, salud y fraternidad!».

Tomó el viejo la ofrenda y la pasó al presidente, que se quedó con ella

muy empuñada y sin saber qué hacer. Confusas las compañeras de Amparo por el silencio repentino, miraban de reojo hacia todas partes, maravillándose del esplendor de la mesa y algo sorprendidas de que el banquete republicano fuese cosa de tanto orden y de que los delegados comiesen en vez de salvar la patria. El patriarca se acercó a Amparo; sus mejillas arrugadas y marchitas tenían a la sazón sonrosados los pómulos.

--Gracias, hijas...--tartamudeó cabeceando senilmente--. Gracias, ciudadanas.... Acércate, tribuna del pueblo... que nos una un santo abrazo de fraternidad.... ¡Viva la tribuna del pueblo! ¡Viva la Unión del Norte!

--¡Viva!--balbució Amparo toda enternecida, ahogándose--. ¡Viva usted... muchos años!--Y el viejo y la niña estaban a dos dedos de romper a llorar, y algunos de los convidados se reían a socapa viendo aquel brazo paternal que rodeaba aquel cuello juvenil.

-XIX-

La Unión del Norte

¡Cuidado si hace calor!

Sobre el duro azul de un celaje no empañado por la más leve bruma,

ondean las flámulas, colocadas en mástiles a la veneciana alrededor del baluarte de la Puerta del Castillo, y sus gayos colores no desdichan del júbilo radiante del cielo y de la estrepitosa y alegre multitud. Arcos y ondas de follaje verde corren de mástil a mástil, disonando y contrastando con el tono cerúleo del firmamento. En mitad del anfiteatro se alzaba el palco destinado a la Asamblea de la Unión, con su tribuna al centro, y flanqueado de otros dos más bajos, pero mayores, destinados a las comisiones del partido. Bien podía la Asamblea constitutiva de la Unión del Norte de la costa ibérica--que así se nombraba en sus documentos oficiales--ocupar oronda y satisfecha el palco presidencial: pocas sesiones y breves horas le habían bastado para sentar las bases del gran contrato unionista federativo; actividad gloriosa, sobre todo comparándola con la flema y machaconería de aquellas holgazanas de Cortes Constituyentes, que tardaban meses en redactar un código fundamental y definitivo para la nación.

Caminaba impetuosa hacia el anfiteatro la comitiva, compuesta del partido y \_juventud\_ republicana, de mucha chiquillería, de los comités rurales, de los delegados y de todo fiel cristiano que movido de curiosidad quiso injerirse en la procesión. Apresuradamente, como si fuese un ser único animado por un solo soplo vital, y tuviese por voz la banda de música que aturdía el ambiente con himnos y más himnos,

adelantábase la palpitante masa humana; y empujadas por la compacta muchedumbre, las banderas, coronadas de flores, vacilaban cual si estuviesen ebrias, y tan pronto daban traspiés y se inclinaban acá o acullá, como tornaban a erguirse rectas y altivas. Y las casas del tránsito parecían contemplar el cuadro y entender su asunto, y de unas llovían flores, ramos, coronas, y otras, en menor número, cerradas a piedra y lodo, dijérase que fruncían el ceño y se ponían hurañas y serias al sentir el roce de las olas revolucionarias.

Cuando estas llegaron a estrellarse en el baluarte, se esparcieron y derramaron por doquiera. El gentío trepó a las escaleras, cabalgó en el caballete de los bastiones, invadió los palcos de los comisionados, y se extendió coronando las alturas vecinas; por los troncos de los mástiles se encaramó más de un granuja, resuelto a dominar la situación. Penetró majestuosamente en su palco la Asamblea, y así que los delegados ocuparon sus asientos, el tumulto se apaciguó como por magia, y cerca de veinte mil personas guardaron silencio religioso. Sólo se oyó salir de algún rincón del anchuroso escenario, el melancólico grito que pregonaba: «¡Agua de limón fría, barquillos, agua, azucarillos, agua!». Dos fotógrafos, situados en el lugar oportuno para tomar la vista, enfocaban cubriéndose la cabeza con el paño de bayeta verde, y sus máquinas parecían los ojos de la Historia contempla



ndo la escena. Casi  
se oiría el volar de una mosca, sobre todo en las c  
ercanías del palco  
presidencial.

Procediose a la firma y lectura del contrato de Uni  
ón. Desde lejos se  
veía en el palco una agrupación de cabezas, entre l  
as cuales se  
destacaba la negra cabellera melodramática del disp  
utador y sus quevedos  
de oro, y la barba nívea del Patriarca, resplandeci  
ente al sol como la  
de Jehová en los cuadros bíblicos. Estaban Baltasar  
y Borrén apoyados en  
un lienzo de parapeto, de pie sobre un sillar de pi  
edra, lo cual les  
permitía ver cuanto ocurriese. Ambos prestaban aten  
ción suma,  
comprendiendo que presenciaban un episodio interesa  
nte del drama  
político español.

--Aquí se incubaba algo, hombre--exclamó Borrén incli  
nándose hacia su  
amigo.

--¡Claro que se incubaba! ¡El desbarajuste universal.  
.. y el picadillo que  
van a hacer de España esos señores!

--Hombre, dice que no.... Dice que lo que desean es  
confederarnos, para  
que estemos más uniditos que antes... ¿no ve usted  
que esto se llama la  
Unión?

--¡Sí, sí, corte usted un dedo y péguelo después co  
n saliva!

--A bien que una nación no es ninguna naranja para  
hacerse cuarterones

tan fácilmente.... ¿Sabe usted lo que me contaron de ese viejecito... del Patriarca? Mire usted, yo me explico que sea republicano... ¡había cosas en aquellos tiempos antiguos! ¡Era el segundo de una casa rica... poderosa, hombre! El mayorazgo arrampló con todo, ¿eh?, mimos y hacienda, y a él le quedó un palomar viejo y la memoria de las azotainas.... Otro se hubiera hecho misántropo... Él se hizo filántropo y luego progresista, y luego federal... y es un bienaventurado que abraza a todo el mundo, y oye misa, y es incapaz de hacer daño a nadie... acá \_inter nos\_ le tengo por algo chocho.. ..

--¿Y aquel moreno... el de los quevedos?

--¡Ah! ese... ese dicen que es de los que quieren perder las colonias y salvar los principios: hombre de línea recta, de geometría.... Según Palacios, que lo conoce, la ecuación entre la lógica y el absurdo: no en balde es ingeniero. Si para lograr sus ideales tuvo ese que desollarnos... ¡pobre pellejo!

--¿Y si tuviese que desollarse a sí mismo?

--¡Cáspita!, de la epidermis ajena a la propia.... Con todo, no seamos escépticos, hombre. Allí tiene usted a aquel otro.. . al del bigote negro... el que está a la izquierda del Patriarca. Pues mire usted, hombre, que le ha costado ya dinero y disgustos esta mojiganga política... emigrado, encausado, maltratado... y se

libró de ir a las  
Marianas... no sé cómo.... Hay humor para todo en e  
ste mundo  
sublunar.... ¡Y decir que cuando Dios produce chica  
s como esa se ocupen  
en politiquear los muchachos!

Al pronunciar estas palabras señalaba Borrén a Ampa  
ro, cuyos rojos  
atavíos la distinguían del círculo femenino que la  
rodeaba.

--Pues esa chica aún politiquea más que los barbudo  
s... ¿no sabe  
usted...?

Y el incidente del banquete fue comentado, desmenuz  
ado, acribillado por  
las dos bocas masculinas, que lo adornaron con fest  
ones satíricos. Entre  
tanto se leía el contrato de la Unión, y a pesar de  
que el sol no estaba  
en el zenit ni mucho menos, la gente arracimada y p  
rensada producía una  
temperatura insufrible, y se oían exclamaciones de  
este jaez: «Nos  
morimos.--Nos asfixiamos.--¡Cuándo vendrá un poco d  
e fresco!--Pero,  
hombre, no nos estruje usté.--Ave María, qué bárbar  
o.--Estese usté  
quieto.--Pues si no ve, fastidiarse: ¿sa figurao qu  
e vemos los demás?  
--¡Tan siquiera puede uno meter la mano en el bolsi  
llo para sacar un  
triste pañuelo!--Cuidado con el reloj, palpa si lo  
tienes». Y la voz del  
lector del Contrato volaba por cima del mar de cabe  
zas, y las palabras  
«garantías sacrosantas... dogmas de libertad... der  
echos  
invulnerables... ideales benditos... pueblo honrado  
y libre...» se

dilataban en el cálido y sereno ambiente. Una lluvia de flores vino, de improviso, a oscurecerlo, y multitud de blancas palomas fueron lanzadas a él, abatiendo al punto el vuelo con aletear trabajoso, y cayendo sobre la muchedumbre, entorpecidas de tener tanto tiempo ligadas las patas. Un estruendoso cubo de cohetes de lucería salió bufando en todas direcciones; retumbó la música; hubo un minuto de gritos, vivas, estruendo y confusión, y nadie reparó en que un pobre viejo, un barquillero, salía del recinto mitad arrastrado y mitad en brazos de dos hombres. «Le dio un accidente», decían al verlo pasar, sin añadir otro comentario.

-XX-

Zagal y zagala

Y del accidente se murió aquella noche misma, sin confesión, sin recobrar los sentidos. ¿Fue el sol abrasador? Mil veces le cayó verticalmente sobre el cráneo al señor Rosendo en sus épocas de vida militar, y vamos, que el de la isla de Cuba pica en regla.... ¿Fue el haber vuelto a manejar las tenazas y a elaborar barquillos para el extraordinario consumo de aquellos días solemnes? ¿Fue, como dijeron algunas comadres, el orgullo de ver a su hija tan elocuente y bizarra, y

tan agasajada por los señores de la Asamblea? Quéde  
se para la posteridad  
el arduo fallo, si bien parece infundada la última  
suposición, por  
cuanto el señor Rosendo, lejos de manifestar compla  
cencia cuando la  
chica se metía en semejantes trifulcas, rompiera po  
cos días antes su  
mutismo para decirle cosas muy al alma sobre eso de  
buscar tres pies al  
gato y perder su colocación por locuras. El servici  
o militar había  
formado de tal suerte el carácter del viejo, que la  
insubordinación era  
para él el más feo delito, y su divisa, obediencia  
pasiva, automática;  
así es que amenazó a Amparo, poniendo los ojos fier  
os y la voz  
tartajosa, con romperle una costilla si volvía a le  
er periódicos en la  
Fábrica. Algunos años antes no hubiera amenazado si  
no ejecutado; pero la  
cigarrera, desde que lo es, sale en cierto modo de  
la patria potestad, y  
por eso se creyó el señor Rosendo en el caso de gua  
rdar consideraciones  
a su progenitura. Sabiendo cuánto influyen en los s  
acudimientos  
cerebrales y en las hemorragias internas los acceso  
s de furor, puede  
creerse que, tal vez, la rabia y no el orgullo de v  
er a su hija elevada  
al rango de \_Tribuna del pueblo\_ determinaron en la  
pletórica  
constitución del viejo la apoplejía fulminante.

En fin, a él lo enterraron y quedáronse las dos muj  
eres cual es de  
suponer en los primeros momentos: aturdidadas, maravi  
lladas de ver cómo  
«se va uno al otro mundo». Desequilibrio económico  
no lo hubo, porque

Amparo, indultada, había vuelto a la Fábrica, y Chinto, trabajando como un mulo porfiado que era, ganaba lo mismo que antes y traía fielmente la colecta todas las noches según costumbre, con la diferencia de que ni recogía ni reclamaba su mezquino sueldo. Pareció el nuevo sistema muy ventajoso y cómodo a la tullida, que venía a estar como si tuviese dos hijos y ambos ganasen para sustentarla. Pero Amparo vivía inquieta habiendo advertido cierto peregrino cambio en la actitud y modales de Chinto. Mostrábase este mandón y muy interesado por las cosas de la humilde casa, que indicaba considerar como suya; se tomaba otra vez la libertad de esperar a la muchacha a la salida de la Fábrica, y aun de acompañarla a la ida, si lo consentía la labor de los barquillos; gastaba con ella chanzas finas como tafetán de albarda, y en suma, desde la muerte del viejo, le daba de protector y cabeza de casa, sin que en modo alguno procediese como criado, único papel que Amparo le señalaba siempre, mortificada de ver que el tosco paisano le prestaba servicios. Indignada y ofendida, tratole con más despego que nunca, y para colmo de disgusto, vio que Chinto correspondía a sus desaires con rústicas ternezas y a sus muestras de desvío con pruebas de confianza y afición. Una vez le trajo un pliego de aleluyas, y otra, como le oyese alabar ciertos pendientes de cristal negro, fue y se los presentó a la noche muy orondo.

Ella se negó a estrenarlos.

Hallábase una mañana Amparo en su cuarto vistiéndose para salir a la Fábrica, cuando sintió que una mano indiscreta alzaba el pestillo, y con gran sorpresa encontró delante de sí a Chinto, de un talante como nunca lo había visto la muchacha, pues traía el sombreroñ ladeado sobre la oreja, los carrillos sofocados, el aire resuelto y un cigarro de a cuarto en la boca: preparativos todos que había juzgado indispensables el paisanillo para realizar la proeza de «cantar claro». La muchacha cruzó prestamente su bata que aún tenía sin abrochar, y arrojó al osado una mirada olímpica; pero Chinto venía tal, que ni las ojeadas de un basilisco le hicieran mella.

--¿A qué entras aquí, a ver?--gritó la cigarrera--.  
¿Qué se te ofrece?

--Se me ofrecía... dos palabritas.

--¿Palabritas? Tengo que hacer más que oír tus tontadas.

--No, pues yo te quería decir de que... allí... como ya tengo aprendido el oficio... es decir, vamos, que quedándome las herramientas por lo que me debía tu padre de soldada... allí, yo, como ya en la quinta del mes pasado libré... y como vamos....

--¿Acabarás hoy o mañana? Habla expedito, que parece que estás comiendo sopas.

--Mujer, quíérese decir... que si tú admities el arriando del trato, puedes, es decir, podemos... casarnos los dos.

La risa homérica que soltó la insigne Tribuna al verse requerida de amores por aquella montés alimaña, se cambió presto en cólera al advertir que Chinto continuaba brindándole su mano y corazón con las discretas razones ya referidas.

--Porque yo, lo que es tenerte voluntá... te tengo muchísima, ya desde mismo que te vi... y me gustas que no sé, que parece que mismo no pienso sino en tus quereres... así me veo yo tan destruido, que cuasimente no como y propiamente no me quiere dormir el cuerpo... . Por trabajar, ya sabes que trabajaré hasta que me reviente el alma.. . y por mantenerte....

--¡Mira... si no te sacas de delante, repelo, hago contigo una desgracia!--gritó furiosa ya Amparo dando al mozo, que estaba próximo a la puerta, un soberano empujón para arrojarle del cuarto. Pero el movimiento brusco y familiar despertó la sangre aldeana de Chinto, y con los brazos abiertos se fue hacia Amparo. Esta a su vez sintió que renacía la chiquilla callejera de antaño, y bajándose prontamente, alzó del suelo una botita y estampó el tacón de plano en la inflamada mejilla que vio próxima a las suyas: y con tanto brío menudeó los golpes, que a uno que le alcanzó entre los ojos, el bárbaro galán hubo de exhalar



imprecaciones sofocadas, retrocediendo y dejando el campo libre. Mal segura aún la muchacha, agarró una silla; mas sobraban ya los aprestos bélicos, porque el mozo, restituido a la razón por el vapuleo, se había arrojado de bruces sobre la cama, y escondiendo y revolcando el rostro en la ropa tibia aún del cuerpo de Amparo, lloraba como un becerro, alzando en su dialecto el grito primitivo, el grito de los grandes dolores de la infancia que reaparece en las siguientes crisis de la existencia.

--¡Madre mía, madre mía!

Encogiose Amparo de hombros y fuese a su Fábrica, que urgía el tiempo y era preciso ganar el pan, porque el entierro del viejo había consumido sus menguados ahorros. Al regresar contó a su madre lo ocurrido, y con no pequeña admiración oyó que la impedida la reprendía por no haber aceptado la propuesta matrimonial; y es el caso que la lógica de la tullida parecía contundente.

--¿Tú qué eres, mujer?--le decía--. Cigarrera como yo. ¿Y él qué es, mujer? Barquillero como tu padre que en paz descansa. Que te dicen por ahí si eres graciosa, si eres tal y cual.... Conversación y más conversación. ¿Él trabaja, eh? Pues a eso vamos, que lo otro... patarata.

Sin querer oír más, la muchacha declaró que no sólo repugnaba casarse

con semejante bestia, sino que iba a echarlo de casa volando: no era cosa de tener que atrancar la puerta cada vez que se vistiese. No y no: antes prefería que la aspasen viva que sufrirlo allí a todas horas. Lamentose la tullida, recordó que el jornal de Chinto las ayudaba a vivir; todo se estrelló contra la firmeza de la Tribuna. Y cuando volvió de fuera Chinto a soltar el tubo vacío y a entregar, cabizbajo y humilde como un borrego, sus ganancias del día, Amparo le intimó la orden de no dormir ya aquella noche en casa. El mozo la oyó con rostro entre abatido y atónito; y así que se convenció de que se le condenaba al ostracismo, salió de la estancia a paso redoblado. La tullida se inclinó hacia su hija cuanto pudo para decirle:

--Mira que le debemos cuartos.

--Se los restregaré por la cara--respondió Amparo con magnífico desdén.

A los dos minutos se presentó otra vez Chinto, cargado con los chismes de la barquillería, tenazas, cargador, lebrillo, y hasta un haz de leña; Amparo se puso en actitud defensiva cuando le vio blandir en el aire los hierros; mas no fue sino para desunirlos con fuerza bovina y tirarlos a un rincón desdeñosamente; y en seguida, juntando las tarteras, la leña y el cañuto de hojalata, lo pateó todo hasta reducir a añicos los cacharros y a un bollo informe el reluciente tubo. Ejecutada la hazaña, a puntapiés mandó los tristes restos a las esquinas

de la habitación, de  
la cual se retiró sin volver atrás el rostro.

-XXI-

Tabaco picado

A los pocos días supo Amparo en la Granera, convento laico donde nada se ignora, que Chinto andaba pretendiendo ingresar en el taller de la picadura. Empezó a correr y comentarse en la Fábrica la leyenda del mozo transido de amor que por estar cerca de su adorado tormento se metía en los infiernos del picado, en el lugar doliente a cuya puerta hay que dejar toda esperanza. De qué manera se las compuso Chinto para lograr su deseo, no hace al caso: lo cierto es que obtuvo la plaza, y que Amparo se lo encontró frecuentemente a la entrada y a la salida, triste como can apaleado por su amo, y sin que le dijese nunca más palabras que «Adiós, mujer... vayas muy dichosa». No cabía que Amparo, generosa de suyo, dejase de ser la primera en trabar otra vez conversación con él: hablaron de cosas indiferentes, de sus respectivas labores, y Amparo prometió visitar el taller de Chinto: que con venir diariamente a la Granera, no lo conocía aún. La Comadreja la acompañó en la visita. Descendieron juntas al piso inferior, con propósito de aprovechar la ocasión y verlo todo. Si los pitillos eran el Paraí

so y los cigarros  
comunes el Purgatorio, la analogía continuaba en los talleres bajos, que merecían el nombre de Infierno. Es verdad que abajo estaban las largas salas del oreo, y sus simétricos y pulcros estantes; el despacho del jefe, y el cuadro de las armas de España trabajadas con cigarros, orgullo de la Fábrica; los almacenes; las oficinas; pero también el lóbrego taller del desvenado y el espantoso taller de la picadura.

En el taller del desvenado daba frío ver, agazapadas sobre las negras baldosas y bajo sombría bóveda sostenida por arcos de mampostería y algo semejante a una cripta sepulcral, muchas mujeres, viejas la mayor parte, hundidas hasta la cintura en montones de hoja de tabaco, que revolvían con sus manos trémulas, separando la vena de la hoja. Otras empujaban enormes panes de prensado, del tamaño y forma de una rueda de molino, arrimándolos a la pared para que esperasen el turno de ser escogidos y desvenados. La atmósfera era a la vez espesa y glacial. La Comadreja andaba a saltos por no pisar el tabaco, y a veces llamaba por su nombre a una de las desvenadoras.

--¡Hola... señora Porcona!--exclamó dirigiéndose a una que parecía tener los párpados en carne viva y los labios blancos y colgantes, con lo cual hacía la más extraña y espantable figura del mundo--. ¿Hola... cómo le va? ¿Cómo están esos parientes? Tú no sabes--añadió volviéndose a

Amparo--que la señora Porcona es parienta, muy parienta, del señor de las Guinderas, aquel tan rico que tiene dos hijas y vive en el Malecón y viene aquí a veces: y él se empeña en negarlo y en no darle un ochavo; pero ella se lo ha de ir a cantar a las hijas el día que vayan más majas por el paseo. ¿Verdá, señora Porcona?

--Yyyy... y es como el Evangelio, hiiigas...--contestó una voz temblona como el balido de la cabra, y aguardentosa además.

--Explíquenos el parentesco, ande--sugirió Amparo por restándose a la broma de su amiga.

La vieja alzó sus manos sarmentosas, se las pasó por los sangrientos ojos, y con muchas oscilaciones del labio inferior:

--Aunque.... Diios en persona estuviese allí--pronunció señalando a uno de los gigantescos panes de tabaco--, yo no he de contar mentira. Oíd, espectadores del caso. Es de saber que el padre del padre de mi madre, o quiérese decir mi bisabuelo, digo, el abuelo de mis padres, era cuñado carnal, o quiérese decir, medio hermano de la abuela de la madre política del señor de las Guinderas.... De modo y manera es, que yo vengo a ser parienta de muy cerquita, por la infinidad de la sangre....

--Y es mucha picardía que no le den siquiera un realito diario para aguardiente--sugirió malignamente la Comadreja.

--¡Aaaa... guardiente!--clamó la vieja acentuando el trémolo--. ¡Diera Diiiios pan!

--Vamos, que un sorbito ya entró.

--Ni maldiito olor dél me llegó tan siquiera: y eso que a mis añitos, hiiigas... ya os gustará calentar el estómago que se pone como la pura nieve.

--¿Qué años tendrá, señora Porcona? Sin mentir.

--¡Bussssss!--pronunció la desvenadora. Así Dios me salve, ni sé de verdad el año que nací. Pero...--y bajó la temblona voz--sepades que cuando se puso aquí la fábrica, de las diez y seis primeritas fui yo que aquí trabajaron....

--¡Dónde irá la fecha!--murmuró la Comadreja. Amparo le tiró del brazo horrorizada de aquella imagen de la decrepitud que se le aparecía como vaga visión del porvenir. Recorrieron la sala de orcos, donde miles de mazos de cigarros se hallaban colocados en fila, y los almacenes, henchidos de bocoyes, que, amontonados en la sombra, parecen sillares de algún ciclópeo edificio, y de altas maniguetas de tabaco filipino envueltas en sus finos miriñaques de tela vegetal; atravesaron los corredores atestados de cajones de blanco pino, dispuestos para el envase, y el patio interior lleno de duelas y aros sueltos de destrozadas pipas; y por último, pararon en los talleres de la picadura.

Dentro de una habitación caleada, pero negruzca ya por todas partes, y donde apenas se filtraba luz al través de los vidrios sucios de alta ventana, vieron las dos muchachas hasta veinte hombres vestidos con zaragüelles de lienzo muy remangados y camisa de estopa muy abierta, y saltando sin cesar. El tabaco los rodeaba: habíalos metidos en él hasta media pierna: a todos les volaba por hombros, cuello y manos, y en la atmósfera flotaban remolinos de él. Los trabajadores estribaban en la punta de los pies y lo que se movía para brincar era el resto del cuerpo, merced a repetido y automático esfuerzo de los músculos; el punto de apoyo permanecía fijo. Cada dos hombres tenían ante sí una mesa o tablero, y mientras el uno, saltando con rapidez, subía y bajaba la cuchilla picando la hoja, el otro, con los brazos enterrados en el tabaco, lo revolvía para que el ya picado fuese deslizándose y quedase sólo en la mesa el entero, operación que requería gran agilidad y tino, porque era fácil que al caer la cuchilla segase los dedos o la mano que encontrara a su alcance. Como se trabajaba a destajo, los picadores no se daban punto de reposo: corría el sudor de todos los poros de su miserable cuerpo, y la ligereza del traje y violencia de las actitudes patentizaba la delgadez de sus miembros, el hundimiento del jadeante esternón, la pobreza de las Barrosas canillas, el tórreo color de las consumidas carnes. Desde la puerta, el primer golpe

de vista era  
singular: aquellos hombres, medio desnudos, color d  
e tabaco, y rebotando  
como pelotas, semejaban indios cumpliendo alguna ce  
remonia o rito de sus  
extraños cultos. A Amparo no se le ocurrió este sím  
il, pero gritó:

--Jesús.... Parecen monos.

Chinto, al ver a las muchachas, se paró de pronto,  
y soltando el mango  
de la cuchilla, y sacudiéndose el tabaco, como un p  
erro cuando sale de  
bañarse sacude el agua, se les acercó todo sudoroso  
, y con un  
sobrealiento terrible:

--Aquí se trabaja firme... dijo con ronca voz y air  
e de taco. Se  
trabaja... prosiguió jactanciosamente, y se gana el  
pan con los  
puños.... ¡Se trabaja de Dios, conchas!

--Estás bonito; parece que te chuparon--exclamó la  
Comadreja, mientras  
Amparo lo miraba entre compadecida y asquillosa, ad  
mirándose de los  
estragos que en tan poco tiempo había hecho en él s  
u perruno oficio. Le  
sobresalía la nuez, y bajo la grosera camisa se pro  
nunciaban los  
omóplatos y el cúbito. Su tez tenía matices de cera  
, y a trechos manchas  
hepáticas; sus ojos parecían pálidos y grandes resp  
ecto de su cara  
enflaquecida.

--Pero, bruto--exclamó la Tribuna con bondadoso ace  
nto-- , estás sudando  
como un toro y te plantas aquí entre puertas, en es  
te pasillo tan



ventilado... para coger la muerte.

--Boh...--y el mozo se encogió de hombros--. Si reparásemos a eso....

Todo el día de Dios estamos aquí saliendo y entrando y las puertas abiertas, y frío de aquí y frío de allí... Mira onde afilamos la cuchilla.

Y señaló una rueda de amolar colocada en el mismo patio.

--La calor y el abrigo, por dentro.... Ya se sabe que no teniendo aquí una gota... (y se dio una palmada en el diafragma).

--Así apestas, maldito--observó Ana--. Anda, que no sé qué sustancia le sacáis al condenado vinazo.

--Antes--pronunció sentenciosamente Amparo--sólo probabas vino algún día de fiesta que otro.... Pues aquí no tienes por qué tomar vicios, que gracias a Dios la borrachera poco daño nos hace....

--Las de arriba bien habláis, bien habláis.... Si os metieran en estos trabajitos.... Para lo que hacéis, que es labor de señoritas, con agua basta.... Quiérese decir, vamos... que un hombre no ha de ponerse chispo; pero un rifigelio... un tentacá... ¿Queréis ver cómo bailo?

Volvió a manejar la cuchilla, mostrando su agilidad y fuerza en el duro ejercicio. De esta entrevista quedaron reconciliados la pitillera y el

picador, que la acompañó algunas veces por la cuesta de San Hilario abajo, sin renovar sus pretensiones amorosas.

-XXII-

## El Carnaval de las cigarreras

Unos días antes de Carnavales se anuncia en la Fábrica la llegada del \_tiempo loco\_ por bromas de buen género que se dan entre sí las operarias. Infeliz de la que, fiada en un engañoso recado, se aparta de su taller un minuto; a la vuelta le falta su silla, y vaya usted a encontrarla en aquel vasto océano de sillas y de mujeres que gritan a coro: «Atrás te queda. Delante te queda». A las víctimas de estos alegres deportes les resta el recurso de llevar bien escondido debajo del mantón un puntiagudo cuerno, y enseñarlo por vía de desquite a quien se divierte con ellas. También se puede, por medio de una tira estrecha de papel y un alfiler doblado a manera de gancho, aplicar una \_lárgala\_ en la cintura, o estampar con cartón recortado y un tado de tiza, la figura de un borrico en la espalda. Otro chasco favorito de la Fábrica es, averiguado el número del billete de lotería que tomó alguna bobalicona, hacerle creer que está premiado. Todos los años se repiten las mismas gracias, con igual éxito y causando idéntica algazara y

regocijo.

Pero el jueves de Comadres es el día señalado entre todos para divertirse y echar abajo los talleres. Desde por la mañana llegan las cestas con los disfraces; y obtenido el permiso para bailar y formar comparsas, las oscuras y tristes salas se transforman. El Carnaval que siguió al verano en que ocurrieron los sucesos de la Unión del Norte se distinguió por su animación y bullicio; hubo nada menos que cinco comparsas, todas extremadas y lucidas. Dos eran de mozas y mozos del país, vestidos con ricos trajes que traían prestados de las aldeas cercanas; otra, de grumetes; otra, de señoritos y señoras, y la última comparsa era una estudiantina. Las dos de la bradores se diferenciaban hartos. En la primera se había buscado, ante todo, el lujo del atavío y la gallardía del cuerpo; las cigarreras más altas y bien formadas vestían con suma gracia el calzón de rizo, la chaqueta de paño, las polainas respunteadas y la montera ornada con su refulgente pluma de pavo real; y para las mozas se habían elegido las muchachas más frescas y lindas, que lo parecían doblemente con el dengue de escarlata y la cofia ceñida con cinta de seda. La segunda comparsa aspiraba, más que a la bizarría del traje, a representar fielmente ciertos tipos de la comarca. Enrollada la saya en torno de la cintura, tocada la cabeza con un pañuelo de lana, cuyos flecos le formaban capriciosa aureola; asido

el ramo de tejo, de cuyas ramas pendían rosquillas,  
estaba la peregrina  
que va a la romería famosa a que no se eximen de co  
ncurrir, según el  
dicho popular, ni los muertos; a su lado, con largo  
redingote negro,  
gruesa cadena de similor, barba corrida y hongo de  
anchas alas, el  
\_indiano\_, acompañábanle dos mozos de las Rías Sala  
das, luciendo su  
traje híbrido, pantalón azul con cuchillos castaños  
, chaleco de paño con  
enorme \_sacramento\_ de bayeta en la espalda, faja m  
orada, sombrero de  
paja con cinta de lana roja. Los estudiantes habían  
improvisado manteos  
con sayas negras, y tricornios de cartón con cuchar  
a y tenedor de palo  
cruzados, completaban el avío; los grumetes tenían  
sencillos trajes de  
lienzo blanco y cuellos azules; en cuanto a la comp  
arsa de \_señores\_,  
había en ella un poco de todo; guantes sucios, somb  
reros ajados,  
vestidos de baile ya marchitos, mucho abanico, y an  
tifaces de  
terciopelo.

En mitad del taller de cigarros comunes se formó un  
corro y se alzó gran  
vocerío alrededor de la \_Mincha\_, barrendera vieja,  
pequeña, redonda  
como una tinaja, que bailaba vestida de moharracho,  
con dos enormes  
jorobas postizas, un serón por corona, una escoba p  
or cetro, un rueda  
por manto real, la cara tiznada de hollín, y un let  
rero en la espalda  
que decía en letras gordas: «Viva la broma». Incans  
able, pegaba brincos  
y más brincos, llevando el compás con el cuento de  
la escoba, sobre las

carcomidas tablas del piso. Pero bien pronto le robó la atención de sus admiradoras la estudiantina, que estaba toda encaramada en una mesa de metro y medio de largo por un metro escaso de ancho. Cómo danzaban allí unas doce chicas, es difícil decirlo; ellas danzaban, acompañándose con panderetas y castañuelas y coreando al mismo tiempo habaneras y polcas. En aquella comparsa, la más alborotadora y risueña, figuraba Guardiania. Nunca el júbilo y la feliz imprevisión de los pocos años brillaron como en el rostro de la pobre chica, que a tan poca costa y con tan poca cosa divertía sus penas. Era la valerosa pitillera chiquita y delgada; tenía a la sazón el rostro encendido, ladeado el tricornio, y con picaresco ademán repicaba un pandero roto ya, y muy engalanado de cintas.

Ana y Amparo figuraban entre los grumetes. La Comadreja hacía un grumete chusco, travieso y cínico; Amparo, el más hermoso muchacho que imaginarse pueda. Todo lo que su figura tenía de plebeyo lo disimulaba el traje masculino; ni las gruesas muñecas, ni el recio pelo dañaban a su gentileza, que era de cierto notable y extraordinaria. La comparsa recorrió los talleres, bailando y cantando, recibiendo bromas de las \_señoras\_, y alegrando la oscuridad de las salas con la nota blanca y azul de sus trajes. Sin embargo, no se podía dudar que la victoria quedaba por los labradores. A la cabeza de estos estaba una mujer, casada ya, celebrada por buena moza, Rosa, la que l

lenaba con mayor  
presteza los \_faroles\_ de picadura. Con el traje pr  
opio de su sexo, Rosa  
era un tanto corpulenta en demasía; con el de labra  
dor no había que  
pedirle. La camisa de lienzo labrado dibujaba su an  
cho pecho; el calzón  
se ajustaba a maravilla a sus bien proporcionadas c  
aderas; pendiente del  
cuello llevaba un ancho escapulario de raso bordado  
de lentejuelas y  
sedas de colores. Debajo de la montera, un pañuelo  
de fular azul, atado  
como lo hacen los paisanos, le encubría el pelo. Ap  
oyábase en la \_moca\_  
o porra claveteada de clavos de plata, y con acento  
melancólico y  
prolongado, cantaba una copla del país, y contestáb  
ale desde enfrente  
una morenita vestida de ribereño, con su chaleco mu  
y guarnecido de  
botones de filigrana y su faja recamada de pájaros  
y flores  
extravagantes, \_echando la firma\_, consistente en t  
res versos  
irregulares, improvisados siempre, con sujeción al  
asunto de la copla;  
al concluir la \_firma\_, salían del corro de especta  
dores varios ¡ju...  
jurujú! agudísimos. Lo que hacía maravilloso efecto  
era oír, en los  
intervalos en que callaban las cantoras, unas malag  
ueñas resonando en el  
otro extremo de la sala, mientras por su parte la e  
studiantina se  
consagraba a las habaneras, cual si la anarquía de  
los trajes se  
comunicase a las canciones. En la comparsa de las \_  
señoras\_ había una  
chica poseedora de bien timbrada voz y de muchísimo  
donaire para las  
coplas propias de la ciudad, tan distintas de las r

urales, que al paso  
que en éstas las vocales se alargan como un gemido,  
en las otras se  
pronuncian brevemente, produciendo al final de algu  
nos versos una  
inflexión burlesca:

\_En el medio de la mar\_  
\_Suspiraba una ballenaú\_  
\_Y entre suspiros deciaú\_  
\_Muchachas de Cartagenaú.\_

¿Y quién tenía valor para trabajar en medio de la bulliciosa  
carnavalada? Algunas operarias hubo que al principio se encarnizaron en  
la labor, bajando la cabeza por no ver las máscaras  
; pero a eso de las  
tres de la tarde, cuando la inocente saturnal llegaba a su apogeo, las  
manos cruzadas descansaban sobre la tabla de liar,  
y los ojos no sabían  
apartarse de los corros de baile y canto. Ocurrió un incidente cómico:  
el taller del desvenado quiso echar su cuarto a espadas, y organizó una  
comparsa numerosa; empeñáronse en formar parte de ella las más ancianas,  
las más infelices, y la mascarada se improvisó de la manera siguiente:  
envolviéndose todas por la cabeza los mantones, sin dejar asomar más que  
la nariz o una horrible careta de cartón, y colocándose en doble fila,  
haciendo de batidores cuatro que llevaban cogida por las esquinas una  
estera, en la cual reposaba, con los ojos cerrados, muy propia en su  
papel de difunta, la decana del taller, la respetable señora Porcona.  
Así colocadas y con extraño silencio recorrieron lo

s talleres, dando no  
sé qué aspecto de aquellarre a la bulliciosa fiesta.  
Al punto recibió  
título aquella nueva y lúgubre comparsa; llamáronle  
la \_Estadea\_, nombre  
que da la superstición popular a una procesión de e  
spectros.

Diríase que el mago Carnaval, con poderoso conjuro,  
había desencantado  
la Fábrica, y vuelto a sus habitantes la verdadera  
figura en aquel día.  
Muchachas en las cuales a diario nadie hubiera repa  
rado quizá,  
confundidas como estaban entre las restantes, respl  
andecían, alumbradas  
por una ráfaga de hermosura, y un traje caprichoso,  
una flor en el pelo,  
revelaban gracias hasta entonces recónditas. Y no p  
orque la coquetería  
desplegada en los disfraces llegase al grado que al  
canza entre la gente  
de alto coturno que asiste a bailes de trajes y sue  
le reflexionar y  
discurrir días y días antes de adoptar un disfraz--  
habiendo señorita que  
se viste de \_Africana\_ por lucir una buena mata de  
pelo, o de  
\_Pierrette\_ por mostrar un piececito menudo--; no p  
or cierto. Semejantes  
refinamientos se ignoraban en la Fábrica. Ni a las  
viejas se les daba un  
comino de enseñar en la fuga del baile la seca anat  
omía de sus huesos,  
ni a las mozas un rábano de desfigurarse, verbigrac  
ia, pintándose  
bigotes con carbón. El caso era representar bien y  
fielmente tipos  
dados; un mozo, un quinto, un estudiante, un grumet  
e. Habíalas con tan  
rara propiedad vestidas, que cualquiera las tomaría  
por varones; las



feas y hombrunas se brindaban sin repulgos a encajarse el traje masculino, y lo llevaban con singular desenfado. Y de un extremo a otro de los talleres, entre el calor creciente y la broma y bullicio que aumentaban, corría una oleada de regocijo, de franca risa, de diversión natural, de juego libre y sano; una afirmación enérgica de la feminidad de la Fábrica. No cohibidas por la presencia del hombre, gozaban cuatro mil mujeres aquel breve rayo de luz, aquel minuto de júbilo expansivo colocado entre dos eternidades de monótona labor.

Hacia las cuatro de la tarde no cabía ya la algazara y bulla en las salas; todo el mundo perecía de calor; a las disfrazadas de paisanos las ahogaba su traje de paño, y se apoyaban, descoyuntadas de tanto reír, molidas de tanto bailar, roncas de tanto canticio, en los estantes, abanicándose con la montera. La Comadreja, que ya no sabía cómo procurarse un poco de fresco, tuvo una idea.

--Si nos dejasen armar un corro en el patio, chicas, ¿eh?

Pareció de perlas la ocurrencia, y salieron al patio de entrada, y de allí al magro campillo colindante, y perteneciente también a la Fábrica. Estaba el día sereno y apacible; el sol doraba las hierbas quemadas por la escarcha, y se colaba en tibios rayos oblicuos a través de los desnudos árboles. El ambiente era más templado que otra cosa, como suele suceder en el clima de Marineda durante los meses d

e febrero y marzo. Al  
desembocar en el campo la alegre multitud, huyeron  
espantadas unas  
cuantas gallinas y algunos borregos sucios y torpes  
patos, que  
correteaban por allí, y eran los únicos pobladores  
del mezquino oasis,  
limitado de una parte por la vetusta tapia, de otra  
por cobertizos  
atestados de fardos de vena, y de otra por el talle  
r de cigarros  
peninsulares, aislado del edificio de la Granera. A  
l punto se formaron  
dos corros con más espacio que arriba, y la frescur  
a de la tardecita  
restituyó las ganas de bailar a las exhaustas másc  
ras.

¡Oh, si ellas hubiesen sabido que desde las próxima  
s alturas de Colinar  
las miraban dos pares de ojos curiosos, indiscretos  
y osados! De la cima  
de un cerrillo que permitía otear todo el patio de  
la Fábrica, dos  
hombres apacentaban la vista en aquel curioso cuant  
o inesperado  
espectáculo. Uno de ellos rondaba muchas veces las  
cercanías de la  
Granera, pero nunca en aquel predio había visto más  
seres vivientes que  
canteros picando sillares de granito, y aves de cor  
ral escarbando la  
tierra. Baltasar ignoraba los detalles del Carnaval  
de las cigarreras, y  
apenas entendería lo que estaba viendo, si Borrén,  
mejor informado, no  
se tomase el trabajo de explicárselo.

--Generalmente estas mascaradas son de puertas aden  
tro; pero hoy, como  
hace calor y el día está bueno, salen al fresco a b  
ailar.... ¡Qué

casualidad, hombre!

--Casualidad es, tiene usted razón. En todas partes he de encontrármela.

Y al decir así, señalaba el teniente al corro de los grumetes. Mientras los paisanos punteaban y repicaban un paso de baile regional, los grumetillos habían elegido el \_zapateado\_, donde la viveza del meridional bolero se une al vigor muscular que requieren las danzas del Norte. Bien ajena que la viese ningún profano, puesta la mano en la cadera, echada atrás la cabeza, alzando de tiempo en tiempo el brazo para retirar la gorrilla que se le venía a la frente, Amparo bailaba. Bailaba con la ingenuidad, con el desinterés, con la casta desenvoltura que distingue a las mujeres cuando saben que no las ve varón alguno, ni hay quien pueda interpretar malignamente sus pasos y movimientos. Ninguna valla de pudor verdadero o falso se oponía a que se balancease su cuerpo siguiendo el ritmo de la danza, dibujando una línea serpentina desde el talón hasta el cuello. Su boca, abierta para respirar ansiosamente, dejaba ver la limpia y firme dentadura, la rosada sombra del paladar y de la lengua; su impaciente y rebelde cabello se salía a mechones de la gorra, como revelación traidora del sexo a que pertenecía el lindo grumete, si ya la suave comba del alto seno y las fugitivas curvas del elegante torso no lo denunciasesen asaz. Tan pronto, describiendo un círculo, hería con el pie la tierra

, como, sin moverse  
de un sitio, \_zapateaba\_ de plano, mientras sus brazos, armados de  
castañuelas, se agitaban en el aire, bajaban y subían a modo de alas de  
ave cautiva que prueba a levantar el vuelo.

-XXIII-

El tentador

Al descender de su observatorio, echados por las sombras de la noche,  
que envolvían el patio de la Fábrica y cubrían la estruendosa retirada  
de las cigarreras vestidas ya con sus trajes usuales, Baltasar iba  
silencioso y concentrado. Borrén muy locuaz. El bueno del capitán no  
cabía en sí de gozo, ni más ni menos que si la aventura de ver bailar a  
la Tribuna le aconteciese a él directamente. Hay en el mundo aficiones y  
gustos muy diversos; este chochea por monedas roñosas, aquel por  
libracos viejos, el de más acá por caballos y el de más allá por sellos  
y cajas de fósforos.... Borrén había chocheado, chocheaba y chochearía  
toda su arrastrada vida por la hermosura, encantos y perfecciones de la  
mujer. Había adquirido para conocer la belleza, y sobre todo el  
atractivo, ese golpe de vista, ese tino especial que permite a los  
expertos, sin ejercer ni dominar las artes, apreciar con exactitud el  
mérito de un cuadro, el estilo de un mueble, la época

ca de un monumento.

Nadie como Borrén para descubrir beldades inéditas, para predecir si una muchacha valdría o no «muchas pesetas» andando el tiempo, y fallar si poseía la quisicosa llamada \_gracia, salero, gancho, ángel, chic, buena sombra\_, y de otros mil modos--lo cual prueba que es indefinible.

La originalidad del caso está en que con toda su afición a las faldas, y sus profundos conocimientos de estética aplicada, no se refería de Borrén la más insignificante historieta. Viviendo siempre en una atmósfera fuertemente cargada de electricidad amorosa, nunca le hirió la chispa. Practicaba, en materia de amoríos, el más puro y desinteresado \_otroísmo\_. Si no podía andar entre las muchachas a segurándoles que Fulanito se alampaba por ellas, o que Zutanita se moría por sus pedazos, se arrimaba a los jóvenes, calentándoles los cascotes, encendiéndoles la sangre, hablándoles del pie de tal chica:--hombre, un pie que me cabe en la palma de la mano--o del color de cuál otra--hombre, si parece que se da agua de Barcelona, y no, me consta que aquello es natural--. Borrén sabía de las criadas que llevan y traen cartitas, de los paseos retirados donde es fácil tropezarse cuando hay buena voluntad, de los peladeros de pava, de las butacas que en el teatro ofrecen más comodidad para \_hacer el oso\_; era el primero a olfatear los trapicheos, las bodas, los escandalillos y los \_truenos\_ incipientes. No era Borrén un

casamentero, porque, generalmente hablando, el casamentero se propone un fin moral, y a Borrén la moral-hombre, con franqueza--le tenía sin cuidado. Si el cuento acababa en nupcias, bien, y si no, lo propio; Borrén hacía \_arte por el arte\_; el amor le parecía objeto suficiente de sí mismo.

Para todo enamorado de Marineda, especialmente si pertenecía a la guarnición, el complemento de la dicha era esta idea:--Voy a contárselo a Borrén--. Y Borrén, como un espejo complaciente, de los que \_hacen favor\_, le devolvía la imagen de su felicidad, no exacta, sino aumentada, embellecida, multiplicada, radiante.--Vamos a pasearle la calle a la novia--le decían sus amigos cogiéndole del brazo--. Y Borrén giraba tardes enteras delante de una manzana de casas, parafraseando las observaciones de algún amador novel que exclamaba:--«Ya alzó el visillo... se asoma... no, es la hermana... ahora sí... cómo me mira... ¡hola!, tiene la mantilla puesta...»--. Jamás mostró Borrén cansarse de su papel de reflector y perro faldero; y cuenta que las chicas, guiadas por infalible instinto, le trataban como se trata a los inofensivos y a los mandrias; aunque él se derretía, acaramelaba y amerengaba todo, jamás le tomaron en parte alguna por lo serio.

Baltasar no le había buscado para confidente; Borrén se ofreció, y es más, atizó el incendio, echó leña a la hoguera con sus frases de pólvora

y dinamita. Aquella tarde, cuando juntos bajaban hacia la ciudad, el más animado, el más exaltado era Mefistófeles: Fausto callaba, meditando en lo comprometidos y engorrosos que son ciertos enredos en poblaciones de provincia, donde uno tiene madre y hermanas. Mefistófeles, ¡pobre diablo!, no se cansaba, entre tanto, de ponderar los primores del grumete. Cada vez que el confidente y el enamorado pasaban cerca de un farol, la luz se proyectaba en la fisonomía de Borrén, siempre movida, agitada y descompuesta, cómica a pesar del exagerado carácter viril que a primera vista le imprimían los cerdosos mostachos, las pobladas cejas y la prominente nuez. En su aspecto Borrén era semejante a los guardias civiles de madera que suelen colocarse en el frontispicio de los hórreos y molinos del país: a despecho de sus bigotazos formidables, bien se les conoce que son muñecos.

--Dígole a usted, Borrén--exclamó Baltasar resolviéndose por fin a formular en alta voz su pensamiento--, que no comprende usted lo que es Marineda... ni lo que es mi madre. Me resultarían mil disgustos, mil complicaciones.... Aborrezco los escándalos.

--¡Hombre, qué juventud tan sosa son ustedes! Parece mentira que habiendo visto lo que vimos....

--No me conviene, lo dicho; me alegraré de que me destinen a cualquiera parte. Si me quedo aquí, es fácil.... Y después, ¿sabe usted lo que es

esa Fábrica? Una masonería de mujeres, que aunque hoy se arranquen el  
moño, mañana se ayudan todas las unas a las otras.  
Me desacreditarían,  
me crearían un conflicto.

--No le hacía a usted tan medroso.

--La verdad, Borrén; tengo más miedo a las hablillas,  
si cuadra, que a  
un balazo. Será una tontería, pero me fastidia infinito ser el héroe de  
la temporada.

--Vamos, hombre, franqueza. Usted también recela verse envuelto en las  
redes de esa chica, y tener que casarse.... Baltasar sonrió sin  
afectación, pero con tal señorío de sí mismo, que Borrén se encogió de  
hombros.

--Pues entonces....

--Por un lado, sí, lo acierta usted; soy un majadero en abrigar tales  
escrúpulos. Pasa uno así los mejores años de su vida, y ¿qué?, llega uno  
a viejo sin haber vivido....

Aquí el teniente se detuvo; una idea burlesca le impulsaba a sonreírse  
otra vez, pensando que el capitán se hallaba justamente en el caso de  
declinar hacia la edad madura sin tener que ofrecer a Dios ni qué contar  
al diablo. Borrén, entre tanto, aprobaba calurosamente las últimas  
palabras de Baltasar, las desenvolvía, las consideraba desde nuevos  
aspectos; en suma, soplabá para que la llama prendiera mejor. Tan bien



desempeñó su oficio mefistofélico, que Baltasar con vino en reunirse al día siguiente con él para meditar un plan de ataque que debelase la republicana virtud de la oradora. Pero al acudir a la entrevista, que era, por más señas, en el terreno neutral del café, Borrén conoció que Baltasar traía alguna extraordinaria nueva.

--Ya no hay necesidad de concertar planes--declaró el teniente con forzada risa--. ¿No se lo decía yo a usted? Me destinan allá... a Navarra. La cosa anda mal.

--¡Bah!... cuatro bandidos que salen de aquí y de a cullá; hombre, partidillas sueltas.

--Partidillas sueltas... ya, ya me lo contará usted dentro de unos meses. El cariz del asunto se pone cada vez más feo. Entre esos bárbaros que quieren entrar en burro en las iglesias y fusilan por chiste las imágenes, y los otros salvajes que cortan el telégrafo y queman las estaciones... verá usted, verá usted qué tortilla se nos prepara. Aquí nadie se entiende. Mire usted que hasta Montpensier, que parecía formal, meterse en ese desafío estúpido. Él quería ser rey; pero el haber matado al perdis de su primo le cuesta la corona y a nosotros un ojo de la cara, porque como no venga Satanás en persona a arreglarnos, no sé lo que sucederá... Deme usted un cigarro... si lo tiene usted ahí.

Borrén le alargó la petaca, y Baltasar encendió ner

viosamente un  
pitillo.

--Vamos, ¿cuántos candidatos dirá usted que hay al trono?--prosiguió echando leve bocanada de humo al techo--. Vaya usted contando por los dedos, si la paciencia le alcanza. Espartero... uno. Dirá usted que es un estafermo, bien; pero los restos del partido progresista, todo cuanto gastó morrión, y algunos chiflados de buena fe, le aclaman. ¿No ha visto usted en las tiendas el retrato de Baldomero I con manto real? El hijo de Isabel II, dos; su madre abdicó o abdicará. Ese, al menos, representa algo; pero es un rapaz; para jugar a la pelota serviría. El Pretendiente, tres... y mire usted, lo que es ese dará mucho juego; ya empieza todo el mundo a llamarle Carlos VII. Reúne él solo más partidarios que todos los demás juntos, y gente cruda, de trabuco y pelo en pecho. El duque de Aosta, un italiano... cuatro. Un alemán que se llama Ho... ho... en fin, un nombre difícil; los periódicos satíricos lo convirtieron en \_Ole, ole, si me eligen\_... cinco. La regencia trina... seis, o por mejor decir, ocho. Y Ángel I... nueve. ¡Ah!, se me olvidaba el de Portugal que anda remiso... y Montpensier. Once. ¿Qué tal?

--Pero... así, candidatos formales.... ¡Mozo, café y \_cognac\_!

--No, gracias, lo tomé en casa.... Claro: candidatos serios, por hoy, don Carlos y la república. El caso es que entre tod

os no nos dejarán  
hueso sano.... Por de pronto, yo me las guillo. ¿Quiere usted algo para aquellos vericuetos?

--Hombre... ¡qué lástima! ¡Ahora que íbamos a emprenderla con la pitillera, que es de otro!

--¡Pch!... Si algún trabucazo no lo impide... a la vuelta.

-XXIV-

## El conflicto religioso

Desde que las Cortes Constituyentes votaron la monarquía, Amparo y sus correligionarias andaban furiosas. Corría el tiempo, y las esperanzas de la Unión del Norte no se realizaban, ni se cumplían los pronósticos de los diarios. ¡Que hoy!... ¡que mañana!... ¡que nunca, por lo visto! ¡En vez de la suspirada federal, un rey, un tirano de fiyo, y tal vez un extranjero! Por estas razones en la Fábrica se hacía política pesimista y se anunciaba y deseaba que al Gobierno «se lo llevase Judas». Dos cosas sobre todo alteraban la bilis de las cigarreras: el incremento del partido carlista y los ataques a la Virgen y a los Santos. A despecho de la acusación de «echar contra Dios» lanzada por las campesinas a las ciudadanas, la verdad es que, con contadísimas excepciones, todas las

cigarreras se manifestaban acordes y unánimes en ac-  
haques de devoción.  
Ella sería más o menos ilustrada; pero allí había m-  
ucha y fervorosa  
piedad. Es cierto que sobre el altar de pésimo gust-  
o dórico existente en  
cada taller depositaban las operarias sus mantones,  
sus paraguas, el  
atillo de la comida; mas este género de familiarida-  
d no revelaba falta  
de respeto, sino la misma costumbre de ver allí el  
ara santa, ante la  
cual nadie pasaba sin persignarse y hacer una genuf-  
lexión. Y es lo  
curioso que a medida que la revolución se desencade-  
naba y el  
republicanismo de la Fábrica crecía, aumentáronse t-  
ambién las prácticas  
religiosas. El cepillo colocado al lado del altar,  
donde los días de  
cobranza cada operaria echaba alguna limosna, nunca  
se vio tan lleno de  
monedas de cobre; el cajón que contenía la cera de  
alumbrar, estaba  
atestado de blandones y velas; más de sesenta cirio-  
s iluminaban los días  
de novena el retablo; primero les faltaría a las ci-  
garreras agua para  
beber, que aceite a la lámpara encendida diariament-  
e ante sus imágenes  
predilectas, una Nuestra Señora de la Merced de dob-  
le tamaño que los  
cautivos arrodillados a sus plantas, un San Antón c-  
on el sayal muy  
adornado de esterilla de oro, un Niño-Dios con fald-  
ellines huecos y un  
mundito azul en las manos. Nunca se realizó con más  
lucimiento la novena  
de San José, que todas rezaron mientras trabajaban,  
volviéndose de cara  
al altar para decir los actos de fe y la letanía, y  
berreando el último

día los gozos con mucha unción, aunque sin afinación bastante. Jamás produjo tanto la colecta para la procesión del Santo Entierro y novena de los Dolores; y por último, en ocasión alguna tuvo el numen protector de la Fábrica, la Virgen del Amparo, tantas ofertas, culto y limosnas, sin que por eso quedase olvidada su rival Nuestra Señora de la Guardia, estrella de los mares, patrona de los navegantes por la bravía costa.

Bien habría en la \_Granera\_ media docena de espíritus fuertes, capaces de blasfemar y de hablar sin recato de cosas religiosas; pero dominados por la mayoría, no osaban soltar la lengua. A lo sumo se permitían maldecir de los curas, acusarles de inmorales y codiciosos, o renegar de que se «metiesen en política» y tomaran las armas para traer el «escurantismo y la Inquisición»: cuestiones más trascendentales y profundas no se agitaban, y si a tanto se atreviese alguien, es seguro que le caería encima un diluvio de cuchufletas y de injurias.

--¡Está el mundo perdido!--decía la maestra del partido de Amparo, mujer de edad madura, de tristes ojos, vestida de luto si empre desde que había visto morir de viruelas a dos gallardos hijos que eran su orgullo--.  
¡Está el mundo revuelto, muchachas! ¿No sabéis lo que pasa allá por las Cortes?

--¿Qué pasará?

--Que un diputado por Cataluña dice que dijo que ya no había Dios, y que la Virgen era esto y lo otro.... Dios me perdone, Jesús mil veces.

--¿Y no lo mataron allí mismo? ¡Pícaro, infame!

--¡Mal hablado, lengua de escorpión! ¡No habrá Dios para él, no; que él no lo tendrá!

--No, pues otro aún dijo otros horrores de barbaridad, que ya no me acuerdan.

--¡Empecatao! ¡Pimiento picante le debían echar en la boca!

--¡Ay!, ¡y una cosa que mete miedo! Dice que por esas capitales toda la gente anda asustadísima, porque se ha descubierto que hay una compañía que roba niños.

--¡Ángeles de mi alma! ¿Y para qué?, ¿para degollar los?

--No, mujer, que son los protestantes para llevarlos a educar allá a su modo en tierra de ingleses.

--¡Señor de la justicia! ¡Mucha maldad hay por el mundo adelante!

Conocido este estado de la opinión pública, puede comprenderse el efecto que produjo en la Fábrica un rumor que comenzó a esparcirse quedito, muy quedo, y como en el aria famosa de la Calumnia, fue convirtiéndose de cefirillo en huracán. Para comprender lo grave de la noticia, basta oír

la conversación de Guardianiana con una vecina de mesa .

--¿Tú no sabes, Guardia? La \_Píntiga\_ se metió prot estanta.

--¿Y eso qué es?

--Una religión de allá de los \_inglis manglis\_.

--No sé por qué se consienten por acá esas religion es. Maldito sea quien trae por acá semejantes demoniuras. ¡Y la bribona d e la \_Píntiga\_, mire usted! ¡Nunca me gustó su cara de intiricia!...

--Le dieron cuartos, mujer, le dieron cuartos: sí q ue tú piensas....

--A mí... ¡más y que me diesen mil pesos duros en o ro! Y soy una pobre, repobre, que sólo para tener bien vestiditos a mis pequeños me venían... ¡juy!

--¡Condenar el alma por mil pesos! Yo tampoco, chic as--intervenía la maestra.

--Saque allá, maestra, saque allá... Comerá uno bro na toda la vida, gracias a Dios que la da, pero no andará en trapiso ndas.

--Y diga... ¿qué le hacen hacer los protestantes a la \_Píntiga\_? ¿Mil indecencias?

--Le mandan que vaya todas las tardes a una cuadra, que dice que pusieron allí la capilla de ellos... y le hacen que cante unas cosas en

una lengua, que... no las entiende.

--Serán palabrotas y pecados. ¿Y ellos, quiénes son?

--Unos clérigos que se casan....

--¡En el nombre del Padre! ¿Pero se casan... como nosotros?

--Como yo me casé... vamos al caso, delante de la gente... y llevan los chiquillos de la mano, con la desvergüenza del mundo.

--¡Anda, salero! ¿Y el arzobispo no los mete en la cárcel?

--¡Si ellos son contra el arzobispo, y contra los canónigos, y contra el Papa de Roma de acá! ¡Y contra Dios, y los Santos, y la Virgen de la Guardia!

--Pero esa lavada de esa \_Píntiga\_... ¡malos perros la coman! No, si se arrima de esta banda, yo le diré cuántas son cinco.

--Y yo.

--Y yo.

Así crecía la hostilidad y se amontonaban densas nubes sobre la cabeza de la apóstata, a quien por el color de su tez biliosa y de su lacio pelo, por lo sombrío y zaíno del mirar, llamaban \_Píntiga\_, nombre que dan en el país a cierta salamandra manchada de amarillo y negro. Era esta mujer capaz de comer suela de zapato a trueque



de ahorrar un  
maravedí, y no ajena a su conversión una libra este  
rlina, o doblón de a  
cinco, que para el caso es igual. Si lo cobró y pud  
o coserlo en una  
media con otras economías anteriores, amargolo aque  
llos días en forma.  
Acercábase a una compañera, y esta le volvía la esp  
alda; su mesa quedó  
desierta, porque nadie quiso trabajar a su lado; po  
nía su mantón en el  
estante, y al punto se lo empujaban disimuladamente  
desde la otra parte  
de la sala, para que cayese y se manchase; dejaba s  
u lío de comida en el  
altar, y lo veía retirado de allí con horror por di  
ez manos a un tiempo;  
la maestra examinaba sus mazos de puros, antes de d  
arlos por buenos y  
cabales, con ofensiva minuciosidad y ademán desconf  
iado. Un día de gran  
calor pidió a la operaria que halló más próxima que  
le prestase un poco  
de agua, y esta, que acababa de destapar un colmado  
frasco de cristal  
para beber por él, le contestó secamente: «No tengo  
meaja». Señaló la  
\_protestanta\_ al frasco, con ira silenciosa, y la o  
peraria,  
levantándose, lo tomó y derramó por el suelo su con  
tenido sin pronunciar  
una palabra. Púsose verde la \_Píntiga\_, y llevó la  
mano, sin saber lo  
que hacía, al cuchillo semicircular: pero de todos  
los rincones del  
taller se alzaron risas provocativas, y hubo de dev  
orar el ultraje, so  
pena de ser despedazada por un millar de furiosas u  
ñas. En mucho tiempo  
no se atrevió a volver a la Fábrica, donde la corrí  
an.

-XXV-

## Primera hazaña de la Tribuna

Extramuros, al pie de las fortificaciones de Marine da, celébrase todos los años una fiesta conocida por \_las Comiditas\_, fiesta peculiar y característica de las cigarreras, que aquel día sacan el fondo del cofre a relucir y disponen una colación más o menos suculenta para despacharla en el campo; campo mezquino, árido, donde sólo vegetan cardos borriqueros y ortigas. Desde el lavadero público hasta el alto de Agua santa, ameno y risueño, se había esparcido la gente, sentándose, si podía, a la sombra de un vallado o en la pendiente de un ribazo, y si no, donde Dios quería, al raso, sin paraguas ni quitasol. Y cuenta que ambos chismes podrían ser igualmente necesarios, porque el astro diurno, encapotado por nubarrones que amenazaban chubasquina, despedía claridad lívida y sorda, y a veces por la ahogada calma de la atmósfera atravesaban soplos de aire encendido, bocanadas de solano que amagaban tempestad.

No por eso había menos corros de baile y canto, menos puestos de rosquillas y jinetes, menos meriendas y comilonas. Aquí se escuchaba el rasgueo de guitarras y bandurrias, más adelante retumbaba el bombo, y la

gaita exhalaba su aguda y penetrante queja. Un ciego daba vueltas a una \_zanfona\_ que sonaba como el obstinado zumbido del moscardón, y al mismo tiempo vendía romances de guapezas y crímenes. A pocos pasos de la gente que comía, mendigos asquerosos imploraban la caridad; un elefanciaco enseñaba su rostro bulboso, un herpético descubría el cráneo pelado y lleno de pústulas, este tendía una mano seca, aquel señalaba a un muslo ulcerado, invocando a Santa Margarita para que nos libre de «males extraños». En un carretoncillo, un fenómeno sin piernas, sin brazos, con enorme cabezón envuelto en trapos viejos, y gafas verdes, exhalaba un grito ronco y suplicante, mientras una mocetona, de pie al lado del vehículo, recogía las limosnas. En el aire flotaban los efluvios de dos toneles de vino que ya iban quedando exangües, y el vaho del estofado, y el olor de las viandas frías. Oíanse canciones entonadas con voz vinosa, y llantos de niños, de los cuales nadie se cuidaba.

Componíase el círculo en que figuraba Amparo de muchachas alegres, que habían esgrimido briosamente los dientes contra una razonable merienda. Allí estaba la Comadreja, a quien no era posible aguantar de puro satisfecha y vana, porque tenía en Marineda al capitán de la \_Bella Luisa\_, y si él no había querido convidarse a merendar «por el aquel del bien parecer», contaba con que la acompañaría al final de la función. Allí también Guardiana, penetrada de alegría por ot

ra causa diversa:

porque había traído consigo a dos de sus pequeños, el escrofuloso y la sordo-mudita; en cuanto al mayor, ni se podía soñar en llevarlo a sitio alguno donde hubiese gente, porque le entraba enseguida la «aflicción».

La niña sordo-muda miraba alrededor, con ojos reflexivos, aquel mundo del cual sólo le llegaban las imágenes visibles; por su parte el niño, que ya tendría sus trece años, y que hubiera sido gracioso a no desfigurarlo los lamparones y la hipertrofia de los labios, gozaba mucho de la fiesta, y se sonreía con la sonrisa inocente, semi-bestial, de los \_bobos\_ de Velázquez. Guardianana no se mostró muy comedora: los mejores bocados los reservó para sus hermanos, y ella manifestó poco apetito.

--¿Qué tienes, Guardia?--le preguntó la radiante Anna.

--Mujer, algunos días parece que estoy así... cansada. He de ir a que me levanten la paletilla, porque imposible que no se me cayese.

--Aprensiones, aprensiones. Canta el \_Joven Telémaco\_, Amparo.

Amparo, y otras dos o tres del taller de cigarrillos, rendidas de calor y ahítas de comida, se habían tendido en una pequeña explanada, que formaba el glacis de la fortificación, adoptando diversas posturas, más o menos cómodas. Unas, desabrochándose el corpiño, se hacían aire con el pañuelo de seda doblado; otras, tumbadas boca abajo

, sostenían el cuerpo  
en los codos y la barba en las palmas de las manos;  
otras, sentadas a la  
turca, alzaban cuándo la pierna izquierda, cuándo la  
derecha, para  
evitar los calambres. Por la seca hierba andaban es-  
parcidos tapones de  
botellas, papeles engrasados, espinas de merluza, ca-  
scos de vaso roto,  
un pañuelo de seda, una servilleta gorda.

Fuese efecto de la comida y del vinillo del país, li-  
gero y alegre como  
unas pascuas, o del aire solano, que tiene especial  
virtud excitante de  
los nervios, hallábanse las muchachas alborotadas,  
deseosas de meterse  
con alguien, de gritar, de hacer ruido. Estaban ebr-  
ias, no del escaso  
mosto, sino del vaivén y mareo de la romería, de lo-  
s colores chillones,  
de los sonidos discordantes: sólo la sordo-muda per-  
manecía indiferente,  
con su límpida mirada infantil. La casualidad propo-  
rcionó a las briosas  
mozas un desahogo que tuvo mucho de cómico y pudo t-  
ener algo de  
dramático.

Es el caso que vieron adelantarse y dirigirse hacia  
ellas un individuo  
de extraña catadura, alto y delgado, vestido con la  
ropa hopalanda negra,  
y acompañado de otro que formaba con él perfecto co-  
ntraste, pues era  
rechoncho, pequeño y sanguíneo, y llevaba americana  
gris rabricorta. Al  
aspecto de la donosa pareja llovieron los comentari-  
os.

--El del gabanón parece un cura--dijo Guardiana.

--No es cura--afirmó la Comadreja--. ¿No le ves una  
s patillitas como las  
de un padronés?

--Pero, mujer, si lleva alzacuello.

--¡Qué alzacuello! Corbata negra.

--El gordo es un \_inguilis\_.

--¡Ay Jesús! parece que le pintaron la barba con az  
afrán!

--¿Y aquello qué es? ¡Madre mía de la Guardia!; un  
anteojo en un ojo  
solo, y colgado en el aire; ¡mira, mira!

--Callar, que vienen para acá.

--Vienen aquí en derechura.

--No, mujer.

--¡Dale! Vienen y vienen. ¿Te convences, porfiosa?

--Es que les gustaste tú.

--No, tú. El del azafrán viene a casarse contigo.

--Pues a ti te mira mucho el clérigo mal comparado.

--¡Chsssss! Callar, que están cerca, alborotadoras d  
e Judas.

--¡Callaban! Que callen ellos si les da la gana.

Y Amparo y Ana cantaron a dúo:

\_Me gusta el gallo,\_  
\_Me gusta el gallo,\_  
\_Me gusta el gallo\_

\_Con azafrán...\_

No obstante estos primeros indicios de hostilidad, los dos graves personajes se aproximaban al corro, con mucha prosopopeya. El de la hopalanda, no bien se acercó lo suficiente, pronunció un «a los pies de ustedes, zeñoras», que hubiera provocado una explosión de carcajadas, si al pronto no pudiese más la curiosidad que la risa. ¡Tenía el bueno del hombre una voz tan rara, ceceosa a la andaluza, y una pronunciación tan recalcada!

--Tengo el honor--prosiguió, metiendo las manos en los bolsillos de su inmenso tabardo--de ofrecer a ustedes un librito de lectura muy provechoza para el espíritu, y espero me dispensarán el obsequio de repazarlo con atención. Yo le ruego reflexionen sobre el contenido de estos imprezo, zeñoras mías.

Diciendo y haciendo, les presentaba tres o cuatro volúmenes empastados, y un haz de hojas volantes. Nadie estiró la mano para recoger los \_imprezo\_, y él fue depositando suavemente en los regazos de las muchachas el alijo. El inglés tripudo observaba el reparto con su fulgurante monóculo.

--¡Así Dios me salve (Ana fue la primera en hablar), yo conozco a estos pajarracos! Oyes tú, Bárbara, ¿este no es el que puso la capilla en la cuadra?

--El mismo... es el que berrea allí por las tardes.

--¿El que le dio los cuartos a la Píntiga?

--Sí, mujer.

--Y este, ¿no dice que fue cura?

--Dice que sí, allá en su país, y que ahora es cura de ellos, y está casado....

--¡Casado!!!

--Bueno, está... con una viuda. Ya tienen...--y la muchacha remedó burlescamente el llanto de un recién nacido.

--¿Y el otro bazuncho?

--Es el que...--y frotó el índice con el pulgar, ademán expresivo que significa en todas partes soltar dinero.

Mientras duraban estas explicaciones en voz baja, Amparo había leído el título de algunos folletos: \_«La verdadera Iglesia de Jesús.... La redención del alma.... Cristo y Babilonia.... La fe del cristiano purificada de errores.... Roma a la luz de la razón ...»\_. Entre los retazos del diálogo que llegaban a sus oídos y los fragmentos de hoja impresa en que fijaba la vista, penetró el misterio. Levantose grave, determinada, como el día que peroró en el banquete del Círculo Rojo.

--Oiga usté--pronunció con tono despreciativo--, es



to que nos ha dado  
usted no nos hace falta, ni para nada lo queremos. Vaya usted a engañar  
con ello a donde haya bobos.

--Señora, no ha zío mi ánimo....

--Pensará usted que somos como otras, infelices, que las compren ustedes  
por una triste peseta; pues sepa usted, repelo, que acá ni por las minas  
del Potosí renegamos como San Judas.

--Señora... hermanas mía... tómense usted la molestia de reflezionar, y  
verán la pureza de mi intencionez, que zon darle a conosé la doctrina de  
Jezú nuestro Zalvaor....

Pronta como un rayo, y con fuerzas que duplicaba la cólera, Amparo  
desbarató la encuadernada Biblia, hizo añicos las hojas volantes, y lo  
disparó todo a la cara afilada del catequista y a la rubicunda del  
silencioso inglés, los cuales, habituados, sin duda, a tal género de  
escenas, volvieron grupas y trataron de escurrirse lo más pronto posible  
entre el concurso. Por su mal, era éste tan apretado y numeroso en aquel  
sitio, que o tenían que retroceder, dar un rodeo y volver a cruzar ante  
el grupo de muchachas, o aguardar una ocasión de enhebrarse por medio de  
la gente. Optaron por lo primero, y avínoles mal, porque Amparo, como el  
corcel de batalla que ha olido la sangre, dilatadas las fosas nasales,  
brillantes los ojos, se preparaba a renovar la lid, animando a sus  
compañeras.

--Son los protestantes. A correrlos.

--A correrlos: ¡viva!

--Van a pasar otra vez por aquí... ánimo... a ver quién les acierta mejor.

--¡Que vengan, que vengan! ¡Ahora entra lo bueno! R ecelosos, arrimados el uno al otro, probaron a deslizarse los dos apóstoles sin ser observados de las mozas, que ya los aguardaban haldas en cinta. Así que los vieron a tiro, enarbolaron cuál medio pan, cuál un trozo de empanada, cuál una pera, y Ana, rabiosa, no encontrando proyectil a mano, cogió a puñados la tierra para arrojársela. Cayó la granizada sobre los protestantes cuando menos se percataban de ello; un queso se aplanó sobre la faz del inglés, rompiéndole el monóculo; un gajo de cerezas despedido por el hermano de Guardianana se estrelló en la nuca del ministro, embadurnándosela lastimosamente. Al par que bombardeaban, denostaban las intrépidas muchachas al enemigo.--Tomar, a ver si reventáis--chillaba la Comadreja.--De parte de Nuestra Señora--gritaba Guardianana.--Para que volváis a dar dinero por hacer maldades--vociferaba Amparo lanzando con notable acierto un tenedor de palo al cura. Cerrados los puños como para boxear, inyectado el rostro, fieros los azules ojos, vínose sobre el grupo el hijo de la Gran Bretaña, resuelto, sin duda, a hacer destrozos en las heroínas; amenazadora actitud

d que redobló el  
coraje de estas.

--Venga usted, venga usted, que aquí estamos, le decía a Amparo con voz vibrante, bella en su indignación como irritada leona, asiendo con la diestra una botella; mientras Ana, pálida de ira, se apoderaba de la cazuela en que había venido el guisado, y las restantes Amazonas buscaban armamento análogo. Pero ya, al ruido de la escaramuza, se arremolinaba gente, y gente adversa a los catequistas, a quienes conocían bastantes de los espectadores; y el ministro, verde de miedo, con turbada lengua aconsejaba a su acompañante una prudente retirada.

--Éjelas, míter Ezmite... (Smith). Éjelas, que no zaben lo que jazen... Éjelas, que aquí nadie noz efenderá, de eguro.... Y o debo ar ejemplo de manzedumbre....

No hizo caso \_míter Ezmite\_, por demás mohíno y amostazado con el bombardeo de comestibles; pero antes de que llegase al grupo cumpliose la profecía del ministro, interponiéndose más de treinta personas, que rodearon a los malaventurados apóstoles apretándolos en términos que no les dejaban respirar. A poca distancia un agente de policía presenciaba una rifa, y aunque harto veía con el rabo del ojo el motín, no dio el más leve indicio de querer intervenir en él, y basta que vio a los dos catequistas abrirse paso trabajosamente y huir como perro con maza,

perseguidos por la rechifla general, no volvió la cabeza ni se acercó, preguntando al descuido: «¿Qué pasa aquí, señores?»  
.

-XXVI-

Lados flacos

Para la Comadreja el desenlace de la romería fue delicioso: comenzaron a llover gotas anchas cuando ya se aproximaba la noche, y vino el capitán mercante a ofrecerle el brazo y un paraguas. A la luz de los faroles de la calle, que rielaba en el mojado pavimento, Amparo vio alejarse a la pareja y quedose poseída de una especie de tristeza interior que rara vez domina a los temperamentos sanguíneos, alegres de suyo. Aquella melancolía atacaba a la Tribuna desde que no alimentaba su viva imaginación con espectáculos políticos y desde que al bullicio de la Unión del Norte sucedió la habitual y uniforme vida obrera de antes, sin asomo de conspiración ni de otros romancescos incidentes. Por distraerse, habló más con Ana de amoríos y menos de política. Ana se prestaba gustosa a semejantes coloquios. Llegó la Tribuna a saber de memoria al capitán de la \_Bella Luisa\_, sus hábitos, sus viajes, sus caprichos, y el eterno proyecto de matrimonio, diferido siempre por altas razones de conveniencia, que explicaba Ana co

n sumo juicio y  
cordura. Si ella se quisiese casar con algún \_artis  
ta\_ de esos  
ordinarios, un zapatero, verbigracia, cansada estar  
ía de tener marido;  
pero ¿para qué? Para cargarse de familia, para vivi  
r esclava, para  
sufrir a un hombre sin educación. No en sus días.

--¿Y si te deja plantada Raimundo?--preguntaba Ampa  
ro nombrando al galán  
de su amiga, como lo hacía esta, por el nombre de p  
ila.

--¡Qué ha de dejar, mujer... qué ha de dejar! ¡Diez  
años de relaciones!  
Y luego, aquel señorío de estar tanto tiempo con un  
chico fino, eso no  
me lo quita nadie.

Amparo protestó: ella no entraba por cosas de ese j  
aez; quería poder  
enseñar la cara en cualquier parte; quería, como di  
jeron los señores de  
la Unión, moral y honradez ante todo.

--¿Si pensarás tú--replicó Ana viperinamente--que e  
l de Sobrado venía a  
casarse contigo?

--¿El de Sobrado? ¿Y qué tengo yo que ver con el de  
Sobrado?

--Anduvo tras de ti, y si no estuviese fuera, sabe  
Dios.... No digas,  
mujer, no digas, que bastantes veces lo encontré yo  
por los alrededores  
de la Fábrica.

--Bueno, bueno, ¿y qué? ¿Por qué, un suponer, no se  
había de casar  
conmigo? Yo seré de igual madera que otras que pert

enecían a mi clase, y  
ahora.... Tú bien conoces a la de Negrero... aquella  
tan guapa que lleva  
abrigo de terciopelo y capota de tul blanco.... Pues,  
hija mía,  
sardinera del muelle primero, cigarrera después, y  
luego la vino Dios a  
ver con ese marido tan rico.... ¿Y la de Álvarez? A  
esa la acuerdan aquí  
liando puros, y en el día tiene una casa de tres pi  
sos y un buen  
comercio en la calle de San Efrén.... ¿Y la que cas  
ó con aquel coronel  
del regimiento de Zaragoza?... Una chiquilla, que t  
ambién hacía  
pitillos.... En la actualidad, para más, hay el aqu  
el de que las clases  
son iguales; ese rey que trajeron dice que da la ma  
no a todo el mundo, y  
la mujer abrazó en Madrí a una lavandera; y si vien  
e la federal,  
entonces....

--Sí, sí, vele con eso a doña Dolores, la de Sobrado.

--¡Pues.... Jesús, Ave María! ¡No se allegue usted,  
que mancho! Me  
parece a mí que los de Sobrado no son de allá de la  
aristocracia, ni del  
barrio de Arriba. Aún hay quien los vio cargando fa  
rdos en el almacén de  
Freixé, el catalán; que por ahí empezaron, ¡repelo!  
Hijos del trabajo,  
como tú y como yo.

--Pero, mujer, si ya se sabe que son así; nada y na  
da, y vanidá que les  
parte el alma. Como el hijo es de tropa piensan que  
sólo la Princesa de  
Asturias sirve para él.... Mira tú como ahora que l  
as de García pierden

el pleito están medio reñidas con ellas.... Y eso que la mayor de Sobrado, la Lolita, no quiso apartarse de la amiga y sigue yendo allá....

--Bien; pues ellos no nos querrán a los demás, pero los demás bien nos valemos sin ellos.... Para comer yo no les he de pedir. Y el hijo, si me quiere decir algo, ha de ser con el cura de la mano, que si no....

Echase a reír la Comadreja y le citó ejemplos dentro de la misma Fábrica: ¿qué les había sucedido a Antonia, a Pepita, a Leocadia?, y eran las que más hablaban y más cosas decían. La que se conformaba con los de su clase, aún menos mal; pero la que andaba con señores.... Esas cosas--añadía la Comadreja--no tienen remedio; nos hacen ver lo negro blanco....

--Si me quisiera perder--exclamó ofendida Amparo--no me faltaría por dónde, como a todas.

--¡Bueno! No cuadró, mujer, que lo demás.... También no te gustarían los que se te pusieron delante, porque hay hombres que se tirarían uno a la bahía por ellos, y otros que ni forrados de onzas... Y a veces los que le chistan a uno no se dan por entendidos.... Y al fin y al cabo, hija, ¿qué se gana con vivir mártir? Nadie cree en la dignidad de una pobre.

--¿Y por qué ha de ser así? ¡Esa no es ley de Dios!

--No, pero... ¿qué quieres tú?

Quedábase Amparo pensativa. Cuantas sugerencias de inmoralidad trae consigo la vida fabril, el contacto forzoso de las miserias humanas; cuantas reflexiones de enervante fatalismo dicta el convencimiento de hallarse indefenso ante el mal, de verse empujado por circunstancias invencibles al precipicio, pesaban entonces sobre la cabeza gallarda de la Tribuna. Acaso, acaso tenía sobrada razón la Comadreja. ¿De qué sirve ser un santo si al fin la gente no lo cree ni lo estima; si por más que uno se empeñe, no saldrá en toda la vida de ganar un jornal miserable; si no le ha de reportar el sacrificio honra ni provecho? ¿Qué han de hacer las pobres, despreciadas de todo el mundo, si no tener quien mire por ellas, más que perderse? ¡Cuántas chicas bonitas, y buenas al principio, había visto ella sucumbir en la batalla, desde que entró en su taller! Pero... vamos a cuentas--añadía para su sayo la oradora--: diga lo que quiera Ana, ¿no conozco yo muchachas de bien aquí? ¡Está esa Guardianana, que es más pobre que las arañas y más limpia que el sol! Y de fea no tiene nada; es así delgadita.... Ella se confiesa a menudo... dice que el confesor le aconseja bien....

Amparo se quedó cada vez más pensativa después de esta observación.

--Yo, confesar, me confesaría.... Pero luego... si el cura sabe que me



meto en política.... ¡Bah! Bien basta en Semana Santa.... Tampoco yo, gracias a Dios, no soy ninguna perdida... ¡me parece!

-XXVII-

## Bodas de los pajaritos

Regresó Baltasar de Navarra y las Provincias firmemente resuelto a estrujar la vida, como si fuese un limón, para exprimirle bien el zumo. Habiendo visto de cerca la guerra civil, comprendió que no hacía sino empezar y que prometía ser encarnizada y duradera, a pesar de que la \_Gaceta\_ anunciaba diariamente la dispersión de las últimas partidas y la presentación del postrer cabecilla. Desde luego Baltasar traía un grado más, y ganas de precipitarse en algún abismo cubierto de flores, ya que las balas carlistas se lo toleraban. Vista de lejos, la opinión pública de su ciudad natal le pareció mucho menos temible, y resolviose a arrostrarla, en caso de necesidad, si bien con maña y no provocándola de frente.

Más de una vez, en la ligera tienda de campaña o en algún caserío vascongado, se acordó de la Tribuna y creyó verla con el rojo mantón de Manila o con el traje blanco y azul de grumete. Las mujeres que encontraba por aquellos países no le distrajeran, p

orque eran la mayor  
parte toscas aldeanas curtidas del sol, y si tropezó con alguna beldad  
\_éuskara\_, esta, en vez de sonreír al oficial amadeísta, le echó mil  
maldiciones. Además, Baltasar, frío y concentrado, no era de los que  
toman por asalto un corazón en un par de horas. De suerte que al volver  
a Marineda, en vez de rondar la Fábrica, como antes, se resolvió, desde  
el primer día, a acompañar a Amparo cuando la viese salir; y ejecutó el  
propósito con su serenidad habitual. Mucho le favoreció para estos  
acompañamientos el cambio de domicilio de la muchacha, que vivía cerca  
del alto de la cuesta de San Hilario, en una casita que daba a la  
Olmeda, desde que faltando el señor Rosendo y Chinto, el bajo de la  
calle de los Castros se hizo muy caro y muy lujoso para dos mujeres  
solas. Como la Olmeda puede decirse que es un rincón campestre, prestose  
al naciente idilio con el género de complacencia que hace de la  
naturaleza amiga perenne de todos los enamorados, hasta de los menos  
poéticos y soñadores.

Febrero vio la aurora de aquel amor en un día clásico, el de la  
Candelaria, en que, según el dicho popular, celebran los pajaritos sus  
bodas sobre las ramas todavía desnudas de los árboles, para que con la  
llegada de la primavera coincida la fabricación del nido. Las vísperas  
de la fiesta eran muy señaladas en la Fábrica: andaban esparcidos por  
las estanterías, sobre los altares, ocultos en los

justillos de las  
mujeres, mezclados con la hoja, haces de rama de ro  
mero, y su perfume  
tónico y penetrante vencía al del tabaco mojado. En  
el centro de los  
haces se hincaban candelicas de blanca cera, y habí  
a de otras candelas  
largas y amarillas, compradas por varas y que se co  
rtaban en trozos para  
hacer cuantas luces se quisiese; siendo el origen d  
e traer estas  
candelas la creencia de que los niños muertos antes  
del bautismo y  
sepultados en las tinieblas del limbo sólo el día d  
e la Candelaria ven  
un rayo de claridad, la de la luz que encienden, pe  
nsando en ellos, sus  
madres. Al día siguiente, en la iglesia, envueltas  
en el romero bendito,  
habían de arder todas las velitas microscópicas.

Ya se comprende que entre las cigarreras marinedina  
s--cuatro mil mujeres  
al fin y al cabo--había muchas que querían enviar a  
sus hijos difuntos  
aquella caricia de ultratumba, fundir el hielo de l  
a muerte al calor de  
la pobre candelilla; por otra parte, aun las que no  
tenían niños vivos  
ni difuntos habían comprado romero gustándoles su o  
lor, y propuestas a  
llevarlo a la misa de la Candelaria, que al fin, co  
mo decía la señora  
Porcona con tono sentencioso, era «un día de los má  
s grandes,  
hiiiigas... porque fue cuando la Virgen sintió el p  
rimer dolorito, por  
razón de que un cura que le llamaban Simeón le anun  
ció lo que tenía que  
pasar Cristo en el mundo». La tarde de la Candelari  
a, Amparo, llevando  
el romero bendito oculto en el pecho, despedía un a

roma balsámico, que  
pudiera tomarse por suyo propio; tal era la lozanía  
y vigor de su  
organismo, cuya robustez, vencedora en la lucha con  
el medio ambiente,  
había crecido en razón directa de los mismos peligros  
y combates. Si la  
labor sedentaria, la viciada atmósfera, el alimento  
frío, pobre y  
escaso, eran parte a que en la Fábrica hiciesen estragos  
anemia y  
clorosis, el individuo que lograba triunfar de estas  
malas condiciones  
ostentaba doble fuerza y salud. Así le acontecía a  
la Tribuna.

Como era día festivo, Baltasar no la esperó a la salida  
de la Fábrica,  
sino en la Olmeda, a corta distancia de su casita.  
Había llegado  
Baltasar al mayor número de pulsaciones que determinaba  
en él la  
calentura amorosa. Su pasión, ni tierna, ni delicada,  
ni comedida, pero  
imperiosa y dominante, podía definirse gráfica y simbólicamente  
llamándola apetito de fumador que a toda costa aspira  
a fumar el más  
codiciado cigarro que jamás se produjo, no ya en  
la Fábrica de  
Marineda, sino en todas las de la Península. Amparo,  
con su garganta  
tornátil gallardamente puesta sobre los redondos  
hombros, con los tonos  
de ámbar de su satinada, morena y suave tez, pareció  
a Baltasar un  
puro aromático y exquisito, elaborado con singular  
esmero, que estaba  
diciendo: «Fumadme». Era imposible que desechase esta  
idea al contemplar  
de cerca el rostro lozano, los brillantes ojos, los  
mil pormenores que

acrecentaban el mérito de tan preciosa \_regalía\_. Y para que la similitud fuese más completa, el olor del cigarro había impregnado toda la ropa de la Tribuna, y exhalábase de ella un perfume fuerte, poderoso y embriagador, semejante al que se percibe al levantar el papel de seda que cubre a los habanos en el cajón donde se guardan. Cuando por las tardes Baltasar lograba acercarse algún tanto a Amparo e inclinaba la cabeza para hablarle, sentíase envuelto en la penetrante ráfaga que se desprendía de ella, causándole en el paladar la grata titilación del humo de un rico veguero y el delicioso mareo de las primeras chupadas. Eran dos tentaciones que suelen andar aisladas y que se habían unido, dos vicios que formaban alianza ofensiva, la mujer y el cigarro íntimamente enlazados y comunicándose encanto y prestigio para trastornar una cabeza masculina.

El día espiraba tranquilamente en aquella alameda, que en hora y estación semejante era casi un desierto. Sentáronse un rato Baltasar y la Tribuna en el parapeto del camino, protegidos por el silencio que reinaba en torno, y animados por la complicidad tácita del ocaso, del paisaje, de la serenidad universal de las cosas, que los sepultaba en profundo caimiento de ánimo, que relajaba sus fibras infundiéndoles blanda pereza muy semejante a la indiferencia moral. El sol languidecía como ellos; la naturaleza meditaba. Hasta la bahía se hallaba

aletargada; un gallardo queche blanco se mantenía in-  
móvil; dos paquetes  
de vapor, con la negra y roja chimenea desprovista  
de su penacho de  
humo, dormitaban, y solamente un frágil bote, una ca-  
scarita de nuez,  
venía como una saeta desde la fronteriza playa de Sa-  
n Cosme, impulsado  
por dos remeros, y el brillo del agua, a cada palada-  
o, le formaba movible  
melena de chispas. Por donde no alcanzaban el último  
resplandor solar,  
las olas estaban verdinegras y sombrías; al Poniente,  
dorada red de  
movibles mallas parecía envolverlas.

A medida que avanzaba la sombra, levantábase del mar  
una brisa fresca,  
que agitaba por instantes los picos del pañuelo de  
Amparo y los cabellos  
rubios de Baltasar, en los cuales se detenían las pro-  
prias luces del  
sol, haciendo de su cabeza una testa de oro. Presto  
la abandonaron sin  
embargo, y asimismo las montañas del horizonte empe-  
zaron a confundirse  
con el agua, mientras la concha blanca del caserío  
marinero se  
destacaba aún, pero perdiéndose más cada vez, como  
si al ausentarse la  
claridad se llevase consigo el rosario de edificios  
y el encendido  
fulgor de los cristales en las galerías. Marinada,  
la Nautilia de los  
romanos, se envolvía en una clámide de tinieblas. En  
breve comenzaron a  
distinguirse algunas luces que oscilaban sobre la ma-  
sa oscura de la  
población, y presto se cubrió toda ella de puntos lu-  
cientes como  
estrellas de oro en un celaje sombrío. La noche, que  
ya mostraba el

cuerpo entero, era de esas lácteas, pero frías, en que el equinoccio de primavera se anuncia por no sé qué vaga trasparen- cia del cielo y del aire, y en modo alguno por la temperatura, que más bien parece recrudecerse. Baltasar y la muchacha, obligados quizá por el helado ambiente, se aproximaban el uno al otro, hablando no obstante de cosas indiferentes y poco importantes.

--No, Bilbao no es más bonito... ni tampoco Santander, digan lo que quieran los santanderinos, que son muy patriotas. ¿Sabe usted lo que ha mejorado Marineda? ¿Y lo que está llamada a mejorar todavía? Esto crece a cada paso; vamos a tener barrios nuevos, magníficos, a la americana, ahí donde usted ve aquella lucecita... todo por ahí, a lo largo del baluarte.

--¿Y Madríd? ¿Es mucho mejor que Marineda?--interrogó Amparo por decir algo, enrollando un cabo de su pañuelo.

--¡Ah! Madrid, ya ve usted... al fin y al cabo, es la corte.... Sólo la calle de Alcalá....

Este apacible diálogo encubría en Baltasar tempestuosos pensamientos; pero como no carecía de penetración y sabía que la muchacha era honrada, y orgullosa, y vivía de su trabajo, comprendió que no debía tratarla como a cualquier criatura abyecta, sino empezar mostrándole cierta deferencia y aun respeto, género de adulación a que es más sensible

todavía la mujer del pueblo que la dama de alto copete, habituada ya a que todos le manifiesten cortesía y miramientos. Li sonjeó mucho a la Tribuna el ver que se habían con ella lo mismo que con las señoritas, y auguró bien del rendido galán. Mas tan luego como la noche cauta señoreó absolutamente el escenario, Baltasar creyó poder apoderarse a hurto de una mano morena, hoyosa y suave al tacto como la seda. Amparo pegó un respingo.

--Estese usted quieto.... Y va de dos veces que se lo digo, caramba.

--¿Por qué me trata usted así?--preguntó con pena fingida Baltasar, que en sus adentros renegaba de la virtud plebeya ¿Qué mal hay en...?

--¿Por qué?--repitió Amparo con sumo brío--. Porque no me conviene a mí perderme por usted ni por nadie. ¡Sí que es uno tan bobo que no conozca cuando quieren hacer burla de uno! Esas libertades se las toman ustedes con las chicas de la Fábrica, que son tan buenas como cualquiera para conservar la conducta. ¿A que no hace usted esto con la de García, ni con las señoritas de la clase de usted?

--¡Diantre!--pensó Baltasar--: no es boba.

Y al punto, mudando de táctica, habló con gran rapidez, diciendo que estaba enamorado, pero de veras; que para él no había categorías, distinciones ni vallas sociales, encontrándose el amor de por medio; que



Amparo era tanto como la más encopetada señorita, y que su desliz no provenía de falta de respeto, sino de sobra de cariño: todo lo cual acompañó con mil dulces e insinuantes inflexiones de voz. Amparo respondió estableciendo su credo y sus principios: ella no quería ser como otras chicas conocidas suyas, que por fiarse de un pícaro allí estaban perdidas: ella bien sabía lo que pasaba por el mundo, y cómo los hombres pensaban que las hijas del pueblo las daba Dios para servirles de juguete: lo que es ella, bien se había de librar de eso; bueno que se hablase un rato, en lo cual no hay malicia; pero ciertas libertades, no; ya podía saberlo el que se arrimase a ella. Baltasar juró y perjuró que su amor era de la más probada y acendrada pureza, y que sólo limpios e hidalgos propósitos cabían en él; y en el calor de la discusión, los dos interlocutores se volvieron a hallar sentados en el parapeto, y la mano antes esquivada se mostró más tratable, consintiendo que la prendiesen dos manos ajenas.

--Hoy se casan los pajaritos--murmuró Baltasar después de un breve instante de silencio.

--Día de la Candelaria.... Hoy se casan--repitió ella con turbada voz, sintiendo en la palma de la mano el calor de la diestra de Baltasar, que amorosamente la oprimía. Pero él fue discreto y no quiso abusar de la victoria, por temor de perder las ventajas adquiridas, y también porque

empezaba a correr agudo frío en la solitaria alameda, y Amparo se levantó quejándose del relente y del aire, que cortaba como un cuchillo. Cruzáronse dos protestas de ternura, en voz baja, envueltas en el último apretón de manos, delante de la casa de la pitillera.

-XXVIII-

Consejera y amiga

Alguna que otra vez volvía Amparo a visitar su antigua calle, por ver a los amigos que allí había dejado. Pocos días después del de la Candelaria sintió deseos de realizar una expedición hacia aquella parte. Halló todo en el mismo estado; el barbero, muy ocupado en descañonar a un sargento, la saludó jovialmente; a la puerta de su casa divisó a la señora Porreta tomando el fresco, o el sol, que ambas cosas faltaban dentro del tugurio de la comadrona, la cual hacía extraña y risible figura sentada en una silleta baja, y muy esparrancada; sus pies, calzados con zapatillas de orillo, miraban uno a Poniente y otro a Levante; tenía caídas las medias, por deficiencia de ligas sin duda; en el formidable hueco del regazo descansaban sus manos, y mientras una chiquilla encanijada, nieta suya, le peinaba las canas greñas y le hacía dos \_chichos\_ tamaños como bellotas, la insigne mat

rona no perdía el tiempo, y calcetaba con diligencia manejando las metálicas agujas, que despedían vivos fulgores. Al ver a la Tribuna, se echó a reír con opaca risa.

--Hola, chica... salú y fraternidá. ¿Cómo está tu madre? ¿Y la revolución, cuándo la hasemos? ¿Cuándo me preclamas a mí reina de España?

Y como Amparo procurase escabullirse, la vieja subió el tono de sus carcajadas, semejantes al chirrido de una polea, y que hacían retemblar su vientre de ídolo chino.

--Sí, escápate, escápate...--murmuró--. Ahora bien te escapas.... Ya bajarás la soberbia cuando yo te haga falta... ¿oyes, Amparo? Cuando necesitáis a la señora Pepa, venís como corderitos. ... ¡Quién te verá aquel día!, ¿eh?

--Dios delante, señora Pepa--contestó altiva y pica da Amparo--, otras la llamarán más pronto, señora.

--¡Sí, sí... echar por la boca! El tiempo todo lo vense--afirmó con profético acento la comadre, cogiendo una hilera de puntos que se le había soltado al reír.

Siguió Amparo calle adelante, y llamó al tablero de Carmela la encajera; pero con gran sorpresa suya, en vez de abrirse este, se entreabrió la puerta interior que comunicaba con el portal, y se

asomó Carmela  
animada, encendida la tez y con un júbilo nunca visto en ella.

--Entra, entra--dijo a la pitillera.

Esta entró. El cuartito estaba en desorden; recogió a la almohadilla de los encajes; había un baúl abierto y ya casi colmado, y los cuadros de lentejuela y estampas devotas, que solían adornar las paredes, faltaban de ellas.

--Hola... ¿parece que vamos de viaje?--preguntó Amparo.

La respuesta de la encajera fue echarle al cuello los brazos, y pronunciar, con voz entrecortada de alegría:

--¿Luego tú no sabes, no sabes que Dios me dio la sorpresa? Ya tengo el dote, chica... me voy a Portomar a ver si me reciben allá en el convento....

--¡Ahora que dicen que se acaban las monjas!

--Las de Portomar no, mujer... esas no... hay un señorón liberal, allá en Madrí, que pidió por ellas....

--Pero... ¿y cómo, quién te dio el dote?

--Verás.... Yo echaba todos los meses un décimo a la lotería... todos los meses. Tú ya sabes que la tía me hacía trabajar los domingos por la mañana; pero por las tardes, decía: «Anda, distráete... vete un poco a rezar a la iglesia». Bien. Pues, señor, yo en vez d

e rezar, iba, ¿y qué  
hacía? Trabajaba unas puntillitas estrechas, sin qu  
e la tía lo supiese,  
y se las vendía a una mujer del mercado, diciéndole  
a Nuestra Señora:  
«No es pecado esto que hago, porque es para sacar a  
la lotería, y si  
saco es para entrar monja...». Pues etaquí que cada  
mes me tomaba mi  
décimo, y para que saliese bien, siempre echaba con  
algún santo. Unas  
veces llevaba de compañero a San Juan Bautista; otr  
as, a San Antonio;  
otras, a Santa Bárbara... y nada: ni tristes cinco  
duros. Entonces dije  
yo para mí: hay que ir a la fuente limpia; estos co  
mpañeros no valen. ¿Y  
qué se me ocurrió? Tomé un decimito con un número m  
uy lindo, mil ciento  
veintidós, y se lo fui a llevar al Niño Dios de las  
Madres Descalzas...  
y le dije: mira, Jesusito, si sale premiado, la met  
á para ti.... Tenía  
una carita tan alegre cuando se lo dije, lo mismo q  
ue si me entendiese.  
Pues ¿quién te dice, mujer...?

Pausa de gran efecto.

--¿Quién te dice a ti... que al sorteo voy y miro l  
a lista, y me veo un  
mil ciento veintidós como un sol? Me quedé aturdida  
; y mucho más, porque  
el premio era de los grandes: cerca de mil pesos. S  
ólo que, como la metá  
es del Niño, a mí me queda el dote limpio y pelado.  
...

--¿Y tu tía?--preguntó Amparo, como si censurase el  
regocijo de Carmela.

--¿Y sabes, mujer, que yo quise depositar el dote p

ara cuando ella  
muriese y quedarme en su compañía, y no quiso? Dice  
que no, que bien  
claro está que Dios me llama para sí... Ella tiene  
buscada colocación en  
casa de un cura... como está así, medio ciega, sólo  
en un sitio de poco  
trabajo puede servir. ¡Ay, Niño Jesús de mi alma! ¡  
Cuántas lagrimitas  
tengo llorado aquí sin que nadie me viese! ¡Qué días!  
Es mejor hacer  
pitillos que encajes, chica. ¡Fumar, siempre fuma l  
a gente; pero los  
encajes en invierno... es como vivir de coser telar  
años!

Y levantándose, cogió un tiesto que estaba en la ve  
ntana y lo entregó a  
Amparo.

--Toma, me alegro de que vinieses... cuídame mucho  
la malva de olor, que  
por el camino tengo miedo de que se rompa el tarro.

Amparo cogió el tiesto y respiró el perfume de la p  
lanta, hundiendo la  
faz entre las aterciopeladas hojas. La encajera la  
miraba con sus  
pupilas siempre melancólicas y serenas.

--Amparo--dijo de pronto....

--¿Eh?...--respondió la Tribuna, sorprendida como s  
i la despertasen de  
golpe.

--¿Te enfadas si te digo una cosa?

--No, mujer... ¿y por qué me he de enfadar?--contes  
tó fijando sus ojos  
gruesos y brillantes en la futura concepcionista.

--Pues quería decirte... que por ahí te pusieron un mote.

--¿Un mote?, ¿y es cosa mala?

--Mala... ¡qué sé yo! Te llaman la Tribuna.

--¿Y quién me lo llama?

--Los señoritos... los hombres. Dicen que fue porque el día del convite... no te parezca mal, que a mí me lo contaron así, inocentemente... te dio un abrazo uno de aquellos señores de la \_Samblea\_... y que te dijo....

--¡Me llamó Tribuna del pueblo!--exclamó orgullosamente la muchacha--.  
¡Ya se ve que me lo llamó!

--¿Y eso qué es, mujer?

--¿Lo qué?

--¿Eso de Tribuna del pueblo?

--Es... ya se sabe, mujer, lo que es. Como tú no le es nunca un periódico....

--Ni falta que me hace... pero dímelo tú, anda.

--Pues es... así a modo de una... de una que habla con todos, supongamos....

--¿Que habla con todos?... ¿y te lo dijo en tu cara?... ¡El Dulce nombre de María!

--Pero no hablar por mal, tonta; si no es eso.... Es hablar de los deberes del pueblo, de lo que ha de hacerse; es instruir a las masas públicas....

--Vamos, como una maestra de escuela.... Jesús, si pensé que... ya decía yo: ¿había de ser tan descarado que se lo encajase allí, sin más ni más? Pero como por ahí se ríen cuando mentan eso....

--¡Bah!... no tienen que hacer, y velay.

--Y... mira, ¿te digo otro cuento?

--Tú dirás....

--Me contaron... no tomes pesadumbre, que son dichos... que andaba tras de ti un señorito... de la oficialidá.

--¿Y si anda?

--Y si anda, haces muy mal en hacer caso de un oficial, mujer.... A las chicas pobres no las buscan ellos para cosa buena, no y no.... Ya las que son pobres y formales no se arriman porque ven que no sacan raja....

--¡Eh!, a modo... no la armemos, Carmela. A mí nadie se arrima por la raja que saque, sino por el aquel de que le gustaré, y vamos andando, que cada uno tiene sus gustos.... Hoy en día, más que digan los reaccionarios, la instrucción iguala las clases, y no es como algún tiempo.... No hay oficial ni señorito que valga....



--Mujer, yo no hablé por mal.... Te quise avisar porque siempre te tuve  
ley, que eres así... una infeliz, un pedazo de pan en tus  
interioridades.... Déjate de políticas, no seas tonta, y de  
señoritos.... Fuera de eso, ¿a mí qué se me importa? Es por tu bien....

Se dispuso Amparo a marcharse, cogiendo debajo del brazo su tarro; pero la afectuosa encajera la quiso abrazar antes.

--No quiero que quedemos reñidas.... ¿Vas enfadada? Bien sabe Dios mi  
intención.... Escríbeme a Portomar.... Ya te contaré todo, todo.

Y se asomó a la puerta para ver alejarse a la garbosa muchacha, cuyo  
vestido de percal proyectó, por espacio de algunos segundos, una mancha  
clara sobre las oscuras paredes de las casas de enfrente.

-XXIX-

Un delito

Desde la venida de Amadeo I tenían las cigarreras de Marineda a quien  
echar la culpa de todos los males que afligían a la Fábrica. Cuando  
caminaba hacia España el nuevo Rey, leíanse en los talleres, con pasión  
vehementísima, todos los periódicos que decían: «No vendrá». Y el caso  
es que vino, con gran asombro de las operarias, a q

uienes la prensa roja  
había vaticinado que la monarquía era «un yerto cadáver, sentenciado por la civilización a no abandonar su tumba». Alguna cigarrera abogó por el hijo de Víctor Manuel, rey liberal al cabo, que daba la mano a todos y no tenía maldita la soberbia; pero la inmensa mayoría convino en que, al fin, un rey siempre era un rey, y en que la monarquía no era la república federal, verdades tan palmarias que, por último, los disidentes hubieron de reconocerlas.

Otros motivos de irritación ayudaban a soliviantar los ánimos. Escaseaban las consignas y la hoja tan pronto era quebradiza y seca, como podrida y húmeda. No, trabajo habían de pasar los que fumasen semejante veneno; pero las que lo manejaban también estaban servidas. Al ir a estirar la hoja para hacer las capas, en vez de extenderse, se rompía, y en fabricar un cigarro se tardaba el tiempo que antes en concluir dos; y para mayor ignominia, había que echarle remiendos a la capa por el revés lo mismo que a una camisa vieja, lo cual era gran vergüenza para una cigarrera honrada y que sabe su obligación al dedillo. Las operarias alzaban los brazos ejecutando la desesperada pantomima popular, llevándose ambas manos a la cabeza, a la frente, al pecho, señalando con enérgicos ademanes el tabaco avariado e inútil, de imposible elaboración. Tan alteradas estaban, que al pasar las maestras les metían puñados de hoja en las narices, gritando

que «olía a berzas»;  
y, envalentonándose, lo hicieron también con los in-  
spectores, y si el  
jefe se hubiera presentado en los talleres, apostab-  
an que con el jefe  
repetirían la escena. En vano algunas maestras inte-  
ntaron calmar el  
oleaje prometiendo, para el entrante mes, nuevas co-  
nsignas: seguían las  
turbulencias porque aquel Gobierno maldito, no cont-  
ento con enviarles  
hoja de desperdicio, para más, daba en la flor de n-  
o pagarles. Pasaban  
días y días sin que la cobranza se abriese, y las p-  
obres mujeres,  
tímidamente al principio, después en voz alta y ang-  
ustiosa, preguntaban  
a las maestras: «Y luego, ¿cuándo nos darán los cua-  
rtos?». Fue en  
\_crescendo\_ el run run y se convirtió en formidable  
marejada. El  
instinto que impele a los amotinados a ponerse a la  
s órdenes de alguien,  
aconsejó a las operarias del taller de cigarrillos  
arrimarse a Amparo  
buscando el calor de su tribunicia frase. Hallárons-  
e chasqueadas: Amparo  
no dio fuego. Oyó a todas y convino con ellas en qu-  
e, efectivamente, era  
una picardía no pagarles lo suyo; y, ventilado este  
punto, siguió liando  
pitillos, sin añadir arenga, excitación, sermón pol-  
ítico ni cosa que lo  
valiese. Admiradas se quedaron las turbas de semeja-  
nte frialdad. ¡Si  
pudiesen penetrar en lo íntimo del alma de Amparo,  
en aquellos  
inexplorados rincones donde quizá ella misma no sab-  
ía con total  
exactitud lo que guardaba! ¡Si hubiesen visto brota-  
r una figurita chica,  
chica y remotísima, como las que se ven con los ant

ojos de teatro  
cogidos a la inversa, pero que iba creciendo con rapidez asombrosa, y  
que en la nomenclatura interior de las ilusiones se llamaba \_señora de  
Sobrado\_! ¡Si advirtiesen cómo esa \_señora\_, microscópica, aun vestida  
del color del deseo, iba avanzando, avanzando, hasta colocarse en el  
eminente puesto que antes ocupaba la Tribuna, que se retiraba al fondo  
envuelta en su manto de un rojo más pálido cada vez  
!

Atribuyose a otras causas la indiferencia de la oradora. Amparo tenía  
los dedos listos y una boca no más que mantener; la crisis económica no  
podía importarle tanto como a las que reunían seis hijos, tres o cuatro  
hermanos, familia dilatada, sin más recursos que el trabajo de una  
mujer. El tiempo corría, y en la tienda se cansaban de fiarles; se veían  
perdidas, ¿cómo salir del apuro? ¡A los angelitos no era cosa de darles  
a comer las piedras de la calle! Guardianas, hablando de su sordo-muda,  
partía el corazón; ella primero consentía morir, que privar a la niña de  
su cascarillita con azúcar y de su pan fresco de trigo; si era preciso,  
pediría una limosna: no sería la primera vez; y al oír esto todas sus  
amigas la atajaron: ¡pedir limosna!, ¡qué humillación para la Fábrica!  
No; se ayudarían mutuamente, como siempre; las que estaban mejor se  
rascarían el bolsillo para atender a las más necesitadas; y en efecto,  
así se hizo, verificándose numerosas cuestaciones, siempre con fruto

abundante.

Cierto día se difundió por la Fábrica siniestro rumor: Rita de la Riberilla, una operaria, había sido cogida con tabaco. ¡Con tabaco! ¡Jesús, si parecía una santa aquella mujer chiquita, flaca, con los ojos ribeteados de llorar, que solía atarse a la cara un pañuelo negro a causa, quizá, del dolor de muelas! Pero algunas cigarreras, mejor informadas, se echaron a reír: ¿dolor de muelas?, ¡ya baja! Era que su marido la solfeaba todas las noches, y ella, por tapar los tolondrones y cardenales, se empañicaba así; también una vez se presentó arrastrando la pierna derecha y diciendo que tenía reuma, y la reuma era un lapo atroz sacudido por él. Cuando llevaron a la culpable al despacho del jefe, lo primero que hizo fue llorar sin responder; y al cabo, hostigada ya, asaeteada a preguntas, se resolvía a confesar que «el marido» la abría a golpes si no le llevaba todos los días tres cigarros de a cuarto.... La Comadreja, con su carilla acutangular, cómicamente fruncida, remedaba a la perfección los entrecortados sollozos, el hipo y las súplicas de la delincuente.

--Tres cig...aaaarros, señor menistrad...ooooor, tres cig...aaaarros sólo, que aun yo de aquí viva no saaaal...ga si otra triste hilacha de taaaaab...aco apañé... que yo no lo hiiiice por cudiencia, tan cierto como que Dios bendito está en los diiiivinos sielos, sino que el marido me da

con el formón, que, perdonando la cara de usté, en una pierna me cortó la carne, que puedo enseñar la llaga, que aún no curó... Y él sólo quería el tabaco para fuuumar, que no era para vender ni hacer negocio.... Y ahora yo pierdo el pan, y mis hijos también.... Porque escuche, y perdone: él me decía: «Ya que no traes cuartos hace un mes a la casa, tan siquiera trae cigarros...».

El taller entero, a vueltas de la risa que le causaba la graciosa mímica de Ana, rompió en exclamaciones de lástima: robar no estaba bien hecho, claro que no; pero también hay que ponerse en la situación de cada uno; ¿cómo se había de gobernar la infeliz, si su marido la partía y hacía picadillo con ella? ¡Ay! ¡Dios nos libre de un mal hombre, de un vicioso! En fin, no era razón dejar morir de hambre a los chiquillos de la Rita; la Fábrica daba limosna a bastantes pobres de fuera: con más motivo a los de dentro; y la maestra recorrió el taller con el delantal hecho bolsa, y llovieron en él cuartos, \_perros\_ y monedas de diferentes calibres en gran abundancia. Al llegar frente a Amparo esta tuvo un rasgo que fue aplaudidísimo y le conquistó otra vez gran popularidad. Hacía ya una semana que la pitillera vivía del crédito, porque sus gastos de vestir la traían siempre atrasada; y cuando la cuestora se acercó a pedirle, no tenía la futura señora de Sobrado ni un ochavo roñoso en el bolsillo. Pero, cosa de un mes antes, había realizado uno

de sus caprichos, comprando con las economías, en otro tiempo destinadas a salvar a la Asamblea, un par de pendientes largos de oro bajo, que eran su orgullo: quitóselos sin vacilar, y los echó en el delantal de la maestra. Alzose un clamoreo, una aprobación ruidosa y vehemente, gritos agudos, voces humedecidas por el llanto, bendiciones casi inarticuladas; y al punto, dos o tres objetos más de escaso valor, una sortija de plata, un dedal de lo mismo, vinieron despedidos desde las mesas próximas, cayeron en el delantal y se mezclaron con la calderilla.

Aquella tarde, al salir de los talleres, vieron las operarias, colgado cerca del quicio de la puerta, el cartel de rigor: «Habiendo sido cogida con tabaco en el acto del registro la operaria del taller de cigarros comunes, Rita Méndez, del partido núm. 3, rancho 11, queda expulsada para siempre de la Fábrica.--\_El Administrador Jefe\_, FULANO DE TAL».

Colocadas a ambos lados de la escalera, las cuadrilleras vigilaban para que el despejo se hiciese con orden; y sentadas ya en sus sillas, esperaban las maestras, más serias que de costumbre, a fin de proceder al registro. Acercábanse las operarias como abochornadas, y alzaban de prisa sus ropas, empeñándose en que se viese que no había gatuperio ni contrabando.... Y las manos de las maestras palpaban y recorrían con inusitada severidad la cintura, el sobaco, el seno, y sus dedos rígidos,

endurecidos por la sospecha, penetraban en las falt  
riqueras, separaban  
los pliegues de las sayas.... Mientras los bandos d  
e mujeres iban  
saliendo con la cabeza caída--humilladas todas por  
el ajeno delito--, el  
reloj antiguo de pesas, de tosca madera, pintado de  
color de ocre con  
churriguerescos adornos dorados, que dominaba el za  
guán grave y austero  
como un juez, dio las seis.

-XXX-

Dónde vivía la protagonista

El barrio de Amparo era de gente pobre; abundaban e  
n él cigarreras,  
pescadores y \_pescantinas\_. Las diligencias y los c  
arruajes, al cruzarlo  
por la parte de la Olmeda, lo llenaban de polvo y r  
uido un instante;  
pero presto volvía a su mortecina paz de aldea. Sob  
re el parapeto del  
camino real que cae al mar estaban siempre de codos  
algunos marineros,  
con gruesos zuecos de palo, faja de lana roja, gorr  
o catalán; sus  
rostros curtidos, su sotabarba poblada y recia, su  
mirar franco, decían  
a las claras la libertad y rudeza de la existencia  
marítima; a pocos  
pasos de este grupo, que rara vez faltaba de allí,  
se instalaba, en la  
confluencia de la alameda y la cuesta, el mercadill  
o: cestas de  
marchitas verduras, pescados, mariscos; pero nunca  
aves ni frutas de



mérito.

Lo más característico del barrio eran los chiquillos. De cada casucha baja y roma, al lucir el sol en el horizonte, salía una tribu, una pollada, un hormiguero de ángeles, entre uno y doce años, que daba gloria. De ellos los había patizambos, que corrían como asustados palmípedos; de ellos, derechitos de piernas y ágiles como micos o ardillas; de ellos, bonitos como querubines, y de ellos, horribles y encogidos como los fetos que se conservan en aguardiente. Unos daban indicios de no sonarse los mocos en toda su vida, y otros se oreaban sin reparo, teniendo frescas aún las pústulas de la viruela o las ronchas del sarampión; a algunos, al través de la capa de suciedad y polvo que les afeaba el semblante, se les traslucía el carmín de la manzana y el brillo de la salud; otros ostentaban desgrednadas cabelleras, que si ahora eran zaleas o ruedos, hubieran sido suaves bucles cuando los peinaran las cariñosas manos de una madre. No era menos curiosa la indumentaria de esta pillería que sus figuras. Veíanse allí gabanes aprovechados de un hermano mayor, y tan desmesuradamente largos, que el talle besaba las corvas y los faldones barrían el piso, si ya un tijeretazo oportuno no los había suprimido; en cambio, no faltaba pantalón tan corto, que, no logrando encubrir la rodilla, arregazaba impúdicamente descubriendo medio muslo. Zapatos, pocos, y esos muy

estropeados y risueños, abiertos de boca y endeblidos de suela; ropa blanca, reducida a un jirón, porque, ¿quién les pone cosa sana para que luego se revuelquen en la carretera, y se den de mojicones todo el santo día, y se cojan a la zaga de todos los carruajes, gritando: «¡Tralla, tralla!»?

De lo que ninguno carecía era de cobertera para el cráneo: cuál lucía hirsuta gorra de pelo, que le daba semejanza con un oso; cuál un agujereado fieltro sin forma ni color; cuál un canasto de paja tejido en el presidio, y cuál un enorme pañuelo de algodón, atado con tal arte, que las puntas simulaban orejas de liebre. ¡Oh, y qué cariño profesaban los benditos pilluelos a aquella parte de su vestido! Antes se dejarían cortar el dedo meñique, que arrancar la gorra o el sombrero; nada les importaba volver a casa de noche sin una pierna del calzón o sin un brazo de la chaqueta; pero tornar con la cabeza descubierta sería para ellos el más grave disgusto.

Vivía el barrio entero en la calle, por poco que el tiempo estuviese apacible y la temperatura benigna. Ventanas y puertas se abrían de par en par, como diciendo que donde no hay, no importa que entren ladrones; y en el marco de los agujeros por donde respiraban trabajosamente los ahogados edificios, se asomaba ya una mujer peinándose las guedejas, y de la cual sólo distinguía el transeúnte la rápida aparición del brazo

blanco y la oscura aureola del cabello suelto; ya otra, remendando una saya vieja; ya lactando a un niño, cuyas carnes rollizas doraba el sol; ya mondando patatas y echándolas, una a una, en grosera cazuela.... Esta vecina atravesaba con la \_sella\_ de relucientes aros camino de la fuente; aquella se acomodaba a sacudir un refajo o a desocupar, mirando hacia todos lados con recelo, una jofaina; la de más acá salía con ímpetu a administrar una mano de azotes al chico que se tendía en el polvo; la de más allá volvía con una pescada, cogida por las agallas, que se balanceaba y le flagelaba el vestido. Todas las excrecencias de la vida, los prosaicos menesteres que en los barrios opulentos se cumplen a sombra de tejado, salían allí a luz y a vista del público. Pañales pobres se secaban en las cancillas de las puertas; la cuna del recién nacido, colocada en el umbral, se exhibía tan sin reparo como las enaguas de la madre.... Y no obstante, el barrio no era triste; lejos de eso, los árboles vecinos, el campo y mar colindantes, lo hacían por todo extremo saludable; el paso de los coches lo alborotaba; los chiquillos, piando como gorrones, le prestaban por momentos singular animación; apenas había casa sin jaula de codorniz o jilguero, sin alelíos o albahaca en el antepecho de las ventanas; y no bien lucía el sol, las barricas de sardinas arenques, arrimadas a la pared y descubiertas, brillaban como gigantesca rueda de plata.

Tampoco faltaban allí comercios que, acatando la ley que obliga a los organismos a adaptarse al medio ambiente, se acomodaban a la pobreza de la barriada. Tiendecillas angostas, donde se vendían zarzas catalanas y pañuelos; abacerías de sucio escaparate, tras de cuyos vidrios un galán y una dama de pastaflora se miraban tristemente viéndose tan mosqueados y tan añejos, y las cajas \_tremendas\_ de fósforos se mezclaban con garbanzos, fideos amarillos, aleluyas y naipes; figones que brindaban al apetito sardinas fritas y callos; almacenes en que se ferían cucharas de palo, cestería, cribas y zuecos: tal era la industria de la cuesta de San Hilario. Allí se tuvo por notable caso el que un objeto adquirido se pagase de presente, y el crédito, palanca del moderno comercio, funcionaba con extraordinaria actividad. Todo se compraba al fiado: cigarrera había que tardaba un año en poder abonar los chismes del oficio. Reinaba en el barrio cierta confianza, una especie de comadrazgo perpetuo, un comunismo amigable: de casa a casa se pedían prestados, no solamente enseres y utensilios, sino «una sed» de agua, «una nuez» de manteca, «un chisquito» de aceite, «una lágrima» de leche, «un nadita» de petróleo. Avisábanse mutuamente las madres cuando un niño se escapaba, se descalabraba o hacía cualquier diablura análoga; y como el derecho de azotar era recíproco, las infelices criaturas venían a estar en potencia propinqua de ser vapuleadas por el barrio entero.

Pronto se acostumbró la madre de Amparo a su nueva vecindad: tenía la cama próxima a la ventana, y nadie pasaba por allí sin detenerse a conversar un rato.... Las pescaderas le referían sus lances, y la tullida compraba desde su lecho sardinas, pedía agua, oía chismes sin número, forjándose en cierto modo la ilusión de que tomaba el aire libre.... Por lo que hace a Amparo, fue presto la reina del barrio: reíanse los marineros, abierta la boca de oreja a oreja, dilatando sus anchos semblantes de tritones, cuando la veían pasar; los carabineros del Resguardo le echaban flores.... Casi todos manifestaron sentimiento al saber que «andaba» con un oficial, un señorito de allá del barrio de Abajo.

-XXXI-

## Palabra de casamiento

Desde que tuvo secretos que confiar, por natural instinto Amparo se arrimó a la Comadreja más que a Guardiana. Esta andaba no sé cómo, medio enferma, con la paletilla caída, según decía; y por más que se la levantó una saludadora con los rezos y ensalmos de costumbre, la paletilla seguía en sus trece, y la muchacha tristonera, pensando en cómo quedarían sus pequeños si se muriese ella. Hallaba

Amparo en el semblante de Guardiania no sé qué limpidez, qué tranquilidad honesta, que le helaban en los labios el cuento de amores cuando iba a empezarlo; al paso que Ana, con su nervioso buen humor, su cara puntiaguda rebosando curiosidad, convidaba a hablar. Amparo la tomó por confidente, y hasta por compañera. Ana, viuda a la sazón de su capitán mercante, que andaba allá por Ribadeo, se prestó gustosa a ser, en cierto modo, la dueña guardadora de la Tribuna. Por su parte Baltasar se apoderó de Borrén. Estaban aún los dos enamorados en el período comunicativo.

--¿Te dio palabra de casarse contigo?--preguntaba Ana a su amiga.

--No cuadró que yo se la pidiese.... Una vez, con disimulo, le indiqué algo.... ¡Si no fuese por la familia! ¡La madre, sobre todo, que es así!

Y Amparo cerraba el puño.

--¡Bah! Ve tomando paciencia once añitos, como yo... ¡Y si después lo consigues!...

--No, pues si no quiere casarse... me parece que le doy despachaderas.

Ana notó en estas bravatas que se tambaleaba el alcazar de la firmeza tribunicia. Desde entonces su curiosidad perversa la espoleó, y en cierto modo le halagó la idea de que todas, por muy soberbias que fuesen, paraban en caer como ella había caído. Orga

nizose una especie de  
sociedad compuesta de cuatro personas, Amparo, Ana,  
Borrén y Baltasar;  
cada vez que celebraba sesión este círculo, ya se s  
abía que la Comadreja  
«cargaba» con el ronco y galanteador Borrén. Entret  
eníale con pesadas  
bromas, con todo género de indirectas y burletas, s  
ubrayadas por la risa  
de sus labios flacos, por el fruncimiento de su hoc  
ico de roedor. Ana  
sabía, como acostumbraba saberlo todo, la historia  
de Borrén, o por  
mejor decir, su carencia de historia; y este caráct  
er inofensivo del  
incansable faldero daba asunto a la Comadreja para  
crucificarlo a puras  
chanzas, para clavarle mil alfileres, para abrasarl  
o. La travesura de  
pilluelo vicioso que distinguía a Ana le sirvió par  
a olfatear la  
horrible timidez, el pánico extraño que afligía a a  
quel hombre tan  
pródigo de requiebros, tan aficionado al aroma del  
amor, y tan incapaz,  
por carácter, de gustarlo, como los soñadores que c  
ontemplan la luna de  
descolgarla del firmamento. ¡Pobre Borrén! Desde el  
sarcasmo hasta la  
mal rebozada injuria, todo lo devoró con resignació  
n que podría llamarse  
angelical, si virtudes de este linaje negativo no f  
uesen más dignas del  
limbo que del cielo.

Vestía la primavera de verdor y hermosura cuanto to  
caba, y convidados  
por la amable estación, los cuatro socios acostumbr  
aban aprovechar las  
tardes de los días festivos, solazándose en los hue  
rtos que abundan en  
la vega marinedina, dominada por el camino real. Pe

se a su temperamento  
calculador y enemigo del escándalo, Baltasar cedía  
a la vehemente  
codicia del aromático veguero, hasta el punto de ac  
ompañar en público a  
la muchacha, si bien concretándose a aquel rincón a  
partado de la ciudad.  
Hacíalo, sin embargo, con tales restricciones, que  
Amparo se figuraba  
que lo comprometía dejándose ver a su lado.

En la vega se cultivaban legumbres y algún maíz; pe  
ro la prosa de este  
género de plantíos la encubría la estación primaver  
al, adornándolos con  
una apretada red de floración: la col lucía un velo  
de oro pálido; la  
patata estaba salpicada de blancas estrellas; el ce  
bollino parecía  
llovido de granizo copioso; las flores de coral del  
haba relucían como  
bocas incitantes, y en los linderos temblaban las s  
angrientas amapolas,  
y abría sus delicadas flores color lila el erizado  
cardo. Los sembrados  
de maíz, cuyos cotiledones comenzaban a salir de la  
tierra, hacían de  
trecho en trecho cuadrados de raso verdegay. Sobre  
todo, un rincón había  
en la vega, donde la naturaleza, empeñada en vencer  
con su espontaneidad  
los artificios de la horticultura, logró reunir alr  
ededor de un rústico  
pozo que suministraba muy fresca agua, dos o tres o  
lmos más anchos que  
copudos, un grupo gracioso de mimbres, helechos y e  
scolopendras, un  
rosal silvestre, algo, en fin, que rompía la unifor  
midad de la  
hortaliza. Aquel paraje era el favorito de Amparo y  
Baltasar; sobre todo  
desde que al lado, en los fresales, cuajados de flo



r blanca, empezaba a  
madurar la roja fruta. El día de San José, Baltasar  
consiguió ya recoger  
para la muchacha media docena de fresas en una hoja  
de col. Hasta  
mediados de abril aumentó la cosecha de fresilla; a  
principios de mayo  
comenzaba a disminuir, y escasearon los fresones de  
pulpa azucarosa, que  
tan suavemente humedecían la lengua. Un domingo del  
hermoso mes,  
hallándose reunida la \_partie carrée\_ en la huerta  
a pretexto de fresas,  
ya a duras penas se rastreaba alguna escondida entr  
e las hojas y  
gulusmeada de babosas y caracoles.

--Don Enrique--exclamaba Ana dirigiéndose a Borrén--  
-, ¿cuántas ha cogido  
usted ya? ¿Una y media? A ese paso, dentro de quinc  
e días las  
probaremos. No sirve usted... ni para coger fresas.

--¿Cómo que no? Mire usted una preciosa que pillé a  
hora mismo.... Le  
digo a usted, Anita, que sirvo para el caso.

--¿A ver? ¡Eso es lo que usted encuentra! Comida de  
bicharracos....  
¡Uuuuy!

--¿Qué pasa?--exclamó solícito Borrén.

--¡Un babosón!--chilló ratonilmente Ana, sacudiendo  
los dedos y  
disparando el glutinoso animalucho al rostro de Bor  
rén, que se pasó  
apaciblemente el pañuelo por las mejillas, amenazan  
do a la Comadreja con  
la mano.

Amparo y Baltasar se hallaban un poco más apartados  
, y cerca del pozo  
que sombreaban los árboles. Picaban por turno las p  
ocas fresas que tenía  
Amparo en el regazo sobre una hoja de berza. Las ha  
bían recogido juntos,  
y al hacerlo sus manos trémulas y ávidas se encontr  
aron entre el  
follaje.

--¡Eh... dejar algunas!--les gritaba inútilmente An  
a.

Amparo comía sin saber qué, por refrescarse la boca  
, donde notaba  
sequedad y amargor. Borrén miraba el grupo paternal  
mente, con ojos  
lánguidos de carnero a medio morir. La Tribuna pedí  
a cuentas; Baltasar  
estaba por todo extremo obediente y cortés.

--¿Conque no fue usted a las \_Flores de María\_?

--No, mujer... por quien soy que no fui. ¿No ves?,  
hoy es domingo;  
estarán llenas de gentes las Flores, y el paseo bri  
llante, con música y  
todo; y yo no pienso poner los pies en él.

--Los días de fiesta... ¡vaya que! Sólo faltaba...  
es el único día que  
uno tiene libre; ¡y se había usted de ir al paseo!  
¿Pero ayer? ¿No entró  
usted ayer en San Efrén? ¿No cantaba la de García?

--¡Para lo bien que canta, hija! Parece un grillo.

--Pues ella dice que se alaba de que va allí toda l  
a oficialidad por  
oírla.

--Alabará... ¿qué sé yo? Si no la veo hace mil años

.... Esa fresa es mía  
--exclamó arrebatando una que Amparo llevaba a sus  
labios. Ella se la  
dejó robar, confusa, ruborizada y satisfecha.

--¿Y a su casa... tampoco va usted?

--Tampoco... no seas celosa, chica. ¿Por qué hemos  
de hablar siempre de  
la de García, y no de ti? ¡De nosotros!--añadió con  
expresión de  
contenida vehemencia. Sintió la muchacha como una o  
la de fuego que la  
envolvía desde la planta de los pies hasta la raíz  
del cabello, y  
después un leve frío que le agolpó la sangre al cor  
azón. Borrén se  
aproximó a la amante pareja, abriendo las manos lle  
nas de tierra y de  
fresas despachurradas.

--Ya me duelen los riñones de andar a gatas--dijo--  
. Podíamos  
merendar... si a ustedes no les molesta, pollos.

--Por mí...--murmuró Amparo. Ana se acercaba tambié  
n, trayendo una  
servilleta anudada, que desató y tendió sobre el br  
ocal del pozo.  
Reducíase la merienda a unos pastelillos de dulce y  
una botella de  
moscatel, regalo de Baltasar. Fueles preciso beber  
por un mismo vaso,  
único que había, y Ana, que era asquillosa y aprens  
iva, prefirió echar  
tragos por la botella, sin recelo de cortarse con l  
os agudos cristales  
del roto gollete. Sus carrillos chupados se colorea  
ron, su lengua se  
desató más que de costumbre; y por vía de diversión  
empezó a coger  
tierra a puñados y a esparcirla por la cabeza de Bo

rrén. Después,  
levantándose, le propuso que «hiciesen el remolino»  
. Borrén no quería,  
ni a tres tirones; pero la Comadreja le asió de las  
manos, estribó en  
las puntas de los pies, muy juntas y arrimadas a la  
s de su pareja, y  
echando el cuerpo atrás y dejando caer la cabeza ha  
cia la espalda,  
empezó a girar, con gran lentitud al principio; poc  
o a poco fue  
acelerando el volteo, hasta imprimirle vertiginosa  
rapidez. Cuando  
pasaba se veían un punto sus pómulos encendidos, su  
s ojos vagos y  
extraviados, su boca pálida, abierta para respirar  
mejor, su garganta  
espasmodizada, rígida; mas no tardaba ni medio segu  
ndo en presentarse la  
asustada faz de Borrén, que se dejaba arrastrar sin  
que acertase a decir  
más palabra que «por Dios... por Dios...» con no fi  
ngida congoja. De  
repente se detuvo la peonza humana, con brusco movi  
miento, y se oyó un  
grito gutural. Ana se aplanó en el suelo.

Al ir a socorrerla, notó Amparo que ya no estaba so  
nrosada, sino del  
color de la cera, y que se le veía el blanco de los  
ojos. Baltasar subió  
precipitadamente el cubo del pozo, y casi colmado s  
e lo volcó encima a  
la mareada Comadreja. Frotáronle mucho los pulsos,  
las sienes, con el  
fresco líquido, y al fin la pupila fue bajando al g  
lobo de la córnea,  
mientras el pelo se dilataba con ruidoso suspiro. D  
os minutos después  
estaba Ana en pie; pero quejándose de la cabeza, de  
l corazón, declarando  
que tenía los huesos rotos, que se moría de frío; t

odo en voz tan baja y  
quejumbrosa, que nadie la tendría por la petulante  
moza de antes del  
desmayo.

--Mujer, vente a mi casa, te daré ropa seca--dijo A  
mparo.--No, a la mía,  
a la mía.... El cuerpo me pide cama.

--Duermes conmigo.

--No, a mi casita--insistió la abatida Comadreja--.  
Si va conmigo una  
fiebre, quiero estar en mi cuarto. Ea, adiós.

--Toma mi mantón siquiera--porfió la Tribuna.

--Bueno, venga.... ¡Brr!, estoy hecha una sopa.

Y Ana, saludando con su esqueletada mano, ademán qu  
e indicaba un resto  
de intención festiva que aún retoñaba en ella, tomó  
el sendero que  
conducía al camino real. Entonces Baltasar miró a B  
orrén fijamente con  
ojos expresivos, más claros y categóricos que palab  
ra alguna. Hay que  
decir en abono del confidente universal, que titube  
ó. Sin alardear de  
moralista, bien puede un hombre blanco que viste un  
iforme y peina  
barbas, encontrar que ciertos papeles son desairado  
s y tontos. Una cosa  
es hablar, acompañar, animar, y otra.... Por lo men  
os así pensaba  
Borrén, que más tenía de sandio rematado que de per  
verso. Y no obstante  
su flaqueza, no supo resistir a la segunda ojeada,  
coercitiva al par que  
suplicante, de su amigo. Bebió la hiel hasta las he  
ces, y echó tras la  
Comadreja pisando aturdidamente coles y maíz tierno

.

--Espere usted, Anita, que la acompaño--murmuraba--  
. Espere usted...  
puede ocurrírsele a usted algo.

Encogiose de hombros Ana, y acortó el paso para dejar que se uniese  
Borrén. Emparejaron y caminaron en silencio por la carretera; Ana con los labios apretados y algo escalofriada y temblorosa, a pesar de ir muy arropada en el mantón. Al llegar a la entrada de la ciudad, la cigarrera se volvió y midió a Borrén con despreciativa ojeada de pies a cabeza.

--¿Se le ocurre a usted alguna cosa?--preguntó él medio desvanecido aún,  
con ronquera que rayaba en afonía.

--Nada--respondió ella bruscamente. Y después, fijando en los de Borrén sus ojuelos verdes--: Don Enrique--añadió--, ¿sabe usted lo que venía pensando?

--Diga usted....

--Que es usted una alhaja.

--¿Por qué me dice usted eso, bella Anita?--pronunció ya afablemente  
Borrén, que al verse entre gentes y en calles transitadas había recobrado su aplomo.

--Porque... que uno se marche cuando enferma.... ¡Pero usted! ¡Pero qué hombres!--articuló con ira--. ¡Si aunque se acabase la casta... no se perdía tanto así! Vaya, abur... que estoy medio tra

stornada y me da poco  
gusto ver gente.

--Iré con usted por si....

--¿Usted?--murmuró ella entre irónica y desdeñosa--  
. ¿Para qué? Abur,  
abur; ¡que si lo ven con una muchacha de mi clase!  
Abur.

Y la Comadreja se escurrió por una callejuela, dejando a Borrén sin  
saber lo que le pasaba.

Cuando Baltasar y la oradora se quedaron solos, la tarde caía, no  
apacible y glacial como aquella de febrero, sino cálida, perezosa en  
despedirse del sol; nubes grises, pesados cirros se amontonaban en el  
cielo; el mar, picado y verdoso, mugía a lo lejos, y una franja de  
topacio orlaba el horizonte por la parte del Poniente. Amparo tuvo un  
instante de temor.

--Me voy a mi casa--dijo levantándose.

--¡Amparo... ahora no!--pronunció con suplicantes inflexiones en la voz  
Baltasar--. No te marches, que estamos en el paraíso.

La Tribuna, paralizada, miró en derredor. Mezquino era el paraíso en  
verdad. Un cuadro de coles, otro de cebollas, el fresaal polvoroso,  
hollado por los pies de todo el mundo; los olmos bajos y achaparrados,  
los acirates llenos de blanquecinas ortigas, el pozo triste con su  
rechinante polea; mas estaban allí la juventud y el

amor para hermosear  
tan pobre edén. Sonrió la muchacha posando blandamente en Baltasar sus  
abultados ojos negros.

--¿Por qué quieres escaparte, vamos?--interrogó él con dulce  
autoridad--. Si te escapabas siempre de mí; si parece que te doy miedo, no  
tiene nada de particular que yo me vaya también al paseo, o a donde se  
me ocurra. Ya lo sabes.--Y acercándose más a ella, abrasándole el rostro  
con su anhelosa respiración--: ¿Me voy al paseo?--preguntó.

Amparo hizo un movimiento de cabeza que bien podía traducirse así:--No  
se vaya usted de ningún modo.

--Me tratas tan mal....

--¿Usted qué quiere que haga?

--Que te portes mejor....

--Pues hablemos claros--exclamó ella sacudiendo su marasmo y apoyándose  
en el brocal del pozo.

La roja luz del ocaso la envolvió entonces; su rostro se encendió como  
un ascua, y por segunda vez le pareció a Baltasar hecha de fuego.

--Di, hermosa....

--Usted... quiere comprometerme... quiere conducirse como se conducen  
los demás con las muchachas de mi esfera.

--No por cierto, hija; ¿de dónde lo infieres? No pi



enses tan mal de mí.

--Mire usted que yo bien sé lo que pasa por el mundo... mucho de hablar,  
y de hablar, pero después....

Baltasar cogió una mano que trascendía a fresas.

--Mi honor, don Baltasar, es como el de cualquiera, ¿sabe usted? Soy una  
hija del pueblo; pero tengo mi altivez... por lo mismo.... Conque... ya  
puede usted comprenderme. La sociedad se opone a que  
usted me dé la mano  
de esposo.

--¿Y por qué?--preguntó con soberano desparpajo el oficial.

--¿Y por qué?--repitió la vanidad en el fondo del alma de la Tribuna.

--No sería yo el primero, ni el segundo, que se casase con.... Hoy no  
hay clases....

--¿Y su familia... su familia... piensa usted que no se desdeñarían de  
una hija del pueblo?

--¡Bah!... ¿qué nos importa eso? Mi familia es una cosa, yo soy otra  
--repuso Baltasar impaciente.

--¿Me promete usted casarse conmigo?--murmuró la inoportunista de la  
oradora política.

--¡Sí, vida mía!--exclamó él sin fijarse casi en lo que le preguntaban,  
pues estaba resuelto a decir amén a todo.

Pero Amparo retrocedió.

--¡No, no!--balbució trémula y espantada--. No basta hablar así... ¿me lo jura usted?

Baltasar era joven aún y no tenía temple de seductor de oficio. Vaciló; pero fue obra de un instante: carraspeó para afianzar la voz y exhaló un:

--Lo juro.

Hubo un momento de silencio en que sólo se escuchó el delgado silbo del aire cruzando las copas de los olmos del camino y el lejano quejido del mar.

--¿Por el alma de su madre?, ¿por su condenación eterna? Baltasar, con ahogada voz, articuló el perjurio.

--¿Delante de la cara de Dios?--prosiguió Amparo ansiosa.

De nuevo vaciló Baltasar un minuto. No era creyente macizo y fervoroso como Amparo, pero tampoco ateo persuadido; y sacudió sus labios ligero temblor al proferir la horrible blasfemia. Una cabeza pesada, cubierta de pelo copioso y rizo, descansaba ya sobre su pecho, y el balsámico olor de tabaco que impregnaba a la Tribuna le envolvía. Disipáronse sus escrúpulos y reiteró los juramentos y las promesas más solemnes.

Iba acabando de cerrar la noche, y un cuarto de amorosa luna hendía como

un alfanje de plata los acumulados nubarrones. Por el camino real, mudo y sombrío, no pasaba nadie.

-XXXII-

La Tribuna se forja ilusiones

En los primeros tiempos, Baltasar, embriagado por el aroma del cigarro, se mostró asiduo, olvidó su habitual reserva y obró como si no temiese la opinión del mundo ni de su familia. Es cierto que en el barrio apartado donde Amparo moraba no era fácil que le viesen las gentes de su trato; no obstante, alguna vez tropezó con conocidos, en ocasión de ir acompañando a la muchacha. Fuese por esta razón o por otras, no tardó en buscar lugares más recónditos para las entrevistas, a donde cada cual iba por su lado, no reuniéndose hasta estar al abrigo de ojos indiscretos. Uno de estos sitios era una especie de merendero unido a una fábrica de gaseosa, bebida muy favorita de las cigarreras. Ante la mesa de tosca piedra, roída por la intemperie, se sentaban Baltasar y Amparo, y allí les traían las botellas de cerveza, de gaseosa, cuyo alegre taponazo animaba de tiempo en tiempo el diálogo. Una parra tupida les prestaba sombra; algunas gallinas picoteaban los cuadros de un mezquino jardín; el lugar era silencioso, parecido a un gabinete muy

soleado, pero oculto. Por entre las hojas de vid se filtraban los rayos del sol, y caían a veces, en movibles gotas de luz, sobre el rostro de Amparo, mientras Baltasar la contemplaba, admirando involuntariamente ciertas gracias y perfecciones de su rostro hechas para ser vistas de cerca, como la delicada red de venas que oscurecía sus párpados, las sinuosidades de su diminuta oreja, la nitidez del moreno cutis, donde la luz se perdía en medias tintas de miel; la caliente riqueza del color juvenil, la blancura de los dientes, la abundancia del cabello. Duró este inventario minucioso algún tiempo, al cabo del cual, Baltasar, habiendo aprendido de memoria estas y otras particularidades, y hablado con la Tribuna de todo lo que se podía hablar con ella, empezó a encontrar más largas las horas. Restringsió las visitas al merendero, limitándolas a los días festivos; y mientras Amparo le elaboraba \_a mano\_ los cigarrillos que acostumbraba a consumir, él leía, arrancando al pitillo recién acabado nubes de humo. No sabiendo qué hacer, quiso enseñar a Amparo cómo se fumaba, a lo cual ella se prestó con repugnancia, alegando que las cigarreras no fuman, que casualmente están «hartas de ver tabaco», y que este sólo era bueno para ponerse parches en las sienes cuando duele la cabeza. Discurriendo medios de entretenerse, Baltasar trajo a Amparo alguna novela para que se la leyese en voz alta; pero era tan fácil en llorar la pitillera así que

los héroes se morían de amor o de otra enfermedad por el estilo, que convencido el mancebo de que se ponía tonta, suprimió los libros. En suma, Baltasar y Amparo se hallaron como dos cuerpos unidos un instante por la afinidad amorosa, separados después por repulsiones invencibles, y que tendían incesantemente a irse cada cual por su lado.

Para colmo de aburrimiento, reparó Baltasar que, al paso que él aspiraba a ocultar diestramente su aventura, Amparo, que ya tenía puesta toda su esperanza en las falaces palabras y en el compromiso creado por el mancebo, se desvivía porque los vieses juntos, porque la publicidad remachase el clavo con que imaginaba haberle fijado para siempre. Quería ostentarlo, como Ana ostentaba su capitán mercante; quería que la familia de Sobrado supiese lo que sucedía y rabiase, y que la de García, la orgullosa damisela, se enterase también de que Baltasar la dejaba por la Tribuna; así como suena. Quemadas ya las naves, a Amparo le convenía hacer ruido, tanto como a Baltasar guardar silencio. De esta diversa disposición de ánimo nacieron las primeras disputas, leves y cortas aún, de los dos amantes, reyertas que al principio sirvieron de diversión a Baltasar, porque, a veces, hasta la contrariedad distrae. Al menos, mientras duraban, no venía el importuno bostezo a descoyuntar las mandíbulas. Peor sería hablar de política, conversación que Baltasar había prohibido y a la cual la Tribuna se manifiesta

ba más aficionada de  
algún tiempo a esta parte.

No era del todo sistemática la conducta de Amparo a  
l buscar publicidad  
en sus amoríos; su carácter la impulsaba a ello. Su  
perfidia y  
vehemente, gustábanle las apariencias y exteriorida  
des; la lisonjeaba  
andar en lenguas y ser envidiada, nunca compadecida  
. El día que dio sus  
pendientes de oro para la Rita, no le quedaba en ca  
sa un ochavo, y por  
pueril orgullo dijo a todas que tenía dinero, ameng  
uando así el valor de  
su noble rasgo. Ahora, durante sus relaciones con B  
altasar, trabajaba  
más que nunca y se vestía lo mejor posible, para ha  
cer creer que el  
señorito de Sobrado era con ella dadivoso. Se regoc  
ijaba interiormente  
de que la sostuviesen sus ágiles dedos, mientras el  
barrio le envidiaba  
larguezas que no recibía: es más, que rechazaría co  
n desdén si se las  
ofrecieran. Su vanidad era doble: quería que el púb  
lico tuviese a  
Baltasar por liberal, y que Baltasar no la tuviese  
a ella por  
mercenaria. Y Baltasar, si pagaba la gaseosa, los p  
astelillos, alguna  
vez las entradas del teatro, en lo demás se mostrab  
a digno heredero y  
sucesor de doña Dolores Andeza de Sobrado. Nunca pe  
nsó o nunca quiso  
pensar (que hasta a esto del pensar sobre una cosa  
suele determinarse la  
voluntad libremente) en lo que comería aquella buen  
a moza, si sería  
caldo o borona, si bebería agua clara, y cómo se la  
s compondría para  
presentársele siempre con enagua almidonada y cruji

ente, bata de percal  
saltando de limpia, botitas finas de rusel, pañuelo  
nuevo de seda. El  
cigarro era aromático y selecto: ¿qué le importaba  
al fumador el modo de  
elaborarlo?

Entre tanto, Amparo disfrutaba viendo la rabia de s  
us rivales en la  
Fábrica, la sonrisilla de Ana, las indirectas, los  
codazos, la atmósfera  
de curiosidad que se condensaba en torno de su pers  
ona, llegando a tanto  
su desvanecimiento, que se hacía a sí propia regalo  
s misteriosos para  
que creyese la gente que procedían de Sobrado; se p  
rendía en el pecho  
ramilletes de flores, y hasta llegó a adquirir una  
sortija de plata con  
un corazón de esmalte azul, por el retegustazo de q  
ue pensasen ser  
fineza de Baltasar. Cuando le preguntaban si era ci  
erto que se casaba  
con un señorito, sonreía, se hacía la enojada como  
de chanza, y fingía  
mirar disimuladamente la sortija.... ¡Casarse! ¿Y p  
or qué no? ¿No éramos  
todos iguales desde la revolución acá? ¿No era sobe  
rano el pueblo? Y las  
ideas igualitarias volvían en tropel a dominarla y  
a lisonjear sus  
deseos. Pues si se había hecho la revolución y la U  
nión del Norte, y  
todo, sería para que tuviésemos igualdad, que si no  
, bien pudieron las  
cosas quedarse como estaban.... Lo malo era que nos  
mandase ese rey  
italiano, ese Macarronini, que daba al traste con l  
a libertad.... Pero  
iba a caer, y ya no cabía duda, llegaba la repúblic  
a.

Con estos pensamientos entretenía las horas de trabajo en la Fábrica. A cada pitillo que enrollaba, al suave crujido del papel, una cándida esperanza surgía en su corazón. Cuando ella fuese señora, no había de portarse como otras altaneras, que estuvieron allí liando cigarros lo mismo que ella, y ahora, porque arrastraban seda, miraban por cima del hombro a sus amigas de ayer. ¡Quia! Ella las saludaría en la calle, cuando las viese, con afabilidad suma. Por lo que hace a recibirlas de visita... eso, según y conforme dispusiese su marido; pero, ¿qué trabajo cuesta un saludo? A Ana le había de enseñar su casa. ¡Su casa! ¡Una casa como la de Sobrado, con sillería de damasco carmesí, consola de caoba, espejo de marco dorado, piano, reloj de sobremesa y tantas bujías encendidas! Y Amparo, cerrando los ojos, creía sentir en el rostro el frío cierzo de la noche de Reyes.... Cuando entraba descalza en el portal de Sobrado a cantar villancicos, ¿pensó que se enamorase nunca de ella Baltasar? Pues así como había sucedido esto, \_lo otro\_....

No obstante, dentro de la Fábrica misma hubo escépticas que auguraron mal de los enredos en que se metía Amparo. ¡Casarse, casarse! Pronto se dice; pero del dicho al hecho.... ¿Regalos? ¡Vaya unos regalos para un hijo de Sobrado! ¡Sortijas de plata, ramos de a dos cuartos! ¡Bah, bah! Ya se sabía en lo que paraban ciertas cosas. Aunque sordos, estos rumores no fueron tan disimulados que no llegasen a



la interesada, y  
unidos a otras pequeñeces que ella observaba también, empezaron a clavarle en el alma el dardo de los más crueles recelos. Baltasar enfriaba a ojos vistas: a cada paso mostraba más cautela, adoptaba mayores precauciones, descubría más su carácter previsor y el interés de esconder su trato con la muchacha como se oculta una enfermedad humillante. Mostrábase aún tierno y apasionado en las entrevistas; pero se negaba obstinadamente a acompañar a Amparo dos pasos más allá de la puerta.

Todo lo referido, notó desde su cama la paralítica, y hallábase sumamente inquieta y quejosa, por varias razones, entre otras, porque desde que Amparo gastaba cuanto ganaba en botas nuevas y enaguas bordadas, ella se veía privada de algunas comodidades y golosinas que no le escatimaban antes. Malo era que su hija se perdiese y malo también que, tratando con señores, en vez de traer dinero a casa, se empeñase, y tuviese que pasarse las noches haciendo pitillos de encargo para poder comer. ¡Y mucho de flores! ¡Y mucho de chambras con puntillas! ¡Qué necesidad!

Confidente de estas lamentaciones era Chinto, que solía venir a pasarse con la tullida largas horas al salir del trabajo, desde que supo cuán propicia se mostrara un tiempo a su pretensión matrimonial. Aún volvía la vieja a la carga de tiempo en tiempo, y hablaba

de Chinto a su hija;  
él no sería fino ni buen mozo, pero era un burro de  
carga, un lobo para  
el trabajo y un infeliz. Autorizada, sin duda, por  
tan buenas  
intenciones, la paralítica disponía de Chinto cual  
de un yerno. Una vez,  
cuando empezó a escasear el dinero, rogole «que fue  
se por seis cuartos  
de azúcar para la cascarilla a la tienda de la esqu  
ina, que ya le  
pagaría». El mozo salió y volvió con un cucurucho d  
e papel de estraza  
hinchido de azúcar moreno; del pago no se habló más  
. Otro día se encargó  
de tomar un décimo para el próximo sorteo; la vieja  
, por tranquilizar su  
conciencia de empedernida jugadora, le dijo que si  
«le caía» partirían  
como buenos amigos. Poco a poco, y ayudando a ello  
lo muy distraída que  
Amparo andaba, volvió Chinto a amarrarse al antiguo  
yugo, a obedecer  
ciegamente a la despótica voz de la tullida; hízole  
los recados, le  
arregló el cuarto, le trajo remedios, le dio untura  
s. Y no quiere decir  
esto que la pobre mujer se propusiese deliberadamen  
te explotar al mozo,  
sino que, a su edad y en su estado, ciertos cuidado  
s y mimos son tan  
necesarios como el aire respirable.

Curioso espectáculo en verdad el que ofrecía Chinto  
, descolorido, flaco,  
casi harapiento, cuidando de aquella mujer que no e  
ra su madre, que  
siempre le había tratado con dureza; y mientras él  
mondaba las patatas  
para el caldo del día siguiente, o mullía el jergón  
de la impedida,  
Amparo regresaba, a la plateada luz de la luna de v

erano, que prolongaba  
sobre la carretera de la Olmeda la sombra de los majestuosos árboles, de  
alguna cita en lugares escondidos, en los solitarios huertos, o en el  
desierto camino del cerro de Aguasanta.

-XXXIII-

Las hojas caen

Aconteció que, cuando ya se aproximaba el otoño, la paralítica llamó a Amparo a la cabecera de su lecho, con tono y ademanes desusados, murmurando sordamente:

--Acércate aquí, anda.

Amparo se acercó con la cabeza baja. La madre extendió la mano, le cogió violentamente la barbilla para que alzase el rostro, y con voz aguda y terrible gritó:

--¿Y ahora?

Calló la hija. Constábale que la persona que la interrogaba así había vivido largos años orgullosa de su matrimonio legítimo, de su honestidad plebeya, de su marido trabajador, de que en la Fábrica los citasen a entrambos por modelo de familia unida, de que en cierta ocasión el jefe hubiese proferido palabras honrosas para ella, llamándole mujer «formal y de bien». Sí, Amparo lo sabía, y por eso callaba.

Repetidas veces la paralítica le diera consejos, haciendo funestos vaticinios, que se cumplieran al fin. Incorporada a medias sobre la cama, concentrando en los ojos la vida furiosa de su cuerpo, repitió la madre, con desprecio y con ira:

--¿Y ahora?

Amparo permaneció pálida e inmóvil. La tullida sintió un hormigueo en la palma de la mano, y la estampó ruidosamente en la mejilla de su hija, que se tambaleó, retrocedió escondiendo el rostro, y se fue a sentar en la silla más próxima.

--¡Sinvergüenza, raída, eso de mí no lo aprendistes!--vociferó la enferma, algo desahogada ya después del bofetón. No respondió nada la oradora, que diera entonces de buen grado su popularidad, y hasta el advenimiento de la ideal república, por hallarse siete estados debajo de tierra. No obstante, se sorbió estoicamente las lágrimas abrasadoras que asomaban a sus ojos, y, abatida, reconociendo y acatando la autoridad maternal, balbució:

--Me ha dado palabra de casamiento.

--¡Y te lo creíste!

--No sé por qué no...--exclamó la muchacha con acento más firme ya--. Yo soy como otras, tan buena como la que más... hoy en día no estamos en tiempos de ser los hombres desiguales... hoy todos

somos unos, señora...  
se acabaron esas tiranías.

Meneó la cabeza la paralítica, con la tenaz desconfianza de los viejos indigentes que nunca vieron llover del cielo torrez nos asados.

--El pobre, pobre es--pronunció melancólicamente...  
--. Tú te quedarás  
pobre, y el señorito se irá riendo...--Y a esta idea, sintiendo renacer su furor chilló--: Sácateme de delante, indina, que te mato: si te dieron palabras, que te las cumplan.

Amparo se agachó, y salió temblando. A solas, recobró energía, y calculó que tal vez hacía mal en desesperarse; acaso su mala ventura sería un lazo más que acabase de unir a Baltasar con ella para siempre. Sí, no podía suceder de otro modo, a menos que tuviese entrañas de tigre.

Esperó con afán el domingo, día de cita en el merendero de la gaseosa. Madrugó, llegó mucho antes que Baltasar. El otoño iba despojando a la parra de su pomposo follaje recortado, y los nudosos sarmientos parecían brazos de esqueleto mal envueltos en los jirones de púrpura de las pocas hojas restantes. Algún racimo negreaba en lo alto. En unas tinas viejas arrimadas al banco de piedra, había botellas vacías que sembraban embarcaciones náufragas varadas en un arenal. Amparo sentía mucho frío cuando Baltasar llegó.

Sentose este al lado de la muchacha, que le present

ó un paquete de sus cigarrillos predilectos, emboquillados, bastante largos, liados con gran esmero. Baltasar tomó uno y lo encendió, chupándolo nerviosamente con rápidas aspiraciones. Toda mujer prendada de un hombre llega a conocer por sus movimientos más leves, por los actos que distraída y casi mecánicamente ejecuta, el talante de que está. Amparo sabía que cuando Baltasar fumaba así, no se distinguía por lo jocoso y afable. Como la luz del sol no hallaba obstáculos para filtrarse al través de la deshojada parra, el rostro del mancebo, bañado de claridad, parecía duro y anguloso; su bigote, blondo a la sombra, tenía ahora un dorado metálico; sus ojos zarcos miraban con glacial limpieza. La pobre Tribuna, tan intrépida cuando peroraba, se halló de repente todo cortada y recelosa, y creyó sentir que le anudaban la garganta con un dogal. Esperó en vano una expansión, una caricia dulce y apasionada, que no vino. Baltasar se callaba cosas muy buenas, y seguía a taciturno. De cuando en cuando el soplo de las ráfagas otoñales desprendía una de las postreras hojas de vid, que caía arrugada y amarillenta sobre la mesa de granito, entre los dos amantes, produciendo un ruido seco. ¡Pin! En los oídos de Baltasar resonaba la voz de doña Dolores, exclamando: «¡Chico, no sabes que las de García... ¡pásmate!, ganarán el pleito en el Supremo? Lo sé de fijo por el mismo abogado de aquí». ¡Pin, pin! Y Amparo, a su vez, escuchaba frases coléricas: «Si t

e dieron palabras,  
que te las cumplan». ¡Pinnn!... Una hoja purpúrea d  
escendía con  
lentitud.... «Baltasarito, hijo, van a cogerse cien  
to y no sé cuántos  
miles de duros, si ganan».

Al fin, Baltasar fue el primero que rompió el silen  
cio.... Habló del  
trabajo que le costaba venir, de lo necesario que e  
ra el recato, de que  
tendrían que verse menos.... Decía todo esto con ac  
ento duro, como si  
Amparo fuese culpable respecto de él en algo. La ci  
garrera le escuchaba  
muda, con los labios blancos, mirando fijamente al  
rostro de Baltasar,  
que tenía la expresión distraída del mal pagador qu  
e no quiere recordar  
su deuda. Y era lo peor del caso que, por más que l  
a Tribuna quería  
echar mano de su oratoria, que le hubiera venido de  
perlas a la sazón,  
no encontraba frases con que empezar a tratar del a  
sunto más importante.  
Al fin, como viese con asombro levantarse a Baltasa  
r diciendo que le  
esperaba el coronel para asuntos del servicio, ella  
también se alzó  
resuelta, y le dio la noticia clara y brutalmente,  
sin ambages ni  
rodeos, sintiendo hervir dentro del pecho una cóler  
a que centuplicaba su  
natural valor.

Un relámpago de sorpresa cruzó por las pupilas tras  
parentes y yertas de  
Sobrado; mas al punto se plegó su delgada boca, y d  
iríase que le habían  
cerrado el semblante con llave doble y selládolo co  
n siete sellos. Era  
otro Baltasar distinto del mancebo gracioso, halagü

eño y felino de las horas veraniegas. Amparo notó que representaba diez años más.

--Ahora--dijo, plantándose delante de él--es justo que me cumplas la palabra.

--Ahora...--repitió él con voz lenta--. La palabra. ...

--¡De casarte conmigo! Me parece que me sobra derecho para pedir....

--Mujer...--contestó Baltasar reposadamente, sacudiendo la ceniza del pitillo--, no todas las cosas salen a medida del deseo. Las circunstancias le obligan a uno a mil transacciones, que.... Yo quisiera, lo mismo que tú, que fuese mañana, pero ponte en mi caso.... Mi madre... mi padre... mi familia....

--¡Tu familia, tu familia! ¿Pues no dijiste que ella era una cosa y tú otra? ¿Le echo yo alguna mancha a tu familia, por sí acaso? ¿Soy hija de algún ajusticiado, o de algún capitán de gavilla? ¿No estamos en tiempos de igualdád? ¿No es mi madre tan honrada como la tuya, repelo?

--No es eso... yo no te digo que....

--¿Pues qué dices entonces, que te quedas ahí callado? ¿Tienes algo que echarme en cara? ¿No me gano yo la vida trabajando honradamente, sin pedírtelo a ti ni a nadie? ¿Te he pedido algo, te he pedido algo? ¿Ando yo con otros?



--¿Quién te dice semejante cosa? Pero sucede que hoy por hoy lo que tú deseas, es decir, lo que deseamos, es imposible.

--¡Imposible!

--Por algún tiempo no más.... No me hallo todavía en situación de prescindir de mi familia... cuando alcance una graduación superior y pueda vivir con el sueldo....

--¿No eres ya capitán?

--Graduado, pero la efectividad.... En fin, te lo repito, hazte cargo; en las circunstancias por que atravieso no cabe una determinación semejante. Sería menester estar loco. Y digo más, créeme, hija; tenemos que ser muy prudentes para no comprometernos.

--¡No comprometernos!--gimió con amargura la muchacha--. ¡No comprometernos! ¿Pero tú te has figurado--pronunció, reponiéndose y recobrando su impetuoso carácter--que yo soy tonta? ¿Piensas que me puedes meter el dedo en la boca? ¿Qué compromiso ni qué... repelo, te viene a ti de todo esto? ¡La comprometida, la engañada y la perdida soy yo!

Y dejose caer en el banco de piedras, y apoyando la frente en la fría mesa de granito, rompió en convulsivos sollozos.

--No grites, hija--murmuró Baltasar, aproximándose--. No llores... que pueden oírte y es un escándalo. Amparo, mujer, vamo

s, no hay motivo para  
esos gritos.

La crisis fue corta. Levantose la oradora con los ojos encendidos, pero sin que una lágrima escaldase su mejilla morena. Indignada, miró a Baltasar y lo encontró sereno, inconmovible, con su fina y sonrosada tez y sus ojos garzos y transparentes, en los cuales se reflejaba la luz del cielo sin comunicarles calor. Él quiso hacer dos o tres zalamerías a la muchacha para conjurar la tormenta; pero su ademán era violento, sus movimientos automáticos. Amparo lo rechazó, y se colocó por segunda vez delante de él en actitud agresiva.

--Habla claro... ¿nos casamos o no?

--Ahora no puede ser, ya te lo he dicho--contestó él sin perder su continente flemático.

--¿Y cuándo?

--¡Qué sé yo! El tiempo, el tiempo dirá. Pero has de tener calma, hija... un poco de calma.

--Pues abur, hasta que me pagues lo que me debes--exclamó ella en voz vibrante, sin cuidarse de que la oyesen desde la casa o desde el camino los transeúntes--. Yo no soy más tu juguete, para que lo sepas: no me da la gana de andarme escondiendo, de ir con estas noches de frío a Aguasanta y a mil sitios así por darte gusto.

Avanzó tres pasos más, y poniendo la mano en el hom

bro del oficial:

--El día menos pensado...--pronunció--, cuando te v  
ea en \_las Filas\_ o  
en la calle Mayor... me cojo de tu brazo delante de  
las señoritas,  
¿oyes?, y canto allí mismo, allí... todo lo que pas  
a. Y cuando venga la  
nuestra... o te hacemos pedazos, o cumples con Dios  
y conmigo.  
¿Entiendes, falsario?

Y en voz queda, con acento de religioso terror:

--¿Tú no tienes miedo a condenarte? Pues si mueres  
así... más fijo que  
la luz, te condenas. Y si viene la federal... que D  
ios la traiga y la  
Virgen Santísima... te mato, ¿oyes?, para que vayas  
más pronto al  
infierno.

Diciendo así, dióle un empujón, y le volvió la espa  
lda, saliendo con  
paso rápido, la frente alta, la mirada llameante, a  
pesar del peregrino  
desfallecimiento, de la desusada conmoción interior  
que le avisaba de  
que ahorrarse tales escenas. Al salir la Tribuna, un  
a ráfaga más fuerte  
desparramó por la mesa muchas hojas de vid, que dan  
zaron un instante  
sobre la superficie de granito, y cayeron al húmedo  
suelo.

--¿Lo hará?--meditó Baltasar a sus solas--. ¿Me ven  
drá a marear en  
público? Tengo para mí que no.... Estos genios vivo  
s y prontos son del  
primer momento: pasado ese, se quedan como malvas.  
Quia... no lo hace.  
Sin embargo, me convendría salir de Marineda una te

mporada....

Al pensar esto, miraba maquinalmente a las hojas secas, que valsaban con lánguido y desmayado ritmo.

--Pero ¿y Josefina? Si las noticias de mamá son ciertas, no va a ser posible abandonar una proporción que tal vez no vuelva a encontrar en mi vida. ¡Qué mil diablos! Y esa chica era guapa.... ¡Lo que es guapa! ¡Qué tonterías! ¿Por qué se buscará uno estos conflictos? ¡Yo que tengo juicio para diez!

Impaciente, tiró el cigarro que estaba concluyendo. Un átomo de fuego brilló entre las hojas, que crujieron encogiéndose, y a poco la colilla se apagó.

-XXXIV-

Segunda hazaña de la Tribuna

Frío es el invierno que llega; pero las noticias de Madrid vienen calentitas, abrasando. La cosa está abocada, el italiano va a abdicar porque ya no es posible que resista más la atmósfera de hostilidad, de inquina, que le rodea. Él mismo se declara aburrido y harto de tanto contratiempo, de la grosería de sus áulicos, de la guerra carlista, del vocerío cantonal, del universal desbarajuste. No ha y remedio, las

distancias se estrechan, el horizonte se tiñe de rojo, la federal avanza.

La Fábrica ha recobrado su Tribuna. Es verdad que esta vuelve herida y maltrecha de su primer salida en busca de aventuras ; mas no por eso se ha desprestigiado. Sin embargo, los momentos en que empezó a conocerse su desdicha fueron para Amparo de una vergüenza que miente. Sus pocos años, su falta de experiencia, su vanidad fogosa, contribuyeron a hacer la prueba más terrible. Pero en tan crítica ocasión no se desmintió la solidaridad de la Fábrica. Si alguna envidia excitaba antaño la hermosura, garbo y labia irrestañable de la chica, ahora se volvió lástima, y las imprecaciones fueron contra el eterno enemigo, el hombre. ¡Estos malditos de Dios, recondenados, que sólo están para echar a perder a las muchachas buenas! ¡Estos señores, que se divierten en hacer daño! ¡Ay, si alguien se portase así con sus hermanas, con sus hijitas, quién los oiría y quién los vería echársele como perros! ¿Por qué no se establecía una ley para eso, caramba? ¡Si al que debe una peseta se la hacen pagar más que de prisa, me parece a mí que estas deudas aún son más importantes, demontre! ¡Sólo que ya se ve: la justicia la hay de dos maneras: una a rajatabla para los pobres, y otra de manga ancha, muy complaciente, para los ricos!

Algunas cigarreras optimistas se atrevieron a indicar que acaso Sobrado

se casaría, o por lo menos reconocería lo que viniese.

--Sí, sí... ¡esperar por eso, papalanatas! ¡Ahora se estará sacudiendo la levita y burlándose bien!

--No sabes... yo no quiero que ella lo oiga, ni lo entienda--decía la Comadreja a Guardiania--, pero ese descarado ya vuelve a andar tras de la de García.

--¡Bribón!--exclamaba Guardiania--. ¡Y quién lo ve, tan juicioso como parece!

--Pues conforme te lo digo.

--Amparo tampoco debió hacerle caso.

--Mujer, uno es de carne, que no es de piedra.

--¿Se te figura a ti que a cada uno le faltan ocasiones?--replicó la muchacha--. Pues si no hubiese más que.... ¡Madre querida de la Guardia! No, Ana; la mujer se ha de defender ella. Civiles y carabineros no se los pone nadie. Y las chicas pobres, que no heredan más mayorazgo que la honradez.... Hasta te digo que la culpa mayor la tiene quien se deja embobar.

--Pues a mí me da lástima ella, que es la que pierde.

--A mí también. Lástima, sí.

Ya todo el mundo se la daba. ¡Quién hubiera reconocido a la brillante

oradora del banquete del Círculo Rojo en aquella mujer que pasaba con el mantón cruzado, vestida de oscuro, ojerosa, deshecha! Sin embargo, sus facultades oratorias no habían disminuido; sólo sí cambiado algún tanto de estilo y carácter. Tenían ahora sus palabras, en vez del impetuoso brío de antes, un dejo amargo, una sombría y patética elocuencia. No era su tono el enfático de la prensa, sino otro más sincero, que brotaba del corazón ulcerado y del alma dolorida. En sus labios, la República federal no fue tan sólo la mejor forma de gobierno, época ideal de libertad, paz y fraternidad humana, sino período de vindicta, plazo señalado por la justicia del cielo, reivindicación largo tiempo esperada por el pueblo oprimido, vejado, trasquilado como mansa oveja. Un aura socialista palpitó en sus palabras, que estremecieron la Fábrica toda, máxime cuando el desconcierto de la Hacienda dio lugar a que se retrasase nuevamente la paga en aquella dependencia del Estado. Entonces pudo hablar a su sabor la Tribuna, despacharse a su gusto. ¡Ay de Dios! ¿Qué les importaba a los señorones de Madrid... a los pícaros de los ministros, de los empleados, que ellas falleciesen de hambre? ¡Los sueldos de ellos estarían bien pagados, de fijo! No, no se descuidarían en cobrar, y en comer, y en llenar la bolsa. ¡Y si fuesen los ministros los únicos a reírse del que está debajo! ¡Pero a todos los ricos del mundo se les daba una higa de que cuatro mil mujeres careciesen de pan

que llevar a la boca!

Y al decir esto, Amparo se incorporaba, casi se ponía de pie en la silla, a pesar de los enérgicos y apremiantes ¡sttt!, de la maestra, a pesar del inspector de labores, que no hacía un momento estaba asomado a la entrada del taller, silencioso y grave.

--¡Qué cuenta tan larga...--proseguía la oradora, animándose al ver el mágico y terrible efecto de sus palabras...--, qué cuenta tan larga darán a Dios algún día esas sanguijuelas, que nos chupan la sangre toda! Digo yo, y quiero que me digan, por qué nadie me contesta a esto, ni puede contestarme: ¿hizo Dios dos castas de hombres, por si acaso, una de pobres y otra de ricos?, ¿hizo a unos para que se paseasen, durmiesen, anduviesen majos, y hartos, y contentos, y a otros para sudar siempre y arrimar el hombro a todas las labores, y morir como perros sin que nadie se acuerde de que vinieron al mundo? ¿Qué justicia es esta, retepelo? Unos trabajan la tierra, otros comen el trigo; unos siembran y otros recogen; tú, un suponer, plantaste la viña, pues yo vengo con mis manos lavadas y me bebo el vino....

--Pero el que lo tiene, lo tiene--interrumpía la conservadora Comadreja.

--Ya se sabe que el que lo tiene, lo tiene; pero ahora vamos al caso de que es preciso que a todos les llegue su día, y que cuantos nacemos iguales gocemos de lo mismo, ¡tan siquiera un par d



e horas! ¡Siempre  
unos holgando y otros reventando! Pues no ha de durar hasta la fin de los siglos, que alguna vez se ha de volver la tortilla.

--El que está debajo, mujer, debajito se queda.

--¡Conversación! Mira tú, en París de Francia, el cuento ese de la \_Comun\_... ¡Anda si pusieron lo de arriba para abajo! ¡Anda si se sacudieron! No quedó cosa con cosa... así, así debemos de hacer aquí, si no nos pagan.

--¿Y allá, qué hicieron?

Amparo bajó la voz.

--Prender fuego... a todos los edificios públicos..  
..

Un murmullo de indignación y horror salió de la mayor parte de las bocas.

--Y a las casas de los ricos... y....

--¡Asús!, ¡fuego, mujer!

--Y afusil... y afusil... ar....

--¿Afusilar... a quién, mujer, a quién?

--A... a los prisioneros, y al arzobispo, y a los cur....

--¡Infames!

--¡Tigres!

--¡Calla, calla, que parece que la sangre se me cúa  
jó toda!... ¿Y quién  
hizo eso? ¡Pues vaya unas barbaridás que cuentas!

--Si yo no las cuento para decir que... que esté bi  
en hecho eso de... de  
prender fuego y afusilar.... ¡No, caramba!, ¡no me  
entendéis, no os da  
la gana de entenderme! Lo que digo es que... hay qu  
e tener hígados, y no  
dejarse sobar ni que le echen a uno el yugo al cuel  
lo sin defenderse....  
Lo que digo es, que cuando no le dan a uno por bien  
lo suyo, lo muy  
suyo, lo que tiene ganado y reganado.... Cuando no  
se lo dan, si uno no  
es tonto... lo pide... y si se lo niegan... lo coge  
.

--Eso, clarito.

--Tienes razón. Nosotras hacemos cigarros, ¿eh?, pu  
es bien regular es  
que nos abonen lo nuestro.

--No, y apuradamente no es ley de Dios esa desigual  
dá y esa diferencia  
de unos zampar y ayunar otros.

--Lo que es yo, mañana, o me pagan, o no entro al t  
rabajo.

--Ni yo.

--Ni yo.

--Si todas hiciésemos otro tanto... y si además nos  
viesen bien  
determinadas a armar el gran cristo....

--¡Mañana... lo que es mañana! ¿Habéis de hacer lo  
que yo os diga?

--Bueno.

--Pues venir temprano... tempranito.

A la madrugada siguiente los alrededores de la Fábrica, la calle del Sol, la calzada que conduce al mar, se fueron llenando de mujeres que, más silenciosas de lo que suelen mostrarse las hembras reunidas, tenían vuelto el rostro hacia la puerta de entrada del patio principal. Cuando esta se abrió, por unánime impulso se precipitaron dentro, e invadieron el zaguán en tropel, sin hacer caso de los esfuerzos del portero para conservar el orden; pero en vez de subir a los talleres, se estacionaron allí, apretadas, amenazadoras, cerrando el paso a las que, llegando tarde, o ajenas a la conjuración, intentaban atravesar más allá de la portería. Sordos rumores, voces ahogadas, imprecaciones que presto hallaban eco, corrían por el concurso, que se iba animando, y comunicándose ardimiento y firmeza. En primera fila, al extremo del zaguán, estaba Amparo, pálida y con los ojos encendidos, la voz ya algo tomada de perorar, y, sin embargo, llena de energía, incitando y conteniendo a la vez la humana marea.

--Calma--decíales con hondo acento--, calma y serenidad... Tiempo habrá para todo: aguardar.

Pero algunos gritos, los empujones, y dos o tres disputas que se promovieron entre el gentío, iban empujando, mal de

su grado, a la  
Tribuna hacia la vetusta escalera del taller, cuando en este se  
sintieron pasos que conmovían el piso, y un inspector de labores, con la  
fisonomía inquieta del que olfatea graves trastornos, apareció en el  
descanso. Empezaba a preguntar, más bien con el ademán que con la boca:  
«¿Qué es esto?», a tiempo que Amparo, sacando del bolsillo un pito de  
barro, arrimolo a los labios y arrancó de él agudo silbido. Diez o doce  
silbidos más, partiendo de diferentes puntos, corearon aquella romanza  
de pito, y el inspector se detuvo, sin atreverse a bajar los escalones  
que faltaban. Dos o tres viejas desvenadoras se adelantaron hacia él,  
profiriendo chillidos temerosos, y tocándole casi, y se oyó un sordo  
«¡muera!». Sin embargo, el funcionario se rehízo, y cruzándose de  
brazos, se adelantó, algo mudada la color, pero resuelto.

--¿Qué sucede?, ¿qué significa este escándalo?--preguntó a Amparo, a  
quien halló más próxima--. ¿Qué modo es este de entrar en los talleres?

--Es que no entramos hoy--respondió la Tribuna. Y cien voces confirmaron  
la frase--: No se entra, no se entra.

--No entran... ¿pues qué pasa?

--Que se hacen con nosotras iniquidás, y no aguantamos.

--No, no aguantamos. ¡Mueran las iniquidás! ¡Viva la libertad! ¡Justicia

seca!--clamaron desde todas partes. Y dos o tres maestras, cogidas en el remolino, alzaban las manos desesperadamente, haciendo señas al inspector.

--¿Pero qué piden ustedes?

--¿No oyes, hijo? Jos-ti-cia-berreó una desvenadora al oído mismo del empleado.

--Que nos paguen, que nos paguen, y que nos paguen--exclamó enérgicamente Amparo, mientras el rumor de la muchedumbre se hacía tempestuoso.

--Vuelvan ustedes, por de pronto, al orden y a la compostura que....

--No nos da la gana.

--¡Que baile el can-can!

--¡Muera!

Y otra vez la sinfonía de pitos rasgó el aire.

--No pedimos nada que no sea nuestro--explicó Amparo con gran sosiego--.

Es imposible que por más tiempo la Fábrica se esté así, sin cobrar un cuarto.... Nuestro dinero, y abur.

--Voy a consultar con mis superiores--respondió el inspector, retirándose entre vociferaciones y risotadas.

Apenas le vieron desaparecer, se calmó la efervescencia un tanto. «Va a consultar» se decían las unas a las otras... «¿nos

pagarán?».

--Si nos pagan--declaró la Tribuna, belicosa y resuelta como nunca-- , es que nos tienen miedo. ¡Alante! Lo que es hoy, la hacemos, y buena.

--Debimos cogerlo y rustrirlo en aceite--gruñó la voz oscura de la vieja-- . ¡Fretirlo como si fuera un pancho... que vea lo que es la necesidad y los trabajitos que uno pasa!

--Orden y unión, ciudadanas...--repetía Amparo con los brazos extendidos.

Trascurridos diez minutos volvió el inspector acompañado de un viejecillo enjuto y seco como un pedazo de yesca, que era el mismo contador en persona. El jefe no juzgaba oportuno por entonces comprometer su dignidad presentándose ante las amotinadas, y por medida de precaución había reunido en la oficina a los empleados y consultaba con ellos, conviniendo en que la sublevación no era tan temible en la Granera como lo sería en otras Fábricas de España, atendido el pacífico carácter del país. No quisiera él estar ahora en Sevilla.

--¿Qué recado nos trae?--gritaron al inspector las sublevadas.

--Oíganme ustedes.

--Cuartos, cuartos, y no tanta parolería.

--Tengo chiquillos que aguardan que les compre moll

ete... ¿oyusté?, y no  
puedo perder el tiempo.

--Se pagará... hoy mismo... un mes de los que se ad  
eudan.

Hondo murmullo atravesó por la multitud llegando a  
las últimas filas.  
«¿Él pagan, sí o no? pagan.... ¡Un mes...! ¡Un mes,  
para poca salú... no  
consentir... todo, todo junto!». Amparo tomó la pal  
abra.

--Como usted conoce, ciudadano inspector... un mes  
no es lo que se nos  
debe, y lo que nos corresponde, y a lo que tenemos  
derechos inalienables  
e individuales.... Estamos resueltas, pero resuelta  
s de verdá, a  
conseguir que nos abonen nuestro jornal, ganado hon  
rosamente con el  
sudor de nuestras frentes, y del que sólo la injust  
icia y la opresión  
más impía se nos pueden incautar....

--Todo eso es muy cierto, pero ¿qué quieren ustedes  
que hagamos? Si la  
Dirección nos hubiese remitido fondos, ya estarían  
satisfechos los dos  
meses.... Por de pronto se les ofrece a ustedes uno  
, y se les advierte  
que despejen el local en buen orden y sin ocasionar  
disturbios.... De lo  
contrario, la guardia va a proceder al despejo....

--¡La guardia!, ¡que nos la echen!, ¡que venga! ¡Ac  
á la guardia!

Cuatro soldados al mando de un cabo, total cinco ho  
mbres, bregaban ya en  
la puerta de entrada con las más reacias y temibles  
. No tenían, dijeron

ellos después, corazón para hacer uso de sus armas;  
aparte de que no se  
les había mandado tampoco semejante cosa. Limitában  
se a coger del brazo  
a las mujeres y a irlas sacando al patio: era una l  
ucha parcial, en que  
había de todo: chillidos, pellizcos, risas, palabra  
s indecorosas,  
amenazas sordas y feroces.

Pero sucedió que un soldado, al cual una cigarrera  
clavó las uñas en la  
nuca, echó a correr, trajo de la garita el fusil y  
apuntó al grupo: al  
instante mismo un pánico indecible se apoderó de la  
s más cercanas, y se  
oyeron gritos convulsivos, imprecaciones, súplicas  
desgarradoras, ayes  
de dolor que partían el alma, y las mujeres, en rev  
uelto tropel, se  
precipitaron fuera del zaguán, y corrieron buscando  
la salida del patio,  
empujándose, cayendo, pisoteándose en su ciego terr  
or, arracimadas como  
locas en la puerta, impidiéndose mutuamente salir,  
y chillando lo mismo  
que si todas las ametralladoras del mundo es tuvies  
en apuntadas y  
prontas a disparar contra ellas.

Quedose en medio del zaguán la insigne Tribuna, sol  
a, rezagada, vencida,  
llena de cólera ante tan vergonzosa dispersión de s  
us ejércitos. Para  
mostrar que ella no temía ni se fugaba, fue saliendo  
a pasos lentos y  
llegó al patio en ocasión que la guardia, aprovechá  
ndose de la ventaja  
fácilmente adquirida, expulsaba a las últimas revol  
ucionarias, sin  
mostrar gran enojo. Por galantería, el soldado del  
fusil administró a



Amparo un blando culatazo, diciéndole «Ea... afuera ...». La Tribuna se volvió, mirole con regia dignidad ofendida, y sacando el pito, silbó al soldado. Después cruzó la puerta que se le cerró en las mismas espaldas con gran estrépito de gonces y cerrojos.

Al verse fuera ya, miró asombrada en torno suyo y halló que una gran multitud rodeaba el edificio por todos lados. No sólo las que estaban dentro, sino otras muchas que habían ido llegando, formaban un cordón amenazador en torno de los viejos muros de la Granera. La Tribuna, viendo y oyendo que sus dispersas huestes se rehacían, comenzó a animarlas y a exhortarlas, a fin de que no sufriese n otra vez tan humillante derrota. Ya las que habían sido arrojadas por los soldados, al contacto de la resuelta muchedumbre, recobraron los ánimos decaídos, y enseñaban el puño a la muralla profiriendo invectivas.

Hicieron ruidosa ovación a su capitana que empezó a recorrer las filas calentando a las que aún tenían recelo o no estaban dispuestas a gritar. Y eligiendo dos o tres de las más animosas, mandóles que arrancasen una de las desiguales y vacilantes piedras de la calzada, que se movían como dientes de viejo en sus alveolos, y, alzándola lo mejor posible, la condujesen ante la puerta que les acababan de cerrar en sus mismas narices. Brotó de entre los espectadores un clamoreo al ver ejecutar esta operación con tino y rapidez y oír retemblar l

as hojas de la puerta  
cuando la lápida cayó contra el quicio.

--Hacen barricadas--exclamó una cigarrera que recor  
daba los tiempos de  
la Milicia Nacional.

--Borricadas, borricadas--exclamaba una maestra--,  
nos van a dar por  
cara todo este barullo.

El propósito de las desempedradoras no era ciertame  
nte hacer barricadas,  
sino otra cosa más sencilla: o bien echar abajo la  
puerta a puros  
cantazos, o bien elevar delante un montón de piedra  
s por el cual se  
pudiese practicar el escalamiento. En su imprevisió  
n estratégica  
olvidaban que del otro lado, al extremo del callejón  
del Sol, existía un  
portillo, un lado débil, sobre el cual debería carg  
ar el empuje del  
ataque. No estaba la generala en jefe para tales cá  
lculos: cegada por la  
rabia, Amparo no pensaba sino en atravesar otra vez  
la misma puerta por  
donde la habían expulsado--¡oh rubor!--cuatro solda  
dos y un cabo. Así es  
que arrancada ya, casi con las uñas, la primer bald  
osa, se procedió a  
desencajar la segunda.

Apoyadas en el muro de una casita de pescadores, do  
nde había redes  
colgadas a secar, Guardiania y la Comadreja miraban  
el motín sin tomar  
parte en él. Ana era remilgada, endeble como un jun  
co, y jamás podrían  
sus descarnadas manos, forzudas sólo en los momento  
s de excitación  
nerviosa, levantar ni una peladilla de arroyo algo

grande; en cuanto a Guardianana, se creía obligada a permanecer allí, puesto que al fin el tumulto era «cosa de la Fábrica»; pero desaprobándolo, porque indudablemente, de todo aquello iban a resultar «de sgracias».

--¡Mira Amparo, tan adelantada en meses, y cómo ella a trajina!

--Es el demonche. Ella sola levanta la piedra--contestó Ana, con la reverencia de los débiles hacia la fuerza física.

Mas la primera piedra era enorme: una losa de un metro de longitud y gruesa y ancha a proporción, y constituía un problema de dinámica al trasportarla sin auxilio de máquina alguna. Para echada a hombros de una sola persona era enorme y la aplastaría; para llevada en vilo entre varias, no se sabía cómo subirla. Amparo discurrió irla enderezando y rodando hasta la puerta, y en efecto, el sistema dio buen resultado y la piedra llegó a su sitio. Al punto que la vio colocada, tornó con infatigable ardor a intentar descuajar un nuevo proyectil. En esta faena y brega estaban entretenidas las pronunciadas, sin reparar que el sol calentaba más de lo justo y que ya eran casi las once de la mañana, cuando un rumor contenido, temeroso, leve al principio, se propagó entre el concurso cayendo como lluvia helada sobre el entusiasmo general, y causando notable descenso en los gritos y vociferaciones que coreaban el arranque de las piedras.

¿Quién dio la noticia? Un pilluelo, que, con los calzones remangados, venía al trote largo desde la plaza de la Fruta, allá en el barrio de Arriba. Oídos sus informes, las miradas se volvieron ansiosamente hacia los cuatro puntos cardinales, y cada boca murmuró pegándose a cada oído ajeno dos palabras preñadas de espanto: «Viene tropa».

Al notar la oleada del creciente rumor, abandonó la Tribuna la piedra que traía entre manos, y volvióse iracunda, con la mirada rechispeante, a la inerme multitud. Su rostro, su ademán, decían claramente: «Ahora vuelven estas cobardonas a dejarme aquí plantada». En efecto, el nombrar tropa bastó para que tomasen el portante algunas de las más animosas barricaderas. ¡Pero qué fue cuando, en el punto más lejano del horizonte, se vio aparecer una nube de polvo, y cuando se oyó como el trote de muchos caballos reunidos!

Amparo anima a sus huestes. Con la nariz dilatada, los brazos extendidos, diríase que la aparición de las brigadas de caballería y fuerzas de la Guardia Civil que desembocan, unas por el camino real, otras por San Hilario, redobla su guerrero ardor, a crecienta su cólera. «No nos comerán, grita.... Vamos a tirarles piedras, a lo menos tengamos ese gusto...». Nadie quiere tenerlo. La losa enorme es abandonada; las que más gritaban se escurren por donde pueden; cuando las brigadas

llegan a las puertas de la Granera, el motín se ha disuelto, sin dejar más señales de su existencia que dos medianas baldosas, arrimadas al portón, y algunas mujeres dispersas, inofensivas, en medrosa actitud.

-XXXV-

La Tribuna se porta como quien es

Cada vez más fría la estación invernal y más calientes las noticias que de allá fuera vienen a conmover la Fábrica. Por de pronto, no quedaron estériles las disposiciones marciales demostradas el día del motín, y al siguiente cobraron las operarias sus haberes a tocateja. No era cosa de provocar el enojo del pueblo en el estado actual de España, que parecía ya la casa de Tócame Roque. Nadie se entendía; al ejército se le conocía por la «tropa amadeísta»; la artillería presentaba dimisión en masa; el Maestrazgo ardía, Saballs llamaba «cabecilla» a Gaminde y Gaminde le devolvía el calificativo; los Hierros ordenaban a una compañía entera de ferro-carriles suspender la circulación de trenes; corría en Cataluña moneda con el busto de Carlos VII, y la reina de más tristes destinos, la mujer de Amadeo I, a la cual tirios y troyanos nombraban desdeñosamente «la Cisterna», daba al mundo con terror y lágrimas un mísero infante, y ningún obispo se prestaba a bauti

zar el vástago regio.

Así andaba la patria. Más adelante se ha visto que podía encontrarse mucho peor.

Amparo quedó algo abatida desde el memorable día de l pronunciamiento.

Había hecho tal gasto de energía y de fuerza muscular removiéndolos pedruscos de la calzada, y tal dispendio de laringe, espoleando a las remisas y vacilantes, que por algún tiempo no quedó de provecho para

cosa alguna. Entre el frío, la lluvia que, al ir a la Fábrica la

acribillaba a alfilerazos en la piel o la bañaba con gruesos y anchos

goterones que se deshacían aplastándose en su mantón, y la fatiga

inherente a su estado, viose sumida en marasmo constante, que a veces

iluminaba, a manera de relámpago que divide un cielo oscuro, aquella

última y robusta esperanza en el advenimiento de la federal. ¡Cuán

triste veía el cielo, y el aire, y todo en derredor ! Parecíale a Amparo

que los lugares testigos de sus dichas y sus yerros habían sido

devastados, arrasados por mano aleve. La tierra del huerto que Baltasar

había llamado \_paraíso\_, desnuda, en barbecho, aguardaba la vegetación.

De los verdes y gayos maizales sólo quedaban rastros. Los árboles de

la carretera alzaban sus ramas peladas y escuetas al brumoso cielo. El

piso, lleno de charcos formados por la lluvia, se hallaba intransitable,

y delante de la misma casa de la Tribuna una gran poza obstruía el paso;

para entrar, Amparo tenía que saltarla, y como no c

alculase bien el  
brinco, sucedíale meter el pie en el agua helada y  
cenagosa, y haber de  
mudarse después las medias y el calzado. Algunas ve  
ces encontraba a  
Chinto, que se ofrecía a darle la mano para pasar e  
l mal paso, y su  
ademán compasivo la encendía en ira. ¡Ser compadeci  
da por semejante  
bestia! ¡A esto llegábamos después de tanto sueño,  
de tanta aspiración  
hacia la vida fácil y brillante, hacia la dicha!

Así iba desgranándose el racimo de los días de invi  
erno, lentos aunque  
breves, sin que Amparo viese brillar un rayo de cla  
ridad en el  
firmamento ni en su destino. Aplanose su espíritu,  
y cometió un acto de  
flaqueza. No veía a Baltasar desde la disputa en el  
merendero, y  
entrole, de pronto, deseo invencible de hablar con  
él, para suplicar o  
para increpar, ella misma no sabía para qué; pero,  
en suma, para  
desfogar, para romper aquella horrible monotonía de  
l tiempo que pasaba  
inalterable. Envíole el mensaje por Ana. Baltasar r  
espondió: «Ya iré».

--¿Piensa usted ir?--le preguntaba Borrén aquella t  
arde.--¿A qué? ¿A oír  
lástimas que no puedo remediar? ¡Algo bueno daría p  
or estar ahora en  
Guipúzcoa!

--¡Hombre... pobre chica!

Baltasar tomó su café a sorbos, muy pensativo. Calc  
ulaba que la avaricia  
de su madre le exponía, tal vez, a un grave comprom  
iso. Era falta de

habilidad no remitir a Amparo siquiera mil reales para tenerla contenta mientras él no aseguraba a Josefina, que engreída a hora con la perspectiva del caudal, le había acogido con hartos remilgos y escrúpulos, dificultando reanudar sus antiguos amorcillos. ¡Bah! El caso era ganar tiempo, porque apenas pusiese tierra en medio el peligro cesaba.... No obstante, el prudente Baltasar temía, temía una campanada inoportuna, que diese al traste con sus nuevos planes.

--¿Qué te dijo?--interrogó ansiosamente Amparo.

--Que vendría--repuso la Comadreja.

--Pero... ¿cuándo?

--No quiso explicar cuándo.

--¿Piensa él que estoy yo para esas calmas?

--Lo que él no tiene es gana de verte el pelo.

Amparo dejó caer la cabeza sobre el pecho, y su rostro se anubló con expresión tal de desconsuelo y enojo, que Ana la miró compadecida.

--Si algún día... si pronto... viene la república... la santa federal... ¡así Dios me salve, Ana... lo arrastro!

Ana se echó a reír con su delgada risa estridente.

--No seas tonta, mujer... no seas tonta... ¡para divertirte y darle un mal rato no tienes que aguardar por república ni república!



--¿Que no?

--¿Sabes lo que yo había de hacer? Pues esto mismo.  
Coger papel y  
pluma.... ¿Conoce tu letra?

--Nunca le escribí.

--Mejor. Pues escribirle a la de García una carta bien explicada, para que no se deje engañar por él.

--¿Un anónimo? ¡Quita allá!

--Un avisito... contándole lo que hizo contigo. No seas boba, anda, más merece.

Pasaba esta conversación a la salida de la Fábrica; Ana llevó a Amparo a su casa, en la calle de la Sastrería. Subieron a un cuartuco; la Comadreja dio a su amiga recado de escribir, y entre las dos compusieron la siguiente epístola, que fielmente se traslada a la estampa: «Estimada Srta.: halguien que la estima le abisa que quien se quiere casar con Usté tiene compormetida huna Chica onrada, y lea da do palabra de casarse con ella. Es el de Sobrado, porque Usté no dude, y Usté se iformará y veraque es verdá. Q. b. s. m. Un afetísimo amigo». La Comadreja cerró, dictó sobre y señas, puso lacre fino del que ella usaba para escribir a su capitán, pegó un sello, y dijo a la Tribuna:

--Ahora, de paso que vuelves a tu casa, la echas en el correo con disimulo.

Al bajar la escalera, estrecha y oscura como boca de lobo, zumbábanle a Amparo los oídos y apretaba convulsivamente la carta, llevándola oculta bajo el mantón. La oprimía como oprimiría un puñal, con vengativo empeño y no sin cierto interior escalofrío. Se representaba a la orgullosa señorita de García rompiendo el sobre, leyendo, palideciendo, llorando...--¡Que pene!--decíase a sí propia la oradora--. ¡Que sufra como yo!... ¿Y qué tiene que ver? Si ella pierde un pretendiente, yo he perdido la conducta y cuanto perder cabe...--Después pensaba en Baltasar... y en los Sobrados todos...--. ¡Ah!, ¡bu en chasco esperaba a la avarienta de la madre, que contaba con establecer brillantemente a su hijo! No la habían querido a ella... pues ahora iban a verse desairados a su turno.... ¡Ya probarían lo bien que sabe!

Se le presentaban estas ideas a medida que adelantaba por la calle de la Sastrería, calle torcida, mal empedrada, en cuyos adoquines tropezaba de vez en cuando, mientras la luz vaga de los faroles del alumbrado público, proyectándose un momento, arrojaba a las paredes blanqueadas de las casas su silueta furtiva, de líneas desfiguradas, fantasmagóricas, prolongadas por la funda del pañuelo. En la oscura noche invernal, caminando con paso atentado para salvar los charcos que dejó la lluvia de la tarde, parecíale a Amparo ir a cometer un delito, y, herida, sintiendo el dolor de su agravio, este pensamiento

la embriagaba.

Maquinalmente, al llegar a la entrada de la calle estrecha de San Efrén bajó una mano para recoger el vestido que se iba manchando de barro, y al hacerlo aflojéronse sus dedos y dejó de apretar la carta, cuyo satinado papel le acariciaba las falanges.... Al cruzar la travesía del Puerto, su cabeza pareció despejarse, y vio el escaparate de la tercena y el buzón, con las fauces abiertas, como voceando «aquí estoy yo». Amparo soltó el vestido y sacó de debajo del mantón la mano derecha y la misiva.... Detúvose antes de alzar el brazo.

--¡Un anónimo!--pensaba.

Su indómita generosidad popular se despertó. La pequeñez de la villana acción se le hacía muy patente al ir a perpetrarla.

--Debí decirle a Ana que la echase ella.... Yo no tengo cara a esto

--murmuró entre sí--. Y si no la echo me llamará bobo.... Pues mejor.

¡Esto es indecente!--balbució adelantando la carta hasta tocar con el buzón--. No, repelo--exclamó casi en voz alta bajando la mano--. Esto es una cochinada.... ¡Más vale ahogarlos donde los encuentre!

Dio precipitadamente la vuelta y se metió por un callejón que lindaba con la travesía del Puerto, desembocando en el muelle. Ofreciose de pronto a sus ojos el agua negra de la bahía, que no alumbraban la luna ni las estrellas, y donde los barcos inmóviles pare

cían más negros aún.  
Arrimose al parapeto. Una brisa salitrosa, picante,  
le envolvió la faz.  
Despejósele completamente el cerebro, y con viveza  
suma hizo pedazos la  
epístola anónima. Los blancos fragmentos revolotear  
on un instante, como  
voladoras falenas, y cayeron sordamente en el agua,  
que chapoteaba  
contra el muro del embarcadero.

-XXXVI-

Ensayo sobre la literatura dramática revolucionaria

No hay remedio, esto se va y lo otro avanza a galop  
e. ¿Cuándo se retira  
Amadeo? ¿Hoy? ¿Mañana? Y si el italiano no perdió d  
e vista todavía la  
tierra española, ya es como si viviésemos en plena  
república; no estará  
proclamada, pero ¿qué más da? Todo el mundo cuenta  
con ella de un  
instante a otro. Sólo bajo la monarquía de merengue  
que se va  
derritiendo y consumiendo al calor de la revolución  
podía ser  
representable el drama que anunciaban los carteles  
del coliseo  
marinedino, Valencianos con honra. Aunque Amparo no  
iba a parte alguna,  
tanto oyó hablar de lo intencionado y subversivo qu  
e era el drama  
famoso, y de cómo pintaba a los republicanos tal cu  
al son y no según los  
ennegrece el pincel reaccionario, que resolvió asis  
tir. Instalose con

Ana en el paraíso, donde se amontonaba inmensa concurrencia, que les metía los pies por la cintura, los codos por las ingles; a duras penas lograron las dos muchachas apoderarse de su sitio; al fin consiguieron embutirse de medio lado en delanteras, y allí se mantuvieron prensadas, comprimidas, sin ser dueñas ni de enjugarse el sudor de la frente. El calor era espeso, asfixiante. Al alzarse el telón vino una bocanada de aire más respirable a aquel horno; poco duró, pero al menos dio ánimos para atender a las primeras escenas del drama.

El cual merecía bien que se sufriese la asfixia y otros géneros de tortura, a trueque de verlo representar. Desde la exposición tuvo conmovidos y suspensos a los espectadores. No podía ser de más actualidad el argumento, basado en los sucesos políticos de Valencia de 1869. Jugaba en el enredo un espía, un vil espía, perseguidor y delator de una familia republicana a machamartillo. Perdonado este pícaro en el primer acto por los magnánimos conspiradores a quienes vendió, claro está que no había de enmendarse, y que en los actos siguientes volvería a hacer de las suyas; no lo creyeron así los protagonistas del drama, pero en cambio la concurrencia de la cazuela lo presintió, y en medio del calor sofocante se oían voces ahogadas de emoción exclamando: «¡Ay! ¿Para qué perdonarán a ese tunante?... ¡Ya verás cómo los ha de vender otra vez!... ¡Como yo le atrapase no le soltaba, no!».

Verdad es que si

el bellaco del espía era tan malo que no tenía el diablo por donde cogerlo, en cambio los personajes republicanos ofrecían modelos de lealtad y dechados de virtudes. Cuando en el mismo acto primero una esposa se abraza a su marido, que parte al combate, declarando con noble resolución que quiere seguirle y compartir los riesgos de la lid, Amparo sintió como un nudo, como una bola que se le formaba en la garganta, y haciendo un supremo esfuerzo, se agarró a la barandilla de la cazuela y gritó «¡bien!... ¡muy bien!» dos o tres veces, luciendo su voz de contralto. Era aquel drama el mismo que ella había soñado en otro tiempo, cuando llegaron a Marineda los delegados de Cantabria, de cuyos riesgos y aventuras tanto deseaba ser partícipe. La escena final del acto, donde todos los voluntarios republicanos, entre el fragor de la lid empeñada, doblan la rodilla al aparecer el Señor acompañado de las monjas de San Gregorio, aflojó suavemente los tirantes nervios de la concurrencia. Una especie de rocío refrigerante de honradez, dulzura y religiosidad se derramó sobre el público; las gentes experimentaban impulsos de abrazarse, de rezar y de charlar. ¡Después dirán que los oscurantistas se levantan por la religión! ¡Sí, sí! ¡Por cobrar las contribuciones y destruir \_ferrocarriles\_! ¡Que vengan a oír esto! ¿Quién duda que los mejores cristianos son los federales?

Pasose el entreacto en vivos comentarios acerca del

drama, que causaba  
favorabilísima impresión. Personas grandes se limpiaban los ojos con el dorso de la mano haciendo tiernos momos de llanto. ¡Cuidado que se necesitaba talento y sabiduría para escribir piezas así! Sólo era irritante lo de dejar al espía con vida, porque de fijo, en el acto próximo, iba a salir con alguna barrabasada gorda. De tal suerte imperaba el entusiasmo, que nadie se ocupaba en mirar a la gente de abajo, a pesar de hallarse de bote en bote el coliseo; y como tardase en subir el telón, hubo pateos y aplausos impacientes y furiosos. Al fin dio principio el ansiado acto segundo.

Graduaba el autor hábilmente los efectos dramáticos, manejando con destreza los resortes del terror y la piedad. Ahora presentaba un mancebito que volvía de la lucha callejera a su casa, herido mortalmente, y consternando a su familia del modo que cualquiera puede figurarse. La actriz encargada de este interesante papel se había puesto sobre su cabello natural una peluca de ricitos cortos que la hacía semejante a un perro de aguas; circundaban sus ojos románticas ojeras marcadas al difumino; espesa capa de polvos de arroz imitaba la palidez de la agonía; llevaba americana muy floja para disimular la amplitud de las caderas, y entró tambaleándose y dando traspiés, con la mano apoyada en la región del pecho donde se suponía estar la herida. Por el paraíso circuló un rumor misterioso y profundo, el rugido o

paco de la emoción  
que se comprime y refrena para mejor estallar después. Comenzó la escena  
de la despedida del moribundo y su familia. Cuando  
el padre, comandante  
de los voluntarios republicanos, dijo adiós al hijo  
confiándole la  
bandera, en unos versos que terminan así:

\_Lleva la palma en la mano\_  
\_Mientras la patria en ofrenda\_  
\_Te da este sudario en prenda...\_

y corriendo hacia la concha del apuntador y mudando  
la voz llorona en un  
vocejón estentóreo, gritó cerrando de puños:

\_¡Viva el pueblo soberano!\_

Los llantos histéricos de las mujeres fueron cubiertos, devorados por el  
clamor que se alzó compacto y fortísimo, repitiendo  
frenéticamente el  
¡viva!, a la vez que un huracán de palmadas asordó  
el coliseo.  
Contagiados, electrizados por la exaltación del público, los actores se  
esmeraban, bordaban su papel, y, poseyéndose, se abrazaban en realidad y  
se daban verdaderas puñadas en el tórax. Amparo, con medio cuerpo fuera  
de la barandilla, palmoteaba a más y mejor.

Durante el segundo entreacto, las gentes prensadas en la cazuela se  
hallaron unas miajas más anchas y cómodas, ya sea porque su volumen se  
había ido sentando y acomodándose al espacio, ya porque algunas,  
indispuestas con tan alta temperatura, mal de su grado hubieron de



retirarse. Ana logró, pues, revolverse y escudriñar con sus perspicaces ojos de gato los ámbitos del teatro todo. Dio un expresivo codazo a la Tribuna, que miró hacia donde le señalaba su amiga, y divisó a las de García en un palco platea.

Fijose especialmente en Josefina, que estaba elegante y sencilla, con traje de alpaca blanca adornado de terciopelo negro. A toda su familia, desde la madre hasta Nisita, les rebosaba el contento visiblemente; pero Josefina, en particular, no parece sino que se había esponjado con las buenas nuevas del pleito. La proximidad de la fortuna animaba, como un reflejo dorado, su tez, y hacía fulger en sus ojos chispas áureas. Recostada en la silla, gozaba beatíficamente del triunfo, exponiendo a la admiración de los inquilinos de las \_lunetas\_ el cuerpecillo ajustado, púdico, la línea fugitiva que se elevaba desde la cintura al hombro, el gracioso manejo de abanico, el movimiento delicado con que subía los gemelos a la altura de las cejas. No acertaba Amparo a apartar los ojos de su vencedora rival, y a duras penas la distrajo de aquella contemplación acerba el principio del tercer acto.

Aparecía en éste un oficial del ejército, que, agradecido a la hospitalidad que le habían otorgado en la casa republicana, salvaba a su vez a los dueños de ella: patético rasgo, corona de todos los excelentes sentimientos que abundaban en el drama. Cuando más moqueaba la gente y

se oían más jipíos y sollozos, Amparo sintió que su mirada, atraída por irresistible imán, se clavaba otra vez en el palco de García. Abriose la puerta de este, y entró Baltasar, ceñido el fino talle por un uniforme intachable; y después de saludar cortésmente a la madre y a las niñas, se sentó al lado de la mayor, arreglándose el pelo con la enguantada mano, y estirando levemente, con notable desembarazo, la tirilla. Dirigió a Josefina en voz baja dos o tres palabras que, según el movimiento con que las acompañó, debían ser: «¿Qué tal esto?». Y la de García alzó los hombros de un modo imperceptible, que claramente significaba: «Psh.... Un dramón muy cursi y muy populachero». Definida así la situación, Baltasar tomó familiarmente el abanico de la joven, y mientras lo cerraba y abría y le daba vueltas como para informarse bien del paisaje, se entabló una de esas conversaciones íntimas, salpicadas de coqueterías, de reticencias, de miradas intensas y cortas, de ahogadas risas, diálogos en que reina dulce abandono, que no serían posibles mano a mano y en la soledad, y nunca se producen mejor que entre el tumulto de un sitio público, ante miles de testigos, en el desierto de las multitudes.

--Pero no ves, mujer... ¡qué poca vergüenza!--exclamaba Ana señalando al grupo, del cual no se separaban las pupilas de Amparo--. Después del... del aviso, ¿no sabes?--añadió hablándole al oído.

La Tribuna no contestó. Ana ignoraba la destrucción del anónimo: Amparo, avergonzándose de su noble impulso, no quería confesarlo, temerosa de que la Comadreja la tratase de \_babiona\_ y de \_pápara\_, y aun de que repitiese la carta por cuenta propia. Ahora... ahora, clavando las uñas en la franela roja del barandal, sentía que el corazón se le inundaba de hiel y veneno: nada, estaba visto que era tonta; ¿por qué no echó la carta en el correo? Pero no; esa miserable y artera venganza no la satisfacía; cara a cara, sin miedo ni engaño, con la misma generosidad de los personajes del drama, debía ella pedir cuenta de sus agravios. Y mientras se le hinchaba el pecho, hirviendo en colérica indignación, el grupo de abajo era cada vez más íntimo, y Baltasar y Josefina conversaban con mayor confianza, aprovechándose de que el público, impresionado por la muerte del espía infame que, al fin, hallaba condigno castigo a sus fechorías, no curaba de lo que pudiese suceder por los palcos. De Josefina, que tenía la cabeza vuelta, sólo se alcanzaban a ver los bucles del artístico peinado, la mancha roja de una camelia prendida entre la oreja y el arranque del blanco cuello, y la bola de coral del pendiente, que oscilaba a cada movimiento de su dueña.

Bien quisiera la Tribuna salir, librarse de la sensación lancinante que le producía tal vista; pero la gente que la rodeaba por todas partes, como las sardinas a las sardinas en la banasta, no

le consentía moverse  
mientras el telón no se bajase. Un poco antes de te  
rminarse el drama  
hubo de ver a las de García que se levantaban, y a  
Baltasar que les  
ponía los abrigos a todas con suma deferencia, empe  
zando por la madre;  
después se cerró la puerta del palco, y quedose Amp  
aro con las pupilas  
fijas maquinalmente en aquel espacio vacío. Aún tar  
dó algunos minutos en  
comenzar el desagüe de la cazuela, y el estrepitoso  
descenso por las  
escaleras abajo. Cogiéronse Amparo y Ana de bracero  
, y empujadas por  
todos lados arribaron al vestíbulo y de allí salier  
on a la calle, donde  
el frío cortante de la noche liquidó al punto el su  
dor en que estaban  
ensopadas sus frentes. Sintió la Comadreja que el b  
razo de Amparo  
temblaba, y la miró, y le halló desencajada la faz.

--Tú no estás bien, chica... ¿qué tienes? ¿Te da al  
go por la cabeza?

--Suéltame--contestó con voz opaca la Tribuna--. A  
donde voy no me hace  
falta compañía.

--¡María Santísima!, ¿a dónde vas, mujer?, ¿qué es  
esto?

--¡Que a dónde voy! Pues a apedrearles la casa, par  
a que lo sepas.

Y recogió el mantón, como para quedarse con los bra  
zos libres.

--Tú loqueas.... Anda a dormir.

--O me dejas o me tiro al mar--respondió con tal acento de desesperación la muchacha, que Ana la soltó, y echó a andar a su lado, midiendo el paso por el de la terrible y colérica Tribuna.

--Te digo que se la apedreo, mujer; tan cierto como que ahora es de noche y Dios nos ve. ¡Repelo!, ¡no hay sino hacer irrisión de las gentes... de las infelices mujeres... de los pobres! ¡Pero tú has visto qué descaro, qué descaro tan atroz? En mi cara... en mi cara misma... ¡me valga san Dios!, ¡que esto no pasa entre los negros de allá de Guinea!

--Bueno... y ahora ¿qué se hace con perderse... con ir a la cárcel, mujer?

--Desahogarme, Ana... porque me ahogo, que toda la noche pensé que con un cordel me estaban apretando la nuez.... ¡Romperlos los vidrios, retepelo!, ¡armar un belén, avergonzarlos, canario! ¡y que no me piquen las manos y que duerma yo a gusto hoy!, ¡que tengo las asaduras aquí (señaló a la garganta) y el corazón apretao, apretao!

--Pero mujer... mira, considera....

--No considero, no miro nada....

Este diálogo duraba mientras cruzaron las dos amigas el páramo de Solares en dirección al barrio de Arriba, por donde suponía Amparo que iba Baltasar acompañando a las de García hasta su casa.

asa. El aire frío y  
el silencio de las calles del barrio templaron, no  
obstante, la sangre  
enardecida de la Tribuna. Parecióle entrar en algún  
claustro donde todo  
fuese quietud y melancolía. No hollaba un transeúnt  
e el pavimento, que  
resonaba con solemnidad, y cuando menos lo pensaban  
las dos  
expedicionarias, les cerró el paso una iglesia, la  
de Santa María  
Magdalena, alta, muda, con pórtico de ojiva, donde  
la luz de los faroles  
dibujaba los vagos contornos de los santos de piedra  
que se miraban  
inmóviles. Involuntariamente la Tribuna bajó la voz  
, y al cruzar por  
delante del pórtico se santiguó, sin darse cuenta d  
e lo que hacía, y  
reportó y contuvo el paso. Ana iba a aprovechar la  
coyuntura para hacer  
a la determinada Tribuna mil reflexiones, a tiempo  
que un oficial, que  
volvía de la plaza de la Fruta, cruzó casi rozándos  
e con ellas y sin  
verlas, cantando entre dientes no sé qué polca o pa  
sodoble. Reconoció  
Amparo a Baltasar y echó tras él como el lebrele tra  
s la res que  
persigue. ¿Oyó Baltasar las pisadas de la Tribuna y  
pudo reconocerlas?  
¿O era solamente que iba deprisa? Lo cierto es que  
se perdió de vista al  
revolver de la esquina, y que, por muy diligentes q  
ue anduvieron las que  
lo seguían, no lograron darle alcance.

--Voy a llamarle a la puerta--exclamó Amparo.

--Mujer, ¿estás loca?... ¡una casa de la calle Mayo  
r!--murmuró Ana con  
respetuoso miedo--. ¿Tú sabes la que se armaría?

En horas semejantes la calle Mayor ofrecía imponente aspecto. Las altas casas, defendidas por la brillante coraza de sus galerías refulgentes, en cuyos vidrios centelleaba la luz de los faroles, estaban cerradas, silenciosas y serias. Algún lejano aldabonazo retumbaba allá... en lo más remoto, y sobre las losas el golpe del chuzo del sereno repercutía majestuoso. Amparo se detuvo ante la casa de los Sobrados. Era ésta de tres pisos, con dos galerías blancas muy encristaladas, y puerta barnizada, en la cual se destacaba la mano de bronce del aldabón. Y entre el silencio y la calma nocturna, se alzaba tan severa, tan penetrada de su importante papel comercial, tan cerrada a los extraños, tan protectora del sueño de sus respetables inquilinos, que la Tribuna sintió repentino hervor en la sangre, y tembló nuevamente de estéril rabia, viendo que por más que se deshiciese allí, al pie del impasible edificio, no sería escuchada ni atendida. Accesos de furor sacudieron un instante sus miembros al hallarse impotente contra los muros blancos, que parecían mirarla con apacible indiferencia; y de pronto, bajándose, recogió un trozo de ladrillo que la casualidad le mostró, a la luz de un farol, caído en el suelo, y con airada mano trazó una cruz roja sobre la oscura puerta reluciente de barniz, cruz roja que dio mucho que pensar los días siguientes a doña Dolores y al tío Isidoro, que recelaban un saqueo a mano armada.

-XXXVII-

Lucina plebeya

Vestíase Amparo, antes de salir a la Fábrica, reflexionando que diluviaba, que de noche se habían oído varios truenos, que se quedaría gustosa en casa, y aún entre cobertores, si no necesitase saber noticias, excitarse, oír voces anhelosas que decían : «Ahora sí que llegó la nuestra.... Macarroni se va de esta vez... hay una parte de Madrí, que viene la república... mañana se proclama».

Al salir de su fementido lecho, la transición del calor al frío le hizo sentir en las entrañas dolorcillos como si se las royese poquito a poco un ratón. Púsose pálida, y le ocurrió la terrible idea de que llegaba la hora. Volvióse al lecho, creyendo que allí se calentaría: cerró los ojos y no quiso pensar. Un deseo profundo de anonadamiento y de quietud se unía en ella a tal vergüenza y aflicción, que se tapó la cara con la sábana, prometiéndose no pedir socorro, no llamar a nadie. Mas como quiera que el tiempo pasaba y los dolorcillos no volvían, se resolvió a levantarse, y al atar la enagua, de nuevo le pareció que le mordían los intestinos agudos dientes. Vistiose no obstante, y se dio a pasear por la estancia, a tiempo que una mano llamó a la puerta



a del cuartuco, y  
antes que Amparo se resolviese a decir «adelante»,  
Ana entró.

--¿Vienes?

--No puedo.

--¿Pasa algo, hay novedá?

--Creo... que sí.

--¿Qué sientes, mujer?

--Frío, mucho frío... y sueño, un sueño que me dorm  
iría de pie... pero  
al mismo tiempo rabio por andar... ¡qué rareza!

--¿Aviso a la señora Pepa?

--No... qué vergüenza.... Jesús, mi Dios.... Ana qu  
erida, no la avises.

--¡Qué remedio, mujer! ¿Sigue eso?

--Sigue... ¡infeliz de mí, que nunca yo naciese!

--Acuéstate sobre la cama....

Con su viveza ratonil, Ana arropó a la paciente, y  
ya se dirigía a la  
puerta, cuando una quebrantada voz la llamó.

--Llévale la cascarilla a mi madre... dile que me d  
uele la cabeza... no  
le digas la verdá, por el alma de quien más quieras  
....

--Sí que no se hará ella de cargo....

Amparo se quedó algo tranquila: sólo a veces un dol  
or lento y sordo la

obligaba a incorporarse apoyándose sobre el codo, e  
xhalando reprimidos  
ayes. Ana corría, corría, sin cuidarse de la lluvia  
, hacia la ciudad.  
Cerca de dos horas tardó, a pesar de su ligereza, e  
n volver acompañada  
de un bulto enorme, del cual sólo se veían desde le  
jos dos magnos  
chanclos que embarcaban el agua llovediza, y un par  
aguazo de algodón  
azul con cuento y varillas de latón dorado. Bufaba  
la insigne comadrona  
y resoplaba, ahogándose a pesar del ningún calor y  
de la mucha y glacial  
humedad de la atmósfera; cuando penetró en la casuc  
ha, revolviose en  
ella como un monstruo marino en la angosta tinaja e  
n que el domador lo  
enseña. Fuese derecha a la cama de la paralítica, y  
le dijo dos o tres  
frases entre lástima y chungu, que a esta le supier  
on a acíbar;  
cabalmente estaba deshaciéndose de ver que ni podía  
ayudar a su hija en  
el trance, ni acompañarla siquiera; aquella habitac  
ión era tan próxima a  
la calle, que ni soñaba en traer allí a la paciente  
.

Consumíase la pobre mujer presa en su jergón, penet  
rada súbitamente de  
la ternura que sienten las madres por sus hijas mie  
ntras estas sufren la  
terrible crisis que ellas ya vencieron.... Chinto s  
e encontraba allí,  
semejante a un palomino atontado.... Entró la comad  
rona donde la llamaba  
su deber, y el mozo y la vieja se quedaron tabique  
por medio, ayudándose  
a sobrellevar la angustia de la tragedia que para e  
llos se representaba  
a telón corrido.... La tullida maldecía de su hija

que en tal ocasión se  
había puesto, y al mismo tiempo lloriqueaba por no  
poder asistirle. Y a  
cada cinco minutos la señora Pepa entraba en el cua  
rtuco llenándolo con  
su corpulencia descomunal, y ordenando militarmente  
a Chinto que  
corriese a desempeñar algún recado indispensable.

--Aceite, rapaz... ¡un poco de aceite!

--¿Qué tal?--interrogaba la madre.

--Bien, mujer, bien.... ¡Aceite, porreta!

Lo que no se encontraba en la casa, Chinto salía di  
sparado a pedirlo  
fuera, prestado en la de un vecino, o fiado en las  
tiendas.

Generalmente, al recoger una cosa, la comadrona exi  
gía ya otra.

--Un gotito de anís....

--¿Anís? ¿Para qué?--preguntaba la tullida.

--Para mí, porreta, que soy de Dios y tengo cuerpo  
y también se me abre  
como si me lo cortasen con un cuchillo....

Y Chinto se echaba dócilmente a la calle en busca d  
e anís.... Volvía a  
presentarse la terrible comadre, toda fatigosa y so  
focada.

--Vino... ¿hay vino?

--¿Para ti?--murmuraba sin poder contenerse la impe  
dida.

--Para ti, para ti.... ¡Para ella, demonche, que bi  
en necesita ánimos la

pobre!... ¿Piensas tú que yo le doy desas jaropías de los médicos, desos calmantes y durmientes? ¡Calmantes! Fuersa, fuersa es lo que hace falta, y vino, que alegra al hombre las pajarillas, ¡porreta!

Quince minutos después:

--Tres onzas de chocolate, del mejor.... Y mira, de camino a ver si encuentras una gallinita bien gorda, y le vas retorciendo el pescuezo.... Pide también un cabito de cera... las planchadoras que haya por aquí han de tener....

--¿De cera?

--De cera, ¡porreta! ¿Si sabré yo lo que me pido? Y pon agua a la lumbre.

Y Chinto entraba, salía, dando zancajadas a través del lodo, trayendo a la exigente facultativa cera, espliego, romero, vino blanco y tinto, anís, aceite, ruda, todas las drogas y comestibles que reclamaba.... En los breves intervalos que tenía de descanso el solícito mozo, se sentaba en una silla baja, al lado del lecho de la tullida, quejándose de que le faltaban las piernas de algún tiempo acá, él mismo no sabía cómo, y parece que la respiración se le acababa enteramente: el médico le afirmaba que se le había metido polvillo de tabaco en los broncos y en los plumones... Boh, boh... ¿qué saben los médicos lo que uno tiene dentro del cuerpo? Hablaba así en voz baja, para no

dejar de prestar  
oído a los lamentos de la paciente, que recorrían v  
ariada escala de  
tonos: primero habían sido gemidos sofocados; luego  
quejidos hondos y  
rápidos, como los que arranca el reiterado golpe de  
un instrumento  
cortante; en pos vinieron ayes articulados, violent  
os, anhelosos, cual  
si la laringe quisiese beberse todo el aire ambient  
e para enviarlo a las  
conturbadas entrañas; y trascurrido algún tiempo, l  
a voz se alteró, se  
hizo ronca, oscura, como si naciese más abajo del p  
ulmón, en las  
profundidades, en lo íntimo del organismo. A todo e  
sto llovía, llovía, y  
la tarde de invierno caía prontamente, y el celaje  
gris ceniza parecía  
muy bajo, muy próximo a la tierra. Chinto encendió  
el candil de  
petróleo, y trajo caldo a la paralítica, y permanec  
ió sentado, sin  
chistar, con las rodillas altas, los pies apoyados  
en el travesaño de la  
silla, la barba entre las palmas de las manos. Hací  
a un rato que el  
tabique no comunicaba queja alguna. Dos o tres amig  
as de la Fábrica,  
entre ellas Guardiana, que ya no se quejaba de la p  
aletilla, entraban un  
momento, se ofrecían, se retiraban con ademanes com  
pasivos, con  
resignados movimientos de hombros, con reflexiones  
pesimistas acerca de  
la fatalidad y de la ingratitud de los hombres. De  
improviso se  
renovaron los gritos, que en el nocturno abandono p  
arecían más lúgubres:  
durante aquella hora de angustia suprema, la mujer  
moribunda retrocedía  
al lenguaje inarticulado de la infancia, a la emisi

ón prolongada,  
plañidera, terrible, de una sola vocal. Y cada vez  
era más frecuente,  
más desesperada, la queja.

Serían las once cuando la señora Pepa se presentó e  
n el cuarto de la  
tullida, enjugándose el rostro con el reverso de la  
mano. Sobre su  
frente baja y achatada, y en su grosera faz de Cibe  
les de granito, se  
advertía una preocupación, una sombra.

--¿Cómo va?

--Tarda, porreta.... Estas primerizas, como no sabe  
n bien el  
camino...--Y la comadre hizo que se reía para manif  
estar tranquilidad;  
pero un segundo después añadió--: Puede ser que...  
porque uno no quiere  
embrollos ni dolores de cabeza, ¿oyes? Yo soy clara  
como el agua,  
vamos... y no se me murieron en las manos, ¡porreta  
!, sino dos, en la  
edá que tengo.... Después los médicos hablan.... Y  
yo cuanto puedo hago,  
y unturas y friegas de Dios llevo dado en ella....

Al afirmar esto, la comadre se limpiaba a las cader  
as sus gigantescas  
manos pringosas.

--¿Habrá que avisar al médico?--gimoteó la tullida.

--Porreta, a mi edá no gusta verse envuelta en cuen  
tos... luego después,  
que si hizo así, que si pudo haser asá... que si la  
señora Pepa sabe o  
no sabe el oficio.... Menéate ya, dormilón--añadió  
despóticamente

volviéndose a Chinto...--. Ya estás corriendo por el médico, ¡ganso!

Chinto salió sin cuidarse del agua que continuaba cayendo tercamente del negro cielo, y corrió, perseguido por aquella voz cada vez más dolorida, más agonizante, que atravesaba el tabique, mientras la impedida se lamentaba de que además de morírsele la hija, iba a tener que abonar--¿y con qué, Jesús del alma?--los honorarios de un facultativo. El silencio era tétrico, el tiempo pasaba con lentitud, medido por el chisporroteo del candil y por un clamor ya exhausto, que más se parecía al aullido del animal espirante que a la queja humana. Media noche era por filo cuando Chinto entró acompañado del médico. Acostumbrado debía estar este a tan críticas situaciones, porque lo primero que hizo fue dejar el chorreante impermeable en una silla, remangarse tranquilamente las mangas del gabán y los puños de la camisa, y tomar de manos de Chinto una caja cuadrilonga que arrimó a un rincón. Después entró en el cuarto de la paciente, y se oyó la voz gruñona de la comadre, empeñada en darle explicaciones....

A eso de un cuarto de hora más tarde volvió el soldado de la ciencia a presentarse y pidió agua para lavarse las manos....

Mientras Chinto buscaba torpemente una jofaina, la madre, llorosa, temblando, preguntaba nuevas.

--Bah... no tenga usted cuidado... ese chico me dij

o que se trataba de  
un lance muy peligroso, y me traje los chismes... n  
o sé para qué: una  
muchacha como un castillo, con formación admirable,  
una versión que se  
hizo en un decir Jesús.... Estamos concluyendo. Aho  
ra la comadre basta,  
pero yo seré testigo.

Lavose las manos mientras esto decía, y tornó a su  
puesto. La mecha de  
petróleo, consumida, carbonizada, atufaba la habita  
ción, dejándola casi  
en tinieblas, cuando dos o tres gritos, no ya desfa  
llecidos, sino, al  
contrario, grandes, potentes, victoriosos, conmovie  
ron la habitación, y  
tras de ellos se oyó, perceptible y claro, un vagid  
o.

-XXXVIII-

¡Por fin llegó!

Amparo descansa abismada en el reposo inefable de l  
as primeras horas.  
Sin embargo, a medida que la luz de la pálida mañan  
a entra por el  
ventanillo, vuélvele la memoria y la conciencia de  
sí misma. Llama a  
Chinto ceceándolo.

--¿Qué quieres, mujer?

--Vas a ir corriendo al cuartel de infantería.... P  
arece que ahora no  
sale la tropa de los cuarteles.



--Bueno.

--Si no está allí don Baltasar, a su casa.... ¿La sabes?

--La sé. ¿Qué le digo?

--Le dirás... ¡veremos cómo sabes dar el recado! Le dirás que tengo un niño... ¿oyes? No vayas a equivocarte....

--Bueno, un niño....

--Un niño... no sea que digas una niña, tonto; un niño, un niño.

--¿No le digo más?

--Y que ya sabe lo que me ofreció... y que si quiere ponerse por padre de la criatura... y que mañana se bautiza.

--¿Nada más?

--Nada más.... Esto... bien clarito.

Chinto salía cuando entraba Ana, que se había ido a su casa a dormir.

Venía muy misteriosa, como el que trae nuevas estupendas.

--¿Y ese valor, y el pequeño?--preguntó alzando la sábana y la manta y sacando del tibio rincón donde yacía, un bulto, un paquete, un pañuelo de lana, entre cuyos dobleces se columbraba una carita microscópica amoratada, unos ojuelos cerrados, unas faccioncillas peregrinamente serias, con la seriedad cómica de los recién nacidos. Ana empezó a hablarle, a decirle mil zalamerías a aquel bollo qu

e del mundo exterior  
sólo conocía las sensaciones de calor y frío; buscó  
una cucharilla y le  
paladeó con agua azucarada; arregló la gorra protec-  
tora del cráneo,  
blando y colorado como una berenjena, y después se  
sentó a la cabecera  
del lecho, depositando en el regazo el fajado muñec-  
o.

--¿No sabes?--exclamó abriendo por fin la esclusa d  
e sus noticias--.  
Encontré a la que les cose a las de García.... No t  
e alteres, mujer,  
alégrate; se largan esta tarde para Madrí, porque t  
uvieron parte de que  
ganaron el pleito y van a arreglarlo allá todo.

Volvió Amparo el rostro con lánguido movimiento, mu-  
rmurando:

--Dios vaya con ellas.

--No sé que no les pase algo en el camino, porque a  
nda todo revuelto....  
Me dijo esa misma chica que hoy sin falta venía la  
República....

--Hace... ocho días que la están anunciando....

--Calla, no hables, que te puede venir el delirio..  
..

Y la Comadreja se dedicó a arrullar al infante mien-  
tras Amparo se  
sepultaba otra vez en un sopor que le dejaba el cer-  
ebro hueco, la cabeza  
vacía, anonadando su pensamiento y haciéndola insen-  
sible a lo que pasaba  
en torno suyo. Los pasos de Chinto la llamaron a la  
vida otra vez. Abrió  
los ojos, que, en la palidez amarillosa de su moren

a cara, parecían  
mayores y azulados. Chinto se acercó andando de pun  
tillas, torpón y  
zambo como siempre. Además parecía hallarse muy tur  
bado.

--Caro me costó que me dejasen pasar al cuartel--mu  
rmuró con su  
estropajosa habla de paisano, que salía a relucir d  
e nuevo en los lances  
difíciles--. No se puede andar.... Todo está revuel  
to.... La gente corre  
como loca por las calles.... Allí... dice que se ma  
rchó el Rey.... Que  
en Madrí hay República....

Medio se incorporó Amparo, apartando de la frente l  
os negros cabellos  
lacios con el sudor que los empapaba....

--¿Qué me dices?--balbució.

--Lo que te digo, mujer.... El alcalde y el goberna  
dor ya echaron muchos  
bandos, que los vi en las esquinas.... Y están poni  
endo trapos de color  
en los balcones....

--¡Será la cierta!--clamó alzando las manos--. Sigu  
e, sigue.

--Pues fui al cuartel... y allí no estaba....

--¿Irías a su casa volando?--interrogó Amparo tembl  
ona.

--Fui... y dice que....

--Acaba, maldito.

--Y dice que...--Chinto se devanó los sesos buscand  
o una fórmula

diplomática--. Dice que no está en el pueblo, porque... porque ayer se marchó a Madrí.

Quiso abrir la boca Amparo y articular algo, pero su dolorida laringe no alcanzó a emitir un sonido. Echóse ambos puños a los cabellos y se los mesó con tan repentina furia, que algunos, arrancados, cayeron retorciéndose como negros viboreznos sobre el embocadero de la cama.... Las uñas, desatentadas, recorrieron el contraído semblante y lo arañaron y ofendieron....

--Lárgate, que me voy a levantar--dijo por fin a Chinto--, a ver si reúno gente y quemó aquella maldita madriguera de los de Sobrado.

--Sí, lárgate--añadió Ana--. ¡Para las buenas noticias que traes!

En vez de obedecer, acercóse Chinto a la cama, donde jadeaba Amparo partida, hecha rajas por el horrible esfuerzo de su cólera.

--Mujer, oyes, mujer...--pronunció con voz que quería suavizar y que sólo lograba ensordecer--no te aflijas, no te mates.... Allí... yo... yo me pondré por padre y nos casaremos si quieres... y si no, no... lo que digas.

Como generosa yegua de pura sangre a la cual pretendiesen enganchar haciendo tronco con un individuo de la raza asinina, la Tribuna se irguió, y saltándosele los ojos de las órbitas, los

carrillos inflamados  
por la fiebre, gritó:

--Sal, sal de ahí, bruto.... ¡Quieres condenarme!

Fuese el emisario de malas nuevas con la música a otra parte, cabizbajo, convencido de que era un criminal, y la oradora permaneció sentada en la cama, arrugando las ropas en la contorsión desesperada de sus miembros y cuerpo.

--¡Justicia--clamaba--, justicia! ¡Justicia al pueblo... favor, madre mía del Amparo! ¡Virgen de la Guardia!, ¿pero cómo consientes esto? ¡La palabra, la palabra, la palaaaabra... los derechos que... matar a los oficiales, a los oficia!...

Un principio de fiebre y delirio se traslucía en la incoherencia de sus palabras. Su cabeza se trastornaba y aguda jaqueca le atarazaba las sienes. Dejose caer aletargada sobre las fundas, respirando trabajosamente, casi convulsa. Ana se sintió iluminada por una idea feliz. Tomó el muñeco vivo, y sin decir palabra, lo acostó con su madre, arrimándolo al seno, que el angelito buscó a tientas, a hocicadas, con su boca de seda, desdentada, húmeda y suave. Dos lágrimas refrigerantes asomaron a los párpados de la Tribuna, rezumaron al través de las pestañas espesas, humedecieron la escaldada mejilla, y en pos vinieron otras, que se apresuraban desahogando el corazón y aliviando la calentura incipiente....

Al exterior, las ráfagas de la triste brisa de febrero silbaban en los deshojados árboles del camino y se estrellaban en las paredes de la casita. Oíase el paso de las cigarreras que regresaban de la Fábrica; no pisadas iguales, elásticas y cadenciosas como las que solían dar al retirarse a sus hogares diariamente, sino un andar caprichoso, apresurado, turbulento. Del grupo más compacto, del pelotón más resuelto y numeroso, que tal vez se componía de veinte o treinta mujeres juntas, salieron algunas voces gritando:

--¡Viva la República federal!

EMILIA PARDO BAZÁN

Granja de Meirás, octubre de 1882.

\*\*\*END OF THE PROJECT GUTENBERG EBOOK LA TRIBUNA\*\*\*

\*\*\*\*\* This file should be named 17491-8.txt or 17491-8.zip \*\*\*\*\*

This and all associated files of various formats will be found in:

<http://www.gutenberg.org/dirs/1/7/4/9/17491>

Updated editions will replace the previous one--the old editions will be renamed.

Creating the works from public domain print editions means that no one owns a United States copyright in these works, so the Foundation (and you!) can copy and distribute it in the United States without permission and without paying copyright royalties.

Special rules, set forth in the General Terms of Use part of this license, apply to copying and distributing Project Gutenberg-tm electronic works to protect the PROJECT GUTENBERG-tm concept and trademark. Project Gutenberg is a registered trademark, and may not be used if you charge for the eBooks, unless you receive specific permission. If you do not charge anything for copies of this eBook, complying with the rules is very easy. You may use this eBook for nearly any purpose such as creation of derivative works, reports, performances and research. They may be modified and printed and given away--you may do practically ANYTHING with public domain eBooks. Redistribution is subject to the trademark license, especially commercial redistribution.

\*\*\* START: FULL LICENSE \*\*\*

THE FULL PROJECT GUTENBERG LICENSE  
PLEASE READ THIS BEFORE YOU DISTRIBUTE OR USE THIS WORK

To protect the Project Gutenberg-tm mission of prom

oting the free  
distribution of electronic works, by using or distributing this work  
(or any other work associated in any way with the phrase "Project  
Gutenberg"), you agree to comply with all the terms  
of the Full Project  
Gutenberg-tm License (available with this file or online at  
<http://www.gutenberg.org/license>).

## Section 1. General Terms of Use and Redistributing Project Gutenberg-tm electronic works

1.A. By reading or using any part of this Project  
Gutenberg-tm  
electronic work, you indicate that you have read, understand, agree to  
and accept all the terms of this license and intellectual property  
(trademark/copyright) agreement. If you do not agree to abide by all  
the terms of this agreement, you must cease using and return or destroy  
all copies of Project Gutenberg-tm electronic works in your possession.  
If you paid a fee for obtaining a copy of or access to a Project  
Gutenberg-tm electronic work and you do not agree to be bound by the  
terms of this agreement, you may obtain a refund from the person or  
entity to whom you paid the fee as set forth in paragraph 1.E.8.

1.B. "Project Gutenberg" is a registered trademark. It may only be  
used on or associated in any way with an electronic work by people who  
agree to be bound by the terms of this agreement.



There are a few things that you can do with most Project Gutenberg-tm electronic works even without complying with the full terms of this agreement. See paragraph 1.C below. There are a lot of things you can do with Project Gutenberg-tm electronic works if you follow the terms of this agreement and help preserve free future access to Project Gutenberg-tm electronic works. See paragraph 1.E below.

1.C. The Project Gutenberg Literary Archive Foundation ("the Foundation" or PGLAF), owns a compilation copyright in the collection of Project Gutenberg-tm electronic works. Nearly all the individual works in the collection are in the public domain in the United States. If an individual work is in the public domain in the United States and you are located in the United States, we do not claim a right to prevent you from copying, distributing, performing, displaying or creating derivative works based on the work as long as all references to Project Gutenberg are removed. Of course, we hope that you will support the Project Gutenberg-tm mission of promoting free access to electronic works by freely sharing Project Gutenberg-tm works in compliance with the terms of this agreement for keeping the Project Gutenberg-tm name associated with the work. You can easily comply with the terms of this agreement by keeping this work in the same format with its attached full Project Gutenberg-tm License when you share it without char

ge with others.

1.D. The copyright laws of the place where you are located also govern what you can do with this work. Copyright laws in most countries are in a constant state of change. If you are outside the United States, check the laws of your country in addition to the terms of this agreement before downloading, copying, displaying, performing, distributing or creating derivative works based on this work or any other Project Gutenberg-tm work. The Foundation makes no representations concerning the copyright status of any work in any country outside the United States.

1.E. Unless you have removed all references to Project Gutenberg:

1.E.1. The following sentence, with active links to, or other immediate access to, the full Project Gutenberg-tm License must appear prominently whenever any copy of a Project Gutenberg-tm work (any work on which the phrase "Project Gutenberg" appears, or with which the phrase "Project Gutenberg" is associated) is accessed, displayed, performed, viewed, copied or distributed:

This eBook is for the use of anyone anywhere at no cost and with almost no restrictions whatsoever. You may copy it, give it away or re-use it under the terms of the Project Gutenberg License included with this eBook or online at [www.gutenberg.org](http://www.gutenberg.org)

1.E.2. If an individual Project Gutenberg-tm electronic work is derived from the public domain (does not contain a notice indicating that it is posted with permission of the copyright holder), the work can be copied and distributed to anyone in the United States without paying any fees or charges. If you are redistributing or providing access to a work with the phrase "Project Gutenberg" associated with or appearing on the work, you must comply either with the requirements of paragraphs 1.E.1 through 1.E.7 or obtain permission for the use of the work and the Project Gutenberg-tm trademark as set forth in paragraphs 1.E.8 or 1.E.9.

1.E.3. If an individual Project Gutenberg-tm electronic work is posted with the permission of the copyright holder, your use and distribution must comply with both paragraphs 1.E.1 through 1.E.7 and any additional terms imposed by the copyright holder. Additional terms will be linked to the Project Gutenberg-tm License for all works posted with the permission of the copyright holder found at the beginning of this work.

1.E.4. Do not unlink or detach or remove the full Project Gutenberg-tm License terms from this work, or any files containing a part of this work or any other work associated with Project Gutenberg-tm.

1.E.5. Do not copy, display, perform, distribute o

r redistribute this  
electronic work, or any part of this electronic work,  
without  
prominently displaying the sentence set forth in paragraph 1.E.1 with  
active links or immediate access to the full terms of the Project  
Gutenberg-tm License.

1.E.6. You may convert to and distribute this work in any binary,  
compressed, marked up, nonproprietary or proprietary form, including any  
word processing or hypertext form. However, if you provide access to or  
distribute copies of a Project Gutenberg-tm work in a format other than  
"Plain Vanilla ASCII" or other format used in the official version  
posted on the official Project Gutenberg-tm web site ([www.gutenberg.org](http://www.gutenberg.org)),  
you must, at no additional cost, fee or expense to the user, provide a  
copy, a means of exporting a copy, or a means of obtaining a copy upon  
request, of the work in its original "Plain Vanilla ASCII" or other  
form. Any alternate format must include the full Project Gutenberg-tm  
License as specified in paragraph 1.E.1.

1.E.7. Do not charge a fee for access to, viewing, displaying,  
performing, copying or distributing any Project Gutenberg-tm works  
unless you comply with paragraph 1.E.8 or 1.E.9.

1.E.8. You may charge a reasonable fee for copies of or providing  
access to or distributing Project Gutenberg-tm electronic works provided  
that

- You pay a royalty fee of 20% of the gross profits you derive from the use of Project Gutenberg-tm works calculated using the method you already use to calculate your applicable taxes. The fee is owed to the owner of the Project Gutenberg-tm trademark, but he has agreed to donate royalties under this paragraph to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation. Royalty payments must be paid within 60 days following each date on which you prepare (or are legally required to prepare) your periodic tax returns. Royalty payments should be clearly marked as such and sent to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation at the address specified in Section 4, "Information about donations to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation."
- You provide a full refund of any money paid by a user who notifies you in writing (or by e-mail) within 30 days of receipt that s/he does not agree to the terms of the full Project Gutenberg-tm License. You must require such a user to return or destroy all copies of the works possessed in a physical medium and discontinue all use of and all access to other copies of Project Gutenberg-tm works.
- You provide, in accordance with paragraph 1.F.3, a full refund of any

money paid for a work or a replacement copy, if a defect in the electronic work is discovered and reported to you within 90 days of receipt of the work.

- You comply with all other terms of this agreement for free distribution of Project Gutenberg-tm works.

1.E.9. If you wish to charge a fee or distribute a Project Gutenberg-tm electronic work or group of works on different terms than are set forth in this agreement, you must obtain permission in writing from both the Project Gutenberg Literary Archive Foundation and Michael Hart, the owner of the Project Gutenberg-tm trademark. Contact the Foundation as set forth in Section 3 below.

1.F.

1.F.1. Project Gutenberg volunteers and employees expend considerable effort to identify, do copyright research on, transcribe and proofread public domain works in creating the Project Gutenberg-tm collection. Despite these efforts, Project Gutenberg-tm electronic works, and the medium on which they may be stored, may contain "Defects," such as, but not limited to, incomplete, inaccurate or corrupt data, transcription errors, a copyright or other intellectual property infringement, a defective or damaged disk or other medium, a computer virus, or computer codes that damage or cannot be read by

your equipment.

1.F.2. LIMITED WARRANTY, DISCLAIMER OF DAMAGES - Except for the "Right of Replacement or Refund" described in paragraph 1.F.3, the Project Gutenberg Literary Archive Foundation, the owner of the Project Gutenberg-tm trademark, and any other party distributing a Project Gutenberg-tm electronic work under this agreement, disclaim all liability to you for damages, costs and expenses, including legal fees. YOU AGREE THAT YOU HAVE NO REMEDIES FOR NEGLIGENCE, STRICT LIABILITY, BREACH OF WARRANTY OR BREACH OF CONTRACT EXCEPT THOSE PROVIDED IN PARAGRAPH F3. YOU AGREE THAT THE FOUNDATION, THE TRADEMARK OWNER, AND ANY DISTRIBUTOR UNDER THIS AGREEMENT WILL NOT BE LIABLE TO YOU FOR ACTUAL, DIRECT, INDIRECT, CONSEQUENTIAL, PUNITIVE OR INCIDENTAL DAMAGES EVEN IF YOU GIVE NOTICE OF THE POSSIBILITY OF SUCH DAMAGE.

1.F.3. LIMITED RIGHT OF REPLACEMENT OR REFUND - If you discover a defect in this electronic work within 90 days of receiving it, you can receive a refund of the money (if any) you paid for it by sending a written explanation to the person you received the work from. If you received the work on a physical medium, you must return the medium with your written explanation. The person or entity that provided you with the defective work may elect to provide a replacement copy in lieu of a

refund. If you received the work electronically, the person or entity providing it to you may choose to give you a second opportunity to receive the work electronically in lieu of a refund. If the second copy is also defective, you may demand a refund in writing without further opportunities to fix the problem.

1.F.4. Except for the limited right of replacement or refund set forth in paragraph 1.F.3, this work is provided to you 'AS-IS', WITH NO OTHER WARRANTIES OF ANY KIND, EXPRESS OR IMPLIED, INCLUDING BUT NOT LIMITED TO WARRANTIES OF MERCHANTABILITY OR FITNESS FOR ANY PURPOSE.

1.F.5. Some states do not allow disclaimers of certain implied warranties or the exclusion or limitation of certain types of damages. If any disclaimer or limitation set forth in this agreement violates the law of the state applicable to this agreement, the agreement shall be interpreted to make the maximum disclaimer or limitation permitted by the applicable state law. The invalidity or unenforceability of any provision of this agreement shall not void the remaining provisions.

1.F.6. INDEMNITY - You agree to indemnify and hold the Foundation, the trademark owner, any agent or employee of the Foundation, anyone providing copies of Project Gutenberg-tm electronic works in accordance with this agreement, and any volunteers associated with the production,



promotion and distribution of Project Gutenberg-tm electronic works, harmless from all liability, costs and expenses, including legal fees, that arise directly or indirectly from any of the following which you do or cause to occur: (a) distribution of this or any Project Gutenberg-tm work, (b) alteration, modification, or additions or deletions to any Project Gutenberg-tm work, and (c) any Defect you cause.

## Section 2. Information about the Mission of Project Gutenberg-tm

Project Gutenberg-tm is synonymous with the free distribution of electronic works in formats readable by the widest variety of computers including obsolete, old, middle-aged and new computers. It exists because of the efforts of hundreds of volunteers and donations from people in all walks of life.

Volunteers and financial support to provide volunteers with the assistance they need, is critical to reaching Project Gutenberg-tm's goals and ensuring that the Project Gutenberg-tm collection will remain freely available for generations to come. In 2001, the Project Gutenberg Literary Archive Foundation was created to provide a secure and permanent future for Project Gutenberg-tm and future generations. To learn more about the Project Gutenberg Literary Archive Foundation and how your efforts and donations can help, see Se

ctions 3 and 4

and the Foundation web page at <http://www.gutenberg.org/fundraising/pglaf>.

### Section 3. Information about the Project Gutenberg Literary Archive Foundation

The Project Gutenberg Literary Archive Foundation is a non profit 501(c)(3) educational corporation organized under the laws of the state of Mississippi and granted tax exempt status by the Internal Revenue Service. The Foundation's EIN or federal tax identification number is 64-6221541. Contributions to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation are tax deductible to the full extent permitted by U.S. federal laws and your state's laws.

The Foundation's principal office is located at 455 7 Melan Dr. S. Fairbanks, AK, 99712., but its volunteers and employees are scattered throughout numerous locations. Its business office is located at 809 North 1500 West, Salt Lake City, UT 84116, (801) 596-1887, email [business@pglaf.org](mailto:business@pglaf.org). Email contact links and up to date contact information can be found at the Foundation's website and official page at <http://www.gutenberg.org/about/contact>

For additional contact information:

Dr. Gregory B. Newby  
Chief Executive and Director  
[gbnewby@pglaf.org](mailto:gbnewby@pglaf.org)

#### Section 4. Information about Donations to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation

Project Gutenberg-tm depends upon and cannot survive without wide spread public support and donations to carry out its mission of increasing the number of public domain and licensed works that can be freely distributed in machine readable form accessible by the widest array of equipment including outdated equipment. Many small donations (\$1 to \$5,000) are particularly important to maintaining tax exempt status with the IRS.

The Foundation is committed to complying with the laws regulating charities and charitable donations in all 50 states of the United States. Compliance requirements are not uniform and it takes a considerable effort, much paperwork and many fees to meet and keep up with these requirements. We do not solicit donations in locations where we have not received written confirmation of compliance. To SEND DONATIONS or determine the status of compliance for any particular state visit <http://www.gutenberg.org/fundraising/donate>

While we cannot and do not solicit contributions from states where we have not met the solicitation requirements, we know of no prohibition against accepting unsolicited donations from donors in such states who

approach us with offers to donate.

International donations are gratefully accepted, but we cannot make any statements concerning tax treatment of donations received from outside the United States. U.S. laws alone swamp our small staff.

Please check the Project Gutenberg Web pages for current donation methods and addresses. Donations are accepted in a number of other ways including checks, online payments and credit card donations. To donate, please visit:  
<http://www.gutenberg.org/fundraising/donate>

Section 5. General Information About Project Gutenberg-tm electronic works.

Professor Michael S. Hart is the originator of the Project Gutenberg-tm concept of a library of electronic works that could be freely shared with anyone. For thirty years, he produced and distributed Project Gutenberg-tm eBooks with only a loose network of volunteer support.

Project Gutenberg-tm eBooks are often created from several printed editions, all of which are confirmed as Public Domain in the U.S. unless a copyright notice is included. Thus, we do not necessarily keep eBooks in compliance with any particular paper edition.

Most people start at our Web site which has the mai

n PG search facility:

<http://www.gutenberg.org>

This Web site includes information about Project Gutenberg-tm, including how to make donations to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation, how to help produce our new eBooks, and how to subscribe to our email newsletter to hear about new eBooks.